



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

ANDOVER-HARVARD LIBRARY



AH 4LQD 5

Harvard Depository
Brittle Book

b86 RC



INSTRUCCIONES

AL

PUEBLO CRISTIANO



INSTRUCCIONES AL PUEBLO CRISTIANO

POR

JOSE IGNACIO VICTOR EYZAGUIRRE

OBRA APROBADA

POR

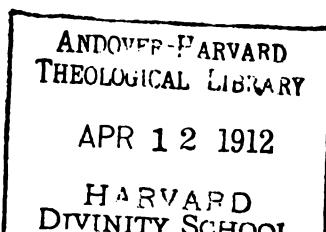
LA AUTORIDAD ECLESIASTICA DE ROMA

TOMO CUARTO

QUE CONTIENE INSTRUCCIONES CONCERNIENTES
A LOS MISTERIOS DE LA VIDA DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO,
DE SU SANTISIMA MADRE,
Y DE ALGUNOS SANTOS PATRONOS DE AMERICA.



ROMA
IMPRENTA POLIGLOTA
DE PROPAGANDA FIDE
1875



1740, 8-22

El Autor se reserva el derecho de propiedad.

INSTRUCCION PRIMERA.

SOBRE EL MISTERIO DE LA ENCARNACION DEL HIJO DE DIOS.

*Concipies in utero, et paries filium,
et vocabis nomen eius Iesum.*

Concebirás en tu seno, y parirás un hijo,
y llamarás su nombre Jesus.

(S. Luc. Cap. 1.)

El cristiano lee en estas palabras del santo Evangelio el principio de su redencion; ve al Hijo unigénito de Dios que se humilla hasta vestir nuestra naturaleza humana; y hecho hombre habitar entre los hombres; ve cumplidas las profecías que anunciaban el reino de Dios sobre la tierra, y al Príncipe de paz y Padre del siglo futuro, gobernando á sus criaturas con leyes fundadas sobre justicia y equidad.

Este es el acontecimiento mas grande acaecido en favor del linaje humano que, agobiado por el peso de infinitas miserias, esperaba un Redentor que le libertase misericordiosamente. En la encarnacion del Hijo de Dios viene á la tierra este Redentor, el ángel San Gabriel anuncia hoy á Maria Virgen de Nazaret, que lo concebiría en su vientre por milagro estupendo y sin ejemplo, y lo daria á luz para que fuese el liber-

tador de los miserables hijos de Adan. Isaías había previsto este gran suceso con sus detalles mas minuciosos, y el ángel del Señor, al saludar á la elegida para Madre del Verbo divino hecho hombre, lo hace, repitiendo las palabras que mil años ántes había dicho aquel profeta inspirado por Dios: *Ecce concipies in utero, et paries filium.*

Las funciones que el Hijo de Dios humanado venia á desempeñar entre nosotros, no podian ser conocidas ni apreciadas en toda su extension sinó por aquel que es luz eterna, sabiduria increada y á cuya penetracion nada se oculta. Por eso fué Dios mismo quien puso en boca del ángel el nombre que habia de imponerse á este niño; nombre que comprende la excelencia y dignidad de sus virtudes, y al mismo tiempo significa el objeto que lo trae á la tierra para habitar entre nosotros. *Vocabis nomen eius Iesum.* Le llamarás Jesus, dice el ángel á Maria; y es El quien viene á salvar á su pueblo de los pecados.

El entendimiento del hombre no alcanza á comprender, ni su lengua puede explicar la grandeza del beneficio que Dios nos hizo, tomando nuestra naturaleza humana. No espereis, por consiguiente, que yo pueda tratar dignamente del soberano misterio de la encarnacion del Hijo de Dios. Me esforzaré tan solo para alentar vuestra piedad á corresponderlo; y con este objeto os mostrare primero la obra de amor infinito que realizó Dios en beneficio de sus criaturas, encarnando en las entrañas purísimas de la Virgen Maria; y os haré conocer despues los actos heróicos de virtud que ejercitó ese mismo Dios al vestir nuestra naturaleza humana. Ojalá mis palabras merezcan la bendicion divina, de modo que lleven á vuestras almas todas las gracias del cielo. Bendecidlas vos, oh amoroso Salva-

dor, de modo que sirvan de instrumento que nos muevan á imitar vuestras virtudes. Alcanzadme este favor con vuestra intercesion soberana, ¡oh purisima Virgen Maria !

I.

Dios hizo comprender á nuestros primeros padres que enviaria á la tierra un Redentor que nos librase de la muerte á que nos sujetó su pecado , y al patriarca Abraham prometió que naceria de su posteridad. Isaac y Jacob recibieron esta misma promesa , y David se regocijaba viéndole ya venir para salvar á los hijos de Israel sentados en sombras de muerte y soportando penas de infierno. Leyendo, hermanos mios, con atencion los libros de los profetas , así como los salmos de David, se ve hasta dónde llegaba la firme esperanza que mantenian todos los justos del antiguo Testamento, de la venida de este Redentor. Lo veian unas veces con los ojos de su alma estableciendo su reino espiritual sobre la tierra (1) ; levantaban otras su corazon y su espíritu hasta el trono de Dios, para pedirle que abriese los cielos con su poder infinito y lo enviase presto (2); y los mas se contentaban con adorarlo desde lejos , y regocijarse de la salud y redencion que traia para todos. Los mas grandes reyes de Judá , y las matronas mas esclarecidas del antiguo Testamento miraban en los transportes de su fé como la mas excelente de las bendiciones del cielo poder servir á este Salvador, de quien David en medio de la grandeza y de los honores de su trono se confiesa nada mas que un pobre y humilde esclavo.

(1) Malaquías. Cap. 3.

(2) Isaías. Cap. 45.

Pero no era á los soberanos de la tierra ni á los señores de este mundo, á los que tomaria el Redentor para hacerlos servir de instrumento de su misericordia y de su amor en el misterio de su encarnacion. *Deposuit potentes de sede, et exaltavit humiles* (1). Destronó á los poderosos, y ensalzó á los humildes, dijo inspirada por Dios el alma purísima que conoció ántes que ninguna otra que había entrado al mundo el Salvador ; y esta sentencia de inefable verdad nos explica la providencia que Dios hizo brillar en la redencion de los hombres por su divino Hijo. Volved, católicos, vuestra vista á un pueblo obscuro de la Galilea, penetrad en el interior de una pobre casa, y allí encontrareis esa humildísima Virgen en quien Dios fijó sus ojos para hacerla su tabernáculo purísimo, cuando entró á la tierra y vino á habitar entre los pecadores. Nazaret, pequeña ciudad de Galilea, es á la que me refiero, y la Virgen Maria esa criatura que por su pureza virginal y sus virtudes admirables fué encontrada digna de recibir en su seno al Mesias prometido.

El ángel San Gabriel mandado por Dios á anunciarle su soberana voluntad, penetrando hasta el humilde aposento en que la inocente niña oraba meditando las santas Escrituras (2), la saluda respetuosamente diciéndole: « Dios te salve llena de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres (3). » Oyendo Maria las palabras del ángel, y creyendo á éste, al juzgar por su exterior, un hombre, quedó turbada y pensaba cuál seria el objeto de sus palabras. Mas San Gabriel, conociendo lo que en ella pasaba, continuó hablándole: « No temas, Maria, porque has hallado

(1) Lúcas. Cap. 1.

(2) S. Albertus Magn. Tract. de Incarnat.

(3) Lúcas. Cap. 1.

gracia delante de Dios. He aquí, concebirás en tu seno, y parirás un hijo, y llamarás su nombre Jesus. Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo, y le dará el Señor Dios el trono de David su padre: y reinará en la casa de Jacob para siempre, y su reino no tendrá fin. » « ¿Cómo puede suceder todo ésto, dijo Maria al ángel, cuando yo no conozco varon? » Respondióle San Gabriel: « El Espíritu Santo vendrá sobre tí, y la virtud del Altísimo te asistirá: y por eso el Santo que nacerá de tí, será llamado Hijo de Dios. » A todo lo dicho quiso el ángel añadir una concluyente prueba de la verdad de sus palabras, y fué ésta: « Isabel tu pariente ha concebido en su vejez un hijo, y aquella que era estéril, se encuentra hoy en el sexto mes de su embarazo, porque nada hay imposible - para Dios. » Luego que Maria oyó todo ésto, « He aquí, dijo, la esclava del Señor; hágase en mí segun tu palabra. » Brilla en esta respuesta de Maria su humildad profunda que, aun en medio de la singular grandeza á que Dios la elevaba, conservó en su alma como la virtud mas preciosa, y que la hacia tambien mas agradable á los ojos del Altísimo.

Notad, hermanos mios, con el Padre San Bernardo (1) cuántas virtudes de la madre de Dios resplandecen en esta conversacion que entretiene con el ángel; su recogimiento que la conserva en su pobre casa apartada del bullicio y trato con los hombres; su oracion fervorosa con que clama á Dios, para que se compadezca de Israel y le mande su redencion; su pureza y castidad que aprecia sobre toda dignidad, sobre todo honor y sobre cualquiera conveniencia que pudiera adquirir con el sacrificio de aque-

(1) *Homilia in Evang. Missus est.*

llas virtudes; su recato y modestia que la hacen temblar en presencia del arcángel, cuando duda todavía quién fuese éste; y la subordinacion, en fin, de su propia voluntad á la divina. ¡Cuán distantes estamos nosotros de las virtudes de Maria, hermanos mios! Distraidos en mil negocios de la tierra, y engañados por las ilusiones y encantos de este mundo, apartamos á cada momento nuestro corazon de Dios y de sus bienes eternos, para ir corriendo tras la vanidad, la grandeza y los placeres que nos brindan los sentidos; trocamos lo eterno por lo caduco, lo grande y sólido por lo miserable y vil, y lo que contiene la verdadera felicidad por lo que será para nosotros en muchas ocasiones fuente de todas las desgracias. Aprovechemos el ejemplo de Maria, y como ella demos preferencia á las virtudes que nos hacen estimables á los ojos del Señor, dándonos derecho á los dones de su amor y de su infinita misericordia.

Luego que Maria dió su consentimiento al ángel para que el Hijo de Dios tomase en su vientre carne humana, el Espíritu Santo formó de la sangre purísima de esta inmaculada Virgen un cuerpo perfecto, crió un alma racional excelentísima, y las unió entre sí; y en este cuerpo perfecto entró á habitar el Verbo divino, uniéndolo hipostáticamente á su divinidad. Dios quedó de ese modo hecho hombre, y el hombre elevado en la carne de Jesucristo á vivir en union íntima y perfecta con la naturaleza divina; la naturaleza humana regenerada por Jesucristo, y una hija de Adan levantada á la dignidad de madre de Dios. Pero aun mas: en ese Dios humanado daba el Todopoderoso una perfectísima muestra de su omnipo-tencia, de su sabiduría y de su caridad: de su omnipotencia, uniendo la naturaleza divina á la humana, y vistiendo á Dios con la carne del hombre; de su sabiduría,

encontrando medio para redimir al hombre del profundo abismo en que le sumergió su pecado; y de su caridad, comprando á ese mismo hombre con el precio de sus humillaciones para libertarlo de su perdición. Apenas formado el cuerpo de Cristo en el seno de la Virgen, cuando ya lo miró Dios con infinito amor: lo amó mas que á todos los ángeles, mas que á todos los hombres, y mas que á todas las otras criaturas reunidas (1). Le dió nombre sobre todo nombre, se gozó en él con gozo infinito, y lo atiendó con una complacencia mas tierna y amorosa que todo lo criado y por criar. Avivemos nosotros la fe, para conocer bien á este pequeño niño, objeto de las complacencias del Altísimo; abramos los ojos de nuestro entendimiento para mirarlo espiritualmente, y no podremos ménos que sentirmos conmovidos por el abatimiento y humillación en que lo contemplamos.

El ángel Gabriel en las palabras que dirigió á la Virgen María nos deja penetrar algo de la grandeza de este niño. Lo llamarás Jesus, le dice, porque este nombre da á conocer ya bien en él al Salvador del linaje humano prometido en la ley y en los profetas, y porque el nombre de Jesus tiene este significado, é imponiéndolo Dios por ministerio de su ángel, revela en el que lo recibe ese carácter celestial. Grande también lo llama con aquella grandeza que no tiene límites; grande en la divinidad y en la humanidad; grande en su doctrina y en sus ejemplos; grande por el poder que ejerce en el orden natural y en el sobrenatural; y grande todavía porque con su gracia eleva á los hombres que creen en El á la sublime dignidad de hijos de Dios (2).

(1) S. Thomas. 1.^a pars, quaest. 20. art. 4.

(2) Juan. Cap. 1.

A este Salvador Hijo del Altísimo dará el Señor el trono y el imperio; pero no un trono temporal ciertamente, porque ésto no estaba en armonía ni con su divinidad, ni con su grandeza; sino el imperio sobre todos sus escogidos, el trono espiritual desde el que reinará sobre los que reciban y practiquen sinceramente su fe, y entren á formar el reino de Dios figurado en la casa de Jacob y en el trono de David. Y este reino será eterno: *Regni eius non erit finis*; de manera que esa misma eternidad será la prueba evidente de su origen celestial. ¡Poder humano! venid á reconocer vuestra pequeñez delante de este Rey inmortal, que pone en el vientre materno los cimientos de un imperio, cuya duracion será eterna. Este es el reino de la fe que trae Jesucristo á la tierra, fe que reunirá á los hombres de todos los climas, de todos los idíomas, y de todos los países en una misma Iglesia, en cuyo seno elevará su trono el Hijo de Dios eternamente. *Regni eius non erit finis*. Los hombres combatirán encarnizadamente este reino y este trono, los príncipes de este mundo se encontrarán fuertes para perseguirlo, y unos y otros fuertes tambien para combatir las verdades que forman el credo de sus asociados; fuertes para dictar leyes despóticas contra sus dogmas, su culto, sus pastores, sus ministros, sus templos, sus instituciones, y contra todo cuanto encierra adorable, grande y majestuoso este reino; mas ¿qué importa toda esa fortaleza? *Non praevalebunt*, dice la voz eterna que lo funda: « No prevalecerán. » Sí, no prevalecerá el poder de la tierra contra Jesucristo; los tronos y los imperios de los perseguidores del Salvador perecerán arruinados; el mismo despotismo de sus leyes opresoras les abreviará su existencia; pero mientras tanto el reino de Jesucristo vivirá

eternamente. *Regni eius non erit finis.* ¡Qué grande y majestuoso aparece Jesucristo contemplado á la luz de estas consideraciones que nos inspira la palabra de Dios! Ellas nos ponen en aptitud cabal para conocer y apreciar en toda su extension la grandeza del sacrificio que ofrece á Dios de sí mismo el Verbo divino al humillarse en el misterio de su encarnacion, para redimirnos y salvarnos del pecado. Era Dios eterno é infinito, y se hace mortal y pequeño; reinaba entre los resplandores inaccesibles de su gloria, y desciende á las entrañas de una criatura donde viste carne humana; mandaba á los ángeles, tenia por trono á los querubines, y paseaba sobre las alas de los vientos, y toma la forma de un niño pequeñito, sufre los efectos de la condicion del niño, y se somete á ella alegramente. ¡Oh magnificencia insondable de la caridad de Dios! permitidme, hermanos mios, exclamar con el venerable Padre Luis de Granada (1). ¡Oh profundidad infinita de su misericordia para con los hombres! A todo le hace superior su amor cuando trata de nuestro remedio.

Pero si el conocimiento de la grandeza del Hijo de Dios, ocultada y anonadada en el misterio de la encarnacion, debe empeñar profundamente nuestro reconocimiento para con Jesucristo, no lo deben empeñar ménos los actos de heróicas virtudes que allí mismo ejercitó por nuestro amor.

II.

En tres actos de excelentísima virtud quiero fijar particularmente vuestra atencion eligiéndolos entre to-

(1) *Serm. de la Encarnacion.*

dos los demás que practicó nuestro Señor Jesucristo en el misterio de su encarnación en las entrañas purísimas de la Virgen María (1). Ejercitó primero un celo ardiente y perfecto por la gloria de su Eterno Padre. La divinidad dejó ver á la humanidad el profundo olvido de sus obligaciones en que vivía el linaje humano, y la ignorancia que pervertía el entendimiento y la voluntad de casi todos los hombres. Le permitió penetrar los siglos pasados y presentes, y ver en todas las naciones de la tierra no solo los errores de los paganos, las contradicciones de los filósofos y la corrupción de los idólatras, sino que, extendiendo todavía su vista por los siglos futuros, divisar la indiferencia con que unos recibirían su fe, el desprecio práctico que harían otros de esta misma, y el tesón con que sería destrozada por los cismáticos, calumniada por los incrédulos y perseguida por los impíos y falsos creyentes. La injuria que todos éstos hacen á Dios commueve su celo, quiere destruir el pecado causa real y verdadera de tantos males, destruyéndolo quiere á la vez dar á la justicia divina esa cumplida satisfacción que exige por los agravios recibidos; mas como era necesario para ésto el sacrificio de su anondamiento, lo hace con la voluntad más pronta, y con su humillación abraza la pobreza, los desprecios, las persecuciones, la pasión sangrienta, y en fin, la muerte ignominiosa. Y no trepidó un solo instante para abrazar con la voluntad más espontánea y fervorosa todos estos sufrimientos, porque repitió al Eterno Padre lo que ya ántes le había dicho sentado sobre el trono de su gloria: « Pronto estoy para cumplir vuestra soberana voluntad, y lo hizo con el mismo contento, amor y alegría que entonces. » La cari-

(1) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 34.

dad para todos los hombres acompañó á su celo por el honor divino, de manera que si éste le movia á reparar los ultrajes que los hijos de Adan ciegos é ignorantes inferian á la majestad eterna, aquella caridad le inspiraba derramar sobre esos mismos cuanto ántes la luz que traia á la tierra. Tomando carne humana en el vientre de Maria hizo á nuestra naturaleza capaz de recibir la luz de la gracia y de la verdad divina, porque con su contacto le sanó de las enfermedades espirituales que se lo impedian. El hombre ciego era ántes de la encarnacion de Jesucristo incapaz de ver aquella luz y de recibir aquella gracia, mas tomando el Verbo divino nuestra carne, curó su ceguedad, de manera que no fué ya mas ese hombre que tropezaba y caia á consecuencia de las tinieblas, sinó otro que iluminado por la luz clarísima de nuestro Redentor pudo repetir como el Evangelista en medio de los mas dulces transportes de amor y de reconocimiento: *Vidimus gloriam eius*: hemos visto su gloria, hemos percibido su claridad y hemos oido su verdad.

Pero trayendo Dios humanado la luz y la verdad á la tierra, y dándola á todos los hombres como el principal elemento de su vida espiritual, impuso á todos igualmente la obligacion estrecha de recibirla, de guardarla y de obrar en conformidad con ella. Por eso aquel que habiendo recibido la fé, la abandona ú obra negligentemente con desprecio de esa misma fé, comete un gravísimo pecado que le hace responsable del bien que recibió y no supo aprovechar. ¡Oh cuántos hay de éstos en el pueblo cristiano! Cuántos que habiendo recibido en el santo bautismo la luz de la gracia que nos trajo nuestro Señor Jesucristo, la desconocen despues, heridos por la ceguedad en que sus malas pasiones les hacen incurrir. Cuántos otros que

no aprovechan esta luz, permaneciendo en esa indiferencia religiosa práctica que traen los goces de los sentidos; y cuántos, en fin, que conservan en su alma las tinieblas del pecado, á pesar de la luz, de la gracia y de la verdad que nos ha traído Jesucristo. ¡Oh! quiera el dulcísimo Salvador compadecerse de todos con esa caridad inflamada con que abrazó en su encarnación á todo el linaje humano, y lo hizo capaz de recibir los bienes que trajo del cielo á la tierra.

Ejercitó, finalmente, el Hijo de Dios la obediencia más perfecta al tomar nuestra carne: el Verbo Divino descubrió en el instante de su encarnación á la naturaleza humana de que se vistió todo cuanto había de padecer desde que entrase á la tierra; le descubrió clara y distintamente la pobreza y humildad del pesebre, la persecución de Herodes, la vida obscura y obediente á sus criaturas de toda su niñez y juventud, las fatigas de su predicación, y en fin, todos los tormentos y amarguras de su pasión y muerte. Y la voz del Padre, hablándole en el estrecho recinto del vientre de su inmaculada Madre le pide que acepte todas esas humillaciones, y la humanidad santísima de Jesucristo llama mandamiento á esta voluntad, y se ofrece á padecer todo aquello con prontitud, cumpliéndose lo que dijo San Pablo, que dejando el gozo de esta vida, y mirando al eterno de la otra, abrazó la cruz sin hacer caso de sus ignominias (1). Ved ahí, hermanos míos, cómo Jesucristo con su perfectísima obediencia, corregía los desórdenes de la propia voluntad, que llevan á los hombres ordinariamente á cometer tantos excesos contra la ley de Dios.

Esta obediencia era además espontánea y llena de intensa alegría, que comunicaba á su alma la grandeza

(1) V. P. Luis de la Puente. Parte II. Medit. 10.

de su amor á Dios ; era generosa , porque no queria ahorrar ningun género de sacrificio , y era , en fin , inmensa aun en los detalles mas pequeños de la voluntad divina. ¡Oh ! cuán bien puede decirse de Jesucristo en su encarnacion lo que el Apóstol repite meditando su pasion y muerte: *Factus est pro nobis obediens*: Se hizo obediente por nosotros. Aprendamos esta obediencia perfecta de nuestro Salvador, y procuremos de por vida no separarla de la memoria para recordarla , ni de la voluntad para imitarla. Los ejemplos del Hijo de Dios humillado y envilecido para salvarnos, deben ser muy amables para el cristiano, por lo mismo ha de procurar la ocasion de imitarlos, y con todo su corazon ha de esforzarse por mostrar al Señor cuán agradecido vive á los beneficios que en ellos se ha dignado dispensarle.

La encarnacion del Hijo de Dios es obra de infinito poder , por cuanto en ella toma carne humana, y purifica y eleva nuestra pobre y flaca naturaleza. Es obra de infinito amor , por cuanto con ella Dios por nosotros se humilla y abate hasta el extremo de abrazar voluntariamente todos los padecimientos que soportó durante su vida mortal. Es obra de infinita virtud, porque en ella Maria , elevada á la mas alta dignidad á que jamas pudo llegar ninguna otra criatura, nos da ejemplos admirables de humildad, de recogimiento, y de fortaleza celestial. Recojamos, hermanos mios, todos estos ejemplos meditándolos fervorosamente , y como fruto de nuestra meditacion hagamos obras tales que manifiesten vivimos agradecidos al beneficio que Dios nos concedió, al venir desde el cielo á buscarnos para redimirnos con el precio de su purísima sangre. Conozcamos en Jesucristo á nuestro amorosísimo Salvador, y mirándolo con los ojos

de la fé encerrado en las entrañas de la Virgen María, abrámosle nuestro corazon y ofrezcámoselo pidiendo que venga á habitar en él por su divina gracia. Purifiquémoslo con ese objeto, á fin que no lo rechace, sinó que aceptándolo misericordiosamente lo conserve en su amor, hasta que nos unamos á El por toda la eternidad en su gloria.

INSTRUCCION SEGUNDA.

SOBRE EL MISTERIO DE LA VISITACION DE NUESTRA SEÑORA A SU PRIMA SANTA ISABEL.

Excurgens Maria abiit in montana cum festinatione.

Levantándose María fué con prisa á la montaña.

(S. Luc. Cap. 1.)

¡ Montañas de Judea famosas en las santas Escrituras, humillad vuestros collados en presencia del Redentor ! Un Profeta inspirado penetrando los siglos futuros, os vió encorvadas en señal de profundo homenaje al Salvador del género humano : vedlo ahí que pisa vuestras cimas y atraviesa vuestras pendientes ; con El viene la lluvia que os cubrirá de flores, el rocío que conservará frescas las hermosas arboledas de vuestras planicies , y la bendicion del cielo que colmará de dones á vuestros afortunados habitantes. Montes de Efrain, que os henchisteis de gozo escuchando los juicios de Dios vivo, alzaos, porque os aguarda nueva gloria. Gelboé maldito por David en medio del dolor y de la consternacion de Israel , alzaos tambien, porque llegó la hora en que cesará vuestra ignominia. El Salvador del mundo sin aparecer todavía entre los hombres, ha inspirado á María que

le lleve á visitar al que tiene elegido para prepararle sus caminos. No nace aun, y quiere ya derramar sus gracias sobre el alma del Bautista, santificándola y librándola de la esclavitud de satanás que sufre por el pecado original. Maria escucha la inspiracion divina, y se levanta presurosa para ejecutar lo que en ella se le indica. *Exurgens Maria abiit in montana eum festinatione.*

Irá Maria venciendo las dificultades que le opone su pobreza, irá á una casa tambien pobre, á habitar con una familia sencilla y temerosa de Dios: les llevará las bendiciones del cielo, pues conduce en su seno á Aquel que las dispensa. ¡Oh cuántas verdades se nos enseñan en el misterio de la visitacion de Maria! Jesus que urge á su inmaculada Madre para que le lleve á casa de Santa Isabel con el objeto de redimir una alma de la esclavitud del pecado, ¡qué amor tan intenso á los hombres no descubre! Maria que obedece con prontitud admirable la inspiracion de Jesus, y para ello vence toda suerte de dificultades; Maria, repito, que iluminada por luces del cielo canta las misericordias del Señor realizadas en su persona en un cántico celestial; Maria, en fin, instrumento de la bondad divina en esta primera santificacion del hombre obrada por Jesus, ¡cuántos ejemplos celestiales de virtud y santidad no nos ha dejado! El deseo íntimo de su santificacion que muestra San Juan Bautista, las luces del cielo que recibe y aprovecha Santa Isabel, todo esto, hermanos mios, habla efficazmente á nuestro entendimiento y á nuestra voluntad, cuando lo meditamos con la debida piedad y devocion.

Quiera el Señor concedernos la luz que necesitamos para contemplar de esa manera las santas lecciones, que en el misterio de la visitacion nos dan Jesus, Maria

y el Bautista, de modo que podamos debidamente aprovecharlas. Oidme.

I.

Toda la vida de nuestro Señor Jesucristo fué una continua fatiga, á fin de dispensar á los hombres los bienes que les traia desde el reino de los cielos. Cuando lo vemos empeñado en predicar el Evangelio que á tantos habia de salvar, « He venido, dice, á traer fuego á la tierra, y no quiero otra cosa sinó que arda (1). » Hablabla del fuego que la caridad comunica á las almas, purificándolas de sus errores, de sus miserias espirituales, de sus tibiezas y de sus extravíos. Para que ardiese ese fuego en los corazones, soporta mil fatigas con invencible paciencia, emprende mil peregrinaciones por la Galilea y la Judea, y sufre persecuciones y calumnias de parte de los enemigos de su doctrina. Mas tan léjos de arredrarlo todo ésto, mira los obstáculos que se le presentan como obra de satanás, y dobla su empeño hasta superarlos todos. En el misterio de la visitacion vemos el principio de esta conducta y como el programa que habia de observar en todo tiempo.

Tenia Jesus elegido á Juan para que fuese su precursor, y este amor misericordioso con que lo escogió para tal objeto entre todos los hijos de Israel, le hacian en cierto modo acreedor á los obsequios mas especiales de su liberalidad. Por eso inspira á Maria para que le lleve á casa del Bautista ; mas la inspira no de un modo ordinario, hermanos mios, sinó *cum festinatione*, como nos hace notar el sagrado Evangelio.

(1) Lúcas. Cap. 12.

Es decir la inspira con inspiracion viva y eficaz ; la inspira con aquella gracia fecunda que convierte en frutos de santas obras las ilustraciones y las advertencias que vienen del Señor. Así es como la bondad divina se propone tantas veces obrar en el corazon de sus criaturas; mas desgraciadamente encuentra en éstas obstáculos que le oponen su falta de cooperacion á la gracia que les envia, para prepararlas á recibir sus dones saludables. En el misterio de la visitacion, Jesucristo inspira á Maria que le lleve á casa del Bautista, y su gracia halla en esta inmaculada Virgen la mas pronta y eficaz cooperacion. Esa gracia hace á la vez capaz á Juan de conocer y apreciar el beneficio, que va á dispensarle la infinita bondad divina, ilumina á Isabel y á Zacarías, para que comprendan algo de los misterios que el Hijo de Dios va realizando en beneficio de los hombres, y correspondida por las almas dichosas que la reciben, viene á ser admirablemente fecunda en todas ellas. ¡Oh si correspondiésemos nosotros de la misma manera á la voz de Dios, cada vez que nos significa su voluntad !

Jesus conducido desde Nazaret, pequeña y humilde ciudad de Galilea, hasta las montañas de Judea vecinas á Jerusalen, cumplia literalmente lo que en espíritu vieron los profetas, cuando « Consolaos, pueblo mio, consolaos, decian á nombre del Señor, porque va á ser perdonada la maldad de Jerusalen, aparejad el camino, y enderezad en la soledad las sendas de nuestro Dios (1). » « Ved al Redentor de los hombres y amador de las almas, que viene saltando los montes y atravesando los collados (2). » Da voces á los que

(1) Isaías. Cap. 40.

(2) Cant. Cantic. Cap. 2.

viene á buscar, diciéndoles se levanten para recibir los frutos de su ardiente caridad, especialmente la fervorosa fé con que lo colocarán como sello sobre su corazon, para impedir que los vicios entren á mancharlo, y sobre su brazo para ajustar todas sus obras á la ley de Dios. Levántate, hija de Sion, y viste los vestidos de tu solemnidad, dice como hablaba Isaías á Israel cuando anunciable á este divino Salvador, levántate, porque apareció para tí la gloria del Señor. ¡Feliz y dichosa aquella alma que como el Bautista escucha estas palabras amorosísimas del Redentor de los hombres, y se dispone para ordenar su vida de manera que las gracias que Este le dispensa no queden defraudadas! Movámonos, hermanos mios, con actos espirituales y con afectos fervorosos del corazon para salir al encuentro de Jesucristo, y poder merecer los auxilios de su divina gracia.

Cuando el Salvador se acercaba á la casa de San Juan, éste ilustrado por Dios conoció el bien de infinito precio que se le iba á conceder, á saber, el de su libertad espiritual: conoció que de vil esclavo del demonio, destinado á soportar las cadenas del cautiverio mas degradante y miserable, iba á ser redimido por Jesucristo, y no ya solo para que fuese Hijo de Dios y heredero del reino de los cielos, como los otros hombres, sinó para que desempeñase en la tierra el oficio de Precursor preparando á Israel para recibir con fruto su santa doctrina, con sus sermones y santa vida. ¡Con cuántos movimientos en el vientre materno no mostró el intenso gozo que experimentaba su alma afortunada! El Divino Jesus, complaciéndose en esta primicia que recogia ejercitando su oficio de Redentor del linaje humano, miró á su Precursor con particular afecto, lo llenó de nuevas bendiciones, y mul-

tiplicó sobre él las gracias que tan bien supo aprovechar, llegando á la prodigiosa santidad que en su persona nos hace admirar el Evangelio. Y el buen Jesus no limitó los favores de esta visita á su santo Precursor, sinó que iluminó á la madre de éste con luces del Espíritu Santo, de modo que al saludar á Maria inspirada repitió las mismas palabras que poco ántes en Nazaret el ángel San Gabriel : « Bendita eres entre las mujeres ; *Benedicta tu in mulieribus.* » Como quien veia claramente los misterios que se realizaban en el purísimo vientre de la madre de Jesus, ¡ Oh Maria ! exclama, tú eres bendita entre todas las mujeres, porque llevas en tí no ya las bendiciones de Dios, sinó al Autor de esas mismas bendiciones y único Señor que puede dispensarlas á los hombres. La bendicion que tú has alcanzado no la tuvo ni la tendrá jamas alguna otra hija de Adan : por eso tú sola puedes levantar tu cabeza entre todas como favorecida y bendita particularmente por Dios. Bendita en el primer instante de tu ser, librándote Dios de la culpa original, bendita eligiéndote para madre suya, y bendita ahora mismo y á cada momento por el Verbo divino que encierras en tus entrañas. ¡ Y de dónde á mí tanto bien, que la Madre de Dios venga á visitarme ?

De esta manera el Verbo divino ilumina á la madre de San Juan, revelándole su encarnacion en las entrañas de Maria Virgen, y su entrada á la tierra para habitar entre los hombres vestido de nuestra frágil naturaleza. Esta infinita liberalidad con que Dios trata á sus criaturas, debe subordinar enteramente nuestro entendimiento y nuestra voluntad á la ley de Dios como prenda de reconocimiento á su bondad infinita ; pero ademas ha de servirnos como medio de prepararnos para las nuevas gracias que el Señor se digne

concedernos. De nuestra dureza, de nuestro desconocimiento y falta de gratitud á los favores divinos nacen la flaqueza de nuestra virtud, la inconstancia de nuestro fervor, y gran parte de esas culpas en que con tanta ligereza como facilidad caemos cada dia. Jesus empeñado en rescatarnos y salvarnos de estas miserias, nos llama, nos busca, quiere visitarnos; pero ¿cuál es, hermanos mios, nuestra conducta? Oímos con indiferencia su voz, esa voz que habla en lo mas profundo de nuestra conciencia: obramos en contradiccion con el fin á que se dirige, y apartamos nuestra voluntad fuera del sendero que Dios nos indica como seguro para llegar á la felicidad eterna. De aquí resulta que el Señor se aleja cada vez mas de nosotros, sus voces son cada dia menos frecuentes, y la obscuridad é indiferencia vienen á ser la situacion continua de esa misma alma que luchó, por decirlo así, tantas ocasiones con las gracias que se le daban para su felicidad eterna.

Propongámonos, hermanos mios, ser dóciles á las inspiraciones, á esos continuos esfuerzos, diré mejor, que hace Jesucristo empeñado en rescatarnos de nuestra ceguedad, de nuestros vicios y de todas nuestras flaquezas y miserias. De ese modo la gracia divina, correspondida por nuestra cooperacion, se arraigará profundamente en nuestra alma, y dará en nosotros frutos copiosos de vida eterna. En la conducta de Maria que nos pinta el santo Evangelio refiriéndonos el misterio de su visitacion, encontramos el modelo de esa sencillez, prontezza y actividad con que hemos de corresponderla.

II.

La obediencia profunda á la voz de Dios es la primera virtud que brilla en Maria en el misterio de su

visitacion. Apenas habla el Señor á su alma, cuando presurosa se levanta para ir á la montaña de Judea. *Exurgens Maria abiit in montana cum festinatione.* La prontitud de su obediencia es superior á todo cuanto podamos nosotros decir. Las altas montañas, así como los profundos y peligrosos despeñaderos, que debia atravesar en su viaje, no le inspiran temor un solo instante, ni Samaria y Sevaste, grandes cortes en aquella época, famosas por la relajacion de sus moradores, y que estaban en su camino, la retrajeron de obedecer, atendidos los peligros que ofrecian á su juventud, pobreza y aislamiento. Dios le inspira que marche, y nada puede detenerla cuando trata de obedecer su voz. *Exurgens Maria abiit in montana cum festinatione.* Las vastas llanuras de Esdrelon, lo dilatado de las regiones que tiene que atravesar, ningun inconveniente tampoco le ofrecen, y acompañada tan solo de su santísimo esposo José cumple religiosamente lo que le ha ordenado la inspiracion divina. La pobre casa de Isabel abre sus puertas, y recibe con Maria al Salvador del mundo que lleva ésta dentro de su seno. ¡Ah católicos! ¡cómo podrá la lengua del hombre expresar los encendidos afectos que Dios deja sentir entonces en el alma afortunada de Maria? ¡Cómo numerar las gracias, consuelos, dulzuras y júbilo celestial con que compensa las fatigas de su largo viaje? Hablad vos misma, purísima Virgen y á la vez Madre dignísima de mi Dios. Oigamos, hermanos mios, su voz inspirada, Dios es quien habla por su boca (1).

« Mi alma engrandece al Señor, y mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador. Porque miró la pequeñez de su esclava, por eso me llamarán bienaventurada todas

(1) Lúcas. Cap. 1.

las generaciones, porque ha hecho en mí grandes cosas el Todopoderoso, y santo el nombre de El. Y su misericordia irá de generacion en generacion sobre los que le temen. Hizo poderios con su brazo, y disipó á los soberbios. Destronó á los poderosos, y ensalzó á los humildes. Colmó de bienes á los hambrientos, y á los ricos dejó vacíos. Recibió á Israel su siervo acordándose de su misericordia. Así como lo dijo á nuestros padres, á Abraham y á su descendencia por los siglos. »

Este fué el cántico celestial que entonó Maria, y en él recopiló las misericordias inefables que Dios obraba en su persona para la salvacion de los hombres. Y este cántico que Dios inspiró entonces á su santa Madre, la Iglesia cada dia lo repite en sus templos, lo pone en boca de sus sacerdotes y lo entona en los coros de sus religiosos. En él muestra Maria el ardiente fervor con que desea engrandecer al Señor con aquella grandeza accidental que la criatura puede dar á su Criador, confesando, publicando y procurando que todos conozcan y adoren sus bondades inefables. Muestra que su espíritu ni conoce, ni ama otras alegrías que aquellas que le proporciona su trato con Dios: nos dice que el Señor la miró con ojos misericordiosos, fijándose en ella para realizar los designios de su infinita bondad en la redencion del linaje humano; y que esta grandeza, en cierto modo infinita á que el Omnipotente la elevó, tuvo por fundamento su humildad. ¡ Oh mundanos ! no olvideis esta profunda enseñanza de Maria. Nuestra verdadera grandeza está en Dios, y no hemos de buscarla ni en la ciencia que enorgullese, ni en los tesoros que turban la paz del alma, ni en el poder que estimula la soberbia del corazon, sino solamente en Dios. *Fecit mihi magna qui potens est.*

La divina gracia es la que concede la verdadera grandeza, y el que se aventaja en las virtudes cristianas, y particularmente en la humildad, es el único que puede llamarse grande con razon delante del Señor. Recorre Maria con su entendimiento la serie de todas las generaciones que han atravesado sobre la tierra, y en todas ve la mano de Dios extendida en favor de los que le adoran y le temen: ve que en todos obró igualmente prodigios asombrosos para favorecerlos, y que el pueblo de Israel, en cuyo seno va á nacer humanoado, es el testimonio mas solemne y evidente de esta verdad. ¡ Oh Dios mio ! dice entonces su alma llena de santo reconocimiento, hiciste poderios con vuestro brazo, porque verdaderamente todo lo puedes en el cielo y en la tierra, y nadie hay quien resista á vuestra divina voluntad. De ese modo Maria illuminada con luces celestiales tan abundantes y sobrenaturales, cuales no tuvo ninguna otra pura criatura, alaba y publica, dice San Agustin, la bondad infinita de Dios, que ha querido obrar en su seno virginal el asombroso milagro de la encarnacion del Verbo divino. La suavidad inefable de Jesus le inspiraba un gozo indescriptible para nosotros pobres y limitadas criaturas. Se regocija su alma, y era ciertamente su gozo muy superior al que sentia el Profeta, cuando decia absorto en la hermosura y majestad de Dios: *Ego autem in Domino gaudebo* (1). Estas son las luces que brillan en Maria mil veces dichosa, y con las que la bondad divina le corresponde la prontitud y eficacia con que ha obedecido sus inspiraciones. ¡ Oh Mujer bendita sobre todas las mujeres ! repitamos con aquel santo Doctor. ¡ Oh obediencia feliz ! ¡ Oh gracia insigne,

(1) Habacuc. Cap. 3.

con la que tantas otras gracias ha adquirido! Podemos decir que teniendo consigo al que es fuente perenne de vida eterna, saca María todas las que nos muestra y que verdaderamente la exhiben grande, feliz y bien-aventurada sobre todas las criaturas (1).

III.

La gracia divina que obraba en la obediente Madre de Jesús de una manera tan maravillosa, obraba también en Juan Precursor del Salvador, prodigios no menores grandes y asombrosos. Juan recibe del Señor el conocimiento perfecto de la transformación que obraba en él la gracia divina; comprende que es ya hijo de Dios mediante la regeneración que se le ha concedido, y explica su gozo saltando en el vientre de su santa madre. San Juan Crisóstomo nos explica aquel gozo y estos movimientos del Bautista con sencillez y elocuencia verdaderamente admirables. Oidlo: « Mirando el sagrado Precursor desde el vientre materno á Jesús encerrado en las entrañas de María, superando el orden natural, exclama: Veo al Señor que fijó á la naturaleza sus límites, y para nacer no esperaré nueve meses como los demás hombres. Delante de mí está el autor de la naturaleza, y saldré de este tabernáculo, pues El me llama; he oido su voz, y no puedo permanecer sin movimiento. Iré y predicaré á las gentes para darlo á conocer. Soy señal; significaré la venida de Cristo que con su gracia acaba de santificarme. Soy voz; anunciaré á los hombres que el amor de Dios les ha dispensado en carne mortal su divino Hijo. Entre los hombres levantaré mi voz como trompeta

(1) *Sermo 18. de Sanctis.*

anunciando la venida del Mesias, y romperé las ligaduras que enmudecen la lengua de mi padre: le sanaré, y santificaré tambien el vientre de mi madre. Ha llegado á la tierra el que viene á cortar las prisiones que hacen esclavos á los hijos de Adan, ; cómo podré yo permanecer encerrado y sin moverme ? Viene el Verbo divino á establecer todas las cosas, ; y yo todavía permaneceré detenido ? Saldré, levantaré mi voz, y gritaré en todas partes: Ved ahí el Cordero de Dios que quita los pecados del mundo. Pero ; cómo oyes, oh Juan ? ; Cómo ves, cuando todavía te encuentras encerrado en el vientre materno ? ; Cómo puedes contemplar las obras de Dios, saltar y regocijarte ? Se obra en mí, responde el santo Precursor, un misterio superior á las leyes naturales, y aun cuando todavía no he nacido, ya veo al sol de justicia, ya siento en mis oídos la voz del divino Verbo ; grito porque veo vestido de carne humana al Unigénito del Padre ; me alegro porque al Autor del universo lo diviso hecho hombre ; salto de gozo, porque el Redentor de los hombres ha tomado cuerpo mortal, y corro anunciando á todos su venida, así como lo he confesado ántes que todos (1). »

Estos sentimientos que inspiró Jesus en el Bautista, cuando en la visitacion lo regeneró con su gracia, fueron durante toda su vida el alma que le movió en el desempeño de su mision de anunciar la venida del Redentor del género humano. Santificó los desiertos del Jordan con sus obras admirables en el ejercicio de las virtudes cristianas del modo mas perfecto, por la predicacion de la reforma de costumbres, por la penitencia y mortificacion con que habian los hombres

(1) Metaphr. mense iulii.

de preparar los caminos del Señor, para que descendiese al alma de cada uno y derramase sobre ella los copiosos frutos de misericordia que nos traia desde el reino de los cielos. Su celo fué intrépido y esforzado, pues reprendió no solamente los vicios de los pobres y humildes segun el mundo, sino tambien los de los soberanos que gobernaban en la tierra. De suerte , hermanos mios, que la transformacion maravillosa operada por la divina gracia en el alma del Bautista por medio de la visita de Jesus, no produjo en éste un efecto pasajero, sino al contrario sólido, durable y que se prolongó todo el tiempo de su vida. Mas ese efecto fué durable, porque San Juan, aprovechando de los auxilios que le trajo la gracia con que el Señor lo regeneró, trabajó constantemente por su santificacion.

A nosotros nos da el Señor medios abundantes , cuando nos regenera con sus santos sacramentos , y especialmente cuando íntimamente se une con nuestra alma en la visita que le hace en el de la sagrada eucaristía. Si pusiésemos, como San Juan, un cuidado constante en ser fieles á Dios, si trabajásemos por robustecer aun mas la gracia, que alli nos concede, y evitásemos exponernos temerariamente á los peligros de menoscabarla ó de perderla , entonces creceríamos como el Bautista en las virtudes , así como crecemos en los años, y lograríamos el fin adonde conducen las visitas amorosas del Señor, que es la felicidad eterna. ¡ Ah ! no desperdiciemos, hermanos mios, tantos esfuerzos misericordiosos con que Dios nos visita constantemente y nos comunica su santa gracia. Ejecutemos con prontitud, como Maria , sus inspiraciones , estando seguros que cuanto mas diligentes fuésemos para ejecutarlas, serán tambien mayores los auxilios y los favores con que corresponderá el Señor nuestra

diligencia. Avivando nuestra fe apreciemos en su verdadero valor los dones que Dios nos trae en sus visitas, y procuremos sacar de éstas todo el provecho que pudiésemos, á fin que de esa manera sean también mayores los efectos saludables que produzcan en nuestra alma. Pidamos á Maria algo de sus virtudes; algo, digo, de esa solicitud, de esa caridad y de esa pureza que nos enseña prácticamente en todos los misterios de su vida inocentísima. Quiera ella misma ser tambien nuestra abogada para alcanzarnos de Dios esas virtudes: hablémosla para empeñarla, pero hablémosla con esa fe y devoción con que Santa Isabel al recibirla en su casa, cuando «Bendita eres, le dijo, entre todas las mujeres, » logrando con su fe mil bendiciones copiosas que sobre ella derramó el brazo del Omnipotente. Tú eres bendita, oh Madre de Dios y Madre nuestra, digámosle nosotros; alcanzad para mi alma las bendiciones celestiales de la divina gracia, que me inspiren aborrecimiento á los pecados, amor á las buenas obras, y deseo eficaz de vivir solo para Dios y para conseguir los bienes eternos. Amen.

INSTRUCCION TERCERA.

SOBRE EL NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS.

*Natus est vobis hodie Salvator,
qui est Christus Dominus, in civitate David.*

Hoy ha nacido para vosotros el Salvador,
que es el Cristo Señor, en la ciudad de David.

(S. Luc. Cap. 2.)

Ved, católicos, realizado un suceso único en su clase y que no volverá á repetirse en la sucesión de todos los siglos. Dios hecho hombre ha nacido entre los hombres, para ser el Cristo y Salvador que les redima de sus pecados. Así lo anuncian los ángeles á los sencillos pastores de Belén, diciéndoles: « Ha nacido hoy para vosotros el Salvador, que es el Cristo Señor, en la ciudad de David. *Natus est vobis hodie Salvator, qui est Christus Dominus, in civitate David.* » Persuadidos de la bondad infinita de Dios, del amor ardiente que tiene á sus criaturas, y de que el bien esencial es por su naturaleza comunicativo, no nos maravilla ver al Verbo divino hecho hombre visitando, fortaleciendo, enseñando y llenando de dones de gracia y de virtud al linaje humano, porque la fe, elevando nuestro entendimiento, nos señala entonces á Dios, mostrando la grandeza de sus atributos en la doctrina que predica, en los enfermos que sana, y en los muertos que resucita. Mas eso no sucede cuando contemplamos al Hijo de Dios recién nacido y reclinado en las humildes pajas del portal de Belén; el profundo abatimiento en que se deja ver entonces, arrebata

nuestra admiracion, nos inspira reconocimiento y nos llena de profunda gratitud. El hombre alimentando ideas terrenas aguardaba á este Dios y Salvador del género humano rodeado de la majestad y grandeza propia de un gran conquistador de la tierra. Le veia cubriendo los cielos con su gloria, y oia sus elogios resonando en toda la tierra. Los montes apenas le divisan, cuando se sienten ya oprimidos por la grandeza de su poder, y se retiran abriéndole camino; los torrentes impetuosos se enjutan en su presencia; los poderosos del mundo tiemblan delante de sus arcos y sus lanzas; redime con su poder á un pueblo oprimido y cautivo, y pone los fundamentos de un imperio cuyo peso soporta sobre sus hombros (1). Toda esta grandeza y todo ese poder interpretados materialmente estaban muy conformes con el espíritu que reina en este mundo: espíritu que se preocupa de lo humano, y vive de todo cuanto habla y halaga á los sentidos corporales.

Mas Jesucristo viene cabalmente para combatir y condenar ese espíritu; por eso es que al entrar hoy á la tierra permite que los hombres le desconozcan y que los suyos no le reciban, de modo que su primer albergue sea el humilde pesebre de un establo; la comodidad de que goza, las pajas destinadas á servir de alimento á los brutos animales; las personas que le rodean, pobres y humildes; y en fin, todo cuanto á El se acerca, pequeño y despreciable á los ojos de este mundo. Jesucristo en ese pesebre y sobre esas pajas encontraba su gloria, sus armas y sus arbitrios para vencer al mundo y al demonio como Rey de justicia y santidad. En este desprecio y abatimiento principiaban sus triunfos como Salvador de las almas que venia á rescatar de las ca-

(1) Habacuc. Cap. 3; Isafas. Cap. 9.

EXAGUIRRE, Instrucciones. Tom. IV.

denas del pecado, para reinar luego sobre ellas por medio de las virtudes. Formaba un gran reino compuesto de todos los hombres de la tierra y que no tendrá fin, y es éste ese pueblo que celebra hoy su nacimiento, ese que le reconoce y obedece como á su Rey, le adora como á su Dios, y en transportes de fé y de amor, « Un niño, dice, nos ha nacido Rey de paz y cuyo reino no tendrá fin. »

Ved ahí, hermanos mios, las consideraciones que van á ocuparnos en la celebracion de este gran misterio que hoy inunda de gozo y de reconocimiento el corazon de todos los cristianos que lo meditan con fé ardiente y fervorosa caridad. Acerquémonos animados por estas virtudes al pesebre, para conocer en ese niño que nos ha nacido, al Rey de paz cuyo reino no tendrá fin, porque es el Cristo y Señor nuestro: *Natus est vobis hodie Salvator mundi, qui est Christus Dominus.*

I.

Es, sin duda, la mas grande de las maravillas de Dios ocultar en el nacimiento de su divino Verbo humano el poder, la grandeza, la gloria y la majestad que le son propias. Por eso al adorar nuestra fé en ese tierno y pequeño niño, que vemos hoy recien nacido en el pesebre, al Hijo de Dios escondido bajo la carne humana, y Rey pacífico que viene á fundar su imperio sobre todos los pueblos de la tierra, podemos sobrecogidos por un santo temor exclamar con el Profeta: « Ví, oh Señor, tus obras, y me pasmé. » Los profetas iluminados por luces sobrenaturales nos han hecho comprender algo de los atributos infinitos, que en la persona de nuestro Señor Jesucristo aparecen

humillados y anonadados bajo el ropaje de la carne mortal. Job para hacernos conocer su poder, « Es él, nos dice, quien manda al sol, y éste obedece su palabra; quien cierra las estrellas bajo un sello, y quien commueve la tierra desde sus cimientos (1). » Estas figuras nos pintan admirablemente la grandeza del Verbo divino, así como la pequeñez y miseria humana. ¿Qué hace hoy, hermanos mios, ese poder infinito, entrando á la tierra para redimir al hombre? Se viste de nuestra flaqueza, de modo que la omnipotencia divina, á la que nada puede resistir, ni en el cielo ni en la tierra, se anonada y se reduce á la forma de un pequeñito infante, que su madre inmaculada toma en sus brazos, acaricia en su regazo, y alimenta con la leche de sus pechos virginales. Y el que obliga á los astros á obedecer su voluntad, y commueve la tierra desde sus fundamentos, no tiene ni aun movimiento propio, sinó que está sometido á sus siervos que lo gobiernan. Uno de los profetas encuentra cierta semejanza entre la grandeza infinita de Dios y la inmensidad del océano: las aguas de éste asombran á quien se detiene para contemplarlas, y su volumen insondable y sus ondas de vastísimas proporciones anegarian necesariamente al insensato que despreciándolas se propusiese atravesarlas. En el Verbo divino hecho hombre aparece Dios, infinitamente mas grande que el mar, recogiendo la extension de su soberana esencia en el pequeñísimo cuerpo de un niño, y así humillada y abatida su grandeza naciendo de las entrañas de María y recostado sobre las pajas del pesebre, aparece tambien verificando un portento mas asombroso todavia que aquel que anuncioaba el Santo Job, diciéndole: « Tomé al mar, le puse una

(1) Job. Cap. 26.

nube por vestido, y lo envolví en la obscuridad con las envolturas de la infancia (1). » ¡Qué maravilloso es todo ésto, hermanos míos! Ved á Dios habitando entre los hombres, podemos decir ahora con toda propiedad, mirando á Jesucristo recién nacido y reclinado en el pesebre.

Pero no tan solo ha anonadado su gloria, su grandeza y su poder el Hijo de Dios naciendo en carne mortal, sino que ha querido participar de las miserias que van unidas á nuestra condición humana. Así es que el frío, la desnudez, la fatiga, la amargura y el dolor vienen á atormentarle como á los demás hombres.

« Aunque la naturaleza que tomó de María, dice San Epifanio, fué semejante á la nuestra, se transformó en gloria, honor y perfección, adquiriendo un esplendor celestial que por sí no tenía, y haciéndose de la condición del Verbo divino (2). » Mas tan solo el alma de Jesucristo gozó esta feliz participación; porque el cuerpo quedó apto para los trabajos y las amarguras, cual convenía á la obra penosa de la redención del linaje humano que venía á cumplir. Por eso en el pesebre tolera frío y desnudez con todas las otras amarguras que trae consigo la pobreza; por eso sufre cuando todavía pequeño es llevado á emprender largos viajes, huyendo de las persecuciones de sus enemigos; y por eso también, desde que entró á la tierra, fué lo que predijo Isaías « despreciado como el ínfimo de los hombres, varón de dolores y que participa de nuestras enfermedades (3). »

Si el Hijo de Dios hubiese entrado á la tierra vestido de la pompa y majestad con que le esperaba

(1) Job. Cap. 38.

(2) In Haeres. 69.

(3) Isaías. Cap. 53.

un mundo terreno y sensual , no habria condenado , desde el mismo instante de su nacimiento, las máximas de ese mundo, ni el espíritu de satanás. Mas su pobreza y su mortificacion fueron las primeras y mas eficaces instrucciones que nos dió, y con las que condenó la soberbia, la vanidad, la avaricia y todos los otros vicios que podríamos llamar verdaderas enfermedades que sufria la naturaleza humana. Abatido en el pesebre, escondido e ignorado por ese mismo mundo que le aguardaba, ejerce los oficios de médico celestial, curando las espantosas llagas que cubrian el cuerpo del linaje humano.

Dios se habia acercado muchas veces á los hombres para hacerles sentir de lleno sus misericordias ; así se acercó á Moises llamándole desde el fuego de la zarza; mas al llegar á ésta el futuro caudillo de Israel, le manda el Señor descalzarse , indicándole lo santo y terrible del Dios con quien iba á tratar. A David se acercó tambien frecuentemente, mas en medio de las luces que derramaba sobre su alma; y entre los consuelos inefables con que le fortaleció y recreó, mil veces le mortificaba y atribulaba por la consideracion de esa misma bondad con que tan misericordiosamente le visitaba. Se acercó á Salomon, y derramó sobre su entendimiento sabiduría á manos llenas ; pero esa sabiduría no le libró de los excesos que le conducen á la idolatría, y á mostrarse ingrato para con Dios que se la concedió. No sucede así cuando recien nacido nos llama desde el pesebre; se acerca á los hombres para purificarlos de los vicios enormes que ensucian su alma; viene á librarnos de las miserias en que viviamos desgraciadamente sumergidos ; y para renovarnos con la sabiduría celestial que ha de comunicarnos con su doctrina y con sus ejemplos. De este modo la union que

entablaba con nosotros es estrecha, y muy efficaces y ventajosos los bienes que nos acarrea.

En efecto, nuestro Señor Jesucristo nos purifica de nuestros vicios, tomando nuestra carne humillada, y vistiendo con ella á su divinidad; de manera que elevó en su sacratísima persona á la vil naturaleza humana á estar en íntima comunicacion con Dios. Recordad, hermanos mios, que en el paraíso gozó el hombre inocente la conversacion familiar del Criador que, unido intimamente con su criatura por el amor perfecto, le hacia gozar las bendiciones de su ternura paternal. ¡Adan! vos manchásteis nuestra carne con vuestra desobediencia, y nos transmitisteis como triste herencia los funestos efectos de vuestro pecado. Vos los palpásteis y llorásteis con amargura de corazon: vos sentisteis la transformacion terrible que sufrió vuestra alma apartada del Señor: saltad ahora de gozo, pues ha tomado Dios misericordiosamente vuestra carne, y la ha unido á la suya renovándola con el contacto de su perfecta santidad.

Nos libra tambien hecho hombre el Hijo de Dios de nuestras miserias; pero hablo, católicos, de aquellas miserias que verdaderamente lo son. Nos entristece la pobreza, nos afligen las enfermedades, y reputamos la perdida de las conveniencias de la tierra como la mas cruel adversidad que pudiéramos experimentar. Nuestro entendimiento, arrastrándose sobre la tierra, no divisa sino lo que pertenece á ésta, y olvida todo lo demas. Pero hay miserias de otra condicion, hermanos mios, y que son mucho mas profundas y dolorosas que éstas por su naturaleza y por sus consecuencias. La perdida de aquella luz que se nos dió para guiarnos en el camino que nos conduce á la patria eterna, que perdimos por el pecado; los vicios que hemos contraido, y que las-

timan profundamente nuestra conciencia; el apego á los intereses de la tierra , que nos hace olvidar los de la eternidad , y vivir en este mundo como si despues nada tuviésemos que esperar; todos éstos son, hermanos mios, las verdaderas miserias que nos enferman é inhabilitan para la vida eterna. El Hijo de Dios, naciendo en carne mortal, nos trae las virtudes con que nos sana, nos libra de los funestos efectos de aquellas y nos da libertad; esa verdadera libertad que consiste en la subordinacion de nuestra conciencia á la ley santa del Señor: libertad dulce y pacífica, porque nos restituye los goces de la suavidad, y paz verdadera que perdemos por la culpa.

Nos renueva , en fin , el Hijo de Dios acercándose á nosotros vestido de nuestra propia carne, y enseñándonos con sus ejemplos y con su doctrina. Somos , por las enfermedades que sufre nuestra naturaleza, semejantes al hombre estropeado , robado y lastimado, que abandonaron los malhechores en el camino de Jericó, para que muriese á consecuencia de sus heridas: Jesucristo es el Samaritano que se le acerca para curarle , y lo cura efectivamente, enseñándole de palabra y de obra la práctica de las virtudes que levantan al hombre de la postracion que causan los vicios, y lo restablecen sano y robusto para seguir á su médico y libertador por el camino del reino de los cielos. Por eso aparece hoy la estrella que anuncia á todos los hijos de Adan el nacimiento de este niño Dios y hombre, porque la luz inefable de su doctrina era el remedio eficaz que les habia de reparar y sanar de los infinitos males que padecian.

Hasta aquí hemos conocido, hermanos mios, la naturaleza de este niño recien nacido, en quien nuestra

fé venera y adora al Rey de paz y Salvador de los hombres; conozcamos ahora la naturaleza del reino que viene á fundar en este mundo.

II.

La fé que se contiene en el santo Evangelio es el fundamento del reino de Jesucristo : ésto es conforme con lo que anunciaba de los soldados de este Rey pacífico uno de sus profetas. « *Quam pulchri super montes pedes annuntiantis et praedicantis pacem, dicentis Sion: Regnabit Deus tuus!* » ; Oh qué hermosos son sobre los montes los piés de los que evangelizan y predicen la paz, y dicen á Sion: Reinará tu Dios (1)! » Cuando los ángeles descendieron al pesebre y adoraron allí al Dios hecho hombre recien nacido, se apresuraron á cantar su gloria infinita, anunciando que traia paz á la tierra para todos los que temiesen á Dios y guardasen los preceptos de su fé. Porque éste es el fundamento que daba Jesucristo á su imperio, la doctrina de su fé; fundamento sostenido por su mano omnipotente, y sin comparacion mas sólido, seguro y durable que todo el poder de la tierra apoyado en la fuerza de los ejércitos. En efecto , las monarquías mas augustas y famosas fundadas por los hombres atravesaron el Asia, el Africa, y la Europa , sin dejar al fin de su carrera mas que las trazas sangrientas de su poder , y los rastros de sus leyes , vergonzosas muchas para la razon humana. Todas pasaron, vuelvo á repetir, como pasan las obras de los hombres, por fuertes y robustas que parezcan. Mas el reino que vino á establecer Jesucristo naciendo en el pesebre de Belen , no era de esta na-

(1) *Isaías. Cap. 52.*

turaleza ; su fundamento era la palabra de Dios que permanecerá eternamente, su defensa la mano del Señor, y sus armas los principios del Evangelio. Por eso es obra divina y su naturaleza indestructible, y por eso tambien mientras todas las otras sociedades, ya sean imperios ó repúblicas, sean ya monarquías absolutas ó constitucionales, se cambian, se mudan y perecen, la Iglesia Católica, que es el reino de Jesucristo, vive, y su vida durará hasta la consumacion de los siglos. Nos asombra, católicos, la grandeza y el poder del imperio romano ; sus leyes eran obedecidas por casi todo el mundo conocido entonces, sus legiones marchaban por Asia, Africa y Europa sobre su propio territorio, y alguno de sus soberanos pretendió llamarse señor de todo el mundo. ¡ Y qué se hizo ese imperio ? Cayó abrumado por su propia grandeza. Envejecido y agobiado por la inmensa corrupcion de los ciudadanos que lo carcomian y minaban, dejó de existir. ¡ Qué diferente condicion es la del reino que fundó Jesucristo ! Apoyado sobre la base de su doctrina celestial, fecunda, indestructible y eterna, reune en si todas las señales de estar destinado á vivir perpetuamente sobre la tierra.

Fecundo es el reino de Jesucristo, pues apenas ha sido establecido por este Rey divino, cuando se propaga con rapidez maravillosa sobre toda la tierra. El Profeta habia predicho que nadie podria esconderse al fervor de los que predicaban la fe (1); y en efecto, los apóstoles la esparcieron por todo el mundo llevando el conocimiento del Evangelio á todas partes. Esta fecundidad prodigiosa no se debilita durante los siglos de su larga vida, sinó que con el mismo vigor y losanía que principió su carrera, continuará hasta lle-

(1) Salmo 18.

nar el tiempo que le tiene señalado su divino fundador. Es fecundo, porque en su seno se alimentan, crecen y dan frutos abundantes todas las virtudes; y es fecundo el reino de Jesucristo, porque sobre él descienden sin cesar las bendiciones de Dios. Es indestructible el reino de Jesucristo, porque está sostenido de la fortaleza celestial, que su divino Autor le dió en dote, cuando decía al Príncipe de los apóstoles: « Las puertas del infierno no prevalecerán contra mi Iglesia (1). » Por eso lo vemos resistir victoriamente á todas las persecuciones, que se sucedieron una en pos de otra durante diez y nueve siglos. La espada de los antiguos tiranos derramó á torrentes la sangre de los mártires, procurando arrancar la fe cristiana de la conciencia de sus creyentes; pero ántes cayeron de cansancio los brazos de los verdugos, ántes murieron esos tiranos, murieron tambien sus hijos y sus nietos que les sucedieron, sin que todo el poder y la rabia de tantos perseguidores hubiese logrado destruir ni un ápice la grandeza majestuosa del reino de Jesucristo. Los tiranos modernos se empeñan por despojarlo de la independencia que le dió su divino fundador, por encadenarlo con leyes mundanas y abatirlo con un tutelaje que él no acepta, y es contrario á su institucion divina. Empeñados en aquella lucha, el mundo ha visto abrirse las cárceles de los malhechores para ancianos é indefensos sacerdotes, encerrar en las fortalezas á los obispos, y decretar la confiscacion y el destierro contra los ministros de Dios que rehusaron vender su conciencia. En este siglo que suelen algunos llamar de luz y de libertad, gobiernos que se decian liberales, mandaban disolver reuniones privadas de ciudadanos instaladas desde muchos años

(1) Mateo. Cap. 16.

atras para la propagacion de la fé cristiana y de las obras de caridad evangélica; porque dominados por un ciego furor contra los principios del catolicismo, no omiten medio para perseguirlo, por ilegal, despótico y reprobado que sea. Esa turba de hombres perdidos en el fango de vicios abominables, á quienes da en rostro y mortifica sumamente la virtud y el noble proceder de aquellos, en cuya conciencia imperan las santas verdades de la fé, esos acudieron pronto á sostener en sus publicaciones cotidianas el innoble proceder de los tiranos. ¡ Porqué, hermanos mios ? ¡ no son acaso esos mismos los que cada dia pretenden defender los derechos de la libertad para todas las naciones, para todas las creencias y para todos los individuos ? Es cierto ; son los mismos. Pero piden esa libertad solamente para los malos: la piden para esos que confunden la licencia que aborrece toda ley, con la libertad que obra segun la ley; la libertad que invocan es en beneficio de la inmoralidad que relaja los vínculos sociales, de la revolucion que trastorna las instituciones políticas, de la anarquia que se subleva contra los magistrados, y en fin, del comunismo mas repugnante que, llegando al poder, entregará á los individuos honrados á la horca, y sus bienes al pillaje. Estos son siempre los defensores de los déspotas y de los tiranos; individuos sin religion y sin conciencia: su fé son los placeres innobles que les proporciona una vida libertina, y su conciencia es su interes individual; nada les importan la patria, ni la grandeza, ni el porvenir nacional; nada absolutamente vale eso delante de su corazon mesquino é innoble: su individuo, su elevacion personal, su interes, su conveniencia, ved ahí la regla que dirige siempre su proceder. Conozca el mundo á sus nuevos reformadores. Son estos mismos los encarniza-

dos enemigos de Jesucristo, de su doctrina y de su reino que es la Iglesia Católica ; y son estos mismos los que en Europa, en América y en todas partes apoyan á los tiranos y enemigos de los buenos principios. Pero ¿qué consiguieron todos juntos despues de agotar los recursos de su poder ?' Nada, hermanos mios. El reino de Jesucristo triunfa de sus antiguos y de sus modernos perseguidores, porque es indestructible.

Tambien es eterno este imperio, y como tal verá pasar los siglos y las generaciones humanas con sus costumbres, sus formas de gobierno, sus leyes y con todo cuanto les pertenece; sin que sobre él produzcan efecto alguno ni el tiempo, ni sus cambios y trastornos. Un célebre literato protestante, contemplando la duracion y marcha de la Iglesia, verdadero reino de nuestro Señor Jesucristo, expresa su profunda admiracion de esta manera: « Un prodigo se realiza sobre la tierra y á la vista de todos cuantos quieren conocerlo y admirarlo; es la subsistencia del pontificado que gobierna á la Iglesia católica. Muchos imperios, monarquías y repúblicas se han sucedido unas tras otras en los últimos siglos; mas no pudiendo resistir á la accion del tiempo y de los acontecimientos , han ido desapareciendo una tras otras : mientras tanto la Iglesia católica, que vió nacer á esas monarquías y á esos imperios, los vé tambien desaparecer al uno en pos del otro. La república de Venecia fué entre los gobiernos modernos el que tuvo duracion mas larga; mas cuando esta república nació , ya el Pontificado de la Iglesia católica contaba muchos siglos de vida. La república de Venecia murió , y el Pontificado vive todavia, sin dar señal alguna de vejez. Al contrario sus Pontífices gobiernan la Iglesia hoy en el siglo diez y nueve con esa misma energía y con ese mismo vigor, que en los primeros tiempos

de su existencia. La voz de los Papas nombra obispos y envia misioneros para todos los paises del viejo y del nuevo mundo, con el mismo poder que enviaba muchos siglos atras á San Agustin y San Patricio los primeros predicadores del cristianismo en Inglaterra y en Irlanda; y los obispos y los misioneros parten hoy tan ligeros y obedientes al Tonkin, á la China y á la Australia, como cuando iban mandados por los Papas á predicar la fe en Francia y en España. El número de los fieles que pertenecen á este imperio de la Iglesia católica jamas fué tan numeroso como lo es hoy, ni nada hay que pueda hacernos suponer que no crezca todavía por largos siglos. Vendrá tiempo, quizá, en que el viajero que sale de las ciudades que han de construirse en los bosques de la Australia, llegando á Londres, se detenga á contemplar las ruinas de la Catedral de San Pablo, y entrando despues en Roma encontrará vivo el Pontificado y en pié el famoso Vaticano. » Ved ahí pintada la duracion de la santa Iglesia católica, reino de Jesucristo, por uno de sus disidentes. ¡Cuán hermosa y divina se nos presenta, hermanos mios, esta obra de Dios por excelencia! *Regni eius non erit finis*, podemos exclarar con el Profeta, que anunciaba este reino con toda su grandeza, solidez y duracion (1).

Y no importa, que el mundo cristiano vea escandalizado ese espectáculo que hoy nos ofrece un Pontífice prisionero de los enemigos de la Iglesia, humillado por los que pretenden ser sus hijos, abandonado por gobiernos que bajo el nombre de liberales disfrazan su impiedad y su incredulidad, porque la Iglesia, reino de Jesucristo, triunfará de esa

(1) Isaías. Cap. 9.

nueva prueba á despecho tanto de sus fracos como de sus disfrazados enemigos. Recordad, católicos, que Jesus quiso tres veces ser llamado Rey, y las tres fué en medio de sus humillaciones mas profundas. Rey lo llamaron los profetas, mientras le contemplaban varon de dolores y soportando nuestras enfermedades; Rey le llamaron los Magos, y como Rey divino le adoraron, pero humillado y abatido en un pesebre; y Rey le llamó Pilato, cuando lo presentó al pueblo judío enclavado ignominiosamente en el madero de la cruz. Jesucristo era, en efecto, verdadero Rey; Rey divino y de eterna majestad; por eso cumplida nuestra redención, se levantó como Rey de gloria para reinar eternamente. Esto mismo sucede con la Iglesia y su Vicario que en su nombre la gobierna. Adoremos, hermanos míos, los designios de Dios, y adoremos á Jesucristo, reconociéndolo como Hijo de Dios y Salvador nuestro, Rey de paz y cuyo reino no tendrá fin. Ofrezcámole nuestro corazón, para que reine sobre él, de modo que, conservándonos en la tierra fieles á sus santos preceptos, merezcamos acompañarle eternamente en el reino de su gloria.

INSTRUCCION CUARTA.

PARA EL DIA DE EPIFANIA.

Ecce stella, quam viderant in Oriente, antecedebat eos.

La estrella que habian visto en el oriente iba delante de ellos.

(S. Matth. Cap. 2.)

De todos los ángulos de la tierra oimos levantarse una voz, que lamenta las miserias acarreadas al hombre por su ceguedad y su ignorancia; y no son solamente los santos Profetas quienes repiten : « Miradme, sepultado estoy en tinieblas, no merezco ver la luz del dia ; » sino otra voz todavía mas penetrante, nos representa de continuo, y mas en relieve, la miserable situacion de nosotros mismos. Ese hombre que se pierde entre mil arbitrios sugeridos por su imaginacion, y que sin poder realizar alguno, se rinde fatigado bajo el peso de las calamidades que con ellos pretendia aliviar ; ese sabio, cuyo entendimiento cree conocer la causa de las miserias que afligen á sus semejantes, y mientras tanto encuentra que los medios adoptados para aliviarlas producen efecto contrario al que se proponia su autor ; esa sociedad que se agita y se revuelve entre olas de infinitas lágrimas ; y ese conjunto, en fin, de males de todo género que aniegan el linaje humano, ved ahí la voz mas elocuente y que nos hace conocer la extension ilimitada de nuestra ignorancia y de nuestra ceguedad. Pero el género humano marcha, católicos, á un gran destino ; los hombres que lo formamos no somos juguetes de la adversidad, ni esclavos de los caprichos de una fortuna inconstante ;

no por cierto: estamos llamados á un gran destino, y lograrlo es todo nuestro fin en este mundo. En medio de tantas zozobras, alternativas, dudas y tinieblas que nos afligen, Dios hace brillar en nuestro entendimiento aquella luz divina, de que es figura la estrella que condujo hasta el pesebre á los Magos, símbolo del linaje humano. *Ecce stella, quam viderant in Oriente, antecedebat eos.*

La fé es esta grande estrella destinada por Dios para ilustrar al hombre mientras vive en este mundo, y de ella emanan las luces inefables que le han de guiar en el camino que le conduce á su eterno destino. En los Magos que salen del Oriente para buscar al Redentor del mundo, percibimos bien distintamente sus efectos. Les ilustra primero descubriendoles el sentido de las profecías, el espíritu de las tradiciones, y los secretos escondidos en las grandes verdades que forman la cadena, cuyos eslabones después de unir durante cuatro mil años las esperanzas de todos los justos, vienen á terminar en el tierno niño que se les anuncia haber nacido. Pasa todavía mas adelante, y hace experimentar los primeros efectos de la gracia divina en su espíritu y en su corazon: escogidos por Dios para primicias de la fé y modelo de verdaderos creyentes, la luz obra en ellos con fuerza tan eficaz, que todas sus acciones estuvieron en perfecta armonía con las verdades que les revelaba. Les vemos por eso abandonar el suelo de la patria, cortar sus relaciones mas estrechas, y no escuchar la voz de su propia sangre, que les aconsejaba evitar un largo viaje por territorios que no conocian, pero que la luz de su estrella lo ofrecia breve y expedito. ¡Oh fuerza inefable de la fé! exclamaré aquí con San Leon Magno: ¡Oh fuerza inefable de la fé cristiana, que ha-

bládonos con lengua del cielo, triunfa al mismo tiempo de nuestro entendimiento y de nuestra voluntad (1). Ved, católicos, indicada la materia que ocupará vuestra atención en este dia que la Iglesia consagra á la Epifanía del Salvador. En la luz que condujo á los Magos hasta el pesebre, veremos figurada la fé que trajo al mundo Jesucristo, y cuyos resplandores divinos disipan los argumentos tenebrosos de la sabiduría humana. En las intrigas de los príncipes que se conjuran para perder al Hijo de Dios que la revelaba, adoraremos la fuerza infinita del poder divino, que trastorna los proyectos de los hombres, cuando intentan detener el curso que su sabiduría eterna señala á todos los sucesos sobre la tierra. De suerte, católicos, que la fé simbolizada en aquella estrella como luz de Dios, desvanece los falsos raciocinios de la sabiduría humana, y como voluntad de Dios destruye los proyectos insensatos del poder del hombre. Atendedme.

I.

No podemos explicar, hermanos míos, con mayor viveza, ni con exactitud mas cabal el efecto producido en el hombre por la fé que el divino Jesus se dignó revelarnos, como representándonos el estado del universo, cuando recien salia de las manos de su Criador. Porque, en efecto, aquella pavorosa vaguedad, aquellas tinieblas densísimas y aquella confusión infinita simbolizan perfectamente las tinieblas, la confusión y la vaguedad que rodearon al hombre ántes que el Verbo de Dios se dignase ilustrarle con su fé. Los rastros que mil generaciones dejaron al atravesar sobre la

(1) Serm. de Epiphan. Domini.

EEZAGUIRRE, Instrucciones. Tom. IV.

tierra, tienen estampadas señales harto evidentes, para hacernos comprender hasta qué punto llegó á ser miserable la situacion de la especie humana. ¡Queremos juzgar la naturaleza de sus ideas respecto al conocimiento del Ser supremo ? Miremos á los sábios del Egipto, quemando incienso sobre altares erigidos en las orillas del Nilo á estúpidos cocodrilos, ó sacrificando víctimas para honrar á los vicios mas degradantes personificados en esos dioses, cuyos simulacros mutilados vemos esparcidos aun en las vastas soledades, que un dia fueron el asiento de la famosa Tebas. ¡Queremos juzgar la moralidad de su conciencia respecto á las acciones en relacion con los demas ? Asistamos á la célebre cumbre del Acrópolis, y presenciaremos mil veces sanciones dadas con agravio de la inocencia, por los magistrados que mayor fama tuvieron de sábios y de justos ; les oiremos sostener doctrinas que repugnan á la sana razon é insultan los derechos mas sagrados del ser racional. ¡Queremos juzgar, en fin, de sus ideas respecto á la dignidad de nuestro ser ? Recordemos por un instante qué cosa fué el hombre cuando, abatido por la adversidad, vencido, aherrojado, marcado como las bestias, alternaba con éstas para tirar el carro de su vencedor, luchaba con éstas para divertir á sus semejantes con espectáculos sangrientos, y considerado como inferior á éstas era obligado á cebarlas para que devorasen á otros hombres mas infelices todavía que él. Yo no necesito colocar al lado de tan enérgica respuesta, que nos dió el hombre de sí mismo durante tantos siglos, la corrupcion, la supersticion, el fanatismo y tantos otros vicios que nos retratan en grandes caractéres la debilidad é incertidumbre de la luz, que dirigió á su entendimiento, el extravío fatal que padecia su razon, y las plagas crueles que ator-

mentaban su espíritu entregado completamente á sí mismo. Este es el hombre, sin embargo, á quien algunos han querido presentarnos como verdadero tipo de nuestro ser. Este es el hombre que consideran grande los que, asombrados por las ruinas de ciertas obras colosales que levantó, nada miran mas allá de las columnas y murallas de aquéllos monumentos prodigiosos. Mas quien revuelve el polvo de estos mismos, divisa bajo de él nada mas que al hombre con todas sus miserias que le son inseparables, con todas sus pasiones halagadas vergonzosamente por sus creencias, y con todos sus vicios santificados por los ejemplos de sus dioses. Divisa al hombre; pero trabajando por anular la moral y la justicia, á la sombra del santuario y bajo la tutela de la misma divinidad.

Jesucristo, católicos, luz eterna e inefable aparece entre los hombres, y hace brillar su fé, como la antorcha que destinaba el cielo para disipar la obscuridad de la tierra. Los pueblos que vivian en tinieblas vieron aparecer esa gran luz que, esparciendo claridad á torrentes, ponía de manifiesto los absurdos monstruosos y los vicios abominables que formaban las creencias y los usos de todo el género humano. Los vicios llevan en su misma deformidad motivos muy efficaces para que toda recta conciencia los resista con todo el vigor de que es capaz, y los condena de la manera mas enérgica. Mas la conciencia del hombre no conserva siempre la rectitud, sus caminos son tortuosos frecuentemente, y á sus ojos suele aparecer el delito vestido de hermosos colores que realmente no posee. Y no es ésto, católicos, una mera paradoja; la conducta que observó el hombre en todos los siglos nos da derecho para juzgarlo de este modo. A él vemos practicar como virtud lo que su conciencia rechaza

como vicioso; quemar el incienso que se debe á Dios en altares erigidos á ídolos que representan los desórdenes mas criminales, y doblar su rodilla delante de simulacros que poco despues pisotea con el mas alto desprecio. El gran fin de la fé cristiana es dar á todos los hombres una misma conciencia, inspirarles unas mismas ideas, y hacerlos obrar hoy del mismo modo que ayer en idénticas circunstancias. Esa fé derrama en el entendimiento humano un caudal de luces, que le permite divisar cuanto tiene relacion con el espíritu, bajo su verdadero punto de vista; no admite dudas ni incertidumbres en el alma de sus creyentes, ni ménos que se pierdan en el inmenso campo que la razon extraviada abre al entendimiento, que quisiera armonizar con ésta los artículos de su dogma. De suerte que á la vez le ilustra con su claridad inefable, concreta los movimientos de su alma en un espacio fuera del que no es posible encontrar seguridad, y descubre al entendimiento la esfera que puede recorrer sin peligro de extraviarse tratando de materias, que exceden infinitamente á su inteligencia limitada. En el primer Adan recien formado por la Sabiduría eterna se ofrece á nuestra contemplacion el hombre regenerado por la fé, y dirigido por esta misma en la senda que lo conduce á su último fin. Aquel distingue el bien del mal, arregla los movimientos de su alma, domina los vuelos de su inteligencia, modera los arranques de su voluntad, y somete todo su ser á Dios, de quien depende por la naturaleza y por el amor. Este conoce poseer en su fé el documento de su felicidad suprema, la base indestructible de su union con Dios, y la corona inmortal de su eterna grandeza. Adan ninguna obscuridad, ninguna sombra veia mientras conservó la gracia: una senda clara se presentaba delante de

su entendimiento y á los ojos de su razon. El género humano percibe su luz ; ¿ pero qué vale esa luz para la conciencia y para la razon de los que consideran las tinieblas como su estado natural ? Cerrarán los ojos para no ver, apretarán sus oídos para no oír, y abrirán su boca para persuadir á los demás, que no oigan ni vean. Ved ahí los dos grandes elementos del mal que, reproduciéndose sin cesar en el entendimiento y en la voluntad del hombre, le retienen cautivo de sus miserias.

La doctrina de Jesucristo es luz para todos. Pero ¿ cuántos son los que la ven con la vista de su consideración ? Un entendimiento distraído, una voluntad halagada por placeres sensuales, y un corazon sensible por sí mismo á los efectos de sus pasiones, ¿ cuántos obstáculos no levantan en el hombre, que le impiden recibir aquella luz ? El Evangelio nos indica suspendida sobre el firmamento la estrella que anunció al mundo la aparición de su Redentor ; y sin embargo, ¿ cuál fué el efecto de su luz prodigiosa ? Para los mas pasó desapercibida, para muchos su aparición fué un suceso indiferente, y tan solo en tres obró su gracia de una manera tan eficaz, que pudiesen decir : *Vidimus stellam eius, et venimus adorare eum.* Pero en estos pocos hombres mas afortunados por cierto que el resto del género humano, que ni conoció ni recibió la luz de su redención, experimentamos los efectos que produce ésta en el que la ve y la recibe. Los Magos apenas la percibieron, cuando pusieron en ejecución la resolución que les inspiraba ; la estrella no era en su concepto sino un símbolo de otra luz que acababa de aparecer ; y conocerla, recibir sus influencias y ofrecerle sus humildes homenajes, fué el primer deber que les imponía, deber que cumplieron marchando á Jeru-

salen sin dilacion, precedidos por la misma estrella. *Ecce stella antecedebat eos.* En esta marcha no podian dejar de experimentar contradicciones ; el hombre las sufre ordinariamente cuando trata de ejecutar las obras que le inspiran los conocimientos superiores que recibe. Contradicciones venidas unas veces de los demas , y nacidas otras de nosotros mismos, formadas por nuestras inclinaciones y robustecidas por nuestros propios hábitos. Pero en aquel que como los Magos , oye presto las inspiraciones del cielo , é inclina á la voz de Dios su corazon y su entendimiento , su voluntad es mas fuerte que todos aquellos obstáculos , y la gracia le hace triunfar de toda especie de contradiccion. Dirigido por su claridad inefable se pone en manos de la providencia, marcha por el camino que ésta le traza, y con igual confianza que el Profeta rey, « El Señor, dice , es mi antorcha y mi salud : ; qué cosa podré temer (1) ? »

Este fué el señalado triunfo obtenido por la fé en el corazon de sus primeros creyentes ; triunfo del hombre espiritual y que se alimenta de luces espirituales, sobre el hombre terreno que vive sepultado en la obscuridad de sus sentidos , de sus preocupaciones , de su ignorancia y de sus demas vicios; triunfo que en el corazon y en el entendimiento de los Magos obró la luz del cielo, desvaneciendo completamente los argumentos , que la sabiduría de este mundo y la voz de sus mismas preocupaciones levantaban para confundir y anular los efectos de la inspiracion divina. Fué triunfo obtenido sobre la ciencia de ese mundo, porque Dios mostró la luz de una fé muy superior á los conocimientos humanos , queriendo que todos los hombres ,

(1) Salmo 26.

figurados en aquellos pocos orientales, la contemplasen, pero sin escudriñarla; que percibiesen su claridad, pero sin investigar su naturaleza; y que aprovechasen sus luces, pero adorando humildemente la fuente de donde se derivan. La conducta de los Magos estuvo en armonía con estas disposiciones. Tocando ya casi el término de su viaje, cuando en Jerusalen esperaban ver la luz celestial simbolizada por aquella estrella, la pierden de vista y quedan en tinieblas repentinamente. Mil angustias, incertidumbres y temores acuden á su alma, desde que aquella se les oculta, dejándolos perplejos y sin poder atinar con el sitio adonde encontrarán el objeto de su peregrinacion. Su ansiedad se explica bien por el fervor con que preguntan por el rey de Israel recien nacido: *Ubi est qui natus est Rex Iudeorum?* Pero notad al mismo tiempo cómo brilla en sus investigaciones la fé que vive en su alma. Ninguna duda les asiste de la existencia del hecho que conocen por revelacion, y esta creencia les alienta para confesarlo públicamente y sin rebozo á la vez que indagan el lugar donde se realizó. « *Ubi est qui natus est Rex Iudeorum?* Nosotros hemos visto en el Oriente brillar una luz que nos ha anunciado su nacimiento, y venimos buscándole para ofrecerle nuestras adoraciones, nuestros dones y la posesion entera de nosotros mismos. » Este lenguaje era desconocido en aquella época, y mucho mas era desconocido en el lugar donde se proferia por los Magos. La casa de Jacob depositaria de la fé era rea de infidelidad, y aun cuando en su seno algunas almas quedaban todavia fieles á Dios, no lo era la inmensa mayoría de los hijos de Judá. Un rey extranjero, impío y sanguinario estaba sentado en el solio de David; en su rededor se agitaba una multitud de palaciegos incrédulos, en cuyos inte-

reses entraba la conservacion del estado actual. La pregunta de los Magos, suponiendo realizadas las esperanzas de Israel, que aguardaba un reino nuevo fundado sobre justicia y equidad, no podia ménos que despertar los intereses de todos é incitar las pasiones de muchos. Sin embargo, el espíritu á quien anima esa gracia, que produce fé eficaz, es superior á toda especie de consideracion. Nosotros nos arredramos con frecuencia en las obras de Dios, porque nuestra fé es imperfecta; queremos obedecer las inspiraciones del cielo, pero respetando las consideraciones humanas que á ellas se oponen; y cumplir su voluntad, pero sin ofender el amor propio de aquellos que son sus verdaderos enemigos. No obraron de esta manera los Magos, porque sometieron desde el principio y enteramente su entendimiento y su voluntad á la inspiracion de Dios y á las resoluciones nacidas de su gracia.

Su fidelidad recibió el premio, y éste fué la luz que habian perdido y volvieron á recuperar. Cuando los sabios de Jerusalen, consultados por Heródes del lugar en que debia nacer el Rey de los Judios, se desvelan para responder sin ofender los intereses y las pasiones violentas de su soberano, los Magos ven brillar para sí la verdadera luz, y aun cuando ésta, por entonces, nada les advierte de las secretas maquinaciones que trama Heródes contra ellos y contra el tierno niño que buscan para adorar, les guia con tal certidumbre, que encuentran al Redentor de los hombres, luz de luz y Verbo divino. Así triunfó de nuevo la fé sobre la sabiduría humana, no queriendo Dios que los hombres auxiliasen una obra que El solo habia principiado. Los Magos escucharon nuevamente la voz de Dios que vino en socorro de su fé, y la luz de la estrella les acompaña desde Jerusalen hasta Belen, del mismo modo que les

habia guiado desde el Oriente hasta la Palestina. Mas las pasiones excitadas por las preguntas de los Magos preparan otra clase de combate, y el poder viene en auxilio de la sabiduría humana, porque la fé de Jesucristo no solo debia triunfar de los falsos raciocinios de este mundo, sino tambien de los proyectos insensatos del poder de los hombres.

II.

Existe en nuestras manos un elemento que, dirigido con integridad, llenará el designio que tuvo Dios al concederlo. Este elemento es, hermanos mios, el poder que, empleado siniestramente por el hombre, ha servido de ordinario como instrumento para realizar mil males. La soberbia que vive en nosotros mismos nos hace olvidar, que ese poder pertenece á otro que reina sobre los cetros y las coronas de la tierra, y que encargados tan solamente de administrarlo debemos en todos los actos y en todas las circunstancias que lo ejercitemos, tener presente la enorme responsabilidad que nos impone su encargo. De este olvido nace ordinariamente el abuso que de él se hace, ya combatiendo abiertamente los intereses de Dios, ya oponiéndose con obstinacion á las manifestaciones mas solemnes de su voluntad, ó ya maquinando sordamente negras intrigas en que perezcan los elementos que el Señor dispone para realizar entre los hombres sus admirables disposiciones. ¡No diremos, católicos, ser ésto uno de tantos tributos que paga el hombre á su miseria, por mas que el capricho y la fortuna lo hayan elevado sobre todos los demas? Así es en efecto; pero podremos añadir todavía que esa miseria que le ciega hasta el punto de atreverse á combatir á Dios de quien es un

soplo, contribuye para que las obras del Señor ostenten mejor la magnificencia y el esplendor que tanto las realza. ¿Qué pudieron las maquinaciones de Heródes contra el designio de redimir al hombre, que Dios realizaba por medio de su divino Hijo? Heródes pudo emplear todos los arbitrios que sugiere la injusticia, la astucia y la hipocresía; pudo mover los poderosos resortes que ofrece el poder mas absoluto, y aun esplotar á su favor los poderosos elementos de la religion y del deber; pero no pudo retardar ni un instante el curso majestuoso de la mas grande de las obras que Dios ha realizado sobre la tierra; pero no pudo ni aun tocar ligeramente á un niño recien nacido que trataba de perder; ni siquiera descubrir su paradero, no obstante que los cielos anuncianban su venida sobre la tierra, y los pueblos mas lejanos le enviaban sus tesoros como homenaje debido á su adorable majestad. Ved ahí como burla Dios la soberbia del hombre, cuando olvida que es polvo; así como lo confunde y anonada cada vez que con arrogancia pretende cambiar las disposiciones del soberano Hacedor de todas las cosas. Este es el magnifico cuadro que nos presenta hoy el santo Evangelio. De un lado nos ofrece la turbacion del Rey de Judea, su astucia, sus indagaciones sacrilegas, y su hipocresia detestable; y del otro brillando la mano de Dios extendida para proteger su obra, los designios de su providencia que se cumplen á despecho de sus enemigos, y el misterio profundo de la redencion del mundo por un Rey celestial que se realiza á la vista misma de monarcas envidiosos de su gloria. Heródes se turba imaginándose que el Rey, por quien preguntan los Magos, viene á disputarle su poder; pero en su misma turbacion su astucia encuentra medio para evitar la

desgracia que teme. Hace á los Magos minuciosas averiguaciones sobre la estrella que han visto, y la época de su aparicion; consulta á los doctores y sacerdotes de Jerusalen, cuál fuese el lugar donde debia nacer Cristo; y despues de oir su respuesta, cuando se cree en posesion de los datos que importan á su objeto, trama un proyecto sacrílego, cuyo fin es dar la muerte al Redentor recien nacido. « Id, les dice, buscad en Belen el niño, y cuando le hubiéseis encontrado, avisádmelo para que yo pueda tambien ir á rendirle mis adoraciones. » Hasta aquí llegan los esfuerzos del poder humano representado por Heródes; mas allá nada podrá juzgar, ni nada hacer, porque nada verá ni nada comprenderá; su astucia le engaña haciéndole creer que podria llenar el objeto que se propone aprovechando las luces de los Magos: por eso encarga á éstos le avisen el resultado de sus diligencias, fingiendo los designios mas puros y perfectos. *Interrogate diligenter de puero,..... ut et ego veniens adorem eum* (1). Pero los Magos obraban bajo la inspiracion de Dios, y Este mismo cuidó que alcanzaseñ su objeto, pero sin que sirviesen de medio á un rey impío para cumplir sus designios execrables. La estrella, volviendo á aparecer, les llena de luz, y ésta les conduce hasta el Salvador del mundo, contra quien tendia acechanzas el poder de la tierra. En esta lucha manifiesta entre los designios de Dios y los proyectos de Heródes estamos viendo ese combate perpetuo que se opera en el hombre entre el bien y el mal, entre la fe y la incredulidad, entre la gracia y el pecado. Vemos á la incredulidad desplegando su astucia, para conocer mejor la manera como debe obrar, tendiendo

(1) Mateo. Cap. 2.

sus redes para sorprender la inocencia y hacerla servir de instrumento en sus proyectos criminales, y recurrir á la simulacion y á la hipocresia para engañar á los fieles servidores de Dios. Por otra parte vemos al justo guiado por la luz de su fé, obedeciendo á las insinuaciones de la gracia, superar los peligros, vencer las dificultades, y conseguir, al fin, realizar la inspiracion de Dios, adorando á su divino Hijo. Pero cuando contemplamos á los Magos ofreciendo á Jesucristo los preciosos tesoros que trajeron del Oriente, nuestro espíritu está mirando tambien desbaratadas las maquinaciones del mundo, vencido el poder humano, y triunfando la obra del Señor.

¡Cuántos motivos de gozo ofrecen al cristiano todos estos triunfos ! Con razon podemos exclamar cuantos participamos de los efectos admirables de la fé: *Venit lumen tuum, et gloria Domini super te orta est.* Nuestra fé, nuestra devucion, y nuestra piedad encuentran su guia en esta luz, y todo hombre espiritual halla en ella mil motivos de intenso regocijo. Pero ¡qué contraste forma, hermanos mios, la constancia de los Magos en sus proyectos con esa volubilidad de nuestras resoluciones, que nos hace malograr sus influencias saludables ! Aquellos salen del Oriente para adorar al Mesias, y sin que dificulidad alguna les haga desistir, no se dan por satisfechos sinó cuando le han ofrecido con el oro, el incienso y la mirra otro don todavía mas precioso, cual es la posesion entera y absoluta de ellos mismos. Nosotros, oyendo tantas veces la voz de Dios que nos inspira avivar nuestra fé, activar nuestra caridad, y aumentar nuestro fervor en la guarda de sus preceptos, si alguna vez nos mostramos dispuestos á obedecerla, desistimos al paso que experimentamos dificultades. Mas es necesario que avivemos la fé, si queremos percibir la

claridad celestial que nos ha de guiar hasta que realicemos nuestras esperanzas eternas. No perdamos, hermanos mios, no perdamos de vista su luz, como lo hicieron los Magos, porque entonces alguna vez lograremos con su auxilio adorar á Dios eternamente en el santuario de su gloria.

INSTRUCCION QUINTA.

PARA LA FIESTA DE LA PRESENTACION DEL HIJO DE DIOS EN EL TEMPLO, O FIESTA DE LA CANDELARIA.

*Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum
verbum tuum in pace: quia viderunt oculi mei
salutare tuum.*

Ahora, Señor, dejarás ir á tu siervo segun tu palabra en paz:
porque han visto mis ojos tu salud.

(S. Luc. Cap. 2.)

No es el hombre carnal y terreno quien puede expresarse de esta manera , porque siendo limitado , no puede extenderse ni penetrar mas allá del círculo que le señala su inteligencia tambien limitada. Un varon santo ilustrado por luces sobrenaturales, es quien penetra los misterios de Dios , y descubriendo tantos bienes inefables que la bondad divina en ellos nos concede, levanta su voz publicando el regocijo, el reconocimiento y el amor de que su espíritu se encuentra poseido. Este es el cuadro que hoy ofrece á nuestra consideracion el santo Evangelio, al referirnos la entrada al templo de Jerusalen del Hijo de Dios. Ya habia sido Este circuncidado , y recibido el nombre de Jesus , como lo llamó el ángel el dia que anuncio el misterio de la encarnacion : ya habia cumplido Maria

los dias de purificacion señalados por la ley de Moises, y era necesario presentar al niño en el templo, como estaba mandado en la misma ley; tomó pues á Jesus su purísima madre, y con El tambien las tórtolas y palomas que debian ofrecer al Señor las personas pobres para rescate de sus hijos. Habia en Jerusalen un hombre justo y temeroso de Dios, llamado Simeon, el que saliendo al encuentro del Salvador, lo tomó de los brazos de su santa Madre en los suyos, é iluminado por el Espíritu Santo conoció en ese niño pequeño al Hijo de Dios prometido á los hombres para su redencion y salvacion, y levantando su alma hasta el cielo, « Ahora, le dice, despides á tu siervo en paz, porque vieron mis ojos tu salud. *Nunc dimittis servum tuum, Domine, secundum verbum tuum in pace: quia viderunt oculi mei salutare tuum.* »

No ve este santo Profeta en aquel momento nada de lo material que le ofrecen sus sentidos; su entendimiento ha sido iluminado por luces eternas, ha quedado absorto con la presencia de aquel que aguardaba Israel, habia sido prometido á sus padres, y era esperado para la redencion de los hombres. Así es que elevada su alma hasta ese bien inefable, estimulada por la fe y la esperanza llega hasta Dios, cuyo Hijo humano tiene entre sus brazos, y lo ofrece junto con su alma llena de fervor y de agradecimiento por el beneficio recibido.

Ve en Jesus el santo Profeta la esperanza y salvacion del mundo; pero ve que ese mundo lo contradira, lo perseguirá, y lo condenará, llenando de dolor el alma purísima de la Madre Virgen que allí lo presenta á su Eterno Padre. Recorre en su inteligencia las contradicciones que ha de experimentar en su doctrina y en su persona, así como tambien en la persona de los suyos; es Jesus á sus ojos la víctima de valor infinito que

se ofrece por los hombres : éstos no la conocen, pero Dios la acepta, y acepta tambien la voluntad y el amor infinito con que se la ofrece. Ve en Maria la obediencia perfecta del hombre que se somete á Dios, y que á todo se hace superior cuando trata de mostrarle la caridad ardiente y generosa de su alma. Maria al traer al templo á Jesus para ofrecerlo alli á Dios, no solamente viene á llenar el mandato de la ley , sinó á ofrecerse en sacrificio junto con Jesus. Ofrece, en efecto, al Señor el sacrificio de su obediencia y de su perfecta sumision á la divina voluntad.

Al presenciar con nuestra alma este sacrificio que anuncio el cielo por medio de sus profetas, que esperaron tantos siglos las naciones, y que fué exigido urgentemente por la situacion del género humano , ofrezcamos al Señor el sacrificio de nosotros mismos , honremos á Jesus y á Maria con nuestra fé y nuestra obediencia, y aprovecharemos la ofrenda que su amor presenta por nosotros. Este es el efecto que ha de causarnos el misterio de la presentacion del Hijo de Dios , y que vamos á considerar en Jesus ofrecido á su Padre celestial, y en Maria que lo ofrece. Atendedme.

I.

Fué la caridad el móvil principal que tuvo Jesucristo en el sacrificio que ofreció de sí mismo por nuestra redencion (1). Como ese amor es infinito, nos dió en él las pruebas mas concluyentes de que nada reservaba al realizar nuestra redencion. En el seno de su Eterno Padre al ofrecerse como víctima generosa

(1) S. Pablo a los Efesios. Cap. 5.

y espontánea de nuestra salud eterna, « Pronto estoy, dijo, para tomar carne y descender á la tierra ; » y abrazando las humillaciones, los dolores, la pobreza, los tormentos y la cruz, hizo suyo todo esto como parte de su sacrificio. Ahora en los brazos de Maria y en presencia de su Eterno Padre renueva ese ofrecimiento con la misma espontánea y generosa caridad que ántes. El templo de Jerusalen, donde por mandato divino se ofrecian al Señor las victimas elegidas por El mismo, recibe ahora en su recinto al que es sacerdote y víctima al mismo tiempo. Como sacerdote ofrece su propia persona, su altar son los brazos de Maria, los ritos las plegarias y oraciones continuas con que rogó incesantemente á su Eterno Padre por los hombres, desde que vistió la naturaleza humana ; sus insignias sacerdotales son las virtudes que le adornan y lo presentan delante de Dios como digno de ejercer el sacerdocio segun el orden de Melquisedec eternamente, la víctima que inmola su sacratísima humanidad, y las ceremonias del sacrificio todos los trabajos, humillaciones y fatigas de su vida hasta morir en un patíbulo. ¡Comprendeis ahora, hermanos mios, la importancia de la ofrenda que hace el Hijo de Dios presentado por Maria su Madre inmaculada en el templo del Señor ?

Fijándonos en el valor de la hostia y en las circunstancias que intervienen en su ofrenda, comprendaremos todavía mejor, hasta dónde agradó á Dios á quien se ofreció, y fué favorable á los hombres en cuyo beneficio era ofrecida. Quien se ofrece es el Hijo del Eterno Padre que, aun cuando aparece en los brazos de Maria vestido de nuestra carne mortal, no por eso ha perdido algo de su grandeza y dignidad. Humillado, abatido y anonadado como se encuentra, conserva en la gloria toda la excelencia y todo el poder que le

compete; suyo es el cielo, su trono son los ángeles, y por El se sustentan y tienen vida todas las cosas. A El todos los espíritus celestiales rinden adoracion, y entonan cánticos los bienaventurados, y en fin se llama y es resplandor de la gloria del Padre. Acompaña su ofrenda con actos de obediencia, veneracion y humildad, que dirige á su Eterno Padre; con actos de profunda obediencia, he dicho, pero de esa obediencia con que abrazó siempre la voluntad divina y mediante la cual, con mejor derecho que David, pudo decir que la tenia puesta en medio de su corazon (1). Con actos, repito, de veneracion, con esa veneracion con que adoró el mandato divino que le envió á la tierra, y con la que al principiar su carrera, « Veis aquí, Padre mio, diria, veis aquí á vuestro Unigénito, que se hizo hombre por obedeceros, y ha venido al templo para honraros: me ofrezco á vuestro servicio, y observaré fielmente todas vuestras santas é inefables disposiciones (2). » En fin, con esa humildad, que fué constantemente mientras vivió sobre la tierra su virtud favorita, sentiria gran gozo en el abatimiento y en la vileza del ser humano, que cubria y anudaba la inmensidad de su gloria. Tal fué la ofrenda que hizo Jesucristo presentado en el templo de Jerusalen por Maria su purísima Madre. ¡ Con cuánta complacencia la miraria Dios ! con cuánto amor se agradaria en el divino Jesus ! ¡ Oh ! era llegado el tiempo en que ya el Señor no recibiria ni las victimas, ni los sacrificios que se le ofrecian segun la ley de Moises; porque era otra la víctima y otro el sacrificio en que se agradaba, y era ese el que ofrecia Jesus principiándolo allí en los brazos de Maria, para perfeccionarlo despues sobre el monte

(1) Salmo 118.

(2) Luis de la Puente. Parte II. Medit. 24.

EXAGUILLES, Instrucciones. Tom. IV.

Calvario. Esta ofrenda que hace por nosotros de sí mismo á su Eterno Padre, debe inspirarnos sentimientos de profunda gratitud; porque ofreciéndose Jesus por nosotros y para nosotros, hemos quedado en la estrecha obligacion de consagrarle nuestro corazon con afectos sinceros de amor, en prenda del reconocimiento que nos inspira la infinita bondad, con que se ha dado como precio de nuestra redencion. Jesucristo presentado á su Eterno Padre fué desde ese momento la única hostia aceptable á los ojos de Dios, y capaz de satisfacer por nuestros pecados. En la antigua ley el Señor había elegido las víctimas y los sacrificios que debian los hombres ofrecerle; los corderos, los cabritos, y los becerros estaban admitidos, cada uno en su caso, como víctimas agradables á los ojos del Señor, y los sacerdotes los inmolaban con las ceremonias prescritas por la ley. Hoy Jesucristo deroga todos estos sacrificios y suprime las víctimas, así como sus ritos y ceremonias: ya ni los corderos, ni los cabritos ni algun otro animal serán agradables al Señor. « La misericordia del Todopoderoso ha sido recibida en medio de su templo, y segun la grandeza y majestad de su nombre, así será el sacrificio de alabanza y gratitud que le ofrecerán los hombres de un extremo á otro de la tierra (1). » Las víctimas y los holocaustos que ordenó Moises, eran figura del que ahora es ofrecido al Señor en su santo templo, y aquellos cesaron luego que éste ha sido presentado. El pueblo que Dios viene á establecer no será rociado con sangre de animales, ni sobre su cabeza será esparcida la ceniza de las vacas quemadas por el sacerdote; el Cordero de Dios real y verdadero se ha ofrecido en el templo por el amor y la caridad

(1) Salmo 47.

que tiene á sus criaturas, su sangre lavará á los hombres de todas sus manchas , y los merecimientos y las virtudes que ha de adquirirles, constituirán la riqueza inagotable que descenderá sobre el corazon, y guardará en su conciencia este pueblo que será por eso rico. Adórname, oh Jerusalen, adórname, verdadera Sion, porque el Rey de los cielos Jesucristo viene á establecerte como ciudad, que le sirva de morada , y á consagrarte, para que seas trono de su gloria y altar de su sacrificio. Saltad de gozo , todos cuantos el Señor ha congregado para formar ese pueblo que se llamará cristiano , porque el verdadero sacerdote viene al templo para ofrecerse por vosotros, á fin de daros vida , dignidad y salvacion.

En efecto, católicos, ese que vemos pequeñito infante, y que en realidad es Dios verdadero , luz eterna de cielos y tierra, y consustancial con el Padre , por quien todas las cosas fueron hechas , muestra la virtud que encierra en sí, iluminando allí mismo á dos almas que le temian , y á quienes con llamamiento sobrenatural trajo á su santo templo para que diesen testimonio de su divinidad. Estas eran Simeon á quien el santo Evangelio (1) llama hombre justo y temeroso de Dios , y Ana que no se apartaba del templo, sirviendo al Señor dia y noche con ayunos y mortificaciones. A estas dos almas santas elige , para que lo confiesen y alaben mientras Israel queda envuelto en su profunda ceguedad. ¡Oh misterios inescrutables del Señor ! Recordad, hermanos mios , que cuando Jesus nace en la profunda obscuridad de una cueva y de la media noche , Dios envia sus ángeles al pesebre para que le adoren, y llama á los pastores y á los Magos, para

(1) Lucas. Cap. 2.

que conozcan en ese niño tierno y débil al Rey de reyes y Mesias prometido. Del mismo modo sucede ahora cuando en los brazos de María Virgen entra al templo santo del Señor, llama á los justos y á los profetas, llama al sacerdocio y á la ley para que vengan á confesarle y á adorarle como Dios, sumo sacerdote y Legislador supremo del universo; y los profetas y la ley, los sacerdotes y los justos representados por Ana y por Simeón concurren á su llamado, lo reconocen, lo confiesan, lo alaban y lo bendicen delante de todas las criaturas. Simeón apenas ha visto á Jesús cuando, dirigiéndose á El, lo toma en sus brazos y adora en este tierno niño al Hijo de Dios vestido de carne humana, conoce al Salvador prometido á Israel, y al Libertador y Mesias que espera el pueblo escogido, y por quien suspiraron tantas generaciones de justos, patriarcas y profetas. Su fe, su fervor y su alegría no pueden contenerse escondidas en su alma, y levantando su voz mientras tiene en sus brazos al precioso párvulo, y mirando á Dios con la gratitud mas perfecta de su corazón, « Ahora, Señor, dijo, dejarás morir á tu siervo en paz, porque ya vieron mis ojos tu salud, que preparaste para todos los hombres de la tierra, luz que será anunciada á los gentiles para gloria de tu pueblo Israel. »

Ana mientras tanto recibe esa misma luz, é inspirada por igual conocimiento, anuncia tambien la misericordia divina que se realiza en Jesús en medio de Israel: y no lo hace con reserva, sinó que alabando al Señor con una fe viva y fervorosa, habla de este niño, Salvador de los hombres, á todos cuantos aguardaban la salvacion humana (1). Mas ¿porqué, católicos, elige

(1) Lúcas. Cap. 2.

Dios á estas dos almas para hacerlas servir particularmente de instrumentos para su gloria ? El santo Evangelio nos lo dice, y yo no haré sino responder con sus palabras. Porque en ellas habitaba la fé de una manera tan viva , que las hizo dignas de ser elegidas para ese ministerio con preferencia sobre todas las demás. Simeon habia deseado con vivas ánsias no morir sin haber ántes visto al Salvador del mundo; acompañaba ese deseo de una puntual obediencia á la ley de Dios; á la que juntaba oraciones continuas y fervorosas, pidiendo fuese abreviado el tiempo de esta venida y le hiciese digno de gozarla. De manera que nada descuidaba de cuanto pudiera contribuir para conseguir el objeto de su peticion. Instruido por el Espíritu Santo de que « el justo nada omite (1), » Simeon velaba sobre sí mismo, á fin que la santidad y pureza de su vida le hiciesen digno de ver á Dios hecho hombre, aquí en la tierra, y durante los dias de su vida mortal.

Ana con sus ayunos y oraciones conservaba la pureza de su alma y la castidad perfecta de su cuerpo, y continuamente ocupada en orar delante del Señor y en el recinto de su santo templo , se preparaba para combatir y vencer á los enemigos de la ley divina, empeñados en hacerla quebrantar los preceptos de Dios. De modo que la vida admirable de esta santa viuda parecia una preparacion constante para recibir, conocer y adorar al divino Redentor. Ved ahí la calidad de las dos personas que elige Este entre todas las demás, para ilustrarlas con luces celestiales y hacerlas sus testigos en el recinto del santo templo y en el dia de su pública entrada en su santuario.

Yo contemplo, hermanos mios, al tiempo de entrar

(1) Eccles. C. 7.

Jesucristo y de ser presentado en el templo por su santísima Madre, á infinitos sacerdotes, doctores y levitas de la ley de Moises, que allí se encontraban, como á otras innumerables personas ocupadas en los diferentes ministerios de la casa del Señor, pero sin recibir ninguno de éstos las luces que iluminan á Simeon y á Ana, ninguno tampoco se apercibe de la entrada del Salvador en el templo, ninguno se conmueve cuando lo divisan en los brazos de Maria, y lo reputan ni mas ni ménos como cualquiera de los otros párvulos, que llevaban sus madres aquel dia para presentar en el templo del Señor. Simeon y Ana tuvieron solamente la fortuna de recibir aquella luz soberana, y con su auxilio de distinguir á Cristo; solo ellos lo adoraron y ofrecieron la gloria y el honor que le eran debidos; y solo á ellos fueron abiertos los ojos del entendimiento en premio de la vida pura y fervorosa con que vivian preparados para salir al encuentro al Salvador del mundo. Estos son ejemplos con que Dios nos estimula á la fé y piedad constante, haciéndonos comprender que la oracion y la mortificacion nos abren camino para recibir del Señor sus favores mas especiales, y que Dios infinitamente bueno y misericordioso no solo concede esos favores que le piden los justos fervorosos en la virtud, sinó que á veces se anticipa á los deseos de éstos para premiarles la fidelidad con que le sirven.

Mas hasta aquí, hermanos mios, hemos considerado tan solo á Jesus víctima preciosa que se ofrece en el templo de Jerusalen al Eterno Padre por nosotros. Vengamos ahora á considerar á Maria en la presentacion de su Hijo santísimo.

II.

El mandato de la ley de Moises de presentar cada madre á su hijo en el templo, y luego rescatarlo con algunas monedas, de ninguna manera obligaba á Maria. No le obligaba, digo, porque pura y sin mancha habia concebido á Jesus milagrosamente; no le obligaba, porque, siendo su divino Hijo el supremo legislador, no le comprendian las leyes dictadas por ministerio de Moises; pero, no obstante estas consideraciones, Maria muestra su profunda obediencia sometiéndose á esa ley. Su fé le inspiraba que, siendo Jesus sumamente obediente no solo al Padre celestial, sinó aun á sus criaturas, debia ella tambien serlo, y con aquella obediencia pronta y cabal, con que lo fué el divino Salvador. ¡ Oh ! qué lección ésta tan amarga para nosotros que con cualquier pretexto, de ningun valor las mas veces, eludimos la ley de Dios ó de la Iglesia, y nos creemos sin obligacion para someternos á sus mandatos. Entendamos, hermanos mios, que Dios es quien nos habla en sus preceptos, y que no le ama ni obedece quien no vive sometido á lo que nos ordenan. Vanas son las excusas que intentamos oponer á estas solemnes determinaciones de su soberana voluntad, porque no somos nosotros los que obligaremos á Dios á inclinarse segun nuestra conveniencia ó segun nuestros deseos, sinó que su inefable y adorable voluntad es la que debe servir de guia á la nuestra en todas partes. A mas de ser pronta la voluntad de Maria, fué tambien completa y perfecta en la ejecucion de lo que ordenaba la ley, porque la cumplió toda hasta en sus ceremonias y detalles mas pequeños. No procedió como aquellos que se contentan en observar los pre-

ceptos en aquello mas grave que mandan ó prohiben, pero mientras tanto los quebrantan en lo que á su juicio es ligero ó ménos grave : sin advertir que las pasiones de la carne y los afectos del corazon son violentos é impetuosos, y no dejan ordinariamente al hombre libertad cabal para juzgar la verdadera naturaleza de las acciones que inspiran.

Pero no fué esa exacta obediencia la sola virtud que mostró Maria en la presentacion que hizo de Jesus su divino Hijo en el templo del Señor ; la humildad estuvo tambien en su alma en la ejecucion de ese misterio á la altura de su obediencia. Manifestó su humildad haciendo la purificacion que mandaba la ley; la manifestó en el rescate que ofreció por Jesus, y en fin, en las ceremonias con que acompañó á todo ésto. La manifestó en la purificacion, he dicho, por cuanto estaba mandado para las demas mujeres manchadas por la inmundicia del pecado (1), y no para la santa é inocente Madre del Hijo de Dios, que por obra del Espíritu Santo y sin el concurso de alguna criatura habia concebido el Unigénito del Padre hecho hombre en sus entrañas virginales. Maria aparece en el templo como todas las demas mujeres. ¡ Ah ! la humildad y obediencia llevaron á Jesus, santidad por esencia, hasta ser reputado como pecador, y hasta sufrir la pena de nuestros pecados como si estuviese manchado con ellos (2); Maria participando de esas mismas virtudes aparece hoy en el templo entre todas las hijas de Judá á quienes obligaba la ley de la purificacion. De ese modo la inocencia quedaba confundida con la corrupcion vulgar, y la virtud mas acrisolada hecha semejante, á juicio de la multitud, con los vicios é

(1) Levítico. Cap. 12.

(2) Isaías. Cap. 53.

imperfecciones que la purificacion estaba destinada á borrar en las madres de Israel. ¡ Oh humildad profunda de Maria ! ¡ cuánto no hablas á nuestra alma ? Llenos de presuncion procuran los mundanos aparecer como irreprendibles en presencia de los demas : aun cuando su conciencia les acuse como culpables, se quejan amargamente cada vez que alguno les recuerda faltas que realmente cometieron, y protestan de su inocencia cuando en realidad los que les acusan, dicen la verdad. ¡ Orgullo humano, venid y confundios en presencia de Maria ! Mas para que no sea vana y estéril vuestra confusion , sinó provechosa para moveros á imitar su conducta humilde , debeis trabajar por destruir el amor propio y la soberbia , origen de todos los extravíos que nos alejan de Dios.

Manifestó tambien su humildad, rescatando á su Hijo con el precio inferior que señalaba la ley para las personas pobres (1). Maria conformándose con su mandato da al sacerdote los cinco siclos señalados por Moises, de modo que la humildad de la Madre que redime, se confunde aquí con la profunda humildad de Jesus que quiere ser redimido con precio tan pequeño. Brilla ademas la humildad de Maria en todas las ceremonias que intervienen en su purificacion y en la ofrenda de su divino Hijo. No ofrece gruesos corderos ni otras victimas valiosas señaladas para las nobles y ricas matronas de Judá, sinó las tórtolas y palomas destinadas para los pobres y de humilde condicion; no se excusa de pedir al sacerdote que ofreciese por ella á Dios sus oraciones, siendo así que era ella misma la elegida por el Señor para que rogase por un mundo lleno de pecados, y le alcanzase las bendiciones y el socorro de

(1) Exod. Cap. 13.

que tanto necesitaba (1). ¡Cuán rica de virtudes contemplamos, hermanos mios, á Maria en todos estos misterios! Con razon podremos decir que bebia en Jesus, manantial inagotable, todas aquellas que llenaban su alma, y cuya práctica nos enseña. Nosotros pobres y mesterosos que tanto necesitamos de estos ejemplos, aprendamos los que hoy nos enseñan en el misterio de la presentacion, nuestro divino Redendor y su santísima Madre. Aprendamos de Jesus su ardiente y abrasada caridad, esa bondad inagotable con que se ofrece todo y sin reserva alguna por los hombres. Aprendamos de Jesus á ofrecer al Señor el sacrificio de nuestra alma contrita y humillada por nuestras propias culpas, y aprendamos tambien á aceptar cuantas amarguras y tribulaciones Dios quiera enviarnos, resignándonos con alegría de corazon á su divina voluntad. Aprendamos de Maria á obedecer con humildad los mandamientos divinos, con seguridad de encontrar en nuestra obediencia una fuente inagotable de gracia que nos fortalezca, de luz que nos dirija, y de caridad que nos inflame, hasta que lleguemos á ser presentados en el reino de los cielos, y gozar allí eternamente la vista amorosa de nuestro Dios.

(1) S. Albert. Magn. de Purificat. B. Virg.

INSTRUCCION SEXTA.

SOBRE LA PERDIDA Y HALLAZGO DEL HIJO DE DIOS
EN EL TEMPLO DISPUTANDO CON LOS DOCTORES DE LA LEY.

*Post triduum invenerunt illum sedentem in medio
doctorum, audientem illos, et interrogantem eos.*

Despues de tres dias lo hallaron en el templo sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles.

(S. Luc. Cap. 2.)

El Evangelio nos da cuenta en estas pocas palabras de la primera entrada solemne que hizo en el templo de Jerusalen Jesucristo nuestro Señor, desempeñando el oficio de Maestro y Doctor universal. Los Profetas habian visto salir de su boca raudales de luz; pero esa luz, si nos fijamos con atencion en la santas Escrituras, no era siempre de una misma naturaleza. David le contempla rodeado de resplandor que como fuego eficaz devora y consume á sus mortales enemigos (1); mientras que Isaías divisa en El la antorcha que ilumina la conciencia de los hombres (2), y les dirige para reparar sus extravíos; y otros, en fin, en El meditaron la luz nacida para regocijar á los justos y á todos los que tienen corazon recto (3). Mas cuando lo contemplamos, hermanos mios, en el templo de Jerusalen, rodeado de los doctores del sanedrin, conferenciando con los maestros de Israel, y refutando los errores y las falsas tradiciones de la Sinagoga, estamos mirando

(1) Salm. 96.

(2) Isai. C. 9.

(3) Salm. 96.

á ese Maestro de virtudes admirables que en los éxtasis de su espíritu veia Malaquías entrar en el templo y sentarse en su sagrado recinto, para enseñar á las gentes el cumplimiento de la ley divina y la santificacion de sus costumbres. Vemos, repito, al Dominador invocado durante tantos siglos, desterrando con la virtud eficaz de su doctrina las densas tinieblas de nuestros errores, y con las instrucciones de su sabiduría celestial ilustrando nuestro entendimiento, y corrigiendo los extravíos de nuestra voluntad.

Verdad es que Jesucristo fué presentado en el templo del Señor por Maria su santísima Madre cuarenta dias despues de nacido, segun el rito determinado por la ley de Moises; mas entonces entró para ofrecerse como la víctima señalada para el sacrificio que habia de redimirnos y salvarnos de las miserias del pecado: mientras que ahora inicia en ese mismo templo las funciones de Maestro del género humano, funciones que desempeñará durante su vida mortal, derramando en los corazones esa doctrina que contiene la semilla de vida eterna. La disputa con los doctores de la ley de Moises, que hoy nos refiere la Iglesia, es el principio de la predicacion del santo Evangelio, en que nos dió el Salvador del mundo todos los documentos necesarios para conseguir la vida eterna; el principio del magisterio que realizó todas las figuras de la antigua ley que enseñaba la sinagoga de los Judios, y echó por tierra las supersticiones vergonzosas del paganismo; y el principio, en fin, de la regeneracion humana, que traia al mundo la religion cristiana, y cuyo autor y promulgador era el Hijo de Dios.

Estas son las sencillas consideraciones que nos ofrece el santo Evangelio que vamos á exponer. ¡ Cuál es el magisterio que inició en el templo nuestro Señor Je-

sucristo y cuya doctrina triunfó sobre la tierra de toda suerte de enemigos ? Ved ahí la materia. Quiera el Señor bendecir mis palabras, para que esa misma doctrina predicada ahora por mí produzca en vuestras almas frutos de vida eterna. Oidme.

I.

Nos dice el santo Evangelio que volvian de Jerusalen á Nazaret Maria y José, llevando consigo á Jesus niño ya de doce años, y habiéndolo echado ménos en el camino, creyeron se habria adelantado con sus parientes y conocidos que marchaban adelante. En efecto, apenas llegaron á la posada, cuando lo buscaron y preguntaron por él á todos, y no encontrándole volvieron á Jerusalen, donde le hallaron despues de tres dias en el templo, sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles.

No necesitamos pensar mucho, hermanos mios, para encontrar el fin adónde se dirigian las preguntas y observaciones que hacia Jesucristo á los doctores de la ley de Moises. El Señor habia declarado que haria escuchar su palabra á Israel ántes que á ningun otro pueblo; é Israel que vive en tinieblas, está viendo en Jesus ese resplandor y claridad celestial que le estaba prometido. A los doctores y maestros de la casa de Judá habló primero el Hijo de Dios, porque eran ellos los que debian conocer mejor las profecías, así como las señales y el tiempo de su cumplimiento; porque eran ellos por institucion divina los encargados de conocer y anunciar al pueblo su venida, y eran ellos tambien los que habian de indicar á Israel la manera con que habia de honrar al Dios hombre y Mesias prometido. Por eso es que busca en el templo á los maestros de Israel, y les dirige su palabra ; les propone las verdades de

su doctrina celestial , mostrándoles que las profecías estaban ya cumplidas , cumplido el tiempo que anunciaron los justos y profetas para la venida del Mesias, y cumplido tambien el período señalado por Dios á la sinagoga para enseñar sus verdades á su pueblo. El Evangelio nos dice la admiracion profunda que causó á todos su sabiduría. *Mirabantur omnes sapientiam eius* (1). Admiraban el altísimo conocimiento con que entendia y explicaba las santas Escrituras, y sus palabras tenian esa unction y claridad celestial, que lleva á las almas la verdad y no permite que conserven duda, temor de errar, ni género alguno de vacilacion. Así es que ilustraban á todos los que las oian, y cautivaban sus almas con un atractivo irresistible. *Mirabantur omnes sapientiam eius.*

Pero la doctrina que Jesucristo enseñaba entonces en el templo en presencia de los doctores era, hermanos mios, la del santo Evangelio, y la sinagoga de que formaban parte aquellos maestros de la ley que lo escuchaban, era la primera que la habia de combatir. Por eso, aun cuando admirasen aquellos la sabiduría celestial de Jesucristo, y aun cuando sus palabras llevasen á sus almas el convencimiento, eran para ellos estériles é infructuosas. En efecto, la doctrina de Jesucristo tenia que combatir sobre la tierra tres clases de adversarios, á saber: la sinagoga empeñada en conservar esa preponderancia que tuvo durante largos siglos en todas las naciones del Oriente ; el paganismo cuyas costumbres relajadas combatia y condenaba terminantemente el Evangelio ; y el poder de los reyes de las naciones , al que éste mismo ponía limites en beneficio de los hombres oprimidos por sus mandatarios. Jesucristo traia mision ce-

(1) Lúcas. Cap. 2.

lestial, y desempeñándola anuncia á la sinagoga que su objeto sobre la tierra ha terminado, porque llegó el Salvador de Israel que establecerá un nuevo pueblo con nuevas leyes, nuevos sacrificios, y nuevo sacerdocio fundado todo en nueva doctrina que traia desde el cielo. Sus patriarcas y profetas, sus jueces y doctores daban á Israel cierto lustre entre todas las gentes de aquella época donde era conocido, y sus leyes y su templo eran respetados aun por los romanos y los griegos: su sanedrin había sido autorizado por Dios, y ejercido siempre grande influencia sobre todos los pueblos de la casa de Jacob. Jesucristo en el templo, explicando las santas Escrituras, anuncia que todo ésto era figura de Cristo, que ha cesado, y que ahora pertenece á los maestros de Israel dar á conocer al Redentor que está ya en medio de Judá segun lo anunciado por los profetas. ¡Oh si la sinagoga hubiese aprovechado las luces recibidas entonces del Maestro celestial! ¡Oh si sus doctores lo hubiesen conocido! Mas la palabra de Jesucristo anunciaba su muerte á esa sinagoga, porque así como es vida que vivifica á todo creyente, es tambien muerte para los que no la reciben, contentándose con admirarla y elogiarla con estériles palabras.

La doctrina de Jesus, vuelvo á decir, anunciaba su ruina á la sinagoga, porque la Iglesia cristiana llenaría el lugar de Israel que había sido su figura. Y ¡dónde está, hermanos mios, en efecto, la famosa sinagoga de los judios? ¡Dónde ese tan celebrado sanedrin? Murió, á pesar de los esfuerzos que han hecho hombres poderosos para sostenerlo y para vivificarlo. Ricos banqueros de Paris, de Londres y de Viena, que pertenecen al pueblo israelita, erogaron gruesas sumas para resucitar la sinagoga muerta por la presencia y la doctrina del Mesias prometido; mas á pesar de todos sus

esfuerzos, nada consiguieron: porque era necesario que se cumpliesen los vaticinios de los profetas que anunciaron su ruina y perdicion con la venida del Salvador del mundo, que ella no quiso conocer.

Pero la doctrina de Jesucristo que imponia silencio á la sinagoga, debia tambien limpiar la tierra de las abominaciones del paganismo y de la supersticion de los gentiles. En efecto así sucedió, y nunca se puede conocer mejor el gran trastorno que sufrió la naturaleza humana, como cuando pensamos en la situacion intelectual, moral y religiosa de que vino á sacarla nuestro Señor Jesucristo. La ignorancia en que se vió envuelta, ofuscó de tal modo los entendimientos, que los hombres cayeron de error en error, hasta olvidar completamente las luces que el Señor se dignó comunicar al padre de nuestro linaje el dia de su creacion. Dios, su soberana esencia, sus atributos inefables, su santidad infinita; el ser racional, su alma inmortal, su porvenir eterno, las obligaciones que está llamado á cumplir, todo lo confundió el hombre en su mente, y sus obras revelan hasta dónde llegaba esta confusión. De aquí resultó que sus costumbres se corrompieron, hasta el extremo de no respetar los sentimientos naturales, cuando trataba de satisfacer las exigencias de su carne corrompida, hasta el exceso de provocar la ira del Señor infinitamente misericordioso, y hasta atraer sobre sí los castigos mas tremendos de la justicia divina. Las leyes de los estados que en aquellos tiempos alcanzaron mayor celebridad, nos estan mostrando cuál era la idea que tenian los sábios, los legisladores y los maestros del género humano, sobre las obligaciones mas vulgares que tenemos en orden á Dios, en orden á los demás hombres y en orden á nosotros mismos. En ellas vereis tantas veces fomentados los vicios, confundidas las vir-

tudes con los delitos, castigada la inocencia, y premiada la corrupcion mas vergonzosa del corazon humano. En este abismo profundo sumidos los hombres, claro es que tampoco atinaron en lo que concierne á sus relaciones con Dios. Por eso es que no solo adoraron como divinidad las obras de sus propias manos, sino que adoraron los brutos animales inferiores al hombre, y adoraron aun á los vicios que hacen execrables á los hombres. Edificaron templos, erigieron altares, consagraron sacerdotes, y ofrecieron sacrificios á todas las inmundicias, como escribe el Apóstol, y ciegos completamente en el conocimiento del verdadero Dios, solo á éste ignoraron, é ignorándolo no le tributaron la adoracion que le debian. ¡Ah, hermanos mios, cuántas consideraciones no inspiran esas ruinas imponentes que encuentra el viajero donde ántes existieron grandes ciudades, y hoy son vastísimos desiertos! En Tebes, en Palmira, en Balbec y en otros mil lugares, observando cuidadosamente lo que aun queda en pie de lo que fué en otro tiempo templo de los ídolos, se perciben todavía los vestigios de las inmundicias que formaban parte en las ceremonias de algunos de aquellos sacrificios. En Balbec, por ejemplo, en medio de esos restos imponentes que, á despecho del tiempo y sus trastornos subsisten todavía, vemos no solo el altar destinado á los sacrificios de los animales que degollaban y quemaban los idólatras en honor de sus falsas divinidades, sino tambien los aposentos en que se ofrecian á Vénus otra clase de sacrificios y de víctimas, que estan indicando hasta dónde llegó la degradacion de los hombres, que pudieron inventarlos y discernir su vergonzosa ritualidad. Ved, hermanos mios, de lo que fué capaz el hombre abandonado á las tinieblas de su propio entendimiento y á la co-

rrupcion de su corazon. Este es el paganismo adonde pretenden conducirnos tantos politicos modernos, que quisieran ver marchar la sociedad sin religion, sin culto y sin principio alguno que recuerde á los hombres los fuertes vínculos que le ligan con Dios y con la patria feliz que nos promete. Al paganismo nos llevan todas esas teorías modernas que aconsejan prescindir de toda enseñanza religiosa así en las escuelas como en la familia, pretendiendo que cada individuo debe profesar la religion que le agrade, cuando tenga razon capaz para elegirla. De manera que, segun esta doctrina absurda, el hombre sin recibir en su alma ninguna nocion religiosa, debe educarse sin freno que contenga sus pasiones juveniles, sin idea de un Dios á quien amar, y que eleve su alma con aquel amor puro, santo e inefable que solamente El puede inspirar á sus criaturas; y sin idea, en fin, de la vida eterna que nos aguarda de premio ó de castigo, segun fuesen nuestras obras, y que nos estimula á amar el bien y á separarnos del mal. La fé y la razon protestan contra tales absurdos; la fé injuriada por los que las propagan como elemento que lleva á su ruina á muchas conciencias, y la razon que propensa á extraviarse cuando queda sola y sin el auxilio de la fé, divisa en ellas abierto un abismo donde pereceria si cayese en él. Mientras tanto, ;cuál fué la suerte de ese paganismo herido por la luz celestial de la doctrina de Jesucristo? Vosotros lo veis: el paganismo que dominó el Asia, la Europa, el Africa y la América; el paganismo que alimentó las teorías de la falsa filosofia; ese paganismo que presidió todas sus leyes, inspiró sus escuelas y sus academias, y dirigió las costumbres del género humano durante casi cuatro mil años, cayó herido de muerte por la doctrina de nuestro Señor

Jesucristo ; y cayeron tambien con él sus ídolos, sus templos y sacrificios inmundos, sus leyes, sus costumbres, su filosofía, y en fin, todo lo que de él nos venia, ó en él se apoyaba. Este es el triunfo mas señalado y que no tiene semejante en todos los siglos, triunfo pacífico, porque no se consiguió por la fuerza de las armas, sinó por la paciencia, la fortaleza y la caridad que enseña la doctrina de Jesucristo, triunfo de la verdad, que hace vivir, sobre el error que da muerte; de la virtud sobre el vicio, y de la pureza que inspira al hombre la inocencia, sobre la corrupcion que engendran en él los extravíos de las pasiones.

« Famosas fueron en todo el viejo mundo la filosofía y la legislacion de los griegos ; los sábios y los legisladores de los otros estados venian á Atenas para estudiar y aprender el arte de gobernar á los hombres en las lecciones y en los escritos de los maestros de aquellas escuelas ; pero ni Sócrates, ni ningun filósofo pudo discurrir doctrina tan pura, ni sistema de moral tan perfecto, como el que los sábios de la Grecia oyeron desarrollar en el Areópago á un hombre extranjero. Sócrates y su escuela, enseñando la existencia de un ser perfecto y de quien todo depende, no acertaron á recomendarle al culto de los pueblos sinó con el nombre de Dios no conocido ; pero aquel sin trepidar un momento, Ese que vosotros adorais sin conocer, les dice, ese es el que yo os anuncio. Ese Dios siendo Señor de cielo y tierra no mora en templos edificados por hombres, sinó que llena el universo, y da vida y animacion á todo. Esa voz produce una impresion profunda en las mas altas capacidades del Areópago, y los que habian desdeñado recibir lecciones de los filósofos mas distinguidos , rinden su entendimiento á ese deconocido que cautiva los corazones con

la persuasion admirable de su palabra. El cristianismo se gana prosélitos entre los griegos mas ilustres, y Pablo cuenta entre sus discípulos al distinguido Dionisio areopagita. El Areópago no existe, ni de él se ven mas que una escala derruida, los vestigios de sus cimientos, y uno que otro pedazo de cornisa esparcidos por el suelo; tambien sus doctrinas perecieron, y hoy nadie las estudia sinó como hechos consignados en la historia para transmitirlos á las edades venideras. Mientras tanto aquella doctrina inefable que desarrollaba Pablo en presencia de sus sábios, subsiste sin alteracion despues de atravesar casi veinte siglos; sus verdades han llegado á ser el dogma de la mayoría de los pueblos, y sus misterios cada dia encuentran nuevos creyentes que rinden su entendimiento bajo el yugo suave del Evangelio. Ved ahí un hecho sorprendente mas que todos los soberbios monumentos que nos restan de la sabiduría y del esfuerzo de los griegos. La fé, simbolizada en esa cruz que vemos esculpida sobre las enormes piedras del cimiento del Areópago, ha atravesado ya diez y nueve siglos, atravesará diez y nueve mas; y cuando haya contado uno por uno todos cuantos han de sucederse hasta la consumacion de los tiempos, estará tan jóven, tan fuerte y tan hermosa, como cuando salió del corazon del Verbo destinada á renovar toda la tierra. Esas enormes columnas del Partenon y del Olimpo que admiramos hoy en pié, caidas y deshechas, atraveserán despues los mares para ir á hermosear los palacios que habrán de fabricarse en los paises hasta hoy desconocidos en el interior de la Australia, ó para enriquecer los museos científicos que se abrirán en las regiones ahora cubiertas por espesos bosques en la Oceanía; las inmensas moles amontonadas para formar los cimientos

del Areópago, hollados por la planta de mil generaciones nuevas, serán reducidos á polvo ; ningun vestigio quedará de todas esas obras del esfuerzo de tantas sucesiones de héroes y de sabios ; pero mientras tanto la obra por excelencia de ese Dios desconocido para ellos no habrá perdido ni la mas mínima de sus bellezas (1).» Se eleva el alma meditando este prodigio, y sin detenerse á buscar su origen y su causa en otra parte, la busca solamente en Dios único autor de la doctrina del Evangelio, y cuyo poder infinito brilló en su rápida propagacion y en su victoria sobre el paganismos.

En vano éste se presentó sostenido por toda la fuerza del poder humano: porque la grandeza y majestad de la doctrina de Jesucristo derribó la fuerza de ese mismo poder que pretendió vencerla con la persecucion que le hizo á muerte durante cuatro siglos, y que de tiempo en tiempo aun le renueva parcialmente y bajo mil formas diferentes. Oid cómo pinta el apóstol San Pablo este triunfo con elocuencia y sencillez celestial : « Las cosas mas flacas y despreciables de este mundo escogió Dios para destruir lo fuerte, y las que por su pequeñez parece que no son, para destruir aquellas que son; para que nadie se alabe, ni nadie se jacte en su presencia, cumpliéndose lo que está escrito : El que se gloria, gloríese en el Señor (2). » La fuerza vencedora de la doctrina de Jesucristo está compendiada en las dos palabras que responde el Salvador á la queja amorosa que le daba Maria su purísima Madre al encontrarle en el templo y en medio de los doctores : « ¡ No sabias que en las cosas que

(1) *El Catolicismo en presencia de sus disidentes.* Tom. II. Cap. 4.

(2) *I. a los Coríntios.* Cap. 4.

son de mi Padre me conviene estar? » Este es el compendio de toda la ley de Dios explicada en el santo Evangelio. *Nesciebatis quia in his quae Patris mei sunt oportet me esse?* La consagracion de todo hombre á llenar las obligaciones que Dios le ha impuesto en su divina ley debe ser, hermanos mios, el único objeto constante que debemos proponernos para llegar á la felicidad eterna; y es éste por lo mismo, el que nos señala la doctrina del Hijo de Dios. No solo nos muestra en estas palabras el respeto y obediencia profunda con que vivió sometido al Padre celestial, sino que la enseña á todos cuantos han de profesar su doctrina como el fundamento de su profesion cristiana. Toda la vida de nuestro Señor Jesucristo no fué mas que el ejercicio perfecto de esta obediencia. Cuando su santísima Madre, encontrándole en el templo le expresa el dolor que le ha causado su separacion, aun cuando fuese momentánea, el Divino Maestro aprovecha esta ocasion para descubrir la extension de su doctrina sobre nuestra obediencia á Dios, diciéndole: « *¡Ignorábais acaso que en todo aquello que pertenece á mi Padre debo estar?* » Como si dijera: mi ejemplo es la confirmacion de mi doctrina: yo me ocupo de todo lo que tiene ordenado mi Padre celestial, y vosotros siguiéndolo habeis tambien de obrar del mismo modo.

En sus divinos preceptos dejó el Señor escritas sus obligaciones á los hombres, de cualquiera estado, sexo ó condicion que fuesen. Medítémoslos con frecuencia, y en lo que nos ordenan, así como en lo que nos prohiben, oigamos la voz de Dios que habla á nuestras almas palabras de vida eterna. Aquel que las aprovecha, ese es al que Jesucristo regenera con su doctrina, y elevado sobre esa condicion baja y miserable, á que le

reducen sus propias pasiones, triunfará del mundo, de sus errores y de sus miserias, y quedará apto para acompañar al mismo Jesucristo eternamente. Mas al contrario aquel que desprecia los preceptos del Señor, ese vivirá en perpetua servidumbre del mundo y de sus pasiones; ese vivirá en el error, y aborrecerá la luz de la verdad, porque esa luz le vendrá á descubrir la enormidad de sus vicios, de su flaqueza y de sus pecados. Amemos, hermanos mios, esa ley divina, en cuya observancia consiste toda nuestra felicidad, toda nuestra grandeza y toda nuestra verdadera dicha, no olvidando ni un instante la doctrina de nuestro Señor Jesucristo que así lo ha declarado. Démolas tambien las mas rendidas gracias, porque en la doctrina celestial de su ley divina se dignó prepararnos el medio eficaz de conseguir nuestra salvacion eterna. Todas esas invenciones humanas contrarias á las verdades de Jesucristo, que alguna vez llegan á nuestros oidos, doctrinas viciosas y que halagan los sentidos, son los restos que han quedado de la sinagoga y del paganismo que venció Jesus: rechazadlas vosotros, vencedlas en vuestro entendimiento creyendo las que predico Jesus, y en vuestra voluntad practicando las que enseñó Jesus; y de este modo tambien lograreis acompañar eternamente á Jesus.

INSTRUCCION SÉPTIMA.

SOBRE EL MISTERIO DE LA ORACION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO EN EL HUERTO DE LAS OLIVAS.

Factus in agonia prolixius orabat, et factus est sudor eius sicut guttae sanguinis decurrentis in terram.

Puesto en agonía oraba con mayor vehemencia, y fué su sudor como gotas de sangre que corria hasta la tierra.

(S. Matth. C. 22.)

Este es, hermanos mios, el grande espectáculo que nos presenta Jesucristo, entrando á ofrecer el sacrificio de su pasion por nuestros pecados. Vemos al Hijo de Dios humillado y abatido; su Padre celestial niega á su humanidad las dulzuras inefables con que ántes la confortaba: puesto en oracion, la amargura, el tedio, el cansancio y la angustia se apoderan de su alma; el ángel que desciende del cielo ningun género de consuelo le proporciona; sus apóstoles le han abandonado, y la espantosa memoria de las iniquidades de los hombres asaltándole, hacen que su cuerpo desfallezca en medio de intensas agonías. En esta situacion ora con mayor fervor, y la sangre de sus venas, por un milagro nunca ántes sucedido, brotando por los poros de su cuerpo á manera de copioso sudor, riega la tierra donde estaba postrado. *Factus in agonia prolixius orabat, et factus est sudor eius sicut guttae sanguinis decurrentis in terram.*

Venid, pecadores, y contemplad á Jesus caido en tierra, agonizante y moribundo bajo el peso enorme

de vuestras culpas. Las tomó sobre sí misericordiosamente para pagarlas, y la justicia divina le hace ahora sentir hasta dónde llega su excesiva gravedad. ¡ Ah católicos ! jamas podemos conocer tan bien la enormidad de nuestros pecados, como cuando contemplamos al Hijo de Dios agobiado bajo su peso, y agonizante y sudando sangre por la congoja que le ocasionaba su consideracion. Ojalá qué nosotros , meditando esas penas y esas humillaciones , podamos sentir en nuestra alma los efectos de una dolorosa compunction por nuestras culpas; ojalá que la consideracion de esas agonias nos haga reflexionar seriamente sobre la situacion de nuestra alma, causa de tan acerbos padecimientos ; y ojalá, en fin , que la caida del Hijo de Dios bajo el peso de nuestras culpas haga que nos levantemos presto, y que las reparemos con los medios que nos ofrece la verdadera penitencia.

Vamos á contemplar las agonias que padeció en el huerto de las olivas nuestro Señor Jesucristo en la gravedad de las causas que las producian. Vos, Jesus amorosísimo, que humillado y abatido bajo el peso de nuestras culpas, sudais sangre por nuestro remedio, dadnos las disposiciones necesarias para que aprovechemos los ejemplos que nos dejásteis en los misterios dolorosos de vuestra pasion y muerte. Preparad nuestra alma para su meditacion, tocándola con vuestra gracia.

Jesus salió del Cenáculo , donde acababa de instaurar el adorable sacramento de la Eucaristía ; le rodeaban sus discípulos, ménos Judas , y bajando con ellos la falda del monte Sion, salió por la puerta que se llamaba Oriental , y llaman ahora de San Esteban , fuera de los muros de Jerusalen, y tomó el camino que va á la villa ó jardin de Getsemani. Mas al salir de la ciudad , ya se apoderó de su alma una

profunda tristeza. No fué ésta como la que siente el hombre que ve venir alguna grande adversidad sin poderlo remediar; porque libre era y espontáneo el sacrificio que iba á cumplir en su sagrada pasion. Era, hermanos mios, la tristeza natural que experimenta aquel que ve acercarse su muerte, y en la humanidad de Cristo fué infinitamente mas viva esa aprension, permitiéndolo Dios que fuese así, como parte del cáliz amargo que iba á beber en su pasion. Atravesando el valle de Josafat, ¿qué impresion tan profunda no causaria en su alma la representacion del juicio que algun dia habrá de hacer allí como Juez supremo de los vivos y de los muertos?

El valle de Josafat está dividido por el rio ó torrente Cedron que lo atraviesa en toda su extension; mas ordinariamente está seco, y no trae agua sinó cuando llueve y recoge todas las vertientes de los cerros y quebradas vecinas. Jesucristo atravesó el cauce del torrente, y comenzando á subir el valle del Olivete, entró al jardin de Getsemaní donde tenía costumbre de ir á orar todas las noches. Llegando allí dejó á sus apóstoles diciéndoles: « Sentaos aquí, mientras yo voy allá á orar (1); » y tomando solamente á Pedro, Juan y Santiago, avanzó hasta el interior del huerto de los Olivos que allí había, y se retiró de éstos para orar solo y mas fervorosamente. Este huerto que hasta hoy se conserva con gran cuidado, es uno de los lugares santos de Jerusalen; mide ciento sesenta piés de largo, y diez ménos de ancho. La tradicion uniforme y constante de todos los cristianos del Oriente asegura que nuestro Señor Jesucristo, llegando al huerto de los Olivos, dejó á los tres discípulos que lo acompañaban

(1) Mateo. Cap. 26; Marcos. Cap. 14.

sentados entre unos peñazcos enormes que se ven á la entrada del jardin, retirándose El á la gruta que está distante de allí como un tiro de piedra. En esta gruta, por ese motivo venerable y santísima, entró el Hijo de Dios y allí era donde contemplándolo David lo había visto como sobre un borrascoso mar, y sumergido por las olas de la tempestad. *Veni in altitudinem maris, et tempestas demersit me* (1). Mar llama el profeta la inmensidad de penas, angustias, agonías, temores y amarguras de toda especie, que sufrió Jesucristo en su oracion en el huerto de los Olivos. En efecto, postrado delante de su Padre, dos cosas se representaron vivamente en su imaginacion, á saber, la ruina, y la reparacion del linaje humano. Vió en la ruina esa cadena espartosa de males, que se extiende por todos los siglos y sobre todas las naciones y pueblos de la tierra: vió la caida de Adan, la idolatría de los paganos, la sangre de los profetas, la infidelidad de los israelitas, la ceguedad y tinieblas de infinitas almas, y la perdicion de un sinnúmero de criaturas que, arrastradas por pasiones violentas y desordenadas, se precipitaban en los infiernos. En esa ruina no vió tan solo la de aquellas, que se perdieron envueltas en las tinieblas que habian reinado hasta entonces sobre la tierra, sinó que vió tambien la de tantas otras, que malograrian la luz de la fé y de la verdad que habia traído del cielo. Vió los errores de los herejes, las disensiones de los cismáticos, las negligencias de los cristianos tibios y perezosos, los escándalos de unos, las blasfemias de otros; y en fin, todos los pecados que causan la ruina eterna de tantos hombres. Vió todo ésto con toda su gravedad, con to-

(1) Salmo 68.

das sus circunstancias, y con toda la malicia peculiar á cada una. Y no os ocultaré, hermanos mios, que en esa serie de pecados, que el hombre caido y arruinado ofrecia á su consideracion, lastimaba mas profundamente el corazon de Jesucristo la guerra constante y apasionada que hace la culpa á la virtud, la iniquidad á la inocencia y el error á la verdad: guerra cruel y obstinada que todos presenciamos, y cuyos efectos son la extension de los errores, la ruina de las virtudes, la propagacion de los vicios, y la mengua de la fe, de la religion y de la piedad.

Al frente de la perdicion de tantas almas causada por los pecados ve Jesucristo tambien la reparacion del linaje humano que hace con el sacrificio de su pasion y muerte. ¡Qué reparacion tan dolorosa, hermanos mios! Su Eterno Padre permite que acudan á su imaginacion en aquel instante la traicion y venta de Judas, la negacion de Pedro, la cobardia y fuga de los discipulos, las bofetadas, las burlas, los desprecios, las ignominias, los azotes, las espinas, los clavos y la cruz. Todo ésto, acudiendo de golpe á su entendimiento y á su memoria, hace trepidar por un instante su voluntad. Jesucristo, viéndose rodeado de tantos tormentos y delante de muerte tan afrentosa y terrible, experimenta una amargura incomparable que los Evangelistas llaman unas veces tedio, otras temor, y otras tambien tristeza ó agonía. Acometió á Cristo esta representacion como un ejército de tantos soldados, cuantos eran los dolores y las aflicciones que iba á padecer. Su voluntad se turbó, su corazon se turbó tambien, de modo que su alma santísima quedó sumergida en un mar de penas, como El mismo lo habia ya anunciado por boca de David: « Tribulaciones y dolores vinieron sobre mí, y

cubriéronme tinieblas (1). » Mas ; cuál es el consuelo, católicos, que buscó Jesucristo en medio de tan acerba tribulacion? El Evangelio nos lo hace conocer , para que á su vez lo aprovechemos tambien nosotros. Fué ese remedio la oracion fervorosa á su Eterno Padre, en la cual lleno de confianza decia : « Padre mio , si es posible , pase de mí este cáliz; pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que Vos quereis (2); » que significaba lo mismo que decir: Padre mio, si los hombres pueden quedar redimidos , y satisfecha vuestra justicia eterna sin que yo beba este cáliz de la pasion, concedédmelo ; mas no se haga mi voluntad , sino la vuestra justísima y adorable.

Desde luego en esta oracion elevadísima de nuestro Señor Jesucristo descubrimos las virtudes celestiales, de que nos dió ejemplo en su pasion , y que forman aquel ramillete de amarga mirra que desea ver colocado en medio del corazon de todos aquellos, que pretenden amarle y servirle con perfeccion cristiana (3). Enseña, digo, el retiro y soledad que ha elegido para tratar con Dios , como medio eficaz para orar fervorosamente ; la humildad profunda de alma y cuerpo con que oró, anonadando su humanidad sacratísima delante de la grandeza infinita de la divinidad; la abnegacion de su propia voluntad que resignó del todo no queriendo que prevalezca ni se cumpla sino la del Padre celestial; y en fin, el amor y la confianza con que habla á Este, recordándole que es su Padre , y que como tal hará con infinito amor lo que sea mas conveniente y provechoso para su Unigénito. Tal debe ser, hermanos mios, nuestra oracion cuando, acongojados

(1) Salmo 54.

(2) Mateo. Cap. 26.

(3) Cant. Cantic. Cap. 1.

como Jesucristo, recurrimos á Dios, nuestro Padre celestial.

Mas notad, que en medio de ese mar altísimo y profundo de tantas penas y amarguras no olvida Cristo á sus apóstoles, sinó que los busca, y previendo las fuertes tentaciones de aquella noche terrible, les encarga orar para no desfallecer y sucumbir. Esta diligencia, fruto de la ardiente caridad con que les amaba, ni distrae, ni entibia su fervor, sinó que por el contrario su oracion es cada vez mas tierna y afectuosa. San Marcos nos retrata los afectos de Jesus cuando oró á su Padre despues de haber hablado á sus discípulos. « Abba Padre, todas las cosas te son posibles ; traspasa de mí este cáliz; mas no se haga lo que yo quiero, sinó lo que Tú quieres (1). » Pedia al Padre que el amargo cáliz de su pasion y muerte aprovechase á todos los hombres, de modo que, si fuese posible, en ninguno se perdiese el fruto de su muerte. En esta peticion aparece la grandeza celestial de su caridad ; pero aparece unida tan intimamente con su resignacion á la voluntad divina, que, aun cuando eso puede estar conforme con el amor que Dios nos tiene, no le quiere, si el Padre celestial no estima conveniente concederlo. Y aun cuando era tan tierno y tan ardiente el amor que tenia á todos los hijos de Adan, nuestro Señor Jesucristo nada quiso ni nada pidió para ellos, sinó en cuanto fuese conforme con la voluntad divina. Obremos, hermanos mios, obremos imitando la conducta del Hijo de Dios en esta sumision entera y espontánea á su santa ley, sin querer, ni desear otra cosa que complacerle con todas nuestras obras y con todos los afectos de nuestro corazon.

(1) Cap. 14.

Por segunda vez volvió el Salvador á sus apóstoles para fortalecerlos con su palabra , y lo hace hablándoles con la misma caridad y con el mismo amor que la primera. *Sic non potuistis una hora vigilare mecum?* ; Ah ! les dice, ¿ es posible que no hayais podido velar conmigo ni una hora ? Escuchemos esta palabra amorosa, como dirigida á nuestra propia alma. Oigamos lo que en ella nos dice. ¿ Es posible que rodeada ; oh alma ! como te encuentras de tantas ocasiones de pecado, no te esfuerces por velar conmigo en la oracion ? ¿ De dónde piensas sacar gracia, fortaleza y perseverancia, sino oras y buscas en Dios los auxilios eficaces de que tanto necesitas ? ¿ Cómo piensas resistir la furia de tus mortales enemigos sino protegida por la misericordia del Padre celestial ? Levántate, levántate, alma negligente, busca en Dios tu fortaleza, porque de otra manera te encontrarás perdida sin remedio. Los discípulos dormian profundamente, y en ellos vemos figurada la pereza y el descuido de tantas almas que vien desprevenidas, y llegada la hora de la tentacion se encuentran sin fuerza para resistirla, y caen miserablemente. Aquellos despertaron al ruido de las armas de los sayones que prenden á Jesus, y se levantaron sin fuerza y sin la energía necesaria para acompañarle y seguirle fielmente en la gran prueba de su pasion. ; Ah ! se avergonzarán los unos, le negarán los otros, y los que le siguen, lo harán de lejos y llenos de cobardía y timidez. La oracion les hubiera hecho robustos en el tiempo de la prueba, y por no haberla ejercitado, se encontraron débiles y sin fuerzas en la pasion de su Maestro.

Jesucristo vuelve por tercera vez á orar, y su alma, sintiendo con nueva viveza sus terribles agonías, ora ba con nuevo fervor , nos dice el Evangelio: *Proli-*

wius orabat. Mas ¿ quién podrá explicar el doloroso combate que en medio de esta agonía tenian en el corazon de Jesucristo los afectos de horror y tristeza con la obediencia y la caridad ? El horror le hace mirar con profundo tedio los tormentos de la pasión, que tiene allí delante de la vista de su entendimiento, mientras la obediencia ciega á la voluntad de su Eterno Padre le urge para que corra presuroso á ofrecerse en sacrificio, y para que bendiga la mano que le hace sufrir tales amarguras : el horror á los tormentos le retrae de la pasión ; el amor y la obediencia le hace repetir con la caridad mas pronta y decidida, con sus labios y con su corazon: « No se haga, Padre mio, ni voluntad, siñó la vuestra (1). »

Ved ahí el doloroso combate entre el amor y la tristeza de Jesucristo , en el que obrando el espíritu vigorosamente sobre la carne enferma , entrustecida y agobiada bajo el peso de tantas amarguras, le hace derramar por un sudor copioso la sangre purísima de sus venas. Este fué el combate que vió la Esposa de los Cantares en el corazon de su amado , y que nos pinta diciendo: « Fuerte es su caridad como la muerte : sus lámparas son llamas y fuego ardiente, torrentes de agua no la apagarán, ni los ríos podrán sumergirla (2). » Aquí se cumplió lo que nos anuncio David del Hijo de Dios. « Desfallece y cae mi corazon, porque el fuego de la caridad lo derrite como la cera (3). »

El Hijo de Dios quiso sufrir estas crueles agonías y sudor de sangre por varias causas. Para mostrar , primero, el vivo sentimiento que le causaban nuestras

(1) Lúcas. Cap. 22.

(2) Cant. Cantic. Cap. 8.

(3) Salmo 67.

culpas: conociendo su extension y malicia con ciencia perfectísima, las sintió de un modo mucho mas intenso y doloroso, que aquel con que nosotros podemos sentir las, no obstante que somos reos de toda su enormidad. Tuvo tambien profundo sentimiento por las persecuciones, amarguras y tormentos que habia de padecer el cuerpo místico de su Iglesia, y lo sintió de un modo tan tierno y vehemente, que esa pena y compasion hicieron brotar copiosamente la preciosa sangre de sus venas. Las persecuciones que se levantarían contra ella; la sangre de sus mártires que correría á torrentes; la paciencia invencible de sus confesores que seria puesta á prueba á cada paso; la codicia, la corrupcion del corazon, la iniquidad mas repugnante unidas sobre la tierra contra esa Iglesia que tanto ama, y contra sus hijos, sus siervos fieles, fueron otra de las causas de su afficion profunda. Lo fué tambien la inmensidad del amor con que nos amaba, y la infinita liberalidad con que quiso explicarnos ese mismo amor. Le urgía éste, y no quiso esperar que los azotes, las espinas, y los clavos llegasen para hacerle derramar su preciosa sangre, sinó que la virtió ántes de esta manera tan nueva, como dolorosa. La derramó por eso abundantemente, y de modo que no solo cubriese su cuerpo santísimo, sinó que corriese sobre la tierra. En fin, sufrió sus agonías y derramó su sangre en el huerto de las Olivas para explicarnos hasta dónde alcanzaban los sufrimientos que eran el precio de nuestra redencion, y hasta dónde tambien debíamos nosotros mostrarnos agradecidos por este beneficio que nos concedia misericordiosamente. Que nuestra ingratitud seria un crimen horrendo, y los pecados, despues que El los satisfacia, sufriendo penas tan amargas y tan dolorosas, serian una temeridad

indisculpable. Estas fueron, hermanos mios, las causas porque Jesucristo sufrió en el huerto aquella terrible agonía que le hizo derramar sangre por los poros de su cuerpo. ¡Oh almas cristianas, venid, contempladlo! Ese cuerpo inocente aparece enrojecido con la sangre que estila por sus poros; el mas hermoso entre los hijos de los hombres se viste con la túnica de grana para entrar como sacerdote sumo á ofrecer la víctima de su propio cuerpo. El desfallecimiento que producian en su naturaleza humana tantos afectos vehementes, y la debilidad, consecuencia de la efusión de su sangre sacratísima, le hicieron caer en una intensa agonía. Su caridad infinita hace que su sangre corra sobre la tierra manchada por las abominaciones del pecado, y la preparare de manera que pueda dar en lo sucesivo frutos de virtud y santidad. ¡Oh Jesus mio! haced que esa sangre preciosa y de virtud divina descienda hasta mi corazon; hacéd que lo purifique arrancando de él los abrojos y las espinas de tantos pecados cometidos, y lo dejé dispuesto para todo lo conveniente á vuestro servicio. Y vosotras, almas, por quienes Jesucristo derrama su sangre en la dolorosa agonía del huerto de los Olivos, acercaos, y pedidle tambien fervorosamente una gota de esa sangre que os llene de doloroso arrepentimiento de todas las culpas, por cuya satisfaccion la derramó.

Mientras tanto el Eterno oyó la oracion de su Unigénito, y envió uno de sus ángeles para confortarle, quien hablando á Cristo con profunda reverencia (1), le hizo presente que era voluntad de su Padre celestial bebiese hasta la última gota el cáliz de su pasion y muerte para remedio del mundo. Todo ésto lo

(1) S. Thomas. 1.^a pars, quaest. 113.

sabia Jesucristo, hermanos mios, y no necesitaba que un ángel viniese desde el cielo para recordárselo; mas quiso que su humanidad recibiese auxilio de sus criaturas, y que fuese fortalecida escuchando á éstas lo que ya sabia y conocia con ciencia perfectísima. Acudirian tambien otros muchos ángeles para consolarle y para fortalecerle, y Jesucristo, abrazando la voluntad del Padre celestial con resignacion y alegría profunda de su alma, venció el temor y la tristeza con que quiso ser atormentado aquella terrible noche. El Padre aceptó la voluntad tierna y caritativa de Jesus, vió su sangre que empapaba la tierra, y sus vapores que llegaron hasta el cielo, fueron en su presencia mas fragantes que aquellos de los sacrificios, que le ofrecian los sacerdotes de la ley antigua en el templo de Jerusalen. Ve á su Hijo con infinita complacencia; ve su caridad, su humildad, su obediencia, y le estima sobre todas las victimas y sobre todas las ofrendas, que los hombres habian podido ofrecerle hasta entonces.

Jesucristo lleno de fortaleza se levanta de la oracion, va á buscar por tercera vez á sus discípulos, y les dice: « Levantaos y vamos, porque ya está cerca el que me ha de entregar. » Acaba de aceptar el cáliz de la pasion, acaba de ser confortado para ésta, y se muestra deseoso de probar al mundo en lo mas récio de los tormentos y de las amarguras de su sacrificio, hasta dónde llega el amor, la obediencia y la humildad, con que cumple la voluntad de su Padre celestial. Vamos, dice á sus discípulos, vamos, porque deseaba salir al encuentro del traidor y de los sayones que le acompañaban, mostrando así que nada temia, ni nada le inspiraba horror, por terrible y doloroso que fuese, cuando trataba de cumplir la voluntad divina. ¡ Oh !

si estos ejemplos de nuestro Señor Jesucristo nos resolviesen á buscar nuestra fortaleza en la oracion y trato con Dios , ; cuán pronto nos encontraríamos siempre para llenar nuestras obligaciones, por molestas y pesadas que alguna vez nos pareciesen ! No busquemos, hermanos mios, la gracia que necesitamos para ser constantes en el servicio de Dios, para resistir las tentaciones, y para hacernos superiores á las adversidades; no la busquemos ni en los consuelos que pueden darnos las criaturas, ni en los arbitrios que nos proporcionan los medios naturales de que podemos disponer: busquémosla en Dios, procurémosla en la oracion como lo hizo nuestro Señor Jesucristo. Para nosotros fué su ejemplo, digamos con San Lorenzo Justiniano, y ese ejemplo es el que nos ha de acompañar , de fortalecer y de salvar.

Mas advirtamos que entre las causas de las agonías y sudor sangriento del Hijo de Dios estaban tambien nuestros pecados, que con todos los demas que cometen los hijos de Adan, se representaban delante de su imaginacion, y mortificaban atrozmente su corazon. Removamos, hermanos mios, esta causa , detestando esos pecados con sincero arrepentimiento. Sin la conversion entera y completa de nuestro corazon al Señor, no conseguiremos que su preciosa sangre nos traiga los frutos de gracia y de virtud, que Jesucristo ganó para nosotros. Prometamos al Señor enmendar sinceramente nuestra vida, de modo que, viviendo Jesucristo en nuestra alma por su amor aquí en la tierra, vivamos tambien con Jesucristo eternamente en el cielo.

INSTRUCCION OCTAVA.

SOBRE LOS AZOTES
QUE SUFRÍO NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO
ATADO A LA COLUMNA.

Apprehendit Pilatus Iesum et flagellavit.

Pilato tomó á Jesus y lo azotó.

(S. Ioann. Cap. 19.)

Apenas había dicho el Salvador á sus discípulos: « Levantaos y vamos, porque cerca está ya el que me ha de entregar, » cuando se presentó en el huerto Judas Iscariote que le había vendido á sus enemigos por treinta dineros, trayendo consigo muchos soldados y gente armada con palos y cuchillos, á quienes había prevenido diciéndoles: « Aquel á quien yo saludase dándole ósculo de paz, ese es: tomadlo y aseguradlo bien. » Jesus viendo la muchedumbre que se le acerca, se adelanta, y Judas entonces besándole su rostro da la señal convenida con sus enemigos, quienes precipitándose sobre el Salvador, atan con cuerdas sus manos asegurándolo como á criminal, y parten tirándole con violencia para Jerusalen. Así sucedió el prendimiento del Hijo de Dios, vendido por uno de sus discípulos por un precio miserable, puesto traicioneramente en manos de sus enemigos, maniatado como reo infame por una soldadesca vil, y conducido de ese modo á la famosa corte de Judea, donde han de cumplirse literalmente las profecías que anunciaron su pasión y muerte.

Jesus humillado de esa manera fué conducido á la casa de Anás, donde sufrió entre otros vejámenes y

desprecios aquella cruel bofetada que le derribó en tierra ; donde Pedro, el Príncipe de los apóstoles, le negó tres veces ; donde fué escupido, le bendaron los ojos, le burlaron, le acriminaron con falsos testigos , y pidió á voces la turba que lo prendió , fuese condenado á muerte. Se le condujo á la presencia de Pilato, quien lo mandó á Heródes, en cuya casa fué tratado como loco, burlado por soldados corrompidos, criminales y cobardes , y devuelto desde allí nuevamente al mismo Pilato gobernador y presidente de la Judea. ¡ Cuántos viajes , hermanos mios ! ¡ cuánta fatiga ! y si os fijais que el terreno de Jerusalén, donde el Salvador era obligado á caminar tanto, no es llano, sinó sumamente quebrado y disparejo , ya comprendereis el cansancio mortal que sufrió.

Pilato formando juicio que Jesus era inocente y que por envidia le perseguian sus enemigos, determinó hacer lo posible por librarse de sus manos, y restituirle su libertad. Con ese objeto habló á los judíos diciéndoles: « Me habeis presentado este hombre acusándolo de inquieto y revoltoso; mas yo no encuentro en él causa alguna para condenarlo á muerte. Heródes piensa lo mismo que yo (1). » Veis, hermanos mios, cómo evidentemente estaba Pilato persuadido de la inocencia de Jesus, y la defendía delante de sus terribles enemigos, pero sin embargo de esta persuasión, le mandó azotar vergonzosa y bárbaramente; y á ese hombre justo, inocente y bienhechor del pueblo lo sentencia á recibir azotes de mano de los verdugos. ¡ Oh iniquidad ! ¡ oh injusticia atroz ! clama toda conciencia que no teme á los hombres como la de Pilato, y que no está corrompida como la de los judíos que piden la muerte de Jesus.

(1) Lúcas. Cap. 23.

Vengamos, hermanos mios, á contemplar á Jesucristo atado ignominiosamente á una columna del pretorio de Pilato, donde sufre el castigo que le imponia esa sentencia injusta y temeraria á todas luces. Contemplémoslo azotado, primero por los judios, y azotado despues por los cristianos. Oidme.

I.

Sentado Pilato en su tribunal, agitada su conciencia por crueles remordimientos, lleno por una parte de dudas y ansiedades que crecian á medida que se aumentaba en su alma el conocimiento de la virtud y santidad de Jesucristo, y deseoso por otra de complacer á ese pueblo que le pedia lo condenase, amenazándole con llevar al César sus quejas en caso de que no lo hiciese, buscó un medio para satisfacer al pueblo y á su conciencia al mismo tiempo. Ese medio fué, hermanos mios, el que nos señala el Evangelio diciéndonos: *Apprehendit Pilatus Iesum, et flagellavit.* Lo mandó azotar. ¡ Cuánto horror no causa un proceder tan injusto, y por el que se condena al tormento y á la ignominia á un individuo, cuya inocencia está de manifiesto ! Mas habia de cumplirse lo que estaba escrito en las profecías: « *Fui flagellatus, et castigatio mea in matutinis:* Azotado fui, y mi castigo se hizo en la mañana (1). » « Dí mi cuerpo á los que lo maltrataban, y mi carne á los que la despedazaban (2). » Pilato débil y condescendiente hasta hacerse criminal delante de las leyes, delante de todo hombre honrado, delante de su propia conciencia y delante de todos los

(1) Salmo 72.

(2) Isaías. Cap. 50.

siglos que han conservado su nombre para expresar la injusticia y falta de honradez de un magistrado , era una enseñanza para todos. Cree que condenando á Jesus á sufrir pena de azotes, va á librarlo de la muerte y á conservarse él mismo en la gracia y amistad de los judios , cree en una palabra que salvará á Jesus y se salvará él mismo. ; Mas cómo se engañaba ese magistrado injusto y temerario ! Ni salvaria á Jesus, ni se salvaria él. Escrito está que « un abismo llama á otro abismo, » y el que comete un pecado , cualquiera que fuese, para evitar otros, se hace tan criminal como si hiciera aquello que trata de evitar. Jamas es lícito cometer el pecado, ni jamas insultar los derechos de la justicia eterna, que nos señala el camino por donde hemos de marchar, sin desviarnos ni á un lado ni á otro. Sin embargo, hermanos mios, la conducta torcida é injusta de Pilato encuentra entre los cristianos mil personas que la imitan. La imita aquel hombre público que, por la posicion que ocupa, está llamado á sostener los derechos de Dios , dando al pueblo ejemplo de su fé, mas no lo hace obedeciendo á razones de interes personal. La imita aquel individuo , que estando convencido de la verdad de los principios religiosos que profesa, se retrae no obstante de confesarlos y practicarlos en público, queriendo de ese modo aparecer como liberal y poco creyente en el concepto de ciertas gentes. Imita tambien la conducta de Pilato aquella madre de familia , que se avergüenza de las prácticas piadosas en que fué educada y se honraron sus mayores, y las omite por consideracion á personas á quienes disgustan, y cuya relacion no quiere perder. Ved ahi cuántos imitadores encuentra Pilato en el seno del pueblo cristiano. ; Ah católicos ! desgraciadamente el número de los que desoyen

la voz de su conciencia, anteponen sobre todo el respeto humano, venden los intereses de la fé y venden la grandeza del cielo por las miserables ventajas de la tierra, es excesivamente grande; y lo que Poncio Pilato, presidente de la Judea, ponía en práctica para salvar la vida de Jesucristo, hay infinitos que lo imitan con ruina de su conciencia y perdida de su fé.

Oida la sentencia de Pilato, tomaron los soldados á Jesus con grande algazara, lo sacaron fuera del palacio del presidente, y entrándolo al átrio, le despojaron de sus vestidos, y le ataron desnudo á una columna. Antes de sufrir los azotes á que había sido injustamente condenado, experimentó el Salvador otro tormento todavía mas doloroso y cruel, como predicaba San Vicente Ferrer (1). Tal fué el que sufrió viéndose desnudo en presencia de aquella multitud desenfrenada, sin moral y sin temor de Dios. Llovieron sobre El los escarnios, las burlas y baldones de toda especie, y esta afrenta que tanto dolor causó en lo mas íntimo de su alma, la ofrecería sin duda por la desenvoltura y desvergüenza, con que tantas personas aparecen en público, y son para muchos causa eficaz de pecado.

Segun algunos Padres de la Iglesia y otros contemplativos, Jesucristo fué atado á la columna con los brazos levantados en alto, lo cual no pudo menos que causarle horribles tormentos (2). Le atan tambien fuertemente de la cintura y de los piés: mas ¡ay! el divino Jesus estaba atado á esa columna con otros lazos mucho mas fuertes; estaba atado, hermanos mios, con las cadenas de amor y caridad, que le li-

(1) Serm. IV. de Pass. Domini.

(2) S. Hieron. Gloss. in Luc. Cap. 23; y Luis de la Puente. Parte IV. Medit. 35.

gaban tan fuertemente á su Eterno Padre, que todo el poder de los hombres ni todos los esfuerzos del infierno jamas podrian debilitar, ni todas las aguas de tribulaciones, amarguras y dolores apagar el fervor de la voluntad que allí le retenia. Atado Jesus de esa manera, le descargaron los verdugos sin piedad un diluvio de golpes, que destrozaron en pocos instantes todas las carnes de su sagrado cuerpo: unos le pegaban con varas espinosas que le herian profundamente; otros con cuerdas armadas de puntas de acero que le rasgaban y despedazaban con sumo dolor; y otros, en fin, con látigos formados de piel seca de toro y de otros animales, que machucando las heridas abiertas por los otros instrumentos, las hacian mas profundas y mas espaciosas todavia. Las manos que lo maltrataban, segun meditan algunos contemplativos (1), estaban armadas por los demonios de mayor fuerza, así como sus corazones de mayor fiereza y crudeldad. De esta manera descargaron sobre aquel cuerpo tan hermoso y delicado un número excesivo de golpes, hasta dejarlo cubierto de heridas desde los piés hasta la cabeza. Lo vió el mundo tal cual lo contempló Isaías tantos siglos ántes, cuando decia: « No tenia figura ni hermosura; vímosle, y no habia en él cosa que se pudiese ver y deseiar. Estaba despreciado y el mas abatido de los hombres, varon de dolores, y sufriendo todos los trabajos. Tenia su rostro escondido, y no hicimos caso de él. Verdaderamente tomó sobre si nuestras enfermedades, y se cargó de nuestros dolores, y nosotros le tuvimos por leproso, herido de Dios y humillado; pero fué llagado por nuestras maldades, y quebrantado por nuestros delitos: el castigo que habia

(1) Fr. Luis de Granada y Luis de la Puente.

de causar nuestra paz, descargó sobre él, y por sus llagas hemos sanado todos (1). » ¡ Oh ! quién tuviera, hermanos míos, luz del cielo para contemplar á este varón de dolores en la espantosa situación á que le dejaron reducido los azotes ! Cubierto de heridas, derramando por éstas raudales copiosos de sangre, debilitado, sin fuerzas y moribundo al parecer (2), nos daba ejemplos excelentísimos de admirables virtudes. Nos enseñaba la paciencia con su silencio que no interrumpió ni para quejarse de la injusticia con que era maltratado, ni de los acerbos dolores con que se le atormentaba, ni de la malicia de los pecadores que eran la causa porque los sufria. Nos enseñaba la fortaleza, abrazando lleno de amor todas estas humillaciones y tormentos, sin que su caridad se sintiese enflaquecida por lo cruel y acerbo de los padecimientos que le proporcionaban; y nos enseñaba ademas el perdón de las injurias, porque ofrecía sus penas por los mismos que las causaban.

Los soldados desataron de la columna al Salvador, que sin fuerzas para sostenerse, molido y debilitado por los azotes, caería sobre su propia sangre esparcida allí sobre la tierra. Deteneos un instante, católicos, para contemplar á Jesucristo en ese abatimiento, á que le ha reducido el amor tierno y ardiente que nos profesa: miradlo con vuestro entendimiento, y recordad que es el Dios hombre, para cuyo nacimiento abrió prodigiosamente el seno de una virgen dejándolo intacto, cuya palabra omnipotente convirtió el agua en vino, hizo levantar vivos á los muertos, huir de los cuerpos la lepra inmunda, con-

(1) Isaías. Cap. 53.

(2) S. Gertrud. Insinuat.

solidarse las aguas bajo de sus plantas , y otras mil maravillas estupendas. ¡ Quién ha podido causar en su cuerpo semejante transformacion ? ¡ Quién lo humilló hasta reducirlo á la dolorosa situacion en que lo encontramos ? hemos sido nosotros, hermanos mios, porque empeñado este Dios y Salvador nuestro en rescatarnos, no dudó un instante aceptar este sacrificio ignominioso en precio de nuestros pecados. Por eso se ha entregado y dejado conducir hasta el pretorio de Pilato; por eso ha sido su cuerpo despézadado con crueles golpes; por eso se encuentra solo y aislado de sus amigos, y por eso todavía su corazon se agita, deseando acabar la redencion y libertad de todos los hombres. Alma cristiana, acércate á tu Dios y Redentor, no para mirar con indiferencia sus escarnios y tormentos , como tantos de Israel miraron su flagelacion, sino con ternura y compuncion de tus pecados. Acércate con ternura, he dicho, porque la caridad infinita con que se entrega á padecer por nosotros, exige toda nuestra gratitud ; pero mezclando con esta ternura la compuncion que haga arrepentirnos de nuestros pecados que entregaron á Jesucristo á los tormentos de su pasion y muerte. ¡ Angeles del cielo ! venid vosotros, y ved al que es gloria del paraiso y el mas hermoso entre los hijos de los hombres, venid y vedlo caido y moribundo sobre su propia sangre; contemplad la inmensa afliccion de ese mismo que es alegría de los cielos, y sobre cuya carne que vistió por caridad, han hecho sus esclavos una espantosa carnicería: vosotros que absortos contemplais la grandeza inefable de su gloria , pasmaos ahora palpando la infinita humillacion á que lo han reducido los pecados de los hombres. Sus mismos sier-
vos que ha venido á salvar, se han sublevado contra El, y no solamente se niegan á conocerlo y recibirlo

como su Dios, Redentor y Maestro, sinó que lo maltratan ignominiosamente. Venid vosotros, honradlo para reparar el agravio infinito que recibe. ¡Mas qué digo? No sois vosotros, ángeles de Dios, á quienes pertenece venir: no sois vosotros los que debeis acercaros ahora para volver por la honra de Jesucristo, porque no ha sido entregado por algun pecado que cometisteis, ni sufre humillaciones y tormentos por salvaros. Somos nosotros los hijos de Adan los que lo entregamos á sus enemigos, nosotros los que lo prendimos, y nosotros los que lo atamos á la columna con las fuertes ataduras de nuestras culpas. Acércate pues tú, oh cristiano, acércate á Jesus para socorrerlo con tu afectuosa compasion, para consolarlo con los actos de tu fe y de tu amor, y para honrarlo con la pública adoracion que debes tributarle con tu corazon y con tus obras en todos los momentos de tu vida. Yo me postro, Jesus amorosísimo, sobre esa tierra en que mis pecados te han postrado; adoro esa sangre que mis culpas han hecho derramar. Sangre purísima de mi Dios hecho hombre para rescatarme, te adoro rendido; vos sois el precio de mi redencion, por mí la derramó Jesus en su pasion: caed sobre mi alma para purificarla, sobre mi corazon para encenderlo con el fuego de la caridad, sobre mi cuerpo para vestirlo de pureza, sobre todo mi ser para llenarlo de humildad. Sangre divina y de virtud eficaz, haced en mí esta transformacion: consagradme al servicio de Jesus, de manera que con mis obras me muestre constantemente agradecido á los beneficios, que se ha dignado dispensarme padeciendo tanto por mi amor.

Jesus incorpora el resto de las fuerzas que aun le quedan, y levantándose poco á poco, se pone sus vestiduras, y espera lo que han de hacer de El sus en-

carnizados enemigos. Recordad, hermanos mios , que ha dicho poco ántes que este dia de su pasion era la hora de las tinieblas, en la que el poder de satanás habia de perseguirlo, sin que nadie le reprimiese. Por eso es que lo hemos visto entregado á sus implacables enemigos, que en el tormento de los azotes le han cubierto de dolores , oprobios y baldones; mas no eran los judios tan solo los que allí le azotaban, ni esos que materialmente descargaban los golpes que le herian, los únicos que le atormentaban; nuestros pecados tambien le maltrataban y destrozaban dolorosamente.

II.

Pro mensura peccati erit et plagarum modus (1), habia dicho Moises , cuando sancionaba la pena de azotes con que habian de ser castigados los delincuentes de Israel, y esta ley vergonzosa e ignominiosa fué aplicada á Jesucristo que tomó sobre sí nuestras iniquidades; de manera que, siendo éstas infinitas , el Salvador en su dolorosa pasion no solo sufrió y padeció la pena de azotes, sino cuantas pudieron atormentar todos sus sentidos, porque nosotros habíamos manchado los nuestros con infinitas abominaciones. *Pro mensura peccati erit et plagarum modus.* ¡Qué verdad ésta tan terrible, hermanos mios ! Los sentidos de Jesus inocentes y perfectos soportan toda la pena que merecian los nuestros cubiertos de iniquidades. Pero al mismo tiempo ; cuánta caridad viva y generosa no debe encender en nuestras almas esta consideracion ? Jesucristo sufre crueles tormentos en

(1) Deuteron. Cap. 25.

todos sus sentidos, para restituir á los nuestros su inocencia perdida, para inspirarles la mortificacion cristiana, y para restaurar en ellos los instrumentos efficaces que nos dió el Señor con el fin de merecer el reino de los cielos. Con el pecado los pervirtió cada hombre en sí propio, y los empleó como medios para llevar á su corazon la corrupcion y la muerte; no lo dudemos, la vista inmodesta y disipada que busca en todas partes objetos en que recrear su liviandad, los oídos abiertos para acoger cuanto es contrario á la pureza y á la caridad, y propio tan solo para arrancar del hombre estas dos virtudes que dan hermosura y belleza á su ser espiritual, y el tacto ávido de aquellas satisfacciones ilícitas que experimenta en los deleites de la carne, ¿qué son, hermanos míos? qué son sinó instrumentos de propia perdicion? Sí, entendedlo bien, mundanos, son vuestros sentidos instrumentos de propia perdicion por vuestra culpa, porque mientras deberíais mortificarlos con la penitencia, haciéndolos servir como medios de merecimiento para expiar vuestros antiguos desórdenes, para extinguir la soberbia y la impureza arraigadas en vuestro corazon, y para crecer en las virtudes que viven y se robustecen por la mortificacion, los hicisteis servir para vuestros excesos mas repugnantes. Vuestra vista deshonesta, vuestros oídos torpes, vuestra boca inmunda, vuestro olfato tan provocativo, y vuestro tacto muelle, es ésto lo que prepara esa gran ruina espiritual que acarreará vuestra perdicion eterna. Jesucristo, queriendo evitarla, se abraza estrechamente á la columna, se ata El mismo con los fuertes lazos de la caridad, con que tan tiernamente os ama, y presenta á sus enemigos sus sentidos para que, atormentados cruelmente, satisfagan á la justicia divina por los excesos de los vuestros. ¡ Ah ! mirad por eso

su vista que es cruelmente atormentada por las indecencias y brutalidades que cometen los sayones, por las lágrimas y dolor intenso que mostraban sus amigos, particularmente su Santísima Madre, y por la vehemencia con que le acusaban sus encarnizados perseguidores. El mismo se queja de estos sufrimientos, diciendo por boca de David : « Los que me veian, meneaban su cabeza haciendo burla de mí (1). » Contemplad su oido, ese oido atormentado por falsos testimonios, injurias y blasfemias, ese oido que soporta sin cesar las acusaciones mas injustas de sus enemigos: sí, contempladlo en aquellos momentos de mayor amargura en que pudo decir con tanta razon: « Abrieron sobre mí su boca como leon robador y rugiente (2). » Contemplad su olfato que sufre la pestilencia de ese populacho inmundo que le rodea; contemplad su gusto que tolera sed terrible, y su tacto cubierto de heridas profundas, cardenales y lastimaduras dolorosas. ¡ Oh sentidos inocentes de Jesus, dignos de ser recreados con la bienaventuranza del paraíso, cómo estais afligidos por la intemperancia y malicia de los míos ! ¡ Oh ! si nos penetrásemos de la gravedad de nuestros pecados, por los que fué atado á la columna y sufrió azotes Jesucristo, cómo indignados contra nosotros mismos diríamos con el rey David : « Yo soy el que pequeño; vuélvase, Dios mio, contra mí tu mano (3)! » Somos nosotros los que hemos manchado nuestros sentidos provocando la indignacion divina; venga tambien sobre nosotros la pena y el castigo, y los ojos libres, la boca inmunda y la carne sensual

(1) Salmo 21.

(2) Ibidem.

(3) II. de los Reyes. Cap. 24.

sufran los azotes y demas tormentos que merece su iniquidad.

Absorto en esta meditacion exclamaba San Agustin: «¡ Porqué se hace un cambio tan monstruoso ? ¡ porqué recibe la pureza los castigos que merece la sensualidad, y la virtud acrisolada las penas que debian recaer en la impiedad y corrupcion ? Peca el inicuo , y padece el justo; peca el reo, y es azotado el inocente; peca el impio, y sufre el piadoso y santo: padece el bueno lo que merece el malo, paga el Señor las deudas del esclavo, y sufre Dios lo que merecia el hombre. ¡ Hasta dónde, Señor, te ha abatido tu caridad y tu amor infinito ! ¡ hasta dónde ha llegado tu benignidad ! Yo pequé, y tú recibes en tus sentidos inocentes el castigo; yo me ensoberbecí, y tú te humillas ; yo me envaneci, y tú te anonadas; yo fuí inobediente, y tú obedeces hasta la muerte; tú padeces hambre, y yo vivo dominado por la gula; tú eres azotado, mientras yo gozo los placeres sensuales (1). » Estos mismos debian ser los sentimientos de nuestro espíritu, pues que la santidad de Jesucristo padeciendo para satisfacer por nuestras culpas, debe humillarnos profundamente delante de la bondad divina, que de ese modo quiso mostrarnos hasta dónde llega la misericordia con que nos ama. Pero ese reconocimiento será estéril, hermanos mios, si no va acompañado de obras tales, que acrediten la ternura, la sinceridad y eficacia de nuestro amor á Dios. Jesucristo sufrió en sus sentidos á medida de la extension de nuestros pecados; amémosle con un corazon agradecido y á medida tambien de la enormidad y fealdad de éstos: *Pro mensura peccati erit et plagarum modus.* Las almas distraidas, y que no reflexio-

(1) S. August. Medit. Cap. 7.

EYZAGUIRRE, Instrucciones. Tom. IV.

nan ni se persuaden de esta obligacion, no podrán jamas llenar semejante deber, ni tampoco aprovechar los infinitos bienes que nos ganó el Hijo de Dios, satisfaciendo á la justicia divina por nosotros. Procuremos hacerlo por la nuestra con fervor; San Pablo nos enseña el modo de ejecutarlo, cuando nos dice que copiemos en nuestra carne la pasion de Jesucristo, y vivamos teniendo nuestros sentidos mortificados como los tuvo el Hijo de Dios (1). Esta es la correspondencia que agradará al divino Salvador sobre todas cuantas pudieramos ofrecerle. Creedme, hermanos mios; Jesucristo azotado por nuestras culpas nos reclama urgentemente que reformemos nuestra vida con la mortificacion y penitencia: porque el sacrificio de nuestro corazon contrito y humillado por la verdadera mortificacion es el único que puede agradarle y ser útil á nosotros mismos. Este es el que nos pide, y el que debemos ofrecerle llenos de confianza. Sí, llenos de confianza, repetiré con San Bernardo, porque aun cuando el desarreglo de sus pasiones y la corrupcion de sus sentidos hayan podido llevar al hombre á cometer los mayores excesos, los sufrimientos de Jesus y su sangre preciosísima estan abogando para alcanzarle perdón y misericordia. Mucha es, por cierto, nuestra impiedad; pero es infinitamente mas meritoria la piedad de nuestro amorosísimo Redentor. Cuanto excede Dios al hombre, tanto inferior es nuestra malicia á su bondad. ¡Y cuál es el pecado del hombre que no se perdona en virtud de la sangre del Hijo de Dios (2) ? ¡Oh adorable Salvador ! cuando te contemplamos atado á la columna, sufriendo los tormentos que merecemos por nuestros pecados, haced por vuestra in-

(1) A los Galat. Cap. 6.

(2) Serm. 61. in Cant.

finita misericordia que nos movamos de veras á buscar en la penitencia el remedio de nuestros males; miradnos, Jesus dulcísimo, con esa compasion que miraste á Pedro en tu pasion, para que como él lloremos nuestros pecados que te ofendieron, hagamos verdadera penitencia, permanezcamos en tu gracia y te acompañemos en tu gloria.

INSTRUCCION NONA.

DE LA CORONACION DE ESPINAS.

Milites plectentes coronam de spinis , imposuerunt capiti eius, et veste purpurea circumdederunt eum, et veniebant ad eum , et dicebant : Ave , Rex iudeorum, et dabant ei alapas.

Los soldados tegiendo una corona de espinas, la pusieron en su cabeza, y le vistieron un manto de púrpura, y venian á él y le decian: Dios te guarde, Rey de los judios; y le daban bofetadas.

(S. Ioann. Cap. 19.)

Venid, cristianos, venid y contemplad al Rey de gloria, y Esposo verdadero de las almas, nó vestido con la púrpura de los reyes de la tierra, ni teniendo sobre su cabeza la corona de oro que llevaron David y Salomon, ni en sus manos el cetro de la casa de Judá; sinó en su cabeza una corona de espinas, en sus manos una caña ignominiosa, y sobre su cuerpo un vestido andrajoso. La fé nos dice, sin embargo, que éste es verdadero Rey, aquel Rey todopoderoso de quien está escrito, que es « el Rey de los reyes y Señor de los señores; » Rey cuyo imperio descansa sobre su fortaleza, y cuyo nombre en los siglos eternos será

Angel del gran consejo. La fé nos dice que las espinas de esa corona son símbolo de los resplandores que tendrá aquella eterna é inmortal que traerá cuando venga á la tierra como juez de vivos y muertos; que la púrpura ignominiosa con que le han vestido los soldados, representa la encendida caridad que preside en todas sus obras, y muy señaladamente el sacrificio que ofrece por nosotros: sacrificio sangriento y que va á concluir luego inmolando su propia vida; y en fin, nos dice, que la caña que los soldados han puesto en sus manos, es el símbolo del poder que recibió para juntar á todas las gentes, y formar de ellas un gran pueblo que gobernará con vara de justicia y de equidad, como dijo por boca de su Profeta (1). Ved ahí lo que nos dice la fé en presencia del Salvador del mundo coronado afrentosamente en el pretorio de Pilato, delante de un pueblo numeroso que goza con sus vilipendios, y se regocija de sus humillaciones. ¡Ah! ese pueblo no penetraba los misterios ocultos en el Hijo de Dios, no quería oír su palabra, olvidó sus milagros, y ahora le burla y le desprecia haciéndole blanco de sus afrentas é ignominias. Pero ese pueblo rebelde al llamamiento que le ha hecho en su predicación, ingrato á los beneficios de que le ha colmado, coronándole con espinas, vistiéndole de púrpura ignominiosa, poniendo en sus manos un cetro de caña, arrodillándose para burlarlo y saludándole como rey de los judíos, confesaba lo que realmente era, aun cuando no quisiese reconocerlo. Dios permitía, católicos, que Israel ciego y obstinado, queriendo burlar al Hijo de Dios, le confesase como Rey verdadero, que venía á fundar entre los hombres el reino de la justicia y de la verdad.

(1) Salmo 9.

Nosotros que lo creemos y confesamos Rey, ven-gamos á meditarlo en el misterio de la coronacion de espinas como verdadero Rey de las almas, sobre las que mediante su sangre funda un imperio que regirá y gobernará hasta la consumacion de los siglos. Ved ahí la materia de la presente instruccion. Vos, Rey soberano de las almas, que buscaste y llamaste constantemente mientras permaneciste sobre la tierra, haced que ahora á vuestro nombre y con tu gracia lla-me tambien las almas que escuchan mi palabra y viven separadas de vuestro reino por sus pecados. Comuni-cad á éstas la luz de tu santa gracia, para que os reconozcan por su verdadero Rey, y á todas las otras que ya os pertenecen, dad fidelidad, perseverancia y fervor, de modo que jamas dejen de servirte. Esta gracia os la pido humildemente, oh dulce Jesus, por vuestra sangre preciosa; concedédmela para que de ese modo produzca mi palabra en todos los que la oyen frutos abundantes de vida eterna.

I.

Mientras los príncipes de los sacerdotes se agita-ban por arrancar de Pilato sentencia de muerte contra Jesucristo, los soldados y demas ministros que inter-vienian en la pasion, no quisieron estar ociosos, sino que instigados por el demonio procuraron aumentar los sufrimientos fisicos y morales del Hijo de Dios y Redentor de los hombres. Prepararon una corona tejida en forma de capucha con ramos de juncos marinos, así se llama un arbusto que crece con abundancia en toda la Palestina, y cuyas espinas son sumamente fuer tes y agudas: buscaron ademas una capa vieja y súcia de púrpura y una caña, y cuando todo ésto estuvo

pronto, convocaron toda la tropa, tomaron á Jesus, le desnudaron de sus vestidos, le vistieron la púrpura, le pusieron la corona en la cabeza, y le colocaron la caña entre sus manos. Le sentaron luego en un banco, y uno á uno llegándose á él los circunstantes, é hincando su rodilla, le saludaban y mofaban diciendo: « Dios te salve, Rey de los judios. » Le herian al mismo tiempo la cabeza con la caña, y le escupian y se burlaban de él (1). Aquí tenemos, hermanos mios, á Jesucristo por una parte afrentado, mofado y despreciado como Rey de burla, y por otra veo en este paso tan afrentoso para el Hijo de Dios, cumplido lo anunciado por los profetas en las santas Escrituras, é iniciado el reino pacífico que venia á establecer sobre las almas que abrazarian y practicarian su fé. Veo al Rey dulce y amable sobre todo amor, que se deja ver de los que verdaderamente lo aman, adornado de esas insignias humillantes, pero en las que estan simbolizadas las virtudes que han de ser el dote de las almas, sobre que se propone reinar. Contemplando de esta manera á Jesucristo, la Esposa de los Cantares levanta su voz para llamar á todos cuantos aman y temen al Señor diciéndoles: « *Egredimini et videte;* Salid y ved. » Y escuchando estas palabras nosotros excitaremos nuestro espíritu, para conocer la grandeza de este Rey, la naturaleza de su imperio, y los deberes que para con El tienen sus gobernados.

No creais, hermanos mios, que la grandeza de Jesucristo verdadero Rey tiene algo de comun con la de los soberanos de la tierra, porque en nada absolutamente se asemejan; aquella se apoya ordinariamente sobre el poder y la fuerza material, ésta sobre el amor

(1) Már. Cap. 15.

de los corazones; aquella ordena segun la conveniencia ó los caprichos del que manda, ésta mira solo el provecho de los que obedecen; aquella se propone ensanchar mas y mas su poder, y afianzarlo tambien mas, despojando para ello á los súbditos, de algo de su libertad y de su fortuna, mientras tanto Jesucristo robustece y extiende la libertad y riqueza de sus gobernados, á medida que extiende y robustece sobre ellos su dominacion. En una palabra, hermanos mios, los reyes de la tierra se enseñorean de las gentes, mientras que Jesucristo Rey enseña con su ejemplo y su doctrina que el mayor se haga como el menor, y el que preside como el que sirve (1). Por eso es que mientras Heródes rey de la tierra se presenta en Jerusalen á la cabeza de muchos soldados, rodeado de príncipes de los sacerdotes y de escribas y doctores de la ley, que le lisonjean como á hombre grande y poderoso: sentado en trono de oro, plata y piedras preciosas, vistiendo soberbia púrpura y manto real, con rico cetro en sus manos y corona brillante sobre su cabeza, insignias todas de su poder y dignidad; á Jesus Rey de las almas le contemplamos vestido de ropas andrajosas, coronado con espinas, teniendo en sus manos una caña vil, sentado en un banquillo miserable, cubierto de heridas y de sangre, rodeado de soldados y verdugos que le burlan y maltratan. Este es, sin embargo, verdadero Rey, cuyo imperio es eterno y el único que puede dar á sus gobernados gloria, paz, felicidad y grandeza verdadera. Heródes ha sido celebrado por sus cortesanos con todo género de lisonjas; en medio de este entusiasmo ciego que afecta la adulacion ha sido comparado con los

(1) Lác. Cap. 22.

dioses, saludado como el Mesias prometido á Israel , y todo ésto á pesar que ese mismo Heródes vivia esclavo de pasiones vergonzosas, usurpaba á su hermano su legítima mujer, escandalizaba á sus vasallos con tan inicuo proceder, y manchaba sus manos con la sangre del Bautista, que con la intrepidez propia de los Santos le advertia y reconvenia sus iniquidades. Mientras tanto Jesucristo que ha probado con la santidad de su vida, con sus virtudes sobrehumanas, con su sabiduría y doctrina celestial , con innumerables milagros de enfermos sanados, demonios expelidos , y muertos resucitados, que es Dios verdadero y Mesias prometido, es el blanco de blasfemias infernales , de los odios mas profundos, y de la crueldad mas refinada de ese mismo pueblo, el primero entre todos los otros de la tierra sobre que debe establecer su reino. No solamente le ha desconocido, no solo le ha rechazado, sinó que le persigue y le corona con espinas en señal del desprecio profundo que hace de su persona.

Pero siendo Jesucristo verdadero Rey , ; en qué consiste que los hombres le desconocen, le desprecian y persiguen de esa manera tan espantosa ? Consiste , hermanos mios, en que su reino no es de este mundo, que léjos de ser de este mundo, condena los vicios que pertenecen al mundo, y ejerce su imperio sobre los corazones llenos de las virtudes que viene á enseñar al mundo. Su reino no es de este mundo, y así lo declaró á Pilato diciéndole: « Si mi reino fuese de este mundo, mis ministros sin duda pelearian para que no fuera entregado á los judios; mas ahora mi reino no es de aquí (1). » Su reino ahora lo establecerá solamente sobre los corazones que reciban su fé, y obedezcan los

(1) Juan. Cap. 18.

preceptos de la doctrina que ha venido á enseñar. « Para ésto nací, dice, y vine al mundo, para dar testimonio de la verdad; y todo aquel que es de la verdad, escucha mi voz (1). » Sobre éstos, repito, establece solamente su reino segun su palabra, y nada debe admirarnos por consiguiente que los mundanos que no escucharon su voz, ni recibieron su fé, le hayan tratado ignominiosamente, haciendo de su sagrada persona un Rey de burlas. Tan léjos de querer fundar un reino terreno, combatió sin cesar los vicios que de ordinario acompañan la grandeza y elevacion mundana, declarando que ni la soberbia, ni la ambicion podian hermanarse con sus preceptos ni tener entrada en el corazon de sus discípulos. A cada paso predica contra aquellos y contra los demas vicios, que desgraciadamente acompañan á los grandes y poderosos de la tierra, y enseña á los suyos cómo han de conservarse puros para merecer lugar en su reino. « Sabed, dice á todos, que el que no toma su cruz á cuestas, y me sigue, ese no puede ser mi discípulo (2); » de modo que su doctrina estaba en abierta oposicion con la doctrina del mundo, y para formar parte del reino de Cristo era indispensable contradecir á ese mismo mundo. Aquel que persuadido de la virtud celestial de su santa doctrina, le busca, le sigue, le ama, y con fervor le confiesa en todas partes, ese es quien ofrece en su corazon un reino á Jesucristo; ese es quien, segun El mismo declara, será encontrado digno de seguir al Hijo de Dios. Nada me maravilla, pues, que los judios no le sigan: no conocian su reino, á pesar que les fué predicado por los profetas, ni oyeron su doc-

(1) Juan. Cap. 18.

(2) Lúc. Cap. 14.

trina, no obstante que en el templo y en las sinagogas, en las calles y en las plazas de Jerusalen, en los campos y en los pueblos de Israel y de Judá la ha predicado á toda suerte de personas. Ademas ese mundo, enemigo de su reino y reprendido amargamente por su doctrina celestial, es quien lo maltrata y lo insulta irritado por la verdad y santidad de sus máximas, que abiertamente condenan sus vicios y pecados. Y no puede maravillarnos de que sea el mundo enemigo del reino de Jesucristo y haga guerra á muerte á su doctrina, cuando ésta es su condenacion franca y manifiesta, y no se conformará con sufrirla en silencio, sino que la combatirá hasta dónde sus fuerzas le alcancen. Por eso dia por dia es combatido el reino de Jesucristo, y vemos por todas partes levantarse á sus enemigos del mismo modo que sucedió en el pretorio de Pilato cuando era el divino Redentor coronado de espinas. Allí veis, hermanos mios, tres clases de enemigos conjurados contra este Rey celestial: los malos magistrados encargados de administrar las leyes que le condenan, los principes de los sacerdotes y los doctores de la ley que le acusan, y los soldados y sayones que sirven de instrumento á todos éstos. El mundo entero presencia dia por dia este mismo espectáculo que se le ofrece hoy en un reino, mañana en una república; hoy en un lugar, mañana en otro. Los grandes y poderosos, cuya soberbia no sufre el yugo de la ley divina y cuya voluntad no quiere tener límites, combaten el reino de Jesucristo, porque sus mandamientos mortifican esa soberbia y señalan límite á su voluntad, por grande y poderosa que sea. Ved ahí los primeros que deprimen á nuestro Señor Jesucristo; ved ahí los enemigos mas poderosos de su reino y de sus leyes; ved ahí los sucesores de Pilato y de Heródes cuyas injusticias y escán-

dalos renuevan cada dia en todas partes. Mas no estan solos; les agrada, á pesar de la corrupcion de su corazon, vestir su proceder de cierto aparato de legalidad, y ésto lo suplen los malos consejeros de que ordinariamente se rodean los que tienen en sus manos el poder. Sucesores de los malos ministros y doctores de la ley de Moises son los que adulan á los mandatarios con agravio de la justicia y de la ley; aconsejándoles y apoyándoles lo que está conforme con sus opiniones extraviadas ó con sus intereses privados, les impulsan á marchar por el camino de la iniquidad. Mas son todavía necesarias otras personas, á saber, los encargados de aplaudir aquellos proyectos que estan en oposicion con las leyes del reino de Jesucristo, y esos aparecen en esa muchedumbre que llena las antesalas de los que gobiernan, los gabinetes de las imprentas que obedecen malas inspiraciones, y los salones de hombres influyentes que profesan ideas contrarias á la fé católica. Estos son los que ejecutan, aplauden, gritan y hacen confusion en todas las cuestiones religiosas, cuestiones que no entienden ni han tenido motivo para estudiar, y estan perfectamente figurados en la turba que rodeaba Jesus, y le mofaba, burlaba y coronaba de espinas sin entender una palabra de lo que habia dicho y enseñado.

Mas no sin misterio esa misma turba le hinca la rodilla y le dice: « *Ave Rex Iudeorum;* Dios te salve Rey de los judios. » Dios permite, hermanos mios, que los perseguidores y enemigos de Jesucristo confiesen algunas veces sin conocerlo, y otras muy á su pesar, esas mismas verdades que combaten con encarnizamiento. Así sucede en el pretorio de Pilato; éste ha preguntado al Salvador si era Rey; Jesus ha respondido que es Rey, pero no de este mundo; de suerte que

aquellos que al saludar á Jesucristo como Rey de los judios pretendian burlarlo de esa manera, confiesan de plano lo mismo que pretenden mofar y contradecir. En efecto, no solo es Jesucristo verdadero Rey, sino que el imperio que funda está destinado á permanecer eternamente. Su reino de amor y de caridad que establece sobre el fundamento de su fé, y con las almas que compra con su sangre, es tan eterno como esa misma fé y como esa misma caridad. El pueblo que cree en El y le confiesa, repetirá por los siglos de los siglos: *Ave rex noster*; Dios te salve Rey nuestro, Rey de eterna gloria, Rey de majestad infinita y de encendida caridad: que es el Rey que se compadeció de nuestros errores, y para salvarnos ha querido voluntariamente someterse á los ultrajes de la pasion.

II.

Pero este soberano Rey habia de recibir todavía nuevas injurias de ese pueblo, que vino á salvar con preferencia sobre todos los otros de la tierra. Los hijos de ese mismo Jacob, á quien lleno de amor tantas veces ha llamado suyo con particularidad (1), pedirán á voces la muerte de este Rey, y que su sangre preciosa sea derramada, aun cuando por ésto queden responsables no solo ellos, sino tambien toda su descendencia. Pilato, en efecto, ve á Jesucristo horriblemente maltratado por los azotes y las espinas, y creyendo que su simple vista moveria á compasion á los judios, lo hace subir á un balcon, y desde él grita al pueblo reunido en aquellas inmediaciones: *Ecce Homo*. Mirad á este hombre, y ved cómo ha quedado despues de los tormentos que le habeis aplicado. Mas yo contemplo

(1) *Isaias. Cap. 1, y muchas veces en los Salmos.*

estas palabras no solo como dichas por Pilato para mover á compasion á los encarnizados enemigos de Jesucristo, sinó mas bien dirigidas á nosotros por el Padre Eterno, mostrándonos á su Hijo unigénito humillado, desfigurado y moribundo por nuestro remedio. *Ecce Homo*, nos dice. Mirad á este hombre que yo envié al mundo para que fuese maestro de todos los hombres y modelo de perfeccion; mirad su humildad en medio de tantos desprecios; conocied su pobreza en su desnudez, su mortificacion en sus tormentos, su paciencia en sus terribles dolores, su fortaleza en medio de tantos perseguidores, y su invencible caridad entre tantas y tan terribles pruebas. Para ser vuestro modelo tomó carne humana; grabad pues sus ejemplos en vuestro corazon, para que podais aprovecharlos.

La voz del Espíritu Santo tambien oigo en las palabras de Pilato, que dice á nuestras almas: *Ecce Homo*. Mirad á este hombre, que es el Hijo de Dios vivo, y Mesias prometido al mundo para redimir á los hombres de todas sus miserias; miradlo bien: es la hermosura de los cielos, el resplandor de la gloria y Rey de los ángeles: si lo veis humillado hasta ese punto, es por el amor infinito con que os ama, y por el ardiente deseo que tiene de que consigais vuestra felicidad eterna. Piensa bien ¡ oh alma ! la enorme responsabilidad que pesa sobre tí, despues que este hombre Dios te da sus ejemplos y su sangre: sus ejemplos para que los imites, y su sangre para hacerte conocer tu valor por el precio que le cuestas. Entiende bien hasta dónde debes esforzarte en imitarle, y hasta dónde tambien llegará su enojo, sinó haces lo posible para conseguirlo. ¡ Ah católicos ! ¡ y quién no medita estas profundas verdades, que encierran aquellas palabras, lleno de un santo temor ? Jesucristo hu-

millado y abatido para ser nuestro modelo y ejemplo, es la infinita misericordia que hace cuanto ni aun posible era imaginarlo, á fin de hacernos llegar al reino de los cielos.

Mas ; ah ! el pueblo judío ciego y temerario insultó á Cristo humillado por su amor, pidiendo á voces fuese condenado á muerte; y cuanto mas se esforzaba Pilato por decirle: « Ved á este hombre en quien no hallo culpa que merezca pena de muerte ; » tanto mas gritaba ese pueblo: « Quítalo de nuestra vista , crucifícalo. » Los pontífices y príncipes de los sacerdotes, los ministros y demás interesados en la muerte de Jesus, todos, todos gritaban tambien con él: « Quítalo y crucifícalo. » Pueblo infeliz, ¿cómo pides tú mismo la sentencia de tu ruina y eterna perdición ? Mas ved ahi, hermanos mios, pintando al vivo el tumulto que produce en el pecador la furia de sus pasiones, al que para satisfacer todo lo sacrifica, gracia de Dios, ley divina, voces de la conciencia, crédito, buen nombre, y tantas veces hasta la salud y aun su vida. Estas son las voces que ahogan todo sentimiento de virtud y de religion , y que nada dejan oír fuera del grito de eso que desean, y la voz de quien les conduce á conseguirlo. *Tolle, tolle, crucifige eum*, dice prácticamente y con sus hechos el pecador que corre tras la impureza ó tras la venganza, desentendiéndose de los remordimientos de su conciencia y de las voces de la religion , que le amonestan ahogar en su corazon las pasiones desordenadas que se las inspiran. ; Pero qué responde Pilato á esa muchedumbre empeñada en derramar la sangre de nuestro Señor Jesucristo ? ; Aca- so, le dice, he de crucificar á vuestro Rey ? No tene- mos, responden los judíos , otro Rey fuera del César. ; Qué respondes, oh pueblo cruel é insensato ! ; No tie- nes acaso ahora otro Rey que el emperador de los

romanos ? Pues esta misma circunstancia contribuye á demostrar que ese Jesus, para quien pides la muerte ignominiosa, es el Cristo y Mesias prometido. Recuerda lo que de El dijo uno de los primeros y mas antiguos patriarcas, y tantas veces te han referido tus mayores : « No será quitado de Judá el cetro ni de su suelo el caudillo , hasta que venga el que ha de ser enviado, y él será la expectacion de las gentes (1). » Tú confiesas ahora que el cetro de Judá ha pasado á manos extrañas , claro es entonces que el Mesias enviado de Dios ha venido y se encuentra ya sobre la tierra. Mas la pasion ciega, católicos, á ese pueblo de manera , que no entiende ni las profecías cuyo cumplimiento se realiza en Jesucristo , ni su doctrina que pone de manifiesto hasta la evidencia su origen celestial, ni sus virtudes que muestran ser mas que hombre, ni sus milagros, en fin , que estan probando que es Dios verdadero. En medio de esa ceguedad piden á voces la muerte de Jesus , piden que su sangre caiga sobre ellos y sobre sus hijos, y protestan que no tienen otro Rey que el César de Roma. El tumulto crece, y Pilato hace descender á Jesus del lugar alto en que habia sido colocado ; mas ántes de otorgar á aquel pueblo lo que tan injusta y temerariamente pretendia, prueba nuevamente á conmoverlo, y lo presenta por segunda vez gritando: « *Ecce Rex vester; He aquí vuestro Rey* (2). » ¡ Cuántos llamamientos hacia Dios, hermanos mios , á ese pueblo ingrato y rebelde ! Aun cuando Pilato llamase Rey á Jesus por escarnio , como ántes lo habian hecho los sayones y los soldados en el pretorio, Dios no obstante llamaba la atencion de los Judios , permitiendo que

(1) Génes. Cap. 49.

(2) Juan. Cap. 19.

todos aquellos ministros del infierno le diesen ese nombre, porque era su verdadero nombre. *Ecce Rex vester.* Ved ahí el Rey que aguardais hace tanto tiempo; ved ahí el Rey que llenó de gozo el espíritu de Abraham vuestro Padre, cuando mereció apenas divisarlo al traves de tantos siglos (1); ved ahí el Rey de la casa de David y que gobernará á los pueblos con vara de equidad; y ved ahí al Rey ungido por Dios que librará á los hombres de la servidumbre del pecado, y cuyo reino será eterno.

Mas ¡ ay! ¿ para qué me detengo en tantas palabras dirigidas á hombres réprobos y dejados de la mano del Señor? En este caso estaba Israel, y no solo Israel, sinó todos los que como él, endurecen su corazon para no oir la voz de Dios, y son aquellos á quienes la virtud de Jesucristo humillada y escarneada por nuestro remedio ninguna impresion hace. No me dirigiré, pues, á éstos, porque su corazon se ha endurecido con el hábito de cometer pecados, con la perdida de la fé, y con ese abuso que hicieron durante tanto tiempo de las gracias del Señor. Dirigiré mejor esa palabra á mi propio corazon; la dirigiré á vosotras, almas fieles, que amais y creeis en Jesucristo: *Ecce Rex vester.* Ved ahí á Jesus vuestro Rey. Os adoro, Rey mio, con toda la reverencia de que soy capaz; quiero amaros con todo el amor de mi alma, con todo el afecto de mi corazon; y cuanto mas abatido os considero, tanto mas os estimo y amo como mi Dios, mi Rey y mi Señor. Llenad, Dios mio, mi alma con vuestra divina gracia, y hacedla cada dia mas vuestra para que os ame siempre, y siempre tambien os sea fiel, de modo que amándote en esta vida sobre todas las cosas, merezca ser en el cielo uno de vuestros cortesanos eternamente.

(1) Juan. Cap. 8.

INSTRUCCION DÉCIMA.

DE LA LLEVADA DE LA CRUZ
SOBRE LOS HOMBROS DE CRISTO NUESTRO SEÑOR
DESDE JERUSALEN HASTA EL MONTE CALVARIO.

*Baiulans sibi crucem exivit in eum,
qui dicitur Calvariae locum.*

Llevando su cruz á cuestas salió para aquel lugar
que llaman Calvario.

(S. Ioann. Cap. 19.)

¡Qué espectáculo, hermanos mios, tan doloroso el que nos ofrece Jesucristo cargado con la cruz y marchando así al Calvario, donde ha de ser crucificado! Nuestras almas contemplan en El aquel dulce Redentor, que busca con anhelo la cruz como á su prenda querida, y divisándola abre sus brazos para estrecharla en medio de los transportes mas vehementes de su tierno corazon. Nuestra fé, nuestro amor y nuestra confianza contemplan en esta cruz el altar venerable, donde el Hijo de Dios y Redentor de los hombres se ofrece en sacrificio por nuestro rescate, donde purifica nuestra naturaleza de sus manchas lavándola con su preciosa sangre, y desde donde con sus manos levantadas nos señala el reino de los cielos como nuestra eterna patria. Nuestro entendimiento y nuestro corazon al divisar todo ésto parece que escuchasen aquella voz eterna, que presenta á su Unigénito como el Esposo que se levanta presuroso para correr su carrera hasta terminarla completamente (1). ¡Oh misterio profundo de

(1) Salmo 48.

ETXAGUIRRE, Instrucciones. Tom. IV.

la caridad de Dios ! Jesucristo cargando su cruz me llama con amor infinito , me insta para que le siga, y me ofrece la fuerza necesaria para llevar la mia.

Jesus quiso llevar sobre sus propios hombros la cruz en que iba á morir , porque en ese madero estaban simbolizadas todas nuestras dolencias y enfermedades espirituales que venia á pagar, todas las miseras de que iba á redimirnos , y todas las flaquezas que con su muerte habria de reparar y fortalecer. En el camino que hace desde el pretorio de Pilato hasta el Calvario nos da grandes instrucciones, que aprovechando, mereceremos llevar tambien nosotros nuestra cruz, siguiendo sus ejemplos.

Jesucristo rodeado de una muchedumbre impía y sacrilega en su mayor parte, que le burlaba agravando cruelmente sus aflicciones, se ocupa, á pesar de todo, de amonestar á las almas, cuya salvacion era el primer objeto de su venida al mundo y del sacrificio que ofrecia en su pasion. Predica la penitencia, nos exhorta á obrar fervorosamente para adquirir méritos que nos hagan acreedores al reino de los cielos, y ofreciéndonos El mismo humillado , abatido y oprimido bajo el peso de la cruz como modelo, « Si en mí, nos dice, la justicia de mi Padre ha obrado con tanto rigor, en vosotros cargados de culpas abominables ; qué no hará ?

Meditemos , hermanos mios , estas verdades. Contemplemos á Jesucristo cargando su cruz para corregir las caidas de los cristianos débiles y negligentes; y subir abrazado de ella hasta el Calvario, para alentar á los fervorosos á no abandonar la suya hasta la muerte.

Vos, divino Salvador, que nos declarásteis que no podia ser vuestro discípulo el que no tomase su cruz sobre sus hombros y os siguiese , llenad mi palabra

de vuestro espíritu, y asistid con tu gracia á mis oyentes, á fin que llenos de fervor sigan tus pasos, cargando cada uno la cruz de sus obligaciones, hasta llegar con Vos á vuestro reino.

I.

Pilato que principió á ser injusto mandando azotar á Jesus; que por una segunda injusticia disimuló las burlas y denuestos con que la soldadesca desenfrenada lo injuria y mortifica en el pretorio, selló esas injusticias condenándolo á muerte. Su conducta nos enseña una vez mas, que aquel que principia á cometer pecados contra Dios, no se detiene en su camino, y cometerá los mayores excesos, si el Señor no lo asiste con gracias especiales que le aparten de los vicios. Muchas veces ciertas personas jóvenes creen que están por su edad autorizadas para cometer culpas, que esperan extirpar de su conducta cuando hayan llegado á cierta edad. Pero éste es un error, hermanos míos; los vicios se robustecen con los años, y crecen y se envejecen con el hombre que se acostumbra á cometerlos; llega á mirarlos sin horror, y los hace sin sentir remordimientos en su conciencia. Pilato no pudo resistir las instancias de los judíos, y retirándose del balcón desde donde había procurado conmover al pueblo con la vista de Jesus ensangrentado de piés á cabeza, entró en su tribunal. Mas hasta allí buscaba oportunidad para salvarlo de las manos de los pérvidos judíos. Lo que había oido de su doctrina celestial, le inspiraba respeto á su persona, sus palabras le conmovían, las revelaciones que acababa de hacerle su propia mujer le llenaban de terror (1), y quería aprovechar cual-

(1) Mateo. Cap. 27.

quier momento oportuno que se presentase para ponerlo en libertad (1). Mas los enemigos de Jesucristo habian resuelto su muerte, y habiendo apurado inútilmente cuantas acusaciones imaginaron podrian darles ese resultado, entraron al tribunal, y amenazaron al presidente de acusarlo al César, sió pronunciaba sentencia de muerte contra Cristo (2). Apenas ésto se ha dicho á Pilato cuando no solamente lo condena á morir crucificado, sió que se los entrega para que sean ellos los ejecutores de la sentencia. *Tradidit voluntati eorum ut crucifigeretur.* De suerte que Jesucristo quedó á la voluntad de sus encarnizados enemigos, los que al instante se apoderaron de su persona, y ordenaron todo lo concerniente á la ejecucion de la sentencia.

Cuidadosamente se ha evitado en todas partes á los condenados á morir, la presencia de los instrumentos que intervendrán en su último suplicio; la humanidad y la compasion natural acordaron ésto, y los ministros de la justicia humana se sometieron á su acuerdo. Mas no obraron así con Jesucristo los principes de los sacerdotes ni los demas empeñados en llevar á cabo la muerte del Salvador. Ellos hicieron traer una gran cruz preparada de antemano, y la pusieron sobre sus hombros con el objeto que la llevase hasta el monte Calvario. Mil y trescientos pasos tenia que andar cargado de aquel enorme peso que, atendida su debilidad, era naturalmente imposible que pudiera soportar. El amor, sin embargo, con que abrazó su cruz y la puso sobre sus hombros, nos hace conocer hasta dónde obraron la ternura é infinita voluntad con que la tomaba y la abrazaba para fortalecerlo hasta concluir enclavado en ella el sacrificio de nuestra redencion. Contemplad, católicos, al

(1) Juan. Cap. 19.

(2) Ibid. Cap. 20.

Hijo de Dios cargando su cruz; contemplad la resignacion y obediencia con que la acepta, y la alegría que siente su corazon al mostrar de esa manera su prontitud para someterse á las disposiciones de su Padre celestial, por dolorosas que le fuesen; pero contemplad muy en particular la leccion con que quiso corregir uno de los vicios que obra mas directamente para la perdicion de los hombres, á saber, ese espíritu de insubordinacion con que rehusan obedecer las leyes de Dios y de la Iglesia. Sacudir el yugo de toda ley fué, hermanos mios, el instinto que se apoderó del hombre desde que desobedeció el precepto divino en el paraíso; mas si os digo que este vicio caracteriza particularmente á la época presente, creo aseguraros una verdad que, para conocerla, basta á cada cual observar lo que pasa en todo el mundo. Tanto en Europa como en América, tanto en las monarquías como en las repúblicas, se pretende destruir el principio de toda ley, y emancipar completamente la conciencia de los hombres destruyendo todo vínculo de subordinacion. ¿Qué se intenta con ésto? Se intenta destruir en la conciencia la subordinacion á los preceptos de Dios que nos impone la fe para conseguir nuestra felicidad eterna, y se intenta muy particularmente destruir todo principio de autoridad, hacer imposible en la sociedad todo gobierno, y sumir á ésta en un verdadero caos. Los reformadores modernos quieren para los pueblos la anarquía, esa anarquía que, donde momentáneamente ha llegado al poder, ha estampado su huella sangrienta, ha robado, ha martirizado, ha hecho sentir sobre todos el despotismo mas horrible. Eso es lo que pretenden cuantos cada dia hablan á los pueblos de libertades sin medida, de abolicion de toda enseñanza religiosa, de gobierno sin religion: quieren todos éstos llevarnos

á la disolucion, y añadiré con franqueza, porque en esa disolucion ven su provecho. Ve el uno aquel puesto eminente que ambiciona; ve el otro las rentas que le hacen falta; y ven, finalmente, todos ellos satisfechas aquellas necesidades que les era urgente remediar. Jesucristo, cargando su cruz, nos enseña la sumision como único remedio contra todos aquellos males, tanto los sociales como los individuales; sumision á los preceptos divinos, y sumision á la autoridad que nos habla en nombre de Dios y en virtud de la institucion que recibió de El mismo.

Los judios viendo muy fatigado al Salvador y extenuadas sus fuerzas, llegaron á temer que muriese en el camino y ántes que hubiesen alcanzado á crucificarlo. Para aliviarlo tomaron un hombre que venia del campo, y lo obligaron á marchar ayudando á cargar la cruz á nuestro Señor Jesucristo. Ese hombre se llamaba Simon, era natural de Cirene, y despues de ésto abrazó la fé cristiana, y fué padre de dos santos mártires. Compadecido de Cristo le auxilió aliviándole el peso de la cruz con buena voluntad, y el Salvador le correspondió preparando su alma para recibir y practicar fervorosamente su fé. Mas á pesar de los auxilios de Simon Cireneo, el Salvador cayó en su camino varias veces oprimido por el peso de la cruz. Cayó el Salvador para significar cuán enorme es la gravedad de nuestras culpas, y cuán grande la responsabilidad que traen éstas al cristiano que las comete. David decia que sus pecados le eran sumamente pesados (1). ¿Cuánto mas molestos y pesados serian para el Salvador los pecados de todo el mundo puestos sobre sus espaldas por su infinita caridad en el ma-

(1) Salmo 17.

dero de la cruz? Y si aquel peso hacia gemir al profeta dia y noche, á Jesucristo acongojándolo le hace tambien desmayar y caer en tierra con su cruz. ¡Ah católicos! sea esta verdad un motivo eficaz para que entremos dentro de nosotros mismos, y penetrándonos de la gravedad de nuestras culpas, nos resolvamos á lavarlas con verdadero arrepentimiento, y á satisfacerlas con obras de penitencia.

Jesucristo á la subida del monte Calvario distingue, entre la multitud de personas que le siguen, algunas piadosas mujeres que lloraban compadecidas de su triste situacion. Se vuelve á ellas y les habla de este modo (1): « Hijas de Jerusalen, no querais llorar sobre mí, sinó sobre vosotras y sobre vuestros hijos ; porque vendrá tiempo en que se dirá: bienaventurados los vientres que no concibieron y los pechos que no criaron, y á los montes se dirá: caed sobre nosotros, y á los collados: cubridnos y escondednos bajo de vosotros, porque si en el leño verde se hace ésto, ¿en el seco que se hará? » En medio de tantas afrentas y dolores el Hijo de Dios conservaba la autoridad de su divino magisterio, y encontrando á aquellas mujeres que lloraban bien dispuestas para recibir sus palabras con provecho, se las dirige lleno de uncion celestial, declarándoles en ellas diferentes verdades. « Llorad, les dice, pero no tanto por mí, porque siendo el pecado lo que hay sobre la tierra digno de llorarse, yo estoy exento de él, siendo Santo y la Santidad misma por excelencia. Llorad mas bien sobre vosotras que con vuestros pecados provocásteis la justicia divina á la indignacion y rigor que ejercita en mí que soy fiador de los pecadores. Llorad sobre vuestros hijos, por quienes estoy

(1) Lucas. Cap. 23.

ofreciendo á mi Eterno Padre el doloroso sacrificio de mi pasion y muerte; y llorad tambien pidiendo fervorosamente que vuestrs hijos aprovechen el conocimiento de la doctrina que he enseñado , de modo que practicándola alcancen á llegar al reino de mi Padre celestial. Porque si en mí, árbol que lleva frutos copiosísimos de virtud y perfecta santidad , la justicia divina ha hecho el tremendo castigo que estais viendo, y ésto solo porque tomé á mi cargo satisfacer por las culpas de los pecadores, ¿ qué debereis esperar vosotros y vuestrs hijos llenos de toda especie de iniquidades? Los juicios de Dios son terribles , y el que se hará de los hombres que abusan de mi fé, y de los que descuidan aprovechar las gracias recibidas para vivir cristianamente , y de los que habiendo conocido la virtud y santidad del Hijo de Dios no obran segun la doctrina de su Evangelio, será tan formidable que preferirán mil veces morir aplastados por los montes y sepultados por los collados, ántes que encontrarse en mi presencia cuando, rodeado de la majestad de Juez universal, pediré á cada uno cuenta de sus obras. » Palabras formidables , hermanos mios , y que dichas por Jesus cuando lleva en sus hombros la cruz de nuestros pecados , de esos pecados mismos que amenaza castigar terriblemente, parece que lo fuesen aun mas. Jesucristo inocente marcha humillado, abofeteado, azotado y cargado con el madero en que va á morir encallado en castigo de nuestras culpas. ¿Qué deben esperar los culpados , y sobre cuya conciencia grava el enorme peso de las propias iniquidades ? ; Oh ! pecadores adormecidos en el sueño de mil cuidados temporales, de mil afectos terrenos y de mil pasiones desordenadas, pensad con detencion en esta voz que os dirige el Salvador con la cruz sobre sus hombros.

« Si á mí me veis conducir al Calvario para morir por vuestros pecados, en vosotros mismos que los cometís-teis ;qué se hará? » Aliviemos , católicos , aliviemos nuestra conciencia lavándola de las culpas con aguas de verdadera penitencia, ántes que venga el dia en que nos encontremos en presencia de Jesucristo nuestro soberano Juez, que nos señale sus llagas , su sangre , sus tormentos y su cruz que sufrió por nuestra redención, y malogramos con tan grande ofensa y desprecio suyo. Ojalá que este sueño no impida á vosotros pecadores , que me ois , aprovechar tan celosa amonestacion que nos dirige el divino Salvador , y mostreis en una dolorosa confession de vuestras culpas la sincéra conversion de vuestro corazon á Dios.

Un nuevo tormento sufrió nuestro Señor Jesucristo, marchando con la cruz hacia el monte Calvario; pero tormento tan acerbo y doloroso , que fué uno de los que mas le hicieron sufrir durante su sagrada pasion, segun afirman algunos santos contemplativos (1). Jesus levantó sus ojos, y vió á Maria su amorosísima Madre que le seguia; mas no solo vió su semblante exteriormente, sinó que penetrando lo mas íntimo de su corazon, le miró transpasado por la cuchilla, como Simeon profeta lo habia predicho, y sumergido en aquel mar de insondables amarguras, como lo miró Jeremias en las palabras que la Iglesia ha aplicado á los dolores sufridos por aquella celestial Madre en la pasion de nuestro divino Salvador. « *Magna est velut mare contritio tua.* Grande es como el mar tu dolor (2). » Veia su inocencia inmaculada sufriendo tan crueles tormentos , sin haber jamas cometido culpa , ni haber tampoco tomado sobre sí los pecados de otros; veia menospreciada y burlada su

(1) S. Vicente Ferrer. Serm. I. de Pass. Domini.

(2) Thren. Cap. 2.

virtud por la perversidad de sus enemigos, atormentada la santidad y pureza de su alma virginal por las palabras sensuales de los sayones y verdugos, atormentada su fe por los desacatos sacrilegos cometidos contra su Dios, y herido en lo mas vivo su amor maternal con los brutales excesos que cometian aquellos contra su Hijo. ¡Cuanto atormentaban estas consideraciones el alma de Jesus! Pero miraba tambien Maria á Jesus, y si el poder divino no la hubiese sostenido, habria allí muerto por la vehemencia de su dolor, nos dice San Alfonso Maria de Ligorio con otros contemplativos. Veia á su Dios coronado de espinas y cargando el madero de la cruz; lo veia insultado y profanado, confundido con ladrones y malhechores, y sentenciado á morir como si fuese realmente uno de éstos. Veia tambien en ese mismo Dios al hijo de sus entrañas, y lo veia horriblemente maltratado, derramando su sangre preciosa, pálido, desmayado, moribundo, y menesteroso del auxilio de sus miserables criaturas. Su celo, su caridad, su amor hablan á su alma con infinita fuerza, y querria morir á trueque de salvar á Jesus de sus padecimientos, y esa muerte, por triste y dolorosa que fuese, le seria dulce siempre que pudiese reparar lo mas minimo de sus padecimientos. ¡Oh qué cuchillo de dos filos tan agudo penetró el alma de Maria! Si las hijas de Jerusalen lloraban y lamentaban con tantas muestras de dolor las penas de Jesus, en quien no veian mas que un hombre santo, ¿cómo sentiria y lloraria Maria, que veia en Jesus á su Hijo y á su Dios? ¿Cómo uniria sus penas á las de su divino Hijo deseando morir con El enclavada en la cruz? ¿Cómo, vuelta al Eterno Padre, le ofreceria en medio de lo mas acerbo de su dolor las penas y la sangre de su divino Hijo por los pecados de los hombres?

II.

La virtud celestial del Espíritu Santo confortó su corazon , de modo que sintiendo los tormentos de su Hijo con amargura superior á la que podia experimentar cualquiera otra pura criatura , ni se desmayase ni turbase , de suerte que dejase de ofrecer á Dios constantemente todo el mérito de su tribulacion. Mirando á su divino Hijo marchar al Calvario abrazado de su cruz, aprovecha sus ejemplos, y se siente sostenida por éstos para continuar en su senda de sacrificio como continuaba Jesus. Por esta razon os dije , hermanos mios, que Jesucristo cargando su cruz , no solamente corrigió las caidas y negligencias de los malos cristianos, sino que continuando abrazado con ella hasta la crucifixion alentó á los fervorosos á no abandonar la suya hasta la muerte.

Cada vez que el Salvador habló á los hombres de la necesidad que tiene todo cristiano de cargar la cruz de sus obligaciones, no señaló tiempo determinado , ni circunstancias algunas especiales en que esa cruz deberia llevarse. « Tome su cruz cada uno, se limitó á decirnos, y sigame. » Porque siguiéndolo á El, teníamos la instruccion viva y eficaz que no podria faltarnos: y El no llevó la cruz solamente una parte del camino que conduce desde el pretorio hasta el monte Calvario , sino que marchó cargándola desde el principio hasta el fin. Ni la fatiga, ni el cansancio, ni la sangre que derramaba y extenuaba sus fuerzas casi completamente, ni el tropel del pueblo que le oprimia, ni el áspero repecho del monte que era necesario subir, á pesar de su debilidad, nada le pudo inducir á dejar la cruz ni aun momentáneamente. La tomó sobre sus

hombros por amor á su Padre celestial con la caridad mas ardiente, y con esa misma la retuvo hasta llegar al lugar de su sacrificio, donde murió tambien enclavado en ella misma. Este ejemplo de Jesucristo tan conforme con todas las instrucciones que se dignó darnos en su doctrina, estan enseñando al cristiano que no debe limitarse á tomar su cruz por un tiempo determinado, ni puede jamas arrojarla de sí, sinó que, siguiendo el ejemplo del divino Maestro, debe llevarla con paciencia y resignacion todos los dias de su vida.

Cuando la madre de los hijos de Zebedeo pedia animosa para aquellos los dos lugares de preferencia en el reino de los cielos, Jesus les preguntó: *¿Podeis beber el cáliz que yo he de beber (1)?* significándoles toda la grandeza del sacrificio que necesitarian hacer para mostrarse dignos de ocupar esos lugares, y mantenerse cerca de su persona. Mas Juan y Santiago oyen que Jesucristo ha de beber primero ese cáliz que les propone, y no encuentran desde entonces dificultad alguna para beberlo tambien ellos. *Possimus*, dicen: « Podemos. » Ni la amargura, ni el dolor, ni la pobreza, ni la persecucion, ni ningun otro sacrificio, por pesado y molesto que fuese, les podrá retraer de beber aquello que Cristo ya bebió primero. *Possimus*. Los labios de su Maestro harán dulce para los fieles discípulos lo que es amargo de suyo, y soportable y aun apetecible aquello que ántes les habria parecido dificultoso, y aun imposible quizá. *Possimus*. ¡ Oh! y con la resolucion mas eficaz les vemos beber su cáliz llenos de amor, y probar con su celo que de veras estaban resueltos á seguir el camino que

(1) Mateo. Cap. 20.

les señaló Jesus: camino por entre abrojos y espinas, camino de persecuciones y desprecios, de cárceles y cadenas, de fatiga y desnudez, y en cuyo término divisaban el martirio, en el que la mano del verdugo pondria fin á su vida de tribulaciones. Tal es, católicos, la resolucion que debe con la gracia de Dios formar el cristiano que , viendo al Salvador cargando su cruz, se resuelve tambien á cargar la suya. Se resuelve de por vida y en toda circunstancia , por pesada y molesta que pareciese.

La debilidad de nuestra pobre condicion opone sin duda muchas dificultades que experimentaremos llevando á cabo esta resolucion. Son aquellas que experimentó tambien Jesucristo marchando al monte Calvario cargado con el madero de la cruz. Miremos á El llenos de confianza y de amor : de confianza , porque nos ofrece la mano de su gracia y de su misericordia para socorrernos; de amor, porque debemos mirarlo con la tierna gratitud que exige la grandeza de la caridad con que nos ama, y estemos seguros que alcanzaremos esa fortaleza necesaria para llevar nuestra cruz, cualquiera que fuese, hasta el fin de nuestra vida.

Llegando á la altura del monte, mandaron los judios á Jesucristo que dejase la cruz en el suelo, mientras disponian lo conveniente para enclavarlo. El Salvador obedeció con humildad el mandato de sus verdugos, y con grande amor y reverencia puso la cruz sobre la tierra. Contempladlo, católicos, ahora cuando ha llegado ya al término de su dilatada peregrinacion: contempladlo rendido por la fatiga corporal, pero llena su alma de fortaleza espiritual para llegar al extremo de su carrera, que está sobre la cruz. Anímate , anímate , oh hombre , hijo de Jesucristo, y comprado con su sangre, repetiré con San Ber-

nardo (1). Anímate á seguirle por el camino de sangre que ha trazado, con la que derraman sus venas desde el pretorio de Pilato hasta la altura del monte donde se encuentra. El te ofrece su mano: pídesela, y entiende que es mas poderosa que la del ángel que fortaleció á Jacob en su tribulacion. Oh Salvador y divino Redentor de mi alma, vedme aquí débil y miserable, postrado á tus piés para pedirte que me fortalezcas en el camino de mi vida, para guardar constantemente vuestros santos mandamientos. No me abandones, dulcísimo Jesus; por vuestra santa cruz, por el amor encendido con que la llevaste, socorredme, socorredme, para que marchando constantemente tras de Vos, y sin separarme de vuestras pisadas, llegue á descansar eternamente unido con Vos en vuestro reino celestial.

(1) Serm. in Cant. Cantic.

INSTRUCCION UNDÉCIMA.

SOBRE LA MUERTE DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Consummatum est.

Consumado está.

(S. Ioann. Cap. 19.)

Jesus nos habla, católicos, con voz moribunda. Nos dice que su sacrificio está concluido, su sangre derramada, llena la medida de sus dolores, colmadas sus afrentas, y El sumergido totalmente en un mar de afliccion y de dolor. *Consummatum est.*

El Eterno Padre nos habla por boca de Jesus moribundo. Nos dice que el sacrificio de nuestra redencion está concluido, pero que en él ha inmolado como víctima la prenda mas querida, que esa víctima es su que Hijo, el Hijo amado en quien tiene sus complacencias: que nada posee mas rico para darnos, y que su infinito amor no puede explicarse con mayor vehemencia que inmolando á su Unigénito hecho hombre por la salvacion de los hombres. *Consummatum est.*

Nuestra propia conciencia nos habla tambien contemplando á Jesucristo moribundo, y con voz secreta, pero de infinita elocuencia, nos dice, que Jesus muere para borrar nuestros pecados, que muere para hacernos herederos de sus virtudes, que muere para consolar nuestras tristezas, que muere para santificar nuestros padecimientos, y que muere, en fin, para hacernos vivir eternamente. *Consummatum est.*

Y en fin, nos dice nuestro propio corazon que tenemos necesidad de mostrarnos reconocidos al amor de

Jesucristo ; que no podemos, sin cometer enorme injusticia, dar á la tierra lo que pertenece á El ; destinarn al servicio del mundo lo que Jesus hizo suyo comprándolo con el precio de su sangre ; que ese mundo, por consiguiente, no puede existir para nosotros sinó como lugar de prueba y de merecimiento, desde donde hemos de elevar nuestro corazon puro y sin mancha, buscando á Jesucristo en la imitacion de sus virtudes. *Consummatum est.*

Ved ahí los sentimientos que nos inspira la palabra de Jesus moribundo en la cruz. Elevemos nuestro espíritu hasta el suyo, para recibirlo en nuestro corazon, y unirlo indisolublemente con el nuestro. Meditemos la muerte del Hijo de Dios y Salvador de las almas, pero sea con el objeto de principiar á morir espiritualmente para todo cuanto pueda á El desagradarle y ofenderle. *Consummatum est.*

Subamos, hermanos mios, al Calvario, subamos á aquel sitio el mas venerando de la tierra, porque Dios hecho hombre lo eligió para realizar en él la redencion del linaje humano ; pero subamos con fé, devocion y caridad, para presenciar con los ojos de nuestra alma los últimos instantes del sacrificio que ofreció de sí mismo Jesucristo llevado del encendido amor que nos tenia. La fé nos dará luz para conocer y adorar á Dios humillado hasta morir para salvar á los pecadores ; la devocion nos enseñará á meditar con recogimiento los beneficios que con su muerte nos dispensa nuestro Señor Jesucristo; y la caridad nos inspirará la manera de corresponderlos con obras de encendido amor, que nos hagan morir para nuestros vicios y pecados, y vivir tan solo para practicar las virtudes que nos recomienda con su ejemplo nuestro Señor Jesucristo. Subamos al Calvario para ver allí morir al Salvador pendiente de la cruz. Subamos

al Calvario para morir allí nosotros con El. Cruz santa, altar adorable en el que mi divino Redentor terminó el sangriento sacrificio de su pasión y muerte, inspiradme las virtudes que necesito para comunicarlas al pueblo cristiano que me escucha.

I.

Trasladémonos con el espíritu á aquella Jerusalén maldita por Dios, desde que en su seno cometió horrible deicidio en la persona de Jesucristo, á esa misma Jerusalén objeto particular del amor y de la misericordia del Hijo de Dios. Esa ciudad grande y opulenta en la época á que nos referimos, aparece sombría y silenciosa ; las tres colinas que encierra en su recinto, Sion famosa en las santas Escrituras y particularmente inmortalizada por los salmos de David ; Moriah en cuyo suelo edificó Salomon el templo santo del Señor ; y Acra que sirvió de fundamento á los soberbios palacios de tantos ricos y nobles de la Judea, estan mustias, y toda Jerusalén sumida en profunda tristeza. Millares de personas habian venido á ofrecer al Señor sus sacrificios con motivo de la Pascua, festividad célebre en toda la tierra ; mas á pesar de todo, Jerusalén, engalanada con los vestidos de su gloria, tenia un aspecto sombrío ; sus habitantes así grandes como pequeños, sus sacerdotes y sus ministros, sus doctores de la ley así como sus escribas y fariseos, estaban preocupados nó de los preparativos que mandaba hacer la ley de Moises para la gran solemnidad , sino de procurar la muerte del Hijo de Dios, y de quien era figura el sacrificio del cordero que se ofrecia al Señor en aquellos mismos días. Los corazones sienten algo extraordinario que les inspira temor : la naturaleza

tambien lo siente, y se deja ver triste y macilenta, aumentando el que sentian los corazones. En el Calvario se eleva mientras tanto la cruz de Jesucristo, esa misma cruz que con infinito dolor ha llevado sobre sus hombros desde el pretorio de Pilato. El Calvario es mas alto que los otros montes que se levantan en Jerusalen; por ésto lo eligió el Salvador para ofrecer en su cumbre el sacrificio de nuestra redencion. Quiere que Jerusalen le vea allí enclavado en el madero por sus propios hijos que vino á redimir y salvar; quiere que le vea toda la multitud que ha venido á celebrar la Pascua, y que escuchen todos tambien la voz moribunda, con que les dirigirá desde la cruz sus postreros llamamientos. Allí es por eso necesario que le busque nuestro corazon; allí es donde ha de meditarle acudiendo como Maria, San Juan y la Magdalena á recoger con espíritu fervoroso sus últimas enseñanzas. La voz de Dios nos lleva tambien allá: *Respice*, nos dice: Mira, mira, oh alma, el modelo y ejemplo que está elevado en las alturas del monte Calvario. Míralo atentamente, porque de imitarlo pende tu eternidad.

Jesus en el monte Calvario fué estirado por los judios sobre el madero hasta desconcertarlo, para que se cumpliesen á la letra las profecías que anunciaban serian contados los huesos del Redentor (1). Luego enclavado el sagrado cuerpo con duros clavos, fué elevada y fijada la cruz con tanta violencia, que todas las heridas volvieron á renovarse en su carne haciéndole sentir sumo dolor. Contemplad al Salvador elevado en medio de la multitud que le rodea. ¡Gran Dios! ¡qué espectáculo tan triste y doloroso nos presenta! Desnudo su cuerpo, cubierto de sangre desde la cabeza

(1) Salmo 21.

hasta las plantas, coronado de espinas, enclavado de piés y manos, descubiertos sus huesos en muchos lugares, y sin encontrar alivio alguno, ni en el cielo ni en la tierra.

No encuentra en la tierra consuelo alguno, he dicho ; pues rodean la cruz dos clases de personas que, aunque por distintos caminos y de diverso modo, atormentan unas y otras agudamente su corazon. Cerca de la cruz está Maria su amadísima madre, está Juan su apóstol mas querido, y Magdalena la penitente fervorosa que tantos testimonios le tiene dados de la mas tierna caridad. Mas la presencia de su santísima Madre le hace sufrir lo que ella sufre, y ademas á ésta así como á las otras ve expuestas á sufrir cruel persecucion por la fé que les concedió. Mas allí ve tambien á los pontífices y sacerdotes, á los magistrados y doctores de la ley, y á los ministros y verdugos que ejecutaban las órdenes de todos éstos. Los primeros le burlaban, diciendo los unos á los otros de modo que Jesus lo oyese : « A otros salvó, y á si no puede salvarse. Si es Hijo de Dios y Rey de Israel, baje de la cruz, y creeremos en El (1). » Los escribas y doctores blasfemaban tambien meneando sus cabezas , y diciéndole por mofa : « Dijiste que destruirias el templo de Dios, y en tres dias lo reedificarias; sálvate, pues, á ti mismo ; si eres Hijo de Dios, baje de la cruz (2). » Los soldados que le habian crucificado, le injuriaban tambien apoderándose de las vestiduras de que le desnudaron al crucificarlo, repartiéndose de ellas, mientras que sobre su túnica echaban suerte. Los que habian venido al Calvario atraidos por la curiosidad que ex-

(1) Marcos. Cap. 15.

(2) Lucas. Cap. 23.

citaban las acusaciones de los judios, le burlaban tambien impíamente, de modo que pudo decirse, que casi toda la muchedumbre que habia acudido allí, le burlaba y le injuriaba. Mientras tanto ¿qué hacia Jesus, hermanos mios ? Sufriendo los desprecios e injurias con paciencia celestial, guardando silencio para cuanto pudiese vindicar su conducta delante de aquella multitud, abre su boca para pedir á su Eterno Padre por los mismos que le atormentan, le crucifican y le injurian, y para disculpar el horrendo deicidio que cometan, « Padre, dice, perdónalos, porque no saben lo que hacen (1). » Y queriendo hacer conocer que, á pesar del abatimiento de la cruz en que se encuentra, y de las profundas humillaciones que le rodean, no ha perdido la confianza que tiene en su Eterno Padre, « Padre mio, » dice en alta voz y de manera que todos puedan percibir la ternura y el fervor de su oracion. Y reparad, hermanos mios, que en esta oracion el divino Salvador no se limita á pedir al Padre que perdone simplemente las injurias que recibe de parte de sus enemigos, sino que disculpa á los mismos que se las infieren. « Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen. » ; Ah católicos ! de modo que Jesucristo la primera leccion que nos da en el monte Calvario y desde la cátedra de su cruz, es de caridad, y de la caridad mas perfecta, cual es amar á los enemigos y rogar por los perseguidores. ; Oh caridad de Jesus, cómo te dilatas y te extiendes para llenar nuestros corazones con tu ejemplo efficacísimo ! Así destruye el Señor en nosotros los estímulos del amor propio, que mantiene odios contra los que nos ofenden con ruina de nuestra propia alma. Así nos enseña á morir para

(1) Lucas. Cap. 23.

la soberbia y el orgullo, de modo que podamos vivir para la perfecta caridad, que nos recomienda con su ejemplo.

Dos malhechores estaban crucificados cerca de Jesucristo, y uno de ellos, como si quisiese congraciarse con la muchedumbre que injuriaba al Salvador, le insultaba tambien, y mofándose le decia: « Si eres Hijo de Dios, sálvate á tí mismo, y sálvanos tambien á nosotros (1). » Mas el otro le reprendia diciéndole: « Tú no temes á Dios, encontrándote condenado á muerte como está éste; pero nosotros recibimos el castigo que merecemos por nuestras culpas; mientras éste otro ninguna cosa mala ha hecho. » Volviéndose luego á Jesus, « Señor, le dijo, acuérdate de mí cuando estuvieres en tu reino. » Advertid, hermanos mios, la eficacia de la sangre y de los merecimientos de Jesus; apenas se siente conmovido el ladrón para defender la inocencia del Salvador burlada y calumniada por sus enemigos, cuando Dios derrama sobre él gracia que le convierte. Mira en Jesus con perfecta fé al Rey de los cielos, y le pide humildemente que se acuerde de él cuando estuviese en su reino; conoce la grandeza de sus pecados, y no le pide por eso que le lleve al cielo, sino tan solo que le tenga en su memoria cuando estuviese en su reino. *Memento mei dum veneris in regnum tuum.* Esta súplica iba acompañada con sentimientos de fé tan perfecta y de arrepentimiento de sus culpas tan sincero, que Jesus ostenta luego su misericordia en favor de aquel pobre pecador. No se limita á prometerle que se acordará de él en su reino, como le ha pedido, ni que perdonará sus pecados, mandándole despues á un lugar de expiacion, donde satis-

(1) Lúcas. Cap. 23; S. Thom. 3.^a pars, quaest. 46.

faga la pena que por ellos merece, sinó que su infinita misericordia pasa mucho mas allá prometiéndole que ese mismo dia estaria con su divina Majestad en la bienaventuranza. « *Hodie tecum eris in paradyso*; Hoy serás conmigo en el paraíso. » ; Oh virtud eficaz de la sangre de Cristo, cómo abres á los mas grandes pecadores las puertas del cielo ! Aprovechemos, hermanos mios, esta preciosa sangre, pues por nosotros se derrama.

Maria Madre de Jesus y la mas amante entre todas las madres, estaba cerca de la cruz, segun nos hace notar el Evangelio. *Stabat iuxta crucem Iesu Mater eius* (1). Palabras llenas de misterio, pues nos pintan el dolor intenso é inexplicable que sentia Maria viendo morir á Jesus, porque diciendo el Evangelista simplemente que estaba allí, echa un velo sobre todo cuanto pasaba tanto en su interior, como en su exterior. *Mariam stantem legi*, como predica San Ambrosio, *flentem non legi* (2); « Leí que estaba la Madre al pie de la cruz, pero no leí que derramase lágrimas, » porque no se ha pintado su dolor, ni bastarian para ésto las lenguas de los ángeles ni menos las de los hombres. Jesus amaba á Maria *como hombre y como Dios*: como hombre la amaba con amor de hijo sumiso, obediente y tierno; como Dios porque en ella veia á su criatura santa, inocente y perfecta; é inspirado por ese mismo amor le dirige su palabra para consolarla en la triste horfandad en que la deja. ; Y cuál fué esa palabra, hermanos mios ? « *Mujer, ved ahí á tu hijo; Mulier, ecce filius tuus.* » Como si le dijese : Yo me voy de este mundo, mas en mi lugar

(1) Juan. Cap. 19.

(2) De obit. Valent. Cap. 7.

te dejo al que mas amo entre mis discípulos ; como estuve yo pronto á cumplir en todo caso la voluntad de mi Padre celestial , tú del mismo modo resignate á las disposiciones de Dios , como me he resignado yo. Mirando luego al Evangelista San Juan le dice : « *Ecce mater tua* ; Ved ahí á tu madre. » Y á la verdad, á ninguno correspondia mejor la asistencia de Maria Madre de Jesus, como al santo Evangelista que se distinguió entre todos los apóstoles por su amor encendido á Jesucristo, acompañándole en toda su pasion, y por su amor á la pureza, que le hizo merecer estar siempre cerca del Rey celestial de esa virtud.

Mas tiempo es que Jesus eleve su vista de la tierra al cielo. La tierra no le presenta sinó las amarguras y los pecados, de que la cubrió la desobediencia del primer hombre: vino á conquistar para nosotros el cielo, y allá se ha de dirigir su alma necesariamente.

En efecto, su vista elevándose á lo alto con mayor confianza que la del Profeta, repetiria como éste: « A tí, Padre mio, que habitas en los cielos , á tí levanto mis ojos en medio de mi afliccion (1). » Mas ese cielo que David veia abierto para escucharle y consolarle, está ahora cerrado para Jesucristo: Este nada ve sinó la espada de la justicia divina desenvainada sobre su cabeza , y el azote de su indignacion que le maltrata con los récios golpes que merece el hombre pecador. Mas oid la amorosa queja que con voz moribunda dirige el Hijo de Dios á su Eterno Padre en medio de terribles agonías: « Dios mio , Dios mio, ¿porqué me has desamparado? » Y estas palabras las dijo con gran clamor, para que todos conociesen que estaba vivo, y que su alma sufria en aquella hora la pena terrible

(1) Salmo 22.

del desamparo de Dios en castigo de nuestros pecados. Porque , en efecto , la divinidad habia desamparado á la humanidad, suspendiéndole sus consuelos sensibles, para que fuese capaz de padecer la pasion y muerte. En el huerto de Getsemani principió ese desamparo en medio de crueles agonías y sudor de sangre; mas allí mando Dios sus ángeles desde el cielo para que le confortasen y le sostuviesen en medio del mortal desfallecimiento que sufrió la sagrada humanidad. Pero ahora en la cruz, cuando ese sacrificio va á terminar, y la sangre se derrama en mayor copia que en el huerto, cuando las agonías son mas intensas, y la soledad, la angustia y el dolor mas espantosos , ; dónde estan, Dios mio, los ángeles que han de acompañar y de confortar á vuestro Hijo? ; No es éste acaso el mismo que vestiste de nube resplandeciente en el Tabor? ; Ah ! allá lo hiciste aparecer rodeado de profetas, y vuestra voz inefable predicaba su divinidad, diciendo á los apóstoles Pedro, Juan y Santiago allí presentes: «Este es mi Hijo en quien tengo mis complacencias (1).» Mas ahora en vez de tus santos profetas veo dos ladrones, en lugar de tu voz inefable encuentro tu ausencia y desamparo , y en vez de esa luz resplandeciente que cubria la santa montaña con claridad de gloria celestial, veo densas tinieblas que derraman sobre el Calvario confusion y espanto. ; Ah católicos ! todas las penas que sufre el alma de Jesus con semejante desamparo, son las que declara á su Eterno Padre diciéndole: «Dios mio, Dios mio, ; porqué me has desamparado? » Mas no habia desamparado, hermanos mios, el Eterno Padre á su Hijo unigénito humanado; esas mismas tinieblas que principiaban á cubrir la tierra, ese aspecto

(1) Mateo. Cap. 17.

terrible que tomaba la naturaleza, el pavor y susto que se apoderaba de los corazones, todo iba mostrando que era desamparo temporal el que Dios habia hecho de su Verbo humanado, y que duraria solamente mientras consumaba el sacrificio de su propia vida por la redencion de los hombres. Jesus luego morirá, y la justicia divina satisfecha le dejará ver del modo que corresponde al Hijo de Dios y Salvador de los hombres.

Mientras tanto el Salvador moribundo siente sed, y no debe maravillarnos; pues en medio de la fiebre que debia causarle el diluvio de penas y tormentos que caia sobre su sacratísima persona, ningun refrigerio habia recibido su naturaleza humana. « *Sed tengo; Síntio,* » dice desde la cruz; y corriendo uno de los soldados tomó una esponja, la empapó en vinagre, y atándola á una caña la puso sobre la boca de Jesus. Considerad, hermanos mios, cómo la残酷 de aquellos hombres obstinados contra Dios no se aplaca todavía, y moribundo ya el objeto de su furor, no deja por ésto de perseguirle ni de atormentarle.

Algunos expositores interpretan esta palabra de Jesucristo con un sentido espiritual. *Síntio:* tengo sed de almas, sed de que se salven todos los hombres, sed de padecer por ellos mas todavía si fuese necesario, mostrando que, á pesar de la situación á que se veia reducido, su corazon estaba devorado por el celo de la gloria de su Padre celestial, y procuraba desde la cruz que su fuego divino encendiese y se comunicase á todas las almas. *Síntio.* Mas no puedo menos que excluir aquí: ¿Qué da el hombre á Jesucristo en retribucion de tanto amor? Avergüéncese el pecador que pone vinagre amarguisimo en la boca de Jesus sediento por colmarle de verdaderos bienes: avergüéncese

el negligente que corresponde con nuevos pecados los auxilios que recibe de Jesucristo empeñado en salvarlo de sus miserias ; y avergoncémonos todos de las continuas ingratitudes con que atormentamos á Cristo , cuya caridad insondable á manos llenas nos colma de infinitos beneficios.

Luego que Jesus bebió algo del vinagre , dijo : « Consumado es, » descubriendonos que la medida de los merecimientos que habia adquirido para nosotros , estaba llena, que los dolores y sufrimientos de su pasion no podian ser mayores , que el curso de su vida estaba concluido, é iba por consiguiente á morir. *Consummatum est.* Que todas las profecias que hablan del Redentor del linaje humano estaban cumplidas en su persona, demostrando que El era el Mesias prometido y la esperanza de todos los siglos: y que si de una parte los hombres habian consumado su maldad enclavándolo en un madero vergonzoso , de otra su bondad infinita habia tambien consumado la obra misericordiosa de la redencion , salvándonos de los infinitos males que nos aquejaban. *Consummatum est.* Finalmente, que Israel, ese ingrato Israel á quien ha venido á salvar y que, desconocido á sus beneficios, le ha condenado á morir en una cruz, ha concluido tambien su mision sobre la tierra , para dejar lugar al pueblo cristiano que establece y allí mismo santifica con su sangre preciosa. *Consummatum est.*

Mas el sol ha perdido su luz , las tinieblas han cubierto toda la tierra llevando el terror á todos los corazones enemigos de Cristo : la naturaleza consternada ha enmudecido en aquellos momentos, y en medio del silencio mas profundo Jesucristo hace oír por ultima vez su voz , pero fuerte y sonora (1) , de modo

(1) Marc. Cap. 15.

que todos la escuchan como si fuese voz de un hombre sano: « Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu. » Quiere al hablar de esta manera, que todos los hombres entiendan que era dueño de vivir ó de morir , segun fuese su voluntad, confirmando aquello que declaró, que nadie podia matarlo, si El no tenia voluntad de morir (1), y que si dejaba entonces su vida voluntariamente, volveria á tomarla cuando quisiese, porque nadie podia impedírselo. Esa voz sonora fué tambien la señal de su victoria , con que triunfo del mundo , de la muerte y del infierno , poniendo con ella terror y espanto á las potestades del abismo que miraban con gozo sus tormentos y su muerte. Encomienda su alma en las manos del Padre celestial al dejar la tierra , asi como que en ellas mismas la puso desde que entró en el mundo, y en ellas mismas la conservó todo el tiempo de su vida, sin que jamas la hubiese retirado ni un momento. Y quiso tambien finalmente instruirnos con su ejemplo , que nuestro principal empeño debe ser siempre no separarnos de las manos de Dios hasta morir en ellas llenos de inocencia y de virtud (2).

In manus tuas commendabo spiritum meum.

Luego que Cristo hubo concluido estas palabras, inclinó su cabeza y espiró. Inclinó su cabeza como un movimiento natural en todo el que deja de vivir, pero inclinó tambien su cabeza misteriosamente y significando que moria por obediencia á su Eterno Padre , cuyas disposiciones amaba sobre su corazon y respetaba sobre todas las cosas. Inclinó su cabeza , porque la gravedad de nuestros pecados imponian sobre El un peso enorme , cuya carga le hizo morir agobiado, y la inclinó

(1) Juan. Cap. 10.

(2) S. Thomas in Marc.

tambien señalando el lugar adonde se dirigia su alma partiendo desde la cruz, en que dejaba enclavado su cuerpo sacratissimo. Murió por su voluntad y por la fuerza misma de los dolores que quiso soportar para curar nuestras iniquidades; murió porque su muerte era nuestra vida, nuestra libertad y nuestro rescate. Acércate, alma, y contémplalo; sus ojos estan cerrados, su boca entreabierta, sus manos taladradas por los clavos, sus piés perforados, y su cuerpo despedazado, descoyuntado y ensangrentado.

II.

Pero aunque ha espirado Jesus no os alejeis, almas, todavia del Calvario; su muerte os da á conocer mejor el alto precio en que Dios os estima, y por consiguiente, los esfuerzos que debeis hacer para morir con El, á fin de vivir eternamente. Un soldado se acerca al sagrado cuerpo, y con golpe de lanza abre en su costado una profunda herida, de la que brotan sangre y agua al mismo tiempo. Era ésta la fuente que vió Zacarías, y de la cual prometia al pueblo de Dios aguas abundantes para lavarse y regenerarse de sus culpas. De modo que el soldado, hiriendo el cuerpo muerto de Cristo, llevado de su残酷 daba cumplimiento á las profecías que habian anunciado esa puerta anchurosa, por la que las almas llegarian hasta su corazon, y beberian los incendios de su divino amor y de su infinita caridad. Esa es la puerta que se abre en beneficio del pecador arrepentido que busca la misericordia de su amoroso Redentor; esa es la puerta que se abre para el que desea cortar las ligaduras, que le retienen atado al mundo y á sus placeres pecaminosos ; y esa la puerta que se abre para todos los flacos y vacilan-

tes en el servicio de Dios, cuando desean robustecerse en sus propósitos. « Por las llagas sacratísimas del cuerpo de Jesus ven todos éstos la infinita misericordia de su abrasado corazon , repetiré con San Buenaventura , de modo que se alientan mejor para amar con mayor fervor á un Dios á quien tanto deben (1).»

San Pablo contemplando al Hijo de Dios enclavado en la cruz y muerto por salvarnos, « Mi vivir, dice , será Jesucristo; » porque no encontraba cómo satisfacer la deuda infinita que nos impone la muerte del Salvador por nuestra redencion, sino viviendo tan solo para amarle, y emplearse en procurar su gloria en sí y en los demás : *Mihi vivere Christus est.* Vivimos, en efecto, para nosotros cuando vivimos sin ley que contenga los excesos de nuestras pasiones , de modo que éstas aparecen altaneras : vivimos para nosotros mismos , cuando no mortificamos la propia voluntad que nos conduce cada dia á los desórdenes mas vergonzosos y mas indignos del cristiano; y vivimos, en fin, para nosotros mismos, cuando permitimos á nuestros sentidos libertades que son contrarias á la ley de Dios y á la mortificacion propia de los discípulos de Jesucristo. Este muerto en el Calvario nos enseña que la obediencia , que nos somete privándonos de la voluntad propia, es la verdadera vida, porque nos aparta del ancho camino de perdicion, porque nos hace triunfar de nosotros mismos, y morir espiritualmente para los vicios y pecados. Mas cuando vemos muerto á Jesucristo en la cruz, y advertimos desde luego que murió humillado: ¡oh qué confusion debe causarnos esta verdad! ¡Qué confusion, repito, para los soberbios que desprecian á los otros hombres, creyéndolos sus inferiores

(1) *De stim. divin. charit.* Lib. I.

en virtud, en ciencia, en dignidad y en todos los demás dotes ilustres que creen poseer! Quieren que todos los consideren, todos se les humillen, y todos les honren; y mientras tanto ellos no se humillan, sino al contrario con su soberbia y arrogancia no solo insultan al Señor, sino tambien á los demás hombres. Miremos al Calvario, hermanos mios, miremos á Jesucristo crucificado, y aprendamos en su ejemplo á morir para la soberbia. La voz de su Apóstol intérprete de su doctrina y de los sentimientos de su espíritu, *humiliavit semetipsum*, nos dice, « se humilló á sí mismo (1); » y por eso lo vemos maniatado, afrentado, crucificado entre ladrones, despreciado por todos, y muerto en la cruz. Vemos al Salvador crucificado, pero lo contemplamos desnudo de todas las cosas, y sin poseer bien alguno de este mundo sobre la tierra. Está muerto, y el lecho en que ha expirado es el madero de su suplicio; su mortaja la desnudez; sus almohadas las espinas de la corona; y los cuidados y socorros que le rodean en sus últimos momentos las injurias y los tormentos que le prodigan sus verdugos. ¡Oh qué reprension tan terrible para los cristianos, que viven apegados á las vanidades de este mundo, á los intereses de la tierra, á las comodidades y regalos que proporciona la fortuna y exige la delicadeza y la falta de mortificacion! Almas, mirad á Jesucristo muerto, y en El encontrareis el modelo práctico del desprendimiento que nos pide de todo eso que no es sino tropiezo en nuestro camino hacia el reino de los cielos. Mirad á Jesucristo, é inspiraos en su ejemplo de la resolucion eficaz de desprenderos de las ligaduras estrechas que os hacen esclavos de tantas miserias, impidiéndoos llegar de cerca á nuestro Señor Jesucristo.

(1) Filip. C. 2.

Los que de corazon renuncian á todos los vicios ,
y trabajan con esfuerzo por enmendar sus defectos ,
esos son los que en los ejemplos del Redentor apren-
den á morir para sí mismos y á vivir solo para Dios ,
imitando las virtudes de su divino Hijo: son éstos los
que corresponden, en cuanto está de su parte, al amor
que nos mostró nuestro divino Salvador, sacrificándose
en su pasion por librarnos de nuestras miserias , y
darnos la vida eterna. Oh divino Salvador, y Reden-
tor de las almas, ; quién, sinó Vos, podrá hacer en mí
la transformacion del que soy por mis pecados, en el
que debo ser por la imitacion de vuestras virtudes ?
Vos solo sois quien con vuestra gracia puede hacerme
un hombre nuevo; principiad esta obra misericordiosa.
Por vuestras llagas, espinas , clavos y cruz perdonad
mis pecados , y dadme las virtudes que me lleven á
Vos, y me unan eternamente con Vos.

INSTRUCCION DUODÉCIMA.

SOBRE LA PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

*Christus assistens pontifex futurorum bonorum,
per proprium sanguinem introivit in Sancta.*

Estando presente Cristo Pontifice de los bienes venideros,
por su propia sangre entró en el santuario.

(Ad Hebr. Cap. 9.)

Jesus Nazareno pendiente de un madero no era, católicos, á la verdad, el espectáculo que podia llenar las esperanzas de un pueblo, que aguardaba de El su restauracion, su libertad y su gloria. La sinagoga esperaba un Salvador que llevase tras sí la admiracion del mundo, que colmase de prosperidad á Israel, y extendiese su imperio sobre todas las naciones. Le contemplaba principiar su carrera con mayor resplandor que el astro del dia, encadenar los pueblos humillados, y sujetar á su cetro á todas las potencias de la tierra. Así pintó la sabiduría humana el imperio de Jesucristo, pero sus ideas no eran conformes con los juicios de Dios. El reino del Mesias era puramente espiritual, y las funciones que debia desempeñar como Salvador del mundo, eran tambien de un órden diverso de las que estan llamados á ejercer los soberanos de la tierra.

El pecado rompió las relaciones que existian entre Dios y el hombre, sumió á éste en infinita ignorancia, y le condenó á la servidumbre del demonio. No era otro el verdadero mal que afigia á la tierra: el hombre mismo, ilustrado por la revelacion, conocia su

enormidad, y deseaba vivamente su rescate. Fué necesario un Salvador, cuyo poder, penetrando mas allá de lo visible, pudiese llenar estas exigencias; un Redentor que derribase aquel muro de separacion que levantó el pecado; un justo en quien no se hallase la mancha que afeaba la conciencia de los hijos de Adan; una víctima que se ofreciese por todos los hombres, y un sacerdote que inmolándola rompiese el decreto fatal de su condenacion. El Verbo divino ofreciéndose voluntariamente á desempeñar estos cargos, tomó naturaleza humana, y se constituyó entre Dios y los hombres. Hijo de Dios, santo por esencia y principio de toda santidad, estrechó las relaciones entre el Criador y sus criaturas; siendo Dios verdadero se confundió entre nosotros para no separar nuestra causa de la suya; siendo Santo por esencia y principio de toda santidad, se inmoló para que su sangre lavase nuestras manchas y sanase nuestra flaqueza. Este es, católicos, Jesucristo, no hecho pontífice por la ley ni consagrado con sus ritos, sino por el Eterno Padre que le eligió para este ministerio. Ungido con la plenitud del Espíritu Santo, á El fué dicho: « Tú eres sacerdote eternamente segun el órden de Melquisedec (1). » « Llamado á ejercer las funciones augustas de su pontificado, se ofrece con gran clamor, con lágrimas, ruegos y oraciones á aquel que puede salvar de la muerte, mereciendo ser hecho autor de la vida (2). » De su inocencia sin mancha jamas dudaron ni aun sus mortales enemigos: la publicaron los cielos cantándole mil veces Santo; la publicaron como testimonio irrefragable sus obras y su doctrina; la mani-

(1) Salmo 109.

(2) A los Hebreos. Cap. 9.

EXAGERAR, Instrucciones. Tom. IV.

festó El mismo preguntando con entereza á los que le perseguian : « *¡ Quién de vosotros me arguirá de pecado (1) ?* » y la manifestó, en fin, hasta el juez que pronunció sentencia de muerte contra El. San Pablo, considerando al Salvador revestido de estos títulos tan gloriosos, « *Tenemos, dice, un gran sacerdote sobre la casa de Dios ; su voz penetra los cielos : lleguemos á El llenos de confianza.* » De este modo Jesucristo tomando sobre sí nuestra reconciliacion, constituido hoy pontifice de los bienes venideros, no por sangre de animales, sino por la suya propia entró al santuario para ofrecerse como hostia sin mancha, nos purificó de nuestras antiguas prevaricaciones, y se hizo mediador de un testamento nuevo. *Christus assistens pontifex futurorum bonorum per proprium sanguinem introivit in Sancta.* »

Pero este Pontifice, que nos rescata con su sangre, estaba llamado á desempeñar entre sus redimidos otras funciones angustas. Una de las tristes consecuencias de la servidumbre que sufrió el hombre enemigo de Dios, fué la ignorancia que le sorprendió en todos sus caminos. Jesucristo hoy no solo reconcilia al hombre con Dios, sino que se constituye maestro para disipar las tinieblas de su entendimiento. Enclavado en la cruz, le enseña la doctrina mas sublime que pudo darse jamas : se hace El mismo una lección viva de virtud y un libro abierto donde se bebe á raudales la sabiduría celestial. El hombre instruido hoy por Jesucristo, se eleva sobre sí mismo, se hace sordo á sus inclinaciones, pierde la propension á los vicios, vive como extranjero sobre la tierra, y suspira solamente por el cielo. Ved, católicos, cómo Jesucristo pontifice de los

(1) S. Juan. c. 8.

bienes futuros desempeñó por su sangre entre nosotros todas las solemnes funciones de su pontificado. Este carácter de dignidad que tanto conviene al Salvador del género humano, es bajo del cual pienso hoy presentaros al Hijo de Dios. Jesucristo pontífice por su sangre, llenando en su pasión las funciones de su pontificado, nos rescata, nos instruye y nos eleva.

Cruz santa, altar venerable donde el verdadero Pontífice ofrece hoy el gran sacrificio de nuestra redención, insignia preciosa en la cual el Redentor de los hombres se gloria mas que en todos los otros títulos que reunió el Padre Eterno en su persona; prenda del vínculo sagrado que unió á nuestras almas con su Salvador; sois el manantial fecundo de gracias de donde sacaré las que necesito para hablar dignamente de los profundos misterios simbolizados en vos. Postrado te adoro, leño divino.

I.

La culpa ultrajó la soberanía del Criador, obscureció el entendimiento de la criatura, y rebeló al corazón del hombre contra su espíritu. En el sacrificio que de sí mismo ofreció al Padre el Verbo divino, se reunieron tres circunstancias ordenadas á reparar las tristes consecuencias de aquella triple caída. Acerquémonos, para conocerlas, á este Sacerdote sumo: veámosle penetrar en el santuario de su pasión, y ofrecer allí la víctima que nos rescata de la servidumbre mas cruel y mas ignominiosa. Pero aquí tiemblo, y enmudece mi lengua. El rescate del hombre nos recuerda el cruento sacrificio de un Dios figurado en la sangre de las víctimas de la primera ley. Jesus es hoy la verdadera víctima que vierte la suya para fundar un

testamento nuevo, y ofrecer el sacrificio que pedía la justicia divina para la reconciliación de los hombres. El Verbo divino por su carácter de Mediador y Redentor, era quien podía ofrecerlo únicamente; el hombre enemigo de Dios y herido con la cruel llaga del pecado, no tenía méritos para pedirlo; pero Jesús se ofrece á El voluntariamente. *Oblatus est, quia ipse voluit* (1).

Llega el momento en que ha de presentar á Dios, este verdadero Melquisedec, la hostia de sí mismo: « Padre justo, le dice, ni las víctimas ni los holocaustos pudieron agradarte, porque no eran dignos de tu majestad; pero pues que me disteis un cuerpo, cuyos tormentos satisfarán á vuestra justicia, pronto estoy para ofrecerlo en sacrificio. Vine al mundo para cumplir vuestra voluntad, y la ley de muerte que desde el principio fulminasteis contra mí, ha sido el objeto constante de mis deseos (2). » Así manifestó Jesucristo que en su sacrificio no obraba ni por necesidad ni por violencia, sino que de su liberalidad infinita nacía el entregarse á sufrir los tormentos, precio de nuestro rescate. *Oblatus est, quia ipse voluit*.

En el huerto de las Olivas no ve ya el Padre en Jesús al Hijo querido, bello objeto de su complacencia y de su amor, sino la hostia de expiación, cargada de todas las iniquidades del mundo, objeto de ira, y que era necesario sacrificar á la severidad de su justicia, El hombre ultrajó la soberanía de Dios rebelándose contra El; Jesucristo para reparar los infinitos males que le acarreó su rebelión, abraza la voluntad de su Eterno Padre, y se resigna á sus disposiciones. El

(1) Isai. C. 53.

(2) Salm. 39.

cáliz amargo, que se presenta á sus ojos en aquel instante con todos los horrores de la pasion, excita en su alma una cruel y dolorosa lucha. La humanidad tiembla horrorizada por el aspecto imponente y terrible de los objetos que ve: quisiera desechar imágenes tan tristes, y con una voz desfallecida, « Padre mio, dice, si es posible, pase de mí ese cáliz sin que yo lo beba.» Pero que, ¡acaso, Dios mio, las amarguras, los insultos, y las demas afrontas de una muerte ignominiosa y cruel han hecho abandonar á vuestro Hijo el propósito de sacrificarse y morir por el hombre? Nó, hermanos mios, en la turbacion y angustias de su frágil humanidad, era cuando Jesus debia manifestar mas bien su resignacion y obediencia á la voluntad del Padre. « No se haga, dice, lo que yo quiero, sinó lo que Vos quereis: *Non mea voluntas, sed tua fiat.*»

Como hombre se extremeció en presencia de la muerte, le turbó la espantosa catástrofe en que iba á servir de víctima, y si fuese posible evitarla sin mengua de las disposiciones de la eterna justicia, ruega al Padre eterno que lo haga; pero á este afecto natural vence pronto la sumision de su voluntad, y protesta querer el cumplimiento de la voluntad del Padre. *Non mea voluntas, sed tua fiat.*

Nosotros sentimos herida nuestra voluntad por el desorden que el pecado introdujo en sus movimientos; de aquí nace la dificultad que sentimos para sujetar nuestras inclinaciones culpables; la oposicion que hacemos á los decretos de la providencia, y en fin, la propension constante á realizar á toda costa nuestros deseos criminales. Jesucristo para rescatarnos de esta cruel servidumbre que nos constituye esclavos de nuestras pasiones, de nuestros vicios, y en fin, de nosotros mismos, sacrifica su inclinacion natural, se resig-

na al arbitrio de su Eterno Padre, y le ruega que ejecute cuanto sea conducente á realizar las disposiciones de su adorable providencia. *Non mea voluntas, sed tua fiat.*

El Padre acepta el sacrificio de Jesus, y hace sufrir á aquella alma pura é inocente todos los efectos de su justicia. El Salvador que habia luchado ya con sus propias inclinaciones pára ofrecerse en sacrificio, tiene que soportar los rigores de la indignacion divina. Una congoja mortal oprime el interior de Jesus: su alma como la del que agoniza, queda constituida en situacion dificil. Se ve delante de su Eterno Padre como el hijo rebelde que nada tiene que oponer á los terribles cargos que se le hacen: la pérfida ingratitud de los hombres, cuyos delitos tomó sobre sí con tanto amor, excita el celo que devora su espíritu. Cubre la confusión su rostro venerable, y la angustia de su alma oprime tan vigorosamente á su carne enferma y agobiada con el peso de tantas penas, que la hace desfallecer. *Coepit contristari et moestus esse.* El Hijo de Dios postrado sobre la tierra: ved ahí, católicos, la víctima que la justicia divina exigia por nuestro rescate; pero ¡oh! vosotros que mirais á Jesus cargado con el peso enorme de nuestras prevaricaciones, agonizando á impulsos de una congoja mortal, acercaos, entrad al interior de su corazon, y leed en él los motivos de su pena. En aquellos instantes en que le afflige la justicia de su Padre, su entendimiento penetra en la obscuridad de los siglos. La historia del género humano no ofrece á su imaginacion mas que una cadena abominable de delitos los mas vergonzosos. Ve en todo el mundo elevada la injusticia y calumniada la virtud, protegido el error y desterrada la verdad. Ve en su Iglesia perseguida la fé por los tiranos, ca-

lumniada por los impíos y escandalizada por sus propios domésticos. Ve, en fin, los desórdenes de cada pecador, desde que su alma principia á quedar manchada por el vicio, hasta que, colmada la medida de sus crímenes, concluye su carrera con su perdición eterna. Ve despreciada su gracia, convertidos sus beneficios en raíces de pecado, y desconocidas, por decirlo así, cuantas obligaciones tiene el hombre para con El. Los remordimientos de una conciencia agitada atrozmente por el recuerdo de sus excesos; los lazos que voluntariamente conserva un pecador que conoce la necesidad de romperlos con prontitud; la criminal apatía de un alma que siente vivir separada de Dios, pero sin tener resolución para buscarle; las turbaciones e inquietudes, la vergüenza y las dificultades que retraen á otro de la verdadera penitencia; todo lo penetra Jesús en este instante, y el horror que concibe su alma santa por la consideración de tantos crímenes, le opriime de tal modo, que cae agonizante sobre la tierra.

Las dolorosas funciones que principiaba á desempeñar, asaltan á su imaginación en esos mismos momentos, y como si la idea de nuestras culpas no hubiese bastado para afigirle, permite el Padre que el cáliz de esta nueva amargura se derrame á la vez sobre su corazón. Jesucristo penetra con distinción todos los objetos comprendidos en el símbolo de su cruz. La traición de un discípulo perfido que le entrega á sus enemigos, la debilidad de otro que cobardemente le niega, la ceguedad de un pueblo que le desconoce y le condena, las burlas del pretorio, las bofetadas, los azotes, las espinas y el madero; todas estas imágenes le crucifican anticipadamente: en su pasión los tormentos se sucederán unos á otros, pero en el huerto

todo lo sufre á un mismo tiempo. En tan terrible situacion, sin poder contener esta alma santa la abundancia de tantos dolores, parece fluctuar entre la tristeza y el dolor, entre la vida y la muerte, y el amargo fruto de sus penosos esfuerzos es la sangre que brota de su cuerpo, y riega la tierra manchada por las abominaciones del pecado. Oh sangre de Jesus, derramada no por la cuchilla del sacerdote, sino por la consideracion de nuestras miserias; sangre que clama al cielo con mayor elocuencia que la de Abel, no para traer á la tierra venganzas, sino compasion y misericordia; ¡oh si descendieses sobre nuestro corazon ! ¡ oh si lo abrases en el amor del que por nosotros te virtió !

Tan densa era, hermanos mios , la obscuridad en que la culpa tenia sumergido nuestro entendimiento , que se hizo necesario un medio tan eficaz para ilustrarlo: Jesucristo acogojado por la consideracion de nuestras culpas y de sus penas, nos enseña la enorme malicia del pecado, y el valor infinito del sacrificio que costó su redencion. ¡ Oh si nosotros á la luz de esta leccion, que nos da el Salvador, penetrásemos alguna vez nuestra conciencia, cuántos objetos encontráramos en ella que nos horrorizasen ! Jesucristo Santo por esencia, y modelo de santidad , tiembla , desfallece y suda sangre agobiado por el conocimiento de nuestros delitos ; ¡ y nosotros delincuentes seremos de mejor condicion que el Hijo de Dios ? Nuestra carne viciada con la culpa contrajo apego al deleite, y aborrecimiento á los trabajos: el Salvador para rescatarla corre presuroso á abrazar los tormentos, las ignominias y la muerte. Apenas ha vuelto de su agonía, cuando dice á sus discípulos: « Levantaos, vamos, el que me ha de entregar está cerca. *Surgite, eamus; et qui me tradet, prope est.* » Parece que hubiera desaparecido de

repente todo aquel formidable aparato que acompañó el cáliz de Jesus, pues tan lejos ya de acongojar á éste su consideracion, le busca con deseo ardiente de beberle hasta las heces. La presencia del traidor Judas ha de excitar en su alma sentimientos dolorosos; la fuga de los discípulos, á quienes llamó para testigos de su agonía, le dejará en espantosa soledad; las tinieblas de la noche darán á la tragedia que va á representar un aspecto mas formidable; pero nada le acobarda; declara á sus apóstoles que ha llegado el momento de padecer, y no quiere demorarlo. *Surgete, eamus, et qui me tradet, prope est.*

Ved, católicos, cómo Jesucristo para rescatarnos quiso voluntariamente sufrir los tormentos, de que nos hicieron reos nuestras prevaricaciones. Estábamos condenados á padecer, y sufriendo El nos rescató con su sangre. ¡ Cuántos sentimientos debe excitar en nosotros esta conducta de Jesucristo ? Nuestra libertad y su amor nos estimulan á que prestemos oido atento á las instrucciones que se digna darnos al ofrecer por nosotros el sacrificio de sí mismo.

II.

Uno de los principales ministerios que el Hijo de Dios vino á ejercer sobre la tierra, fué instruir al hombre en sus deberes. Dios le constituyó maestro único del linaje humano, y en desempeño de su cargo predicó al mundo sin reposo su doctrina. « Vine, dijo á Pilato, para dar testimonio de la verdad; y todo el que es hijo de la verdad, oye mi voz. » Pero como el mundo aborreció siempre la verdad, y su principal carácter ha sido deprimirla, Jesucristo en el breve tiempo de su pasión, nos instruyó que nuestro prin-

cipal conato debe dirigirse á conservar su prestigio sobre la tierra. Su doctrina, sus ejemplos, sus prodigios habrian bastado para restituirle la importancia de que quiso despojarla un mundo pérvido y cargado de delitos. Pero el mundo desconoció su carácter, y le condenó á morir; la verdad misma fué el crimen de que se le procesó, y en los testimonios con que la manifestó, creyó aquel hallar el comprobante mas eficaz de su acusacion. Jesucristo conducido, pues, á la presencia de los pontífices, magistrados y príncipes de Israel es el espectáculo mas terrible que pudo presentarse alguna vez. Aquí la santidad fué sometida al juicio de un tribunal, donde estaban entronizados el error, la soberbia, la ambicion, la perfidia, y en fin, todas las pasiones viles y vergonzosas ; pero en este mismo juicio debia brillar su inocencia, y Jesucristo justo y perfecto dar testimonio de su perfecta santidad. El mundo busca con ánsias delitos de que acusarle, pero no halló alguno; en su vida toda no divisió sino virtudes que le confundieron. *Venit princeps huius mundi, et in me non invenit quicquam.*

Sjn embargo, católicos, el conocimiento de la esencial virtud de Jesucristo no fué suficiente para aquietar una multitud interesada en derramar su sangre inocente, para completar el triunfo de la mentira sobre la tierra. ¡Qué no intenta la malicia del hombre? El mundo recurre á los falsos testimonios para hostilizar á Jesus: los sacerdotes le calumnian, los ministros le procesan, y la plebe le deprime. Pero su verdad se ostenta con caractéres cada vez mas perfectos y divinos. *Venit princeps huius mundi, et in me non invenit quicquam.* En medio del tratamiento execrable que le dan sus enemigos, una sola vez abre sus labios. ¡Y para qué? ¡Juzgais que para hacer la apologia de

su inocencia? Nô: la verdad obscurecida por la malicia de Caifas, es la que hace interrumpir su silencio á Jesus; tan cierto es que nada nos importa tanto como su triunfo sobre la tierra. Jesucristo preso por sus enemigos, la defiende y la predica, sin que el horror de los tormentos que sufre, ni de los nuevos que espera, puedan retraerlo. ¡Qué lección, católicos, para nosotros! El Salvador nos estimula á respetarla, y nosotros la traicionamos á cada instante. Conocemos su importancia, veneramos su nombre, y aun nos sentimos alguna vez sorprendidos por los hechizos de su hermosura; pero ¡oh gran Dios! quisiéramos ajustar su doctrina á nuestra conveniencia, y nos creemos ofendidos por la misma luz que nos envia cuando la buscamos. ¡Y es otro acaso el enorme delito que condenamos en los pontífices y magistrados, que hoy acusan y sentencian á Jesus? Caifas le conjura por Dios vivo para que diga si es el Cristo prometido, y los príncipes de los sacerdotes con igual vehemencia le interpelan para que diga la verdad. *Si tu es Christus, dic nobis.* La sencillez, el candor, la sabiduría celestial que brillan en la respuesta de Jesus, daban un testimonio auténtico de su verdad; pero los oídos de aquellos ministros corrompidos estaban cerrados para no escucharla. Aquel « Yo soy » del Salvador que debió disipar sus tinieblas, les escandaliza: y la verdad fué para ellos un delito que merecía la pena más severa, que puede imponer al delincuente la justicia humana. « Ha blasfemado, exclaman, reo es de muerte. » ¡Qué asombro! Reo es de muerte, porque ha dado testimonio de la verdad; reo es de muerte, porque ha enseñado al mundo á respetar la verdad; reo es de muerte, porque con su palabra ha echado por tierra á la mentira que deprime y calumnia la verdad.

Jesucristo al enseñarnos á venerar la verdad quiso instruirnos tambien en la práctica de otras virtudes admirables que deben acompañarla. En el pretorio de Pilato nos da lecciones de la paciencia y resignacion con que debemos sufrir las persecuciones y los contratiempos que nos proporciona un mundo inconstante y falaz. Pilato confiesa y defiende la inocencia de Jesus; habla al pueblo con interes en favor de su causa, y sin embargo tiembla cuando se le amenaza con la indignacion del César: su corazon no estaba aun del todo corrompido, y el deseo de no mancharse con una espantosa injusticia le sugiere medios de libertarlo. A pretexo de conmover la piedad del pueblo, hace sufrir á Jesus tres espantosos tormentos. Le pone en paralelo con el malhechor mas infame que pudo encontrarse en las cárceles de Jerusalen. Así el Varon Santo se vió sometido á los caprichos de un pueblo inclinado á la injusticia. ¡Jesus y Barrabás qué paralelo tan vergonzoso! ¡El Salvador de los hombres comparado con un homicida! Al monstruoso delito del juez que de esta manera traiciona su convencimiento, sigue otro no menos enorme que comete el pueblo, prefiriendo al malvado sobre el inocente, á Barrabás sobre Jesus. Los votos de los maestros de Israel, de los ancianos y de la multitud delante de un magistrado infiel, en presencia de toda la Judea, y en el acontecimiento mas ruidoso de que jamas se habia hablado en Jerusalen, dan la preferencia á Barrabás.

¡Qué instruccion, católicos, para nosotros, á quienes la mas leve preferencia del prójimo tanto disgusta y aun irrita! Jesus sufre sin quejarse que un pueblo, á quien amaba tiernamente, le posponga al hombre mas infame. Por este mismo pueblo que, no ha mucho, admiró sus prodigios, alabó su doctrina, y participó de sus

beneficios, ahora á voces es pedida su sangre. ¡Oh gran Dios! qué contraste forman el silencio de vuestro Hijo adorable y la gritería de aquel pueblo insolente y criminal. Jesus con su silencio defiende su inocencia, y echa en cara al juez su cobardía y á la multitud su deplorable ceguedad: mientras el pueblo pidiendo la muerte de Jesus labra su ruina con sus propias obras, é invoca contra sí las maldiciones del cielo. Con este triste ejemplo quisisteis, Dios mio, que nuestras palabras animadas por la vehemen-cia de nuestra soberbia y amor propio sirviesen las mas veces de nuevo delito que empeora nuestra causa, mas bien que de medio para justificarla.

El grito sedicioso del pueblo no justifica la acusacion interpuesta contra Jesus, pero induce á Pilato á cometer una nueva injusticia: tan cierto es que un delito nos lleva á otro insensiblemente. Yo, dice, nin-guna causa encuentro para condenarle; y sin embargo le condena á sufrir pena de azotes. Este magistrado tímido y cobarde cada vez mas convencido de la inocencia del Salvador esperaba aplacar con este castigo el odio de los judios, y conservar la vida al inocente. Pone á Jesus en mano de los soldados. Aquí, católicos, la fortaleza del Salvador es el objeto de nuestra ins-truccion. Su cuerpo desnudo de las vestiduras es el blanco de la inhumanidad de sus verdugos. Descargan éstos sobre sus carnes virginales un diluvio de golpes, todo su cuerpo queda cubierto de llagas mortales; pero ántes faltó á aquellos sacrilegos la fuerza para herir, que á Jesus la fortaleza para tolerar. Le desatan de la columna, le visten de púrpura, le cubren el rostro ignominiosamente, le ciñen la cabeza con corona de espinas, atan entre sus manos una débil caña, y se arrodillan para burlarle. ¡Ah! no agravemos nues-

tro dolor recordando las inhumanidades que nos ofrece la historia de los padecimientos de nuestro Redentor; olvidemos las sacrílegas bofetadas con que le ultrajan, las salivas con que le desprecian, y los denuestos con que le mortifican. Aquel rostro el mas hermoso entre los hijos de los hombres, y al que no miran los ángeles sino con reverencia la mas profunda, es hecho objeto tan horrible, que sus mismos verdugos no pueden mirarlo sin extremecerse. En este estado el juez lo presenta á la multitud. « Mirad á este hombre, le dice: *Ecce homo.* » Contempladle, y no hallareis en él los razgos hermosos y venerables que heredó de los reyes de Judá sus ilustres progenitores. *Ecce homo.* Es hombre como vosotros; compadeceos de él, al ménos por respeto á vuestra propia naturaleza.

Nosotros discípulos de Jesus, que miramos en El no al puro hombre que ofrecia Pilato á la expectacion del pueblo, sino al hombre Dios, oimos la voz del Padre que nos habla, no ya para renovar los prodigios con que en el Jordan y en el Tabor manifestó la divinidad de aquel Hijo querido, sino para presentarlo como leccion viva de perfecta santidad. Mirad, dice, á este hombre á quien Yo envié á la tierra, para que con sus ejemplos condenase la conducta de un mundo que persigue y aborrece las virtudes; mirad como brillan su humildad en los desprecios, su pobreza de espiritu en la desnudez, su mansedumbre en las injurias, su paciencia en los dolores, su obediencia en las persecuciones, y su caridad en medio de tantos que le aborrecen. De este modo, ¡oh Padre justo! en vuestro Hijo desfigurado por los tormentos que le ocasionaron nuestras flaquezas, quisísteis encontrásemos la instrucion que reparase nuestra frágil humanidad en las terribles caidas, que le causa el impetu de sus pasiones.

El divino Espíritu, presentándonos tambien á Jesucristo envilecido en el pretorio, contemplad, dice, en este hombre al Mesias prometido en la ley, al Redentor del linaje humano, y al único remedio de todas sus miserias: por amor á los hombres tomó esta figura vil, y para pagar sus deudas soporta la dolorosa pasion, en que le veis abismado. *Ecce homo.* Jesus sentenciado á muerte, y consumando su sacrificio en el Calvario, nos dirige las últimas instrucciones destinadas á producir la reforma de nuestra conducta. En El vemos al inocente con el costado traspasado, coronada de espinas su cabeza, clavados sus piés y manos, y espiando en el martirio. La fé y el corazon señalándolo nos dicen: Mirad, ese es vuestro Dios; ¡podreis quejáros cuando careciendo de aquella inocencia os encontráreis perseguidos? Veis al justo sumergido en un mar de penas, ¡y juzgareis las que vosotros culpados habreis de sufrir alguna vez? Estas son, católicos, las sublimes lecciones con que nos ilustra Jesucristo moribundo en el Calvario; éstas son las que dan al cristiano el conocimiento de su verdadera dignidad, elevándole sobre sus inclinaciones, sobre sus pasiones, y en fin, sobre sí mismo.

III.

He dicho que el hombre instruido hoy por Jesucristo se eleva sobre sus inclinaciones. A pesar que todo nos manifiesta, católicos, la caducidad de este mundo, existe en nosotros una inclinacion constante á sus objetos. Divisamos en éstos cierta sombra de felicidad, que creemos ser la que realmente puede llenar nuestro corazon, y el deseo de poseerla nos constituye en la necesidad de procurarlos. Jesucristo enclavado

en el madero destruyó con su ejemplo esta inclinacion, señalándonos el único objeto digno de fijar nuestros deseos y nuestras inclinaciones. Los hombres se sacrifican sobre la tierra por adquirir fortuna, y por ganar fama y añadir á su nombre títulos ilustres. Pero el Salvador muerto nos revela desde la cruz un nuevo orden de cosas, un mundo espiritual. Descubre á nuestro entendimiento que esa misma cruz es el manantial de los verdaderos bienes, que el sacrificio de nosotros mismos es un timbre mas glorioso que la conquista de los reinos, y en fin, que tolerar las injurias con paciencia es poseer anticipadamente una corona inmortal. Aquí comprendemos, que este mundo no tiene dulzuras para nosotros, que su gloria es verdadera ignominia, su elevacion precipicio, y su felicidad una sombra que corre velozmente. Ya la tierra no es para nuestro corazon el centro donde venian á parar sus inclinaciones, sino el lugar de destierro donde nuestra vida es una lucha molesta, y el sitio de nuestro descanso lo divisamos aun distante en la patria que nos señala Jesucristo con sus manos levantadas en la cruz. En esta misma cruz, objeto ántes de aficion y de terror, santificada por el sacrificio del Salvador, encuentra el título mas glorioso en que funda su honor y dignidad. En ella se glorificó Jesucristo, ella fué el objeto grande de sus deseos, á ella atribuyó su exaltacion y triunfo sobre el universo; y el hombre instruido con esta doctrina celestial no se gloriará sino en la cruz. *Gloriari oportet in cruce Domini nostri Iesu Christi.* Publiquen los hijos de este mundo los títulos, que á su juicio los hacen acreedores á la honra y al prestigio de que gozan entre sus semejantes; coloquen su felicidad suma en los objetos viles é inconstantes, que abaten ordinariamente su dignidad, léjos

de ennoblecera: el cristiano que contempla á su Redentor enclavado en la cruz para salvarle, solo en ésta cifrará su gloria; ella le presenta la prenda que le fué legada por un Dios amante, la insignia de regeneración espiritual, y el arca en que salvó del naufragio que le ocasionó la culpa. *Gloriari oportet in cruce Domini nostri Iesu Christi.*

Habeis contemplado, católicos, á Jesucristo como verdadero Pontífice; sus insignias todas son afrontosas, pero misteriosas: su tiara son las espinas, su báculo la cruz, su anillo los clavos, y la túnica sacerdotal su carne enrojecida con su sangre. La víctima es el mismo, su valor nuestro rescate, y sus efectos nuestra instrucción y nuestra dignidad. ¡Cruz santa, esteis siempre grabada en nuestro corazon; seais vos su gloria, su libertad y su esperanza!.

Vos, gran Sacerdote, Pontífice supremo segun el órden de Melquisedec, escogido de Dios con mayor dignidad que Araon, Príncipe de los pastores y Obispo vigilantísimo de nuestras almas, que subiste á la cruz para ofrecer un sacrificio sangriento, el mas excelente que jamas se ofreció en la tierra, aceptad el sacrificio de nuestro corazon que te ofrecemos en agradecimiento del vuestro; imprimidnos las lecciones sublimes que nos enseñásteis en la cátedra de la cruz; sea su práctica el objeto constante de nuestros desvelos, así como es su espíritu quien nos da la dignidad de que nos despojó el pecado, y Vos nos restituísteis con tu muerte preciosa. Así sea.

INSTRUCCION DÉCIMATERCIA.

SOBRE EL DESCENDIMIENTO DEL CUERPO DE JESUS Y SOLEDAD DE MARIA SANTISIMA.

Venit Ioseph ab Arimathaea, et audacter introivit ad Pilatum, et petiit corpus Iesu.

Vino José de Arimatea, y osadamente entró á Pilato, y pidió el cuerpo de Jesus.

(S. Marc. Cap. 16.)

La muerte de Jesucristo era el principio de su triunfo. Escrito estaba: « *Ubi est, mors, victoria tua?* » Dónde está, oh muerte, tu victoria? » Y esta palabra del Eterno recibió su cumplimiento al pie de la letra. Los cielos y la tierra dieron testimonio de la divinidad de Jesucristo, y no solo de entre los justos, sino aun de entre los mismos pecadores sacó el Señor quienes á voces publicasen, que verdaderamente Jesus era el Hijo de Dios. En efecto, hermanos mios, apenas espiró en la cruz el Salvador del mundo, cuando la tierra se sacudió violentamente, los peñascos del monte Calvario chocaron entre sí dividiéndose, y mostrando la naturaleza de ese modo el horror y sentimiento que inspiraba el enorme sacrilegio cometido por los hombres en la persona del hombre Dios. Los cielos contribuyeron tambien á esta manifestacion, permitiendo el poder divino que los cuerpos de muchos varones santos se levantasen vivos del sepulcro, que se razgase el gran velo del templo, y quedando dividido en dos partes, permitiese al pueblo judio registrar aquellas ceremonias, cuyos misterios acababan de cesar con la muerte de Jesucristo.

De entre los pecadores se levanta el Centurion, que ha permanecido sobre el Calvario al frente de la tropa que custodiaba al Redentor, y confiesa en alta voz que verdaderamente era Jesus Hijo de Dios (1). Y confiesan tambien esa misma divinidad los que, confundidos y aterrados por los prodigios que se obran en la naturaleza, huyen espantados é hiriendo sus pechos en señal de arrepentimiento, como si viesen venir sobre ellos los efectos de la ira del Señor que castiga los ultrajes hechos á su Verbo divino humanado. Esos justos que ántes tímidos y cobardes se retraian por respetos humanos de confesar su fé, ahora llenos de valor se preparan para rendir á Jesucristo las muestras mas expresivas de su amor y respeto. El Evangelio nos dice que uno de estos hombres rico, de la ciudad de Arimatea y cuyo nombre era José, entró osadamente á Pilato, y le pidió el cuerpo de Jesus. Pilato se mostró maravillado de que tan pronto hubiese muerto Aquel, y llamó al Centurion para que le informase; y cuando estuvo satisfecho de que realmente había muerto, otorgó á José lo que le pedía. José de Arimatea, ilustre y noble senador, como lo llama el Evangelio, fué mas ilustre todavía por la confesion pública de su fé que hizo entrando á Pilato á pedir el cuerpo de Jesus; á éste se unió luego Nicodemus que vino al Calvario trayendo una cantidad de ungüentos y de aromas preciosos para embalsamar el sagrado cuerpo del Salvador. De modo que Este humillado y abatido hasta su muerte, apenas entregó su espíritu en las manos de su Eterno Padre, y perfeccionó en esas mismas humillaciones nuestra redencion, cuando principió á ser exaltado gloriosamente con la honra y la veneracion, que aun en

(1) S. Mat. Cap. 27.

la cruz del suplicio todavía le rindieron muchos de sus redimidos.

Voy á contemplar con vosotros el descendimiento y la sepultura del cuerpo sagrado de Jesus, y así mismo el martirio que con tanta paciencia sufrió en estos lances el alma purísima de Maria.

Oh Madre inmaculada, la mas afigida y angustiada de todos los hijos de Adan, alcanzadme de Jesus la unción y el fervor que necesito para inspirar en mis oyentes la fe y devoción, con que deben meditarse estos santos misterios. Haced que todos participemos de tu dolor, sintiendo nuestros pecados vivísimamente.

I.

La providencia amorosa del Padre cuidó de la honra de su divino Hijo: porque con su muerte habían concluido sus humillaciones y tormentos, y no podía, por consiguiente, quedar su cuerpo sacro entregado á sus verdugos, que lo habrían profanado indignamente. Dios inspiró á dos hombres nobles, ricos y virtuosos para que acudiesen al monte Calvario á sepultarlo. Pero al hacer esta inspiración, elige sujetos llenos de virtudes especiales, que les hacían los mas aptos para desempeñar el ministerio de que les encargaba (1). Hemos dicho como entró el uno *audacter*, como nota el santo Evangelio, con intrepidez, y sin hacer caso de consideraciones humanas de ningun género para pedir hasta obtener el cuerpo de Jesus. Mas no paró aquí el fervor de José de Arimatea, sino que haciendo pública ostentación de su amor y respeto por Jesus, busca todo lo necesario para que su funeral

(1) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 51. art. 1. 2.

fuese con toda la decencia que acostumbraban los judios emplear en la sepultura de sus varones ricos y principales. El otro hombre justo, inspirado por Dios para honrar á Cristo ya difunto, fué Nicodemus: era éste miembro del sanedrin de los judios, segun algunos Santos Padres, y acudió al sepulcro llevando una gran cantidad de ungüentos preciosos para ungir el cuerpo santísimo del Salvador. Estos dos hombres eran discípulos de Jesucristo, lo habian visitado frecuentemente, y recibido sus palabras con espíritu de fe y devoción; ambos eran nobles y grandes segun el mundo, y aun cuando esta circunstancia nada vale ordinariamente delante de Dios, sin embargo en este caso entraba en los designios de la providencia, que personas de esta calidad se presentasen á rendir los honores debidos al Hijo de Dios, para que sus enemigos no se atreviesen á impedirlo. Nicodemus era doctor de la ley de Moises y versado en las escrituras de los profetas, y José grande por su nobleza y sus riquezas, y ésto les daba derecho en concepto de los judios á ese respeto que la santidad y virtudes celestiales de Jesucristo no habian sido bastantes para inspirarles. Tales eran, católicos, las circunstancias que concurrian en los dos varones que se presentaron para bajar de la cruz al Salvador del mundo, y rendirle sus posteriores honores. Desde luego aparece en ambos la intrépida confesión que hacen de su fe, cuando su divino Maestro se encuentra deshonrado y muerto en la cruz, y nada puede haber tan meritorio como confesarle en esa misma ocasión como su Salvador, y Mesias prometido á Israel, Redentor de los hombres é Hijo de Dios. Todo este mérito tenia la acción caritativa y espontánea de José y de Nicodemus. ¡Cuánta diferencia entre la fe activa y valerosa que muestran es-

tos dos hombres justos , y la tímida y cobarde de tantos cristianos, que se retraen de confesar á Jesucristo, cuando su fé y los intereses de la religion los obligan imperiosamente á ello! Nada es hoy dia tan comun, como encontrar esta clase de personas cuya fé es débil, pasiva y no sufre ningun género de prueba, ni aun aquellas mas sencillas y que bastan para llenar, no la energía de José de Arimatea, sino la buena voluntad de confesar nuestra fé. Y tales personas no imagineis, hermanos mios, que sean del número de aquellos que se llaman incrédulos, ó espíritus fuertes; no, muchas veces son de los que se dicen buenos creyentes y personas arregladas, pero que creen sin querer confesar en público su fé, y creyendo se retraen de dar algun testimonio solemne de eso mismo que dicen creer : porque temen las burlas, los dichos piquantes, y el ridículo de los modernos judios , que son todos los enemigos de la doctrina de Jesucristo. Pero estos creyentes débiles y cobardes, no son los que honran al Salvador con su fé , ni se glorian en ellos, ni les hace participantes de las gracias que robustecen esa misma fé , y la hacen fuerte, incontrastable y generosa aun en medio de las mas graves situaciones que puedan sobrevenir.

Mas ; quién podrá pintar, católicos, la fé y la devoción con que estos dos santos varones se acercaron á la cruz ? ; Quién la veneracion con que desclavaron el sagrado cuerpo de Jesus ? ; Quién la ternura y el respeto profundo con que tomaban en sus manos los sagrados instrumentos de la pasion empapados en la sangre del divino Redentor ? ; Ah católicos ! el Evangelio nos refiere que despues de muerto Jesus , sus conocidos y las santas mujeres que le habian seguido de Galilea, observaban desde lejos el cuerpo ensangrentado

del Salvador (1). Mas apenas han visto que los santos varones suben á la cruz y toman posesion de ese sagrado cuerpo en union con la Virgen Maria su santísima Madre que jamas le abandonó, cuando vienen presurosas para tomar parte en la piadosa ceremonia. Porque nada hay, hermanos mios, que influya tan eficazmente en la conciencia y en la voluntad del hombre, como el ejemplo de los grandes, de los sábios, de los poderosos, y en fin, de todos aquellos que por algun motivo son tenidos como superiores de los demas y estan llamados á edificarlos con su ejemplo. Cuando los magistrados son los primeros en honrar la fé y obedecer los preceptos, el pueblo se estimula para imitarlos; mas al contrario cuando aquellos niegan prácticamente á Dios la honra y la obediencia que le deben de justicia, el pueblo se cree desligado y aun autorizado para faltar tambien á sus deberes mas sagrados. Era el temor el que sobre cogia á los amigos de Cristo para acercarse al madero de la cruz, y aun cuando su amor lo deseaba, la debilidad propia de su sexo en las unas, y lo humilde de su condicion en los otros no les permitia sobreponerse á aquel temor de hacerse reos de algun grave castigo de parte de los príncipes de los sacerdotes. Pero cuando ven á dos hombres poderosos ocuparse en honrar á Jesus, corren tambien ellos, porque se creen garantidos contra todo mal, y explican la ternura y el amor de su alma, haciendo duelo por su Salvador y Maestro.

El cuerpo de Jesus envuelto en una sábana, como nos hace notar el Evangelio, seria sin duda puesto en los brazos de su santísima Madre al ser bajado de la cruz; y aquella Madre, cuya fortaleza pintan los Evan-

(1) Lucas. Cap. 23.

gelistas en aquella palabra *Stabat*, porque en ella está simbolizado no solo su amor superior á toda comparacion , sinó su fortaleza en las angustias y en los tormentos con que participó de la pasion de su amantísimo Hijo, le pondria sobre su corazon, le abrazaria con afecto entrañable de madre, y le adoraria con la humildad profunda de sierva y criatura. La santa Escritura nos refiere que presentaron sus hijos á Jacob la tunica ensangrentada de José diciéndole: « ; Mira si es acaso ésta ó nó la tunica de tu hijo: *Vide utrum tunica sit filii tui an non?* » Al mirarla el Patriarca , ¡ ah ! dice en medio de amargura mortal, « ella es, y alguna bestia feroz ha devorado á mi hijo (1). » A Maria que tiene entre sus brazos el cuerpo ensangrentado de Jesus podíamos decir: Mira, Señora, este cuerpo sangriento; mira su cabeza lastimada por las espinas, su mejilla rota por las bofetadas: ; es acaso éste tu' hijo el más hermoso entre los hijos de los hombres ? Mira sus espaldas despedazadas , rotas sus manos, y taladrados sus piés ; mira abierto su costado , y sus huesos descubiertos en muchos lugares de su cuerpo : ; es acaso éste el de tu Hijo formado por el Espíritu Santo en tu vientre virginal ? *Vide utrum tunica filii tui sit an non ?* ; Ah ! El es mi Hijo, é Hijo de Dios al mismo tiempo; los pecados de los hombres causaron su muerte, dejándolo en el estado en que lo veo. ; Oh amado de mi alma sobre todo amor ! dejadme morir contigo, le diria, dejadme entrar dentro de tu corazon por las puertas de tus llagas, y descender contigo al sepulcro, de modo que ni la muerte me separe de tí.

(1) Genes. Cap. 37.

II.

Los santos varones tomarian el sagrado cuerpo de los brazos de Maria, y embalsamándolo cuidadosamente con toda la reverencia debida al Unigénito de Dios humano, muerto por nosotros, lo cargarian y llevarian al sepulcro. Mas no era el monumento, en que Jesus iba á ser sepultado, un lugar para enterrar indistintamente á los muertos, como habian tantos otros cerca de Jerusalem, sinó uno que reunia circunstancias que convenian á la sepultura de Jesucristo. Era nuevo, para que la malicia de los judios no atribuyese á otro el prodigo inefable de su resurreccion, si otros hubiesen sido enterrados en ese mismo lugar. Era abierto en una sola piedra á fuerza de pico, y nunca pudieron por eso decir los enemigos de Cristo que los discipulos habian robado el cuerpo de su Maestro aprovechando las junturas de las piedras. Era ajeno este sepulcro¹, para que el Salvador del mundo que estando vivo, nunca tuvo algo propio donde reclinar su sagrada cabeza, despues de muerto no lo tuviese tampoco. Era prestado, porque la muerte no pertenecia al Hijo de Dios y Salvador del mundo, que era vida del género humano, y por consiguiente no necesitaba sepulcro como nosotros lo necesitamos: así es que cuando murió y fué sepultado por nuestra causa, nosotros le prestamos el sepulcro que nos pertenecia. « ¿ Para qué necesitaba propia sepultura el que no podia tener la muerte como propia ? ¿ ni para qué un túmulo en la tierra el que tiene su asiento inmortal en el cielo ? exclamaré con San Agustin (1). » La primera tierra que se compró en el mundo

(1) Sermo 134. de Temp.

fué para sepultura de Abraham, observa el Angélico Doctor (1), porque siendo la muerte propia de los hombres, deben tener lugar propio donde sean sepultados. Mas Cristo no lo debió tener, porque no es suya la muerte, sino nuestra. Por todas estas circunstancias os decia, hermanos mios, que el sepulcro de Jesucristo nada tuvo de comun con las sepulturas de los hombres, y por ellas mismas su Profeta lo llamó glorioso (2): *Erit sepulcrum eius gloriosum*. Circundemos, católicos, rodeemos todos el santo sepulcro de Jesus, pues no hay uno solo que no encuentre en el sagrado cuerpo, depositado en su recinto, motivos poderosos que despierten su interes y su reconocimiento. Los tiernos gemidos de su purísima Madre, el descon-suelo y las lágrimas de las devotas mujeres, la pena amarguísima del discípulo amado y de los santos varones son, en verdad, objetos que excitan nuestra devoción y avivan nuestro fervor. Mas no es en ellos en los que debemos detenernos tanto, como en ese cuerpo sagrado que envuelto en el sudario ha sido colocado sobre la peña. En El es donde cada uno encuentra la medicina que le sana, y la misericordia que le perdona. En su cabeza traspasada por las espinas encuentra el soberbio motivo para humillarse; en sus manos razgadas por los clavos aprende el avaro á abrir las suyas para socorrer al pobre; en su lengua sangrienta y denegrida conoce el murmurador, el maldiciente y el perjurio la necesidad de refrenar la suya; en esa carne santísima llagada y despedazada por los azotes ven el lascivo y deshonesto cuán graves y diformes son los excesos de su liviandad; en su cora-

(1) S. Thomas. Cap. 23. in Genes.

(2) Isaías. Cap. 11.

zon abierto por la lanza del soldado percibe el enviados y sin caridad cuán distante se halla de poseer el espíritu de Jesucristo todo amor, todo paz y todo benevolencia para con el prójimo; y en fin, todos los pobres pecadores extraviados y perdidos, todos leen en ese divino Redentor muerto y que sepultaron sus discípulos, la repreension severa de sus vicios, motivos poderosos para cambiar de conducta, y medios seguros para alcanzar remedio, salud y vida eterna.

Puesto el cuerpo del Salvador sobre la peña, cuidaron los santos varones, que hicieron todas aquellas piadosas diligencias, de colocar una gran piedra que cerrase la entrada á la cavidad donde quedaba sepultado. El sepulcro de Jesucristo, como lo eran en aquellos tiempos todos los que se destinaban en el pueblo israelita para personas nobles y ricas, tenia dos divisiones: la primera, que pudiéramos llamar el atrio del sepulcro, se comunicaba con éste por una entrada tanta cuanta bastaba para una ó dos personas que conducian el cadáver al hueco preparado en la tumba para enterrarlo. Sobre esta entrada se colocó la gran piedra con que los discípulos de Jesus cerraron su sepulcro, haciendo extremamente difícil la llegada de cualquiera persona hasta el sagrado cuerpo. De este modo, hermanos mios, los mismos amigos del Salvador, cuya fé era todavía imperfecta, tomaban sus precauciones para que nadie pudiese tocar el cuerpo de su divino Maestro. Pero notad bien, que mientras éstos se empeñaban por evitar que los enemigos de Cristo se acercasen á su sagrado cuerpo para profanarlo, los judios tomaban tambien sus providencias para que sus discípulos no lo robasen del sepulcro, y exparciesen luego la voz de que habia resucitado. ¡Oh juicios insondables de la divina providencia ! El amor ardiente

á Dios inspiraba á José y á Nicodemus guardar con cuidado el sepulcro que encerraba el cuerpo del Salvador, y el odio contra Este estimulaba á los principes de los judios ir á Pilato para pedirle que mandase soldados para guardar ese mismo sepulcro, de modo que sus discípulos no puedan sustraerlo furtivamente. Así lo hicieron en efecto, y militares elegidos por los pontífices y sacerdotes marcharon armados desde el pretorio á rodear el sagrado monumento. Guardadlo, guardadlo, soldados romanos; vosotros que habeis hecho los honores á los despojos mortales de vuestros soberanos, rodead la tumba de este Rey de reyes y Señor de señores. Humillad vuestras armas cerca de su sepulcro, porque su poder prevalecerá sobre todo otro poder que intente sublevarse contra el suyo.

Con aquella guardia los que habian perseguido á Jesucristo hasta hacerlo morir, proporcionaban sin entenderlo medios efficaces para que la resurrección que Jesucristo haria á su tiempo por su propia virtud, fuese mas pública, y por consiguiente, proporcionase á su fé creyentes mas numerosos y mas decididos.

III.

Mas contemplemos un instante la triste soledad en que ha quedado la Virgen Maria despues de la muerte y entierro de Jesus. Yo considero, hermanos mios, á los santos varones José y Nicodemus, al evangelista San Juan, á la Magdalena y á todas las piadosas mujeres que acompañaron constantemente á Jesucristo, descendiendo con Maria del monte Calvario, y acompañándola religiosamente en su soledad. El dolor de su alma era tan profundo, que no podia ser mitigado por ningun consuelo de la tierra, siendo el motivo

que lo producia de naturaleza infinitamente superior á ésta. Cuando sus amigos vieron á Job (1) como sumergido en aquel abismo de afliccion, en que lo precipitó la mano del Señor, no se atrevian á hablarle, y quedaron como mudos en su presencia. Lloraron, razonaron sus vestidos, esparcieron polvo sobre su cabeza, y dieron muestras del acerbo dolor que llenaba sus almas; pero no hablaron alguna palabra, porque veian la intensidad de la amargura que trataban de mitigar con sus consuelos. ¡ Ah católicos ! ¡ y cuán superior era el dolor que experimentaba Maria en su soledad, al que sufrió Job llagado, empobrecido, aniquilado y abandonado en el muladar ? Maria ha perdido á Jesus, de quien era doblemente Madre, por haberlo concebido sola y sin el concurso de alguna otra criatura y solo asistida por la gran virtud del Altísimo; Maria le amaba ademas con el amor tierno y religioso que inspiran la fe y la caridad que asistian en su alma con fuerza y eficacia cual jamas tuvo ninguna otra criatura. Jesus ahora muerto, era cuando vivo su única delicia, su único pensamiento, su único consuelo y su único é inefable gozo. ¡ Oh gran Dios ! y todo ese bien ha perdido, convirtiéndose la dulzura en amargura, la alegría y la luz de su pensamiento en congoja y tinieblas, su consuelo en desamparo, y su gozo en espantosa afliccion. Así es que considero á todas las santas personas que acompañaban á Maria marchando con ella silenciosamente, hasta dejarla en su humilde habitacion, gloriosa para ella mientras fué glorificada con las visitas de Jesus, mas ahora triste y melancólica desde que éstas faltan.

No creais que tan gran pena pueda indicaros, que

(1) Cap. 2.

la fé de Maria fuese ni débil ni ménos perfecta ; al contrario nos muestra que era viva y perfecta, y por esa misma causa mas profunda é interna. Es verdad que su fé incontrastable en las palabras de Jesus le enseñaba que resucitaria en breves dias inmortal, imposible y lleno de gloria para estar eternamente en el reino de su Padre. Es cierto que aguardaba verle ella misma triunfante, oir de nuevo su voz, y gozar con los consuelos inefables que su vista habia de producir en su corazon. Mas tambien es cierto que la pena de Maria no era puramente motivada por el sentimiento natural con que la madre llora la muerte de su hijo en medio de los tormentos mas atroces. Nô, católicos, la pena de Maria venia principalmente de motivos mas altos. Su fé veia á Dios en Jesus, y éste humillado hasta sufrir muerte de cruz le daba motivo para llorar el mas horrendo sacrilegio que pudo el hombre cometer sobre la tierra. Un Dios perseguido, calumniado, envilecido, azotado y muerto en una cruz, ved ahí lo que vivamente traspasa de dolor el corazon de Maria. Y si os digo, hermanos mios, que á ese dolor por si solo inmenso para un alma dotada de virtudes perfectísimas, como fué la de Maria, se agregaba que ese Dios en cuanto hombre era su hijo, ya bien comprendereis que su aficcion fué inmensa y no comparable con ninguna otra que pudo haber sufrido algun corazon humano. Esta consideracion la ocupa sin cesar en su retiro : su alma no se separa un instante del sepulcro, y la imágen de Jesus herido, ensangrentado y muerto está unida inseparablemente á su entendimiento y á su corazon : á su entendimiento para ejercitar su fé, y á su corazon para ejercitar su amor ; y esa fé y ese amor eran los motivos efficaces del dolor incomparable que Maria sentia en su soledad. Mas no

era el dolor de Maria de la naturaleza de aquel que abate al hombre, le ahoga, le consume y le postra, de manera que nada puede obrar, porque ha perdido todo su aliento y energía (1). De ningun modo, porque Maria en medio de sus dolores ofrecia al Señor su prolongado martirio, uniendo su espíritu al de su divino Hijo en el Calvario. San Bernardo y San Alberto Magno contemplan en ese mismo dolor una de las estrellas que la coronan como Reina de los Mártires, á los que aventajó infinitamente en las virtudes y en los sufrimientos del martirio, mereciendo por eso no solamente un premio esencial mucho mas elevado que el de aquellos, sino tambien la aureola y el título de aquellos (2). Las santas mujeres preparan muchos aromas para ungir el cuerpo de Jesus, luego que hubiese pasado la gran solemnidad del sábado judio, y Maria intervendria sin duda en éste y en todos los demas honores que tenian por fin honrar el cuerpo sagrado de su Hijo, y nada pudo abatir su caridad, porque unida á la de Jesus era mas fuerte que la misma muerte. Creen tambien algunos contemplativos que á ella fuesen ocurriendo poco á poco los apóstoles dispersos la noche anterior, y que los consolaria y fortaleceria en la esperanza del cumplimiento en las promesas de su Maestro (3).

Hemos contemplado, hermanos mios, el descendimiento del sagrado cuerpo de Jesus y su sepultura por el amor y fortaleza de sus fieles discípulos: aprendamos á practicar esas virtudes en todo caso, para honrar con ellas al Señor, y practicar como debemos nuestra fe. Acompañemos tambien á Maria en su soledad

(1) S. Thomas. 1.^a 2.^o quaest. 37.

(2) SS. Bernard. et Albert. M. super *Missus est.*

(3) Luis de la Puente. Parte IV. Medit. 55.

con toda la ternura de nuestro corazon , cuidando de purificar éste de todo cuanto pueda dar motivo á los dolores de Jesus y de Maria. Oh Virgen dolorosísima, recibid el amor y devocion con que mi alma os acompaña en vuestra soledad ; mantenedme á tu lado para que protegido por Vos en mi vida y en mi muerte, os acompañe algun dia eternamente.

INSTRUCCION DÉCIMACUARTA.

SOBRE EL MISTERIO DE LA RESURRECCION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Iesum quaeritis Nazarenum, crucifixum: surrexit , non est hic; ecce locus ubi posuerunt eum.

Buscais á Jesus Nazareno , que fué crucificado : resucitó , no está aquí; ved el lugar en que le pusieron.

(Marc. Cap. 16.)

El Evangelio nos refiere con esta sencillez admirable el misterio mas profundo del poder divino. Nos habla de la resurreccion del Hijo de Dios , y sin detenerse á formar largos discursos, nos pinta el fuerte sacudimiento de tierra que le precede, y luego la venida del ángel que , vestido de luz maravillosa y rodeado de resplandores del cielo , dice á las mujeres que se proponian ungir el cuerpo del Salvador: « Buscais á Jesus Nazareno , que fué crucificado : resucitó , no está aquí; ved el lugar en que le pusieron. » Y las mujeres , animadas por su celo y amor ardiente , entraron al sepulcro (1), y no hallaron el cuerpo de su Maestro, porque habia resucitado.

(1) Lucas. Cap. 24.

En efecto, católicos, el Salvador hasta este dia mostró su admirable poder y santidad con sus milagros y con su doctrina; mas, saliendo del sepulcro por su propia virtud, cumpliendo lo que había dicho á sus enemigos, « Destruid este templo, y yo lo reedificaré en tres dias, » probó hasta la evidencia que era Dios, y que á su voz omnipoente los cielos y la tierra, la vida y la muerte, lo visible y lo invisible estaban sometidos. Mostró, repito, que era Dios, y que si voluntariamente quiso morir por los hombres, pasado ese tiempo de humillacion y sacrificio, se vestía nuevamente de su gloria, echaba mano de su fortaleza, y ceñía el esplendor de su virtud para reinar sobre el linaje humano por su fé.

Los profetas que lo precedieron, como figura del establecimiento de su reino espiritual, se dejaron ver alguna vez revestidos del poder divino, de modo que la muerte obedeció su voz, y el polvo de su sepulcro comunicó vida á los difuntos; pero esos profetas murieron ellos mismos, y no resucitaron, porque no eran dueños de la vida. Fueron en ciertos casos instrumentos de la omnipotencia divina, y su poder estaba limitado. Mas el Salvador, que resucitó los muertos y sanó los enfermos con su propio poder, también hoy se levanta vivo del sepulcro resucitando de entre los muertos por su propia virtud, y sin necesidad de que ningun otro venga á intervenir, para que se realice tan estupenda maravilla. Recordad, católicos, que Jesucristo ofrecía en esta resurrección la prueba mas espléndida de su divinidad á sus enemigos, y ostentando este misterio como la demostración irrefragable de aquella, conservó en su cuerpo las llagas de sus manos, piés y costado, señales evidentes de su pasión y de su muerte, que dió lugar á su gloriosa resurrección. Los ángeles y los

hombres se alegran hoy por esta razon: los ángeles , contemplando al Rey inefable de la gloria salir triunfante del sepulcro y vencedor de sus enemigos ; los hombres, descubriendo en su Redentor adorable resucitado el modelo de la resurreccion, que salva á los hijos de Adan de la perdicion y de la muerte eterna. Jesucristo resucita de entre los muertos, porque era verdadero Dios, y nosotros debemos resucitar como El , si deseamos participar de la gloria que nos ofrece su divinidad.

Ved ahí las reflexiones que van á alimentar nuestra piedad en este dia el mas grande de la religion cristiana. Escuchadme.

I.

Resucitó Jesucristo por su propia virtud, es decir, usando del poder que le compete como Dios, volviendo á unir con su cuerpo aquella alma separada temporalmente y por solo su querer , como lo manifestó á sus enemigos , diciéndoles: « Ninguno puede quitarme la vida, si yo no lo consiento (1). » Del mismo modo que espontáneamente abatia la grandeza de su divinidad, y la ocultaba en la naturaleza humana , de que se vistió en las entrañas de la Virgen Maria , ahora toma de nuevo ese cuerpo que estaba muerto en el sepulcro, lo une á su alma y lo viste de las dotes de los bienaventurados. Los profetas y los Santos, á quienes los hombres vieron con asombro resucitar los muertos, no lo hicieron con virtud propia, sino como instrumentos de aquel gran Dios que nos dijo: « *Ego occidam, et ego vivere faciam:* Yo mataré al

(1) Juan. Cap. 10.

hombre, y yo lo haré vivir. » Mas Jesucristo no resu-
cita de esa manera, sino que se levanta vivo del sepul-
cro por su propio poder. Eliseo profetizó despues de muer-
to, dice el Espíritu Santo (1), porque el contacto de sus
huesos restituyó alguna vez la vida á los muertos; pero
Eliseo era el instrumento que habia escogido Dios en
el seno de Israel, para dar gloria á su nombre entre todas
las gentes de la tierra. Por eso recibe poder para resu-
citar los muertos, y por eso el contacto de sus huesos
tuvo eficacia en cierta ocasion para volver á éstos á la
vida. Mas Jesucristo no obra como instrumento del po-
der divino, sino como el mismo Dios, á quien viven so-
metidas la vida, la muerte y toda la naturaleza. El poder
con que resucita es el mismo, que en la creacion sacaba
las cosas de la nada, y cuya voz, llamando á cada
criatura con su propio nombre, le dió ser y la diri-
gió al fin para que la destinaba su infinita providen-
cia. Ademas todos los hombres que volvieron á vivir
en virtud del poder divino, fué para morir nuevamente
y esperar despues, como todos los demas, en las entrañas
de la tierra la resurreccion universal. Pero Jesucristo
resucita para vivir vida eterna, muriendo venció á
la muerte, y ésta no podrá ya jamas ejercer sobre El
imperio alguno. *Mors illi ultra non dominabitur.*
Ciniendo la fortaleza de su virtud, reinará sentado en
el trono de su gloria, y su reino no tendrá fin. *Mors
illi ultra non dominabitur.*

El mundo necesitaba, hermanos mios, un prodigo
de esta naturaleza, para romper ese velo tenebroso,
que formaban en el entendimiento y en la voluntad
de cada uno su ignorancia y su corrupcion. Es cierto,
que toda la vida de Jesucristo puede llamarse una se-

(1) *Eccles.* Cap. 48.

rie de milagros, que excitaron con justicia la admiracion de los hombres. Ven éstos que manda á las olas del mar violentamente commovidas por los vientos, y que las olas le obedecen; ven que ordena á los mudos que hablen, á los ciegos que vean, á los cojos y paralíticos que anden, y todos obedecen inmediatamente; y ven, en fin, que á los muertos les manda levantarse vivos, y que al instante tambien obedecen sus palabras. La multitud que presencia todo ésto, entona cánticos á la bondad divina que ejerce tal poder; y sus mas encarnizados enemigos temen que el pueblo y el mundo todo crean la fé que predica y corran en su seguimiento (1). Mas todos esos prodigios quedaron como obscurecidos por las afrentas de su pasion; y su doctrina celestial, que arrebataba el corazon de tantos que le seguian atraidos y como hechizados, así como sus virtudes admirables, que conmovieron tantas ocasiones á sus mismos enemigos, fueron como eclipsadas por la sangre y los azotes, por las espinas y la cruz. Y ésto no solo en concepto de sus enemigos, sinó de sus discípulos que dudaron y se arredraron viéndole preso, muerto y sepultado. Mas su gloriosa resurreccion realza sus maravillas anteriores, disipando todas las sombras, llenando de gloria todas sus obras, y engrandeciendo sobremanera su honor. Uno de los profetas habia previsto este prodigo singular, y en medio de los transportes espirituales, en que Dios le deja ver la dureza é insensibilidad del pueblo judio, que no inclina su entendimiento, ni rinde su voluntad á la doctrina del Salvador, ni á los prodigios con que la autoriza, « Esperad, dice hablando en nombre del Señor, Esperad el dia de mi resurreccion (2). » *Exspecta me in*

(1) Juan. Cap. 12.

(2) Sofonías. Cap. 3.

die resurrectionis meae. Como si Dios dijese : vosotros los que dais á mis prodigios el mismo valor que los que hicieron los profetas; vosotros que me llamais ya Elías, ya Juan Bautista ó con el nombre de algun otro de mis siervos; vosotros los que estimais en poco la doctrina que traje del reino de los cielos, sabed que vendrá el dia de mi resurreccion, y entonces juzgareis por vosotros mismos, cómo nada tengo de comun ni con los profetas, ni con los demas hombres. *Exspecta me in die resurrectionis meae.*

Pero ; cómo llegó á realizarse, hermanos mios, este suceso tan singular y portentoso ? Escuchadlo. El alma de Cristo, saliendo del seno de Abraham, donde bajó á sacar las almas de los justos que habian esperado en Dios, entró al sepulcro, y se juntó nuevamente con su cuerpo, levantándose luego vivo y glorioso el Salvador del mundo para vivir vida inmortal. Mas no quiso que la noticia de este suceso pasase inapercebida, ántes bien dispuso que sus ángeles fuesen encargados de anunciarla. Pero no de anunciarla á todos del mismo modo; porque con un gran terremoto dieron noticia á las guardias del sepulcro y á cuantos se encontraban por allí enemigos de Cristo, y que cooperaban para impedir que Dios y su fé fuesen conocidos y creidos por los demas hombres. A éstos habla con ese lenguaje , con que el Dios grande y terrible (1) abate y desconcierta á los enemigos de su gloria. *Ecce terraemotus factus est magnus.* « Se sintió un gran terremoto (2). » Ved ahí la palabra con que les habla; y no eran acreedores á otra los que miraron con indiferencia los milagros de Jesucristo , y escucharon insensibles su doctrina celestial. Al violento sacudimiento de

(1) Salmo 46.

(2) Mateo. Cap. 28.

la tierra desciende de las alturas el ángel del Señor hasta el interior del sepulcro, y quita la piedra que cerraba su entrada, para que todo el mundo pueda registrar el lugar donde estuvo muerto el cuerpo de Jesus. Los guardas del sepulcro sienten el espantoso movimiento, ven al ángel de Dios, cuyo aspecto era como un relámpago, y como la nieve sus vestidos, y sobrecogidos de espanto, quedaron como muertos. *Exterriti sunt custodes, et facti sunt velut mortui.* ; Qué se han hecho los fuertes y los robustos que ultrajaban á Cristo en el pretorio de Pilato? ; Dónde estan los que doblaban su rodilla burlándole ignominiosamente? ; Dónde los que en el Calvario querian bajase de la cruz para persuadirles de la verdad del Evangelio? *Exterriti sunt custodes, et facti sunt velut mortui.* Esos hombres , que allí veis postrados , son los ministros é instrumentos de otros que temblaron tambien, cuando la naturaleza se cubria de tinieblas al morir el Redentor: y ahora , cuando le ven salir triunfante del sepulcro, sobrecogidos de espanto y de terror, desfallecen y quedan postrados y desmayados sobre la tierra. *Exterriti sunt custodes, et facti sunt velut mortui.* Así confunde el Señor á sus insensatos enemigos , oprimiéndolos con su infinito poder , é hiriéndolos con el resplandor de su inmensa majestad. Y ojalá que, cuando su soberbia es humillada y abatida de esa manera , aprovechasen tan dolorosa lección para volver sobre sus pasos y corregir sus errores. Mas no sucede así ordinariamente; pasado el efecto del castigo, prevalece la soberbia sobre el temor; y el hombre, halagado por sus mismos extravíos, quiere, á pesar de todo, marchar por las sendas tortuosas del pasado. *Exterriti sunt custodes, et facti sunt velut mortui.*

Mas á las almas justas , á esas que honraban y

amaban á nuestro Señor Jesucristo, y esperaban llenos de confianza su gloriosa resurrección, los ángeles tan terribles para los guardianes del sepulcro, hablan con dulce voz, advirtiéndoles que Jesus ha resucitado de entre los muertos. Así á las mujeres que se afanan para ungir el cuerpo del Salvador, « No está aquí, les dicen, porque ha resucitado ; venid, y ved el lugar donde había sido puesto el Señor ; » y así á Maria Salomé y á las que se han mantenido á la vista del sepulcro, los ángeles exhortan para que vayan á anunciar á los apóstoles que Jesus resucitó. Preparaba el Señor por medio de sus ángeles aquellas almas, ántes de mostrárseles personalmente, como lo hizo el mismo dia de su resurrección.

Debe creerse que Maria Madre de Jesus fué la primera favorecida con visita por el Salvador resucitado. Del Evangelio consta que se apareció á la Magdalena, á los discípulos que marchaban á Emaus, á Pedro Príncipe de los apóstoles, y en diferentes ocasiones á muchos otros de sus discípulos. Consta que comió con ellos repetidas veces durante los cuarenta días que quedó sobre la tierra. Y para quitar toda especie de duda sobre la identidad de su persona, invita á Tomás para que registre las llagas de sus manos y de sus piés, y meta su dedo en el costado abierto con el hierro de la lanza; y Tomás consiente, y palpa las sagradas llagas de su Maestro, exclamando en presencia de todos los discípulos de Cristo : « Verdaderamente es mi Señor y mi Dios. » *Vere Dominus meus et Deus meus.* Conversa con sus apóstoles detenidamente, les ratifica el poder para perdonar pecados, les da sus instrucciones para la conversion del mundo á la fé cristiana, les encarga la administración de sus santos sacramentos, y enciende en sus

almas el deseo de llegar á la verdadera patria que acababa de abrinos con su pasion y muerte. ¡Ah catolicos! no puede haber alma que , teniendo fé , deje de conmoverse al considerar tanta amorosa solicitud con que Jesus, humillado, despreciado y crucificado por los hombres , ya triunfante y glorioso , busca á esos mismos hombres , y procura que aprovechen el fruto de sus padecimientos. Contemplad, católicos, cómo recibe á Pedro que le ha negado, cómo busca á los otros apóstoles que le abandonaron, y cómo alienta y consuela á todos ellos, fortaleciéndolos con su doctrina, con sus promesas y con sus esperanzas , para que perseveren en la gracia de su vocacion. La gloria de que goza su humanidad, la bienaventuranza que ha conquistado para si y para nosotros, el poder infinito de que dispone, los ángeles que le sirven , su mision misma de redimir á los hombres que ha concluido ya , nada le impide que busque todavía á éstos que son el objeto de su ardiente amor, y por cuya felicidad todo lo dió hasta su misma vida. Un rayo pasajero de esa caridad llega á tocar el corazon de dos de sus discípulos , cuando conversan con El sin conocerlo , y sienten que sus pechos se inflaman, y que arde su voluntad en deseo de bienes eternos. Una duda amorosa, que significa á Pedro sincéramente arrepentido de su pecado , abrasa el pecho del Apóstol de amor ardiente y generoso al Señor, y pocas palabras salidas de su boca elevan á los apóstoles sobre su condicion tan abatida y tan grosera. ¡Oh cuánta bondad y cuánto poder nos muestra todo ésto ! Cuánta bondad , porque todo va dirigido á llenar á los hombres de los bienes que les trajo, enseñándoles cómo debian aprovecharlos; cuánto poder, porque, en todo lo que hace, muestra que es Dios, que todo está en sus manos , y de todo dispone como de cosa

que le pertenece. Con razon nos dice San Pablo (1), que « Jesucristo resucitó para nuestra santificacion; » porque, saliendo del sepulcro , confirma nuestra fé en sus bondades y misericordias infinitas, y levanta nuestra esperanza de poseer el reino de los cielos, cuyas puertas nos ha abierto. Mas , si Jesucristo resucitado de entre los muertos es para nosotros documento de vida eterna, tambien debemos resucitar como El, pues de otro modo será vana y perdida nuestra esperanza.

II.

Resucitamos con la resurreccion de Jesucristo , cuando permanecemos unidos con El por la viveza y esplendor de nuestra fé, y por la pureza y santidad de nuestra vida. Estas dos cualidades, que debe tener nuestra resurreccion espiritual , aparecen en el ángel que anuncia la resurreccion del Salvador á las almas devotas que lo buscaban. No sin misterio nos dice el Evangelista que era su aspecto como un relámpago , y su vestidura como la nieve (2). Y si ese resplandor llevó la agonía y el terror á los enemigos de Cristo, llevó tambien el gozo y la esperanza á los que aguardaban la resurreccion. Era el resplandor figura de la fé, que hace vivir á los apóstoles y discípulos de Jesus la vida inmortal prometida por El mismo (3). Era , repito, el resplandor del ángel la luz del cielo, que derrama aquella virtud sobre el cristiano , que cree y profesa las santas verdades que enseña su religion. Recordad, hermanos mios, que cuando Jesucristo era anunciado por los ángeles el dia de su nacimiento, la cla-

(1) A los Romanos. Cap. 4.

(2) Mateo. Cap. 28.

(3) Juan. Cap. 3.

ridad de Dios ilustró á los hombres que recibian tan dichosa nueva; y cuando era publicada su divinidad en el Tabor , la luz del cielo vino á iluminar las alturas de la montaña santa con asombro de los apóstoles que presenciaban la milagrosa transfiguracion del Hijo de Dios. De la misma manera obra el dia de su resurreccion : hace perceptibles al mundo los hermosos resplandores de que viste á sus ángeles , para que sean símbolo de la fé , que en su persona sale triunfante del sepulcro. *Erat autem aspectus eius sicut fulgur.*

La luz del ángel era clara como la del relámpago: *Aspectus eius sicut fulgur;* y ésta es la primera circunstancia que ha de encontrarse en el hombre que, resucitado por la gracia, vive segun su fé. Clara como el resplandor del relámpago ilumina su entendimiento, de modo que no le deja duda alguna sobre las verdades que debe creer y profesar. Distingue tambien unas de otras, y conociendo la importancia de todas , las ama con su voluntad, las venera con la humildad mas profunda, y las pone sobre su corazon con el amor mas ardiente y decidido. Así como era clara la luz que espacia el ángel, fué tambien clara la voz, con que habló á las devotas mujeres, anunciándoles que Jesus no estaba allí, porque habia resucitado. Así tan clara como esta voz es tambien, hermanos mios, aquella con que nos habla la fé, instruyéndonos en la naturaleza y extension de nuestras obligaciones , cuando con ella consultamos nuestras dudas y nuestras ignorancias. Pero la percibimos cuando la consultamos, he dicho ; porque ordinariamente no consultan los hombres con su fé, cuando tratan de resolver aquellas, porque dominados por los intereses de la tierra ó por sus pasiones desordenadas , consultan con éstas aquello que solo Dios por medio de su fé puede declararles acertadamente.

De aquí proceden, hermanos míos, mil errores y miserias, que aprisionan y retienen como muertos en el sepulcro de la ignorancia y de los vicios á tantos llamados á vivir la vida de las virtudes, que nos alcanza la fé de Jesucristo.

Esa luz brillante no puede encontrarse de ninguna manera en aquellos cristianos débiles que ocultan su fé, como si les avergonzase profesárla públicamente. Hoy con especialidad, cuando el poder de las tinieblas ha triunfado en la conciencia de tantos hombres públicos, preside en los acuerdos de muchos mandatarios, y ostenta su odio á los principios religiosos en las leyes y decretos de no pocos gobiernos, las almas débiles ocultan su fé cuidadosamente, y con estudio particular procuran que nadie conozca su modo de pensar en materias religiosas. Pero tales hombres obran contra el precepto divino, que manda á los cristianos practicar su fé, de tal suerte que vean todos sus buenas obras, y den gloria al Padre celestial que está en los cielos (1). Faltan ademas al precepto divino, que nos ordena confesar á Jesucristo públicamente, so pena que dejará Este de conocernos, cuando lleguemos á su presencia para ser juzgados (2); y faltan, en fin, al precepto divino, que nos declara debemos confesar nuestra fé cristiana y profesárla, honrándonos en ella como en el mas glorioso de todos nuestros títulos (3). Esas almas cobardes están muy lejos de mostrar la fortaleza que el Salvador encargaba á sus apóstoles como la distinción honrosa, que les daría á conocer por discípulos suyos. A medida que el mundo combate la fé de Jesucristo que condena sus errores y su sensualidad,

(1) Mat. Cap. 5.

(2) Ib. Cap. 6.

(3) A los Roman. Cap. 5 y á los Galat. Cap. 6.

tenemos estrecha obligacion de practicarla con intrepidez y constancia, de manera que aparezca en nuestras acciones toda su virtud, y toda la santidad de sus principios. Esto es lo que nos significa la luz del ángel, que semejante á la del relámpago ilumina con sus clarísimos resplandores toda la tierra. *Erat autem aspectus eius sicut fulgur.*

Pero el ángel vestia tambien de blanco: *Vestimenta autem eius sicut nix*; porque en el candor de sus vestiduras estaba figurada la pureza y santidad de costumbres propia de los hombres que tienen fé viva y eficaz. Los vicios, asi como la tibieza y pusilanimidad para practicar y confesar la fé, son incompatibles con las obligaciones, que impone al cristiano esa misma fé. Los vicios, digo; porque esta virtud es práctica, y la observancia de los preceptos de Dios es la primera y la mas solemne prueba que exige para juzgar si son ó no verdaderos sus creyentes. Todas las otras pruebas que podemos dar de nuestra fé son estériles sin ésta, ni tendrán valor delante del Señor, sinó se acompañan con la observancia de la ley divina.

Por lo dicho comprendereis, hermanos mios, que aquellos, cuya vida es relajada y de ningun modo conforme con las santas prescripciones de la ley de Dios, de ningun modo han conservado la vida que nos representa en la resurreccion de Cristo la vestidura blanca, símbolo celestial de la pureza y santidad, que ha de caracterizar á los que resucitan con Jesucristo. Inútilmente pensará resucitar de esta manera quien no se levanta del sepulcro de los vicios renovado por la santa penitencia y dolorosa confesion de sus pecados; inútilmente pensará vivir resucitado por la gracia quien no procura conservarse lejos de todo contacto con los vicios, condenando sus antiguas costumbres relaja-

das y criminales, y entablando otra vida ejemplar y fervorosa que le arraigue mas y mas en las virtudes; é inútilmente pensará vivir resucitado el que pretende servir á un tiempo á Dios, practicando las obligaciones que nos impone la fé, y participando los regalos que le ofrece el mundo, y corrompen su corazon. En fin, todo el que pretende esta resurrección espiritual, debe tener pura su alma de los vicios y semejante, por la limpieza de todo pecado, al candor que brillaba en la vestidura del ángel que anuncio la resurrección de Jesucristo. *Vestimenta eius sicut nix.* Pero ésto no es todavía suficiente: las obras han de corresponder á esa misma pureza, y han de ser aptas para hermosearla cada dia mas. Quien resucitó con Cristo, debe vivir como Cristo, repetiré con San Agustín (1), y sus obras han de ser siempre conformes con la voluntad del Padre celestial.

San Pablo nos enseña cuáles han de ser esas obras, diciéndonos: « Si resucitásteis con Cristo, buscad las cosas que son de arriba, en donde está Cristo sentado á la diestra de Dios : pensad en las cosas del cielo, y no en las de la tierra (2); » porque ésto, á la verdad, es lo que nos pertenece, desde que hemos resuelto conservarnos en la gracia de Dios', que es nuestra verdadera resurrección. *Quae sursum sunt quaerite.* Busquemos lo del cielo, no perdiendo de vista los grandes y preciosos intereses de nuestra alma, porque de ésto pende nuestra felicidad eterna. *Quae sursum sunt quaerite.* Desempeñemos las obligaciones de nuestro estado del modo que Dios lo ordena en sus santos mandamientos, sobreponiéndonos á esa debilidad

(1) Serm. 2. de Resurr. Domini.

(2) A los Colos. Cap. 3.

de nuestra condicion , que la miramos mas impotente que lo que realmente es, cuando se trata de obrar el bien. Nuestra vida es vida de sacrificios , y ninguno puede ofrecer éstos al Señor, sió sobreponiéndose á esa miseria y á esa debilidad. *Quae sursum sunt quaerite.*

Pero nos añade San Pablo todavía, que si de veras queremos resucitar con Jesucristo, hemos de permanecer en la vida presente como muertos para el mundo y para todas sus obras viviendo escondidos con Cristo en Dios (1). De tal modo , hermanos mios , que el mundo con todas sus pompas vanas, diversiones pecaminosas, placeres que deleitan , y riquezas que tanta influencia ejercen ordinariamente sobre los hombres , ninguna tengan sobre nuestro corazon para separarlo del camino que nos traza Jesucristo , que es de vida humilde , de pasiones mortificadas , de contraccion á nuestros deberes, y de desprendimiento voluntario. De este modo, y no de otro, conseguiremos que , cuando aparezca Cristo , nosotros aparezcamos tambien con El vestidos de su gloria, para disfrutar de aquella resurreccion eterna , que nos ofrece Dios por galardon de nuestras obras. ¿Comprendeis ahora cuán distante colocan á los mundanos sus pecados de la verdadera resurreccion ? Oh vosotros, para quienes la vida no es mas que una perpetua esclavitud de sus pasiones , persuadios de que éstas os llevan al sepulcro , del que no podreis levantaros, sió cuando, muertos para todas las malas obras, vuestra vida sea como la de nuestro Señor Jesucristo por la mortificacion y la penitencia. Estas elevarán vuestra alma sobre las miserias y vanidades del mundo, para buscar allá arriba los bienes inefables.

(1) A los Colos. C. 8.

bles que nos alcanzó el amoroso Redentor. *Quae sursum sunt quaerite, non quae super terram.*

Ved ahí cómo los ángeles nos muestran este dia la manera de seguir á Jesucristo resucitado, que nos abre las puertas de su reino , y nos introduce á su eterna bienaventuranza. El resucita victorioso de sus enemigos, para nunca mas morir: resucitemos nosotros tambien por la viveza de nuestra fé y por la pureza de nuestras costumbres ; levantémonos por la eficacia de la penitencia del sepulcro de nuestros vicios y pecados , para nunca mas morir , de modo que resucitados eternamente reinemos con Cristo allá en el cielo.

INSTRUCCION DÉCIMAQUINTA.

SOBRE EL MISTERIO DE LA ASCENSION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO.

Dominus Iesus postquam locutus est eis, assumptus est in caelum, et sedet a dextris Dei.

El Señor Jesus despues que les habló, fué recibido arriba en el cielo, y está sentado á la diestra de Dios.

(S. Marc. Cap. 16.)

Así termina, católicos, la carrera de nuestro Señor Jesucristo sobre la tierra, así vuelve el Unigénito del Padre al seno de Dios de donde había bajado para redimirnos, y el Salvador del mundo con la pompa que conviene á la majestad divina se eleva hacia el cielo, abre sus puertas cerradas por el pecado, y toma posesion del trono de su gloria. Cuántos y cuán profundos misterios estan comprendidos en estas pocas palabras del Evangelio, que nos pintan al vivo la grandeza y dignidad del Verbo Divino humanado: « *Assumptus est in caelum, et sedet a dextris Dei*; Fué recibido en el cielo, y está sentado á la diestra de Dios. »

Se eleva el Mesias, y las mas poderosas naciones le adoran reconociéndole por Hijo de Dios, Dominador del mundo, Angel de la alianza, Redentor de los hombres y Señor de los ejércitos; al oir su nombre enmudecen los oráculos hasta entonces venerables, y á la voz del Padre que lo declara digno de la virtud y la divinidad, se postran los cielos, la tierra y el infierno, honrándole como Dios verdadero, Rey de la gloria, triunfador de la muerte, y digno de romper los sellos misteriosos, clamando todos á una:

« Digno es de recibir virtud, divinidad, honor, gloria y fortaleza (1). » ¡Qué dia de tanta gloria para nuestra religion ! Antes de él estaba reducida al corto número de los discípulos; y la cruz que debia vencer al mundo, no inspiraba sino terror á los mismos que Dios habia escogido para llevarla y plantarla en las naciones.

El misterio de la resurreccion fortalecio á los fieles en la fé, el estrepitoso movimiento que conmovió los fundamentos del mundo abatió sus enemigos, el aspecto fulminante de los ángeles disipó las sombras de la duda, y Jesucristo aparecido de continuo, su voz oida, y su cuerpo mismo tocado por discípulos incrédulos, alentó á los apóstoles. Pero en medio de tanta gloria, éstos no recibieron del Salvador autorizacion para predicar este prodigo á toda criatura; mas ahora al subir al cielo los declara testigos de los misterios de su triunfo no solo ante la impía Jerusalen, sino ante todo el universo (2): les manda anunciar su doctrina, y confirmarla con milagros ; conferir el bautismo, y perdonar pecados : les promete al Espíritu Santo, y desde la cumbre del Olivete les señala como término de su predicacion los confines de la tierra: aquí, en fin, bendiciéndolos se eleva con pausa hasta ser cubierto por una nube resplandeciente (3). Se estreme cen y vienen por tierra las divinidades paganas : los templos magníficos, los soberbios altares, todo se convierte en inmensas ruinas, en medio de las que se levanta la religion cristiana, coronada de luz clarísima y revestida de divinos caractéres.

Qué motivos tan poderosos todos éstos para que

(1) Apocal. Cap. 5.

(2) Hechos de los Apóstoles. Cap. 1.

(3) Ib. Cap. 3.

adoremos á Jesucristo en el augusto misterio de su gloriosa Ascension. Sí, hermanos mios, porque entrando al cielo como verdadero Dios, nos restituyó el derecho de entrar tambien allá, que perdimos por la culpa. Escuchadme.

I.

La grandeza de Dios eterna, inmensa e infinita merece ser adorada á proporcion de su esencia y dignidad. La divinidad es inmutable en sí misma, no puede en su soberano ser aumentarse ni disminuirse, y por consiguiente, solo una honra accidental le resulta del homenaje prestado á su soberanía. Pero ; qué pequeño es el hombre para rendir á Dios esta honra ! Se confunde nuestro orgullo al contemplar la grandeza del Altísimo: y ; cuán humildes y abatidos nos miramos al comparar nuestra nada con la grandeza infinita del Señor ! Con razon dijo el Profeta : « ;Qué cosa habrá digna de ofrecerse á Dios (1) ? »

Penetrado de estas verdades el Apóstol de las gentes, Doblo, dice, mis rodillas en presencia de Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, que segun las riquezas de su gloria, nos concede todos los bienes (2): me postro, me humillo, y me anonado delante de El, reconociendo la excelencia de su soberanía y la riqueza infinita de su poder. De estos atributos nos dió Jesucristo en el augusto misterio de su Ascension los testimonios mas concluyentes y solemnes.

Jamas hubo espectáculo tan glorioso ni mas admirable, como el que presentó este dia el monte Olivete.

(1) Salmo 115.

(2) Efes. C. 3.

En él vieron los hombres la grandeza y majestad del Hijo de Dios : no en un santo y apasible retiro, lejos del ruido y comercio humano como ántes en el Tabor, sinó en la cumbre de un elevado monte, y en presencia de sus discípulos en número de mas de quinientas personas, á cuya vista se eleva lleno de resplandores que esparcen á su rededor claridad celestial, cubriendo la gloria de su divinidad la carne adorable de su humanidad sacratísima. ¡Qué asombro ver elevarse con tanta majestad de las alturas del Olivete aquel cuerpo suspendido en el Gólgota en medio de la ignominia y de los oprobios ! Pero si allí convenia que brillase la divinidad de Jesucristo sosteniendo á su atormentada humanidad, hoy convenia tambien que resplandeciese en gloria visible elevándose de la tierra por su propia virtud al cielo. ¡Quién podrá discurrir el honor, el poder y la magnificencia que ostentó entonces el Señor para honrar á su divino Hijo ? Roma decretó suntuosos honores para celebrar la entrada triunfante de sus generales á la capital del mundo; y el rumor de las hazañas, así como los himnos de alabanza precedian al carro triunfal rodeado de víctimas, que le daban una ostentacion verdaderamente espléndida. ¡Cuál seria la pompa que decoró hoy la solemnidad del Salvador y Redentor del mundo , vencedor de la muerte y libertador de las almas? ¡Qué brillante su entrada al reino de los cielos! ¡Qué hermosos los himnos de sus libertados ! y ¡qué voces tan melodiosas las de los ángeles ! Se eclipsa toda gloria humana, se obscurece el fausto de toda grandeza, y todo se humilla en presencia de Jesus que entra al cielo vestido de la gloria de Dios y es elevado sobre toda potestad, sobre todo trono y sobre toda dominacion (1).

(1) S. Pab. á los Efes. C. 1.

¡Quién es éste, preguntan los espíritus angélicos, que viene de Edon, teñidas de Bosra sus vestiduras, hermoso sobre manera, y que camina con la muchedumbre de su virtud (1)? ¡Quién es éste vestido de gloria que sube por la fortaleza de su brazo, y á quien rodean los fuertes de Salomon? La voz del gran conquistador de los cielos resonaria en la Jerusalen celestial: Yo soy, diria, el que soy, yo el Dios fuerte que hablo la justicia y combato para salvar: yo aquel que sacó á Moises del Egipto con la diestra de su poder: yo el que dividió las aguas delante de Israel, y el que con la fuerza de su voluntad puso en sus manos las naciones mas poderosas y aguerridas. «Escuchó esta voz, y se llenó de regocijo la celestial Jerusalen» clamando sus habitantes: «Digno es el Verbo divino, que sube de la tierra, de recibir todo honor, gloria y bendicion.» A la claridad de la luz que derrama la gloria de Jesucristo divisamos fácilmente su divinidad, porque solo á Dios compete el honor, el poder y la adoracion, solo á El la dominacion de los cielos, la soberanía de los ángeles y las bendiciones de los justos. ¡A cuál criatura, hermanos mios, fueron dados jamas testimonios como los que hoy dan de la divinidad del Redentor los cielos y la tierra?

Los cielos que reciben en su seno al Hijo de Dios hecho hombre y le adoran con cánticos de júbilo en que le reconocen como Rey y con el profundo respeto de sus homenajes como Dios. Los hombres que desde la tierra ven subir á Jesucristo, dieron de su divinidad elocuentes testimonios con su asombro, su gozo y su deseo. Presenciaron un espectáculo tan extraordinario y admirable, que en la serie de los siglos no tenia

(1) Isaías. Cap. 63.

semejante; pues ; quién jamas rodeado de luz milagrosa se elevó al cielo por la virtud propia de su divinidad ? Subió Elías, pero conducido por la mano del Señor en un alado carro ; Enoc subió, pero de un modo invisible; Habacuc llevado de los cabellos por un ángel; y Exequiel y San Pablo en espíritu: solo el Salvador del mundo marcha al cielo por el poder de su voluntad.

Llenos de gozo los apóstoles observan la gloria de su Maestro y adoran su divinidad; no rasgan con tristeza sus vestidos como Eliseo, viendo á Elías subir en el carro de fuego, ántes saltaron de gozo contemplándole elevarse con tanta majestad. En presencia de la gloria que rodea á Jesucristo se enciende en su corazon el deseo de seguirle, ven cumplidas al pié de la letra sus promesas de que subiendo á lo alto abaría para ellos el reino del cielo, donde serian jueces de las naciones (1). Sus entendimientos inspirados de luz celestial comprenden las figuras con que los profetas, muchos siglos ántes, habian celebrado este triunfo del Mesias, que suspiraron por ver con sus ojos, rodeado de gloria. Las nubes que deseó Isaías, el monte elevado que meditó Exequiel, la victoria del gran conquistador que en espíritu vió Miqueas y cuya mano era ensalzada sobre todos sus enemigos (2), el fuerte que admiró David subir sobre una ráfaga y pasearse sobre las alas de los vientos, nada se les oculta, todo lo comprenden, y embebidos en su santa meditacion permanecen atónitos hasta que dos ángeles les preguntan : « Varones Galileos, ¿ porqué mirais al cielo ? Este Jesus que acaba de partir de vosotros, así volverá como lo vísteis

(1) S. Mat. C. 19.

(2) Mich. C. 5.

subir (1). » Dè manera, católicos, que los cielos y la tierra daban en la Ascension testimonio uniforme de la gloria del Hijo de Dios, y este testimonio debe obrar eficazmente en nosotros para hacernos rendir en todo tiempo y en toda circunstancia la adoracion debida á Jesucristo, en quien vemos al Verbo divino y al Salvador y Redentor de nuestras almas.

Pero tiempo es que entremos con Jesucristo en su reino, y participemos con nuestro espíritu de las santas solemnidades con que la Jerusalen celestial ahora celebra la vuelta triunfante del Rey que vencedor del demonio y de la muerte, libertó al hombre del pecado ; tiempo es que contemplemos aquella felicidad inmensa, inefable y eterna, que entra á gozar el Hijo de Dios humanado, y que por justicia se le debia despues de abrazar, por amor á su Eterno Padre y á los hombres, las ignominias de su pasion y muerte. Así como fué grande la humillacion á que se sometió, tambien fué grande y superior á la de toda otra criatura la elevacion en que se le colocó ; como fueron infinitas las penas y los dolores que soportó con tanta paciencia, fué infinita la felicidad que entró á poseer ; y como fué larga la carrera de sus padecimientos, es eterna la gloria con que se le recompensa.

Grandes fueron sus humillaciones, atendida la persona que las soportó, y atendida tambien la naturaleza de esas mismas. El Hijo de Dios, á quien adoran los ángeles, cuyas manos dieron ser á toda la naturaleza, y por cuya voluntad vive todo cuanto existe en el universo, se sometió voluntariamente á padecer, para que la honra de su Eterno Padre fuese reparada, y el linaje humano redimido y restablecido tambien

(1) Hechos de los Apóst. C. I.

en los antiguos derechos que le concedió la bondad infinita de su Criador. Los hombres que no quisieron conocer ni aprovechar la visita misericordiosa del Hijo de Dios nuestro Redentor, le condenaron á morir, apurando ántes, para envilecerle, todo cuanto pudo sugerirles el odio y la venganza llevados hasta el ultimo extremo. Fué denigrada su honra inmaculada con los epítetos de blasfemo y sedicioso, y su persona humillada con azotes, corona de burlas, y muerte de cruz en medio de ladrones: por eso ahora es recompensado por su Eterno Padre de esas humillaciones; su honra, digo, deprimida y envilecida por las calumnias mas negras y soeces, así como su persona colmada de baldones y viles tratamientos, es elevada sobre las alturas. Dios deja ver á los hombres algo de la gloria de su Unigenito ya por medio de los ángeles que la predicau, ya por los resplandores inefables que lo visten, y ya tambien por la omnipotencia infinita que manifiesta subiendo por su propia virtud.

Mas no era solamente en la tierra donde se daba al Salvador esa reparacion, sino tambien en el reino de los cielos. Contemplad, en efecto, cómo penetra sus puertas eternales aquel Dios hombre poco ántes escarnecido, y ante quien por mofa dobrando la rodilla sus enemigos, lo saludaban Rey de los judios. David lo ve rodeado de los justos que libró del cautiverio del Limbo, y eligió para que le acompañasen en su glorioso triunfo (1); los que unidos á una con innumerables legiones de ángeles, Sube Dios, cantaban, con voz de júbilo, sube el Señor con voz de trompeta (2). Cantad á nuestro Dios, cantad. Cantad á nuestro Rey,

(1) S. Thom. in Symb. Apostol.

(2) Salmo 46.

cantad; porque es Rey de toda la tierra, y se sienta sobre su santa y real silla. Sube al oriente sobre el supremo cielo, y allí desde su luz inaccesible, alumbrá á sus escogidos con la antorcha de su gloria. Subid, Señor, á vuestro descanso Vos y el arca de vuestra santificacion. Levantaos, Señor, sobre los cielos, subid sobre los querubines, volad sobre las alas de los vientos, y poned vuestro trono sobre todas las criaturas (1). Ved ahí, hermanos mios, cómo quedaron reparadas las humillaciones de nuestro Señor Jesucristo: cómo Dios ha subido, y usando de su propio poder se sienta en el trono de su majestad, *super sedem sanctam suam*, como lo veia David (2); mas como hombre sube sobre todos los hijos de Adan, y sobre todos los ángeles, á quienes excede infinitamente en virtud.

Mas Jesucristo habia sufrido tambien infinitas penas en su alma, é infinitos dolores en su cuerpo, y la justicia exigia que unos y otros fuesen recompensados á su sacratísima humanidad, y así sucede en efecto. Penetrando los cielos, segun leemos en San Pablo (3), presentó á su Padre todos los cautivos rescatados que llevaba consigo, presentó ademas las llagas que recibió en su cuerpo, como inexcusables documentos de su amor y caridad infinita, y le repitiria lo que dijo estando aun en este mundo y en medio de sus criaturas: Manifesté, Padre mio, á los hombres tu santo nombre, y te he glorificado sobre la tierra acabando la obra que me encomendaste; ahora, Padre, clarifica á tu Hijo con la claridad que tuve delante de tí ántes que me enviases al mundo (4). El Padre se goza en

(1) Salmos 17, 67, 131 y 107.

(2) Salmo 46.

(3) A los Hebr. Cap. 4; S. Thom. 3.^a pars, quaest. 57. art. 4.

(4) Juan. Cap. 17.

su Unigénito. y hablando á la humanidad sacratísima, « Siéntate á mi derecha (1), » le diria, cumpliendo lo que David anunciaba en el libro de sus salmos: *Sede a dextris meis*. Siéntate, le dice, significando la dignidad infinita de su persona: siéntate á mi derecha, para dar á entender que como hombre tiene su divino Verbo el trono mas alto de los cielos, superior al de los ángeles y arcángeles, superior al de los tronos y dominaciones, y superior al de todos los bienaventurados, porque á ninguno, como nota el Apóstol, dijo Dios jamas : « Siéntate á mi derecha (2). » En ese trono de infinita grandeza inunda Dios el alma de su Hijo con todos los goces de la felicidad eterna. Allí cambia la cruz elevada, en que se inmoló como holocausto de amor y de obediencia, en trono de majestad sobre el que sentado reina y reinará eternamente sobre todas sus criaturas; allí en vez de la corona que atormentó su cabeza, le da otra de gloria y de magnificencia que ceñirá como Rey de vivos y muertos; allí dispone mil y mil legiones mas de *espíritus angélicos* que le rodeen y esten prontos á obedecer su voluntad, en vez de los ladrones que le blasfemaban á diestra y á siniestra en el Calvario; allí las honras, los cánticos y las eternas melodías de todos los bienaventurados le compensan las injurias, de que lo colmaron los hombres en su sagrada pasión; y porque su cuerpo bajó al sepulcro, y su alma descendió hasta las entrañas de la tierra, estará eternamente elevado en lo mas alto de los cielos, y tendrá un nombre sobre todo nombre (3). ¡Qué gozo tan puro y tan inefable debemos sentir, hermanos mios, al contemplar

(1) Márcos. Cap. 16 y Salmo 109.

(2) A los Hebreos. Cap. 1.

(3) S. Pablo á los Filip. Cap. 2.

de esta manera glorificada la paciencia y la caridad que brillaron en los sufrimientos de Jesucristo !

Mas tambien las penas de su alma fueron compensadas con la felicidad y gozo inefable que , como torrente de dulzura, segun la expresion de David, la inundó en el trono del Señor. Aquella alma angustiada que luchó contra mil afectos en el huerto de las Olivas , goza la felicidad infinita que le viene de su divinidad , y con mejor razon que el Profeta pude decir , que el Señor la ha saciado con el torrente de sus delicias. ¡ Y cuál es , hermanos mios , el cristiano que no recibe aliento para padecer á vista de esta gloria de Jesucristo ? Con razon dijo El mismo á los discípulos que lamentaban su dolorosa muerte : ¡ No sabeis que convenia que Cristo padeciese para entrar en su gloria ? Porque padeció en efecto, se ve elevado sobre todas las criaturas, y su alma y su cuerpo estan glorificados con una gloria mayor que la de todos los otros bienaventurados reunidos. Amemos como nuestro Señor Jesucristo los padecimientos, porque ellos nos preparan y hacen aptos para merecer la gloria del Señor ; no huyamos los males de la vida, porque en estos mismos encontraremos el merecimiento que nos recomienda para poseer el reino de los cielos. Recordemos que si al Salvador lo vemos hoy con tanta gloria es porque sus penas y dolores han sido la escala por donde ha subido á la felicidad de que disfruta. Sigamos las pisadas del Redentor Jesucristo, y éstas nos irán conduciendo á la gloria del Señor por el mismo camino de tribulaciones que siguió el Hijo de Dios desde el pesbre hasta el Calvario, y desde el Calvario hasta los cielos. Sepamos que sin pasar por dolores y amarguras es muy difícil llegar hasta Dios: pero que, llevadas

con resignacion cristiana, conmuta en ellas el Señor las penas que debemos por nuestros pecados; nos concede las gracias que necesitamos, y por su medio nos purifica de nuestros defectos y da mayor realce á nuestras virtudes.

Mas las penas y los sufrimientos de Cristo fueron largos, duraron toda su vida, y no las pocas horas de su pasion, como algunos han querido figurarse. Sufrió la estrechez y obscuridad del vientre materno al entrar en este mundo; sufrió el frio y la pobreza extrema en el pesebre al aparecer entre los hombres; sufrió las asechanzas de Heródes cuando niño, el desconocimiento de los suyos cuando jóven, y el desprecio de los grandes y de los poderosos de Israel cuando comenzó á ejercer públicamente las funciones de Maestro y Salvador de los hombres. De modo que San Bernardo hacia el compendio de la vida de Jesucristo en estas tres palabras: *Summus dolor, summus labor, summa paupertas*. Y una vida, católicos, que se ejercita en la fatiga y en el dolor no puede ser sinó vida de penas y de amarguras, vida de verdaderos sufrimientos en una palabra. Esta fué la de Jesucristo durante los treinta y tres años que permaneció en la tierra, sin que jamas hubiese concedido á sus sentidos ninguna especie de satisfaccion, ni alguno de esos que el mundo llama desahogos, y que busca el cristiano cada dia con tanto empeño.

Summus dolor, porque las penas que sufrió Jesucristo en su alma, fueron muy superiores á las que atormentaron su cuerpo, y aun cuando éste padeció constantemente la mortificacion mas dura, su alma vivió sumergida en las penas mas amargas, producidas por la práctica de sus celestiales virtudes, que encontraban á cada paso tantas causas de sufrimiento y amar-

gura. Su celo ardiente que se esfuerza porque los hombres conozcan y amen á su Padre celestial, y ve perderse sus esfuerzos en la indiferencia y frialdad de las criaturas. Su caridad y amor á la ley divina que se fatiga por lavar las almas de los pecadores, y enderezarlas por el camino de los mandamientos, y ve que sus trabajos se esterilizan en la dureza é insensibilidad de aquellas. Abrasado por la caridad procura en todas partes la honra y el decoro de su Padre, pero no obstante ve su templo profanado, sin dignidad su culto, y el pueblo por todas partes sumido en mil vicios que deshonran al Señor. ¡Ah cuánto no sufriría! Elías ardiendo en caridad sentía tanto las abominaciones de Israel, que postrado y desfallecido deseaba morir para no verlas, y protestaba que la vida le era insopportable (1). Siendo infinitamente superior la caridad de Jesucristo, comprendereis que las penas sufridas por aquella causa fueron también superiores á las del Profeta. Los sagrados expo- sitores aplican al Salvador aquello que encontramos en boca de David: « Contradiccion veo en la ciudad, amarguras y dolores me asaltan en todas partes (2). »

Summus labor. Sumo trabajo fué toda la vida de Jesucristo, sucesión de fatigas por buscar las almas perdidas; por anunciar la doctrina del santo Evangelio; por enseñar en todos los lugares y á todos los hombres con su ejemplo prácticamente las virtudes, y por buscar para su Padre quienes le adoren en espíritu y en verdad. Los profetas le contenplan reduciendo á polvo los montes del siglo (3): tan esforzado y tan perseverante fué, hermanos míos, el trabajo de nuestro Señor Jesucristo, dirigido á destruir los vicios, que

(1) III. de los Reyes. Cap. 19.

(2) Salmo 54.

(3) Habacuc. Cap. 3.

á manera de elevados montes llenaban la tierra corrompiendo sus moradores.

Summa paupertas. Suma pobreza fué tambien la vida de nuestro Señor Jesucristo, y era necesario que fuese así, desde que venia á arrancar del hombre el apego á las cosas de la tierra que lo dominaba, y á destruir á la vez la concupiscencia que crece y se robustece á la sombra de la codicia de los intereses materiales. Por esta razon amó la pobreza y la practicó constantemente del modo mas perfecto; por esta misma razon declaró que era muy dificil que entrasen en el reino de los cielos los que apegaban su corazon á los bienes de este mundo; y por esta razon tambien no quiso que estuviesen cerca de su persona sino los pobres y humildes.

Era consiguiente que la perseverancia en aquel trabajo, la constancia en sufrir ese dolor, y el amor á esta pobreza tuviesen su premio el dia en que como soberano Rey de las virtudes entraba al cielo, y ocupaba su trono á la diestra de su Eterno Padre. Y efectivamente lo reciben en la eternidad de su reino, de su gloria, de su grandeza y de su felicidad: la gloria de que ha coronado Dios á la humanidad sacratísima del Unigénito del Padre y Redentor de los hombres, durará eternamente, sin que ni los siglos ni las edades produzcan en ella alteracion ni variacion de ningun género. Jesucristo quiso alguna vez dejarse ver de los hombres glorioso sobre la tierra; mas esa gloria fué instantánea, de modo que el mismo cuerpo que vieron los apóstoles vestido con la claridad y resplandores del cielo, vieron despues desnudo y afrentado morir en una cruz. Mas ahora esa gloria de que lo vemos vestido, el cetro del poder que tiene en sus manos, la alegría y bienaventuranza de que rebosa su

corazon, son eternas en su duracion y eternas en la naturaleza inmutable de su ser. La gloria del Tabor convertida en ignominia de cruz, y los hosannas de las turbas seguidos de los escarnios del pretorio, son propios de la vida presente y de esos cambios que sin interrupcion se suceden unos á otros; mas son extraños á la vida eterna en que hoy entra Jesucristo, y donde gozará los bienes infinitos de la casa de su Padre celestial.

¡ Ah, católicos, cuánto conmueve á nuestro espíritu animado por la fe y la piedad la consideracion de la gloria de Jesucristo ! Bien lo comprende el Apóstol cuando nos dice: *Quae sursum sunt quaerite, ubi Christus est in dextera Dei sedens* (1). Esto es, si arrebata y enciende vuestro espíritu la gloria de Jesucristo, tratad de llegar á gozarla y á palparla de cerca alguna vez, practicando las obras que hizo aquél ántes de entrar en el reino de los cielos. *Quae sursum sunt quaerite*: buscad lo de arriba, que son las virtudes de Jesucristo; buscad su paciencia que mortifique y humille vuestro amor propio, recibiendo y tolerando los males de la vida como medios que Dios dispensa para prepararnos á la posesion del reino de los cielos; buscad su fortaleza, procurándola en la oracion y en el clamor á Dios; y buscad tambien su resignacion, que mantenga unida vuestra voluntad á la de Jesucristo, y de este modo habreis conquistado lugar para reinar en el cielo eternamente con El. *Quae sursum sunt quaerite*. Lo terreno, que fomenta las pasiones, mancha el corazon, inspira fastidio á las obras espirituales, y nos hace vivir esclavos de nuestros sentidos, eso estuvo lejos de Jesucristo, lo

(1) Epist. á los de Colos. Cap. 3.

desprecio siempre, y nos enseñó tambien á despreciarlo. Son estorbos y tropiezos para el cielo , y por consiguiente , los hemos de remover , porque nos perjudican y nos hacen separarnos del camino que nos conduce á la felicidad eterna. *Quae sursum sunt quaerite.*

La consideracion de la gloria de Jesucristo , gloria que conquistó para nosotros subiendo al cielo, debe estimularnos en la ejecucion de aquellas resoluciones. Somos peregrinos sobre la tierra ; nuestro Salvador, nuestro Padre y todo nuestro bien está en el reino del cielo; allá nos espera: y nuestra alma que desde acá le busca y le sigue constantemente con el corazon, y se empeña en morar cerca de su trono con los movimientos fervorosos de su voluntad, llegará alguna vez á unirse con El inseparablemente en su gloria. Allí está ¡ oh dulcísimo Jesus ! allí está mi riqueza , mi esperanza y mi amor, y yo estaré tambien algun dia mediante vuestros auxilios; concedédmelo para que acompañándote ahora desde acá con mi deseo y con mi voluntad , merezca por vuestra infinita misericordia gozarte algun dia tambien eternamente.

INSTRUCCION DÉCIMASEXTA.

SOBRE EL MISTERIO DE LA VENIDA DEL ESPÍRITU SANTO SOBRE LOS APÓSTOLES EL DIA DE PENTECÓSTES.

Et factus est repente de coelo sonus, tamquam advenientis spiritus vehementis, et replevit totam domum ubi erant sedentes. Et apparuerunt illis dispertitae linguae tamquam ignis, seditque supra singulos eorum: et repleti sunt omnes Spiritu Sancto.

Y vino de repente un estruendo del cielo, como de viento que soplaba con impetu, y llenó toda la casa en donde estaban sentados. Y se les aparecieron unas lenguas repartidas como de fuego, y reposó sobre cada uno de ellos: y fueron todos llenos del Espíritu Santo.

(Act. Apost. Cap. 2.)

Ved, hermanos mios, de manifiesto la infinita liberalidad de Dios: ved cómo principia la tierra á sentir los efectos de su redencion; y ved cómo han quedado rotos y deshechos los obstáculos que impedian llegasen hasta los hombres los efectos de la bondad divina. Un gran sonido anuncia que el Espíritu de Dios desciende como raudal ilustrando, encendiendo y vivificando los entendimientos y los corazones de los hombres.

Verdad es que ya habia descendido el Espíritu Santo sobre los hijos de Dios, trayéndoles infinitos bienes de gracia y virtudes admirables: mas habia sido en casos determinados, y para producir una accion tambien determinada. Durante la ley natural uno de los amigos de Job siente sus efectos, pero apenas como el

susurro del que murmura, ó como la palabra dicha en secreto y que solo es comprendida muy imperfectamente (1). Tambien sobre el gran profeta Elías desciende el Espíritu de Dios en la ley escrita, pero desciende como el viento suave del medio dia que refresca los ardores del estío (2). Mas, despues que Jesucristo ha redimido al mundo, y prometido enviar á la tierra su Espíritu Paráclito, desciende como viento vehemente, que todo lo llena, todo lo commueve y todo lo vivifica. Desciende, pero como un torbellino, que conduce entre sus ondas gracias, bondades y misericordias celestiales; como un diluvio, en fin, que renueva y fertiliza todo el haz de la tierra. Por ésto habia predicho Isaías que, descendiendo el Espíritu del Señor, « la tierra se llenaria de ciencia y de virtud, como si fuese inundada por las aguas del mar, que la cubriesen toda (3). » Así con tanta generosidad dejó cumplida el divino Redentor aquella promesa hecha á sus apóstoles que, « viiendo el Espíritu Santo, les enseñaria todas las cosas (4). » Y de este modo tambien mostró al mundo, que su palabra es inmutable; que todo podrá faltar, que aun los cielos y la tierra pasarán, ántes que deje de cumplir la mas mínima de sus palabras (5).

Cuando contemplamos hoy, hermanos mios, este gran misterio de nuestra santa fé católica, procuremos inspirarnos en el mismo recogimiento que los apóstoles tenian en el Cenáculo, y de ese modo lograremos hacernos participantes de sus efectos.

(1) Job. Cap. 4.

(2) III. de los Reyes. Cap. 19.

(3) Isaías. Cap. 11.

(4) Juan. Cap. 14.

(5) Mateo. Cap. 5.

Dos grandes objetos se nos ofrecen en esta meditacion, á saber: la gracia que se concede al mundo, y los efectos de esta misma gracia. Esta va á ser la materia que ofreceré á vuestra consideracion. Ojalá mis palabras, auxiliadas por la virtud del Espíritu Santo, ilustren vuestro entendimiento, para conocer á fondo la grandeza de los dones celestiales que nos trae, y nos dé su auxilio para aprovecharlos. Escuchadme.

I.

La santa Escritura nos presenta á los apóstoles y discípulos de Jesucristo nuestro Señor recogidos en el Cenáculo de Jerusalen, y perseverando unánimemente en la oracion. El divino Maestro ántes de subir al cielo, les ordenó hacerlo así, diciéndoles: *Sedete hic donec induamini virtute ex alto.* Como si les dijese: vais á combatir, y es necesario que os prepareis para alcanzar la victoria. Los enemigos son muchos, y todos ellos atrevidos. Mirad la sinagoga preocupada contra mi doctrina: no obstante que me vió resucitar los muertos, me condenó á morir. Vosotros, mis discípulos, ¿acaso tendreis derecho á mejor suerte? Mirad á los soberanos y príncipes de la tierra rodeados de infinitos satélites que obedecen al momento su voluntad: todo su poder vendrá á estrellarse sobre vosotros. Y mirad sobre todo la sociedad que naufraga y perece en un mar de vicios: allí os envío como corderos en medio de lobos (1) á presentaros en medio de ella para purificarla de sus vicios y repugnante corrupcion; delante de los reyes y de los poderosos

(1) Lúcas. Cap. 10.

para reprimir su soberbia y tiranía ; y en el recinto de las sinagogas, para combatir su ignorancia y ceguedad.

Los apóstoles, que acababan de ver á su Maestro vestido de gloria y lleno de majestad subir al cielo sentado sobre nube resplandeciente, no podian dudar del poder divino con que les imponia su mandato : llenos de ardor desearian cumplirlo, mucho mas cuando ese era el camino para unirse de nuevo á Jesus, con quien su gracia les tenia ligados tan estrechamente. Pero ; ah ! reflexionando lo árduo de la empresa , ¡ cuántas veces la juzgarian superior infinitamente á sus fuerzas ? y ¡ cuántas trepidarian aterrados por las dificultades formidables que divisaban ? Mas recordarian luego la palabra de su Maestro, cuya importancia conocerian tocando aquellas mismas dificultades.

Sedete hic donec induamini virtute ex alto.

Pero, ¡ qué hacian, hermanos mios, los apóstoles en el Cenáculo cumpliendo con el encargo de Jesucristo de permanecer allí hasta que fuesen fortalecidos por el cielo ? San Lucas nos dice cuál era la ocupacion de aquellos hombres sinceramente obedientes á la palabra de Jesus. « Perseveraban todos unánimes en la oracion á Dios (1). » De modo que practicaban las dos virtudes admirables, que son como el alma de la Iglesia de nuestro Señor Jesucristo, á saber: la union de espíritu, y la oracion fervorosa, consecuencias ambas de la perfecta caridad. Estaban unidos por una misma fe , porque todos conservaban intacta la palabra de Jesucristo , palabra que oyeron con sus propios oidos , y cada uno habia colocado en medio de su corazon. Union de espíritu, porque ninguno de los discípulos

(1) *Hechos de los Apóstoles.* Cap. 1.

de Jesus queria otra cosa, sinó llenar cumplidamente los encargos de su soberano Maestro , y observar su santa doctrina del modo mas perfecto. Union de accion, en fin , porque sus fuerzas iban á ser dirigidas á un solo objeto, y ese era llenar cumplidamente los encargos de Jesucristo. Los apóstoles bien comprendian , cuán necesaria les era esta union , para obtener las gracias celestiales que el Salvador les habia prometido al ofrecerles el Espíritu Santo. Y á la verdad, á esta union ha vinculado el Señor las gracias ofrecidas á los miembros que componen el cuerpo de su Iglesia : quiere que reine en todos una misma fé, la fé que enseñó El mismo, y despues de El enseñaron sus apóstoles y los sucesores de éstos enseñarán hasta la consumacion de los siglos: una misma accion, porque los esfuerzos de sus fieles deben ser siempre unánimes y dirigirse á un mismo fin, cual es obtener la posesion del reino de los cielos; y esta accion dirigida tambien con el mismo espíritu que inspira la imitacion de las virtudes de Jesucristo. El cristiano que no vive animado por esta caridad, no encuentra firmeza ni solidez alguna en su proceder: hoy lo vemos marchar de una manera, y profesar ciertos principios que cambiará mañana, para abrazar otros enteramente contrarios, y marchar tambien de un modo opuesto al anterior. Son como el árbol débil de la montaña, que la fuerza del huracan sacude é inclina á todos lados, hasta que lo troncha y despedaza; ó como el bajel , que no obedece al timon , y recorre sin rumbo fijo sobre la inmensidad del océano. Desgraciado el hombre , cuya suerte sea ésta, porque naufragará seguramente en el escollo de sus pasiones, de su concupiscencia carnal, de su ambicion, y de su loca vanidad. Allí perecerá abismado, porque desprecio el elemento salvador, que Dios le concedió en aquella union, para

que no fluctuase sobre la tierra como niño débil, sino que marchase con la seguridad que da su fortaleza al hombre robusto. No existen en este mundo intereses que puedan sernos ni mas caros, ni mas valiosos, que los de nuestra fe; y cuando se trata de éstos el cristiano, fiel á la doctrina de nuestro Señor Jesucristo, debe mostrarse invenciblemente arraigado en esa unidad. *Erant unanimiter.*

Mas perseveraban tambien en la oracion á Dios, de modo que con ésta negociaban las gracias del cielo, que les prometió el Salvador traeria sobre sus almas el Espíritu Santo. Yo contemplo, católicos, á los apóstoles volverse, animados por el fervor de su oracion, unas veces al Padre, y decirle con David: *Emitte Spiritum tuum, et creabuntur, et renovabis faciem terrae* (1). Envia tu Espíritu, y será renovada la faz de la tierra. Envia, Señor, á tu Espíritu Santo sobre la tierra árida y desierta de mi corazon, que trayendo á mi alma las virtudes, la transforme en paraíso, donde habite vuestra majestad. Otras veces rogarian al Hijo, recordándole llenos de confianza y de amor la promesa que les hizo de enviarles su Espíritu; y al mismo Espíritu Santo rogarian tambien, diciéndole: « Ven, Espíritu Criador, ilustra los entendimientos de tus fieles, y llena del fuego de tu amor los corazones que tú criaste (2). » Así continuaron su oracion durante diez dias.

El Cenáculo era entonces la figura de la santa Iglesia Católica, de esa Iglesia, hermanos mios, que apenas contaba entonces un número pequeño de fieles, y hoy cuenta mas de doscientos y cincuenta millones. Aquellos esperaban la venida del Espíritu Santo, que les vivifi-

(1) Salmo 103.

(2) Ecclesia in Offic. Pentecost.

case y les fortaleciese, y oraban fervorosamente con ese objeto; y nosotros esperamos tambien que venga sobre tantas almas tibias y sobre tantos postrados en la inaccion, que padecen á consecuencia de los vicios, en que viven miserablemente. Esperamos, repito, al Espíritu Santo, para que fortalezca la fé, que se pierde en unos, y se debilita en otros.

Los apóstoles sintieron repentinamente un extruendo, que venia del cielo como viento, que soplaba con impetu, y llenó toda la casa donde estaban sentados. Era el Espíritu de Dios, que descendia sobre ellos segun lo prometido por nuestro Señor Jesucristo. Venia de repente, para instruirnos que el Espíritu del Señor se comunica cuando El quiere, y que nosotros debemos estar siempre dispuestos para recibirlo: *Spiritus ubi vult spirat* (1); y que sus divinas inspiraciones tambien se dejan sentir en nuestra alma repentinamente, no tienen tiempo determinado ni ocasion fija, sino que *Spiritus ubi vult spirat*, y por consiguiente, es nuestro deber vivir preparados para recibirlas. Vino del cielo el extruendo, y no del septentrion, ni del medio dia, ni menos de lo profundo de la tierra, porque era don de Dios que se daba á los hombres; y todo don perfecto desciende de lo alto. Llenó toda la casa, *replevit*, porque el Espíritu Santo no se daba ahora á los hombres limitadamente ni por partes, como en otro tiempo, sino todo, sin medida, y con la abundancia infinita de sus gracias, virtudes y dones sobrenaturales. Aparece en lenguas de fuego, porque traia á los hombres aquel divino é inextinguible, de que dijo Jesucristo: « Fuego he venido á traer á la tierra, y nada mas quiero sino que sea encendido (2). »

(1) Juan. Cap. 3.

(2) Lucas. Cap. 12.

El Angélico Doctor nos enseña, que el Espíritu Santo, al dejarse sentir á veces en la tierra, tomó aquella forma que convenia para significar las gracias y virtudes, que traia á los hombres, así como los efectos que habian de causarnos esas mismas gracias. Así en el bautismo de Cristo tomó figura de paloma, significando la inocencia y la santidad de las obras que nos inspira; en la transfiguración apareció como nube resplandeciente, para significar la lluvia fecunda de doctrina que comunica, y la protección eficaz que dispensa á sus escogidos; y en el Cenáculo se dió con un soplo, en señal de la vida espiritual que se nos concede por los santos sacramentos. Pero este dia de Pentecóstés apareció en forma de fuego, para significar que, así como el fuego purifica, alumbría, enciende, sube á lo alto, y une y transforma en sí todo aquello hasta dónde alcanza su acción; así el Espíritu Santo purifica las almas, consumiendo la escoria de los vicios y pecados, y apartando de las virtudes todo cuanto puede imperfeccionarlas (1). Por eso los apóstoles llenos del Espíritu Santo se sintieron encendidos por la caridad, e ilustrados por luces tan sobrenaturales, que sus corazones quedaron abrasados totalmente en amor á Dios, y sus entendimientos iluminados de tal suerte, que penetraron tantos misterios y tantas verdades, que les estaban hasta entonces enteramente ocultas. *Repleti sunt omnes Spiritu Sancto.* Y estos efectos admirables los sintieron todos igualmente. Habian en el Cenáculo personas de diversas categorías: estaban los apóstoles llamados á ejercer el cargo pastoral en la Iglesia del Señor; estaban los discípulos, que les habian de servir como ministros en los oficios de su ministerio; y estaban otras personas seglares

(1) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 43. art. 7.

y algunas santas mujeres que siguieron al Salvador durante su predicacion. Todos recibieron al Espíritu Santo, y todos con aquella plenitud de gracias y abundancia de dones que habian menester para llenar cumplidamente el santo ministerio, á que cada uno estaba destinado en la Iglesia por su divino Fundador (1). *Repleti sunt omnes Spiritu Sancto.* Contemplad, hermanos mios, ese espectáculo que ofrecen los discípulos de Jesus llenos del Espíritu Santo. Contemplad á los pobres pescadores del mar de Galilea llenos de luces admirables, que derraman en sus discursos sobre los hombres de todas las naciones, que asombrados les escuchan en Jerusalen. Contempladlos predicar las Escrituras, penetrar la verdadera inteligencia de los profetas, confundiendo á los doctores y sabios de la sinagoga, que las ignoraban. Y contemplad todavia, cómo aquellos individuos, poco ántes tan tímidos, que se escondian de los judios, temiendo ser tratados por ellos como lo habia sido su Maestro, ahora echan en cara á cada paso á los príncipes de los sacerdotes el horrendo delicio, que con enorme injusticia cometieron condenando á muerte al Salvador del mundo. Esa Jerusalen, que poco tiempo ántes se conmovia y agitaba pidiendo la muerte de Jesus de Nazaret, que se decia Hijo de Dios y Mesias prometido, y este dicho lo confirmaba con sus asombrosos milagros y doctrina celestial; ahora se agita nuevamente escuchando la voz de sus discípulos, que predicen haber resucitado Jesus de entre los muertos, haber estado con ellos familiarmente cuarenta dias, y haber subido al cielo por su propia virtud. Estos hombres predicen en todos los idiomas la doctrina de su Maestro, que Jerusalen hizo morir enclavado en un

(1) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 7. art. 10.

madero vergonzoso, y confirman tambien con milagros la doctrina de su predicacion. Jerusalen, Jerusalen, ¡ con que es verdad, que las palabras de ese profeta, que vos oiste y despreciaste, principian á cumplirse? ¡ Con que es verdad, que la sangre, que tus hijos injustamente derramaron en el monte Calvario, comienza á dar sus frutos sobre la tierra ? Mira, mira, Jerusalen, como se agolpan las gentes venidas de todas partes en rededor á los apóstoles, para escuchar de su boca, y cada cual en su propia lengua, las grandezas de Dios. Ese extruendo, que ha resonado en tus calles y plazas, ese es el Espíritu de Dios, que anunciaron tus profetas habia de bajar del cielo sobre vuestros hijos y sobre vuestras hijas. ¡ Bajó ! y vedlos como profetizan mostrándoos hasta la evidencia las verdades de la religion cristiana.

Pero la infeliz Jerusalen recibió ya su señal de reprobacion. Una voz eterna habia dicho: « Ciega el corazon de este pueblo, y agrava sus orejas ; cierra sus ojos, para que no vea, ni oiga, ni entienda (1).» Y Jerusalen soporta este castigo tremendo, con que le ha herido la justicia divina. El sonido del trueno, que estremeció el Cenáculo y resonó en su recinto, trae del cielo el sello de su reprobacion. No quiso conocer la verdad, ántes bien quitó la vida al autor de la verdad ; y la verdad triunfante á pesar de Jerusalen se levanta para castigarla con las tinieblas, en que permanecerá envuelta, y son el signo de su eterna desgracia.

Pero todo ésto no era, hermanos mios, mas que el preludio de los efectos, que causó en la tierra la venida del Espíritu Santo. Vamos ahora á considerarlos en su verdadera extension.

(1) Isaías. Cap. 6.

II.

La virtud del Espíritu Santo brilló primero en la renovacion de la tierra manchada con las abominaciones, en que vivia sumergido el linaje humano. ; Qué era el hombre, y qué era la sociedad en la época en que, descendiendo el Espíritu Santo sobre los apóstoles, los dispuso para la predicacion del santo Evangelio ? Preguntadlo á la historia, y ésta os responderá, que los hombres, dominados por la corrupcion de su corazon, desconocian las leyes de la naturaleza , olvidaban los preceptos de Dios, y nada querian respetar de cuanto fuera contrario á los movimientos desordenados de sus pasiones. Ella os responderá, que la virtud era perseguida, y por todas partes no encontraba sino peligros, que la exponian á perecer. Y os dirá tambien , que los justos, deseando á toda costa conservarla, corrian á esconderse á la soledad, porque allí solamente creian poder encontrarse libres de las sugestiones y asechanzas, con que el mundo corrompido les persegua por todas partes. El Espíritu Santo venia á regenerar la tierra, los profetas lo habian pedido fervorosamente con ese fin, y los apóstoles en el Cenáculo lo recibieron como ministros de Dios encargados de acometer esa empresa. Y en efecto, ellos por primera vez predicaban en todas las regiones y en todos los idiomas conocidos entonces la doctrina de Jesucristo, que contiene en sí los principios de virtud y santidad, que destierran del mundo los vicios y pecados que lo corrompen. La doctrina de Jesucristo fué la que hizo brillar por primera vez sobre la tierra el desprendimiento de los bienes terrenos, y el amor ardiente á los intereses del cielo; mostró los lazos escondidos en las riquezas, en

los placeres, en la elevacion y en los honores, é inspiró á los hombres trocar soberbios palacios por estrechas celdas, grandes ciudades por grutas y desiertos, y las conveniencias, que proporciona la fortuna, con la pobreza mas austera.

Aun mas, hermanos mios, al oir el hombre esta doctrina celestial, siente conmoverse profundamente su conciencia, y no solo renuncia con toda su voluntad los vicios, en que hasta entonces ha pasado su vida, sinó que corre en busca de los sacerdotes de la nueva fé, para lavar su conciencia con las aguas saludables de la penitencia, porque esa fé le dice, que allí se derramará en su alma la gracia del Espíritu Santo, y se le concederá la remision de los pecados. La nueva fé le instruye, que su dignidad está en las virtudes, en la santidad de la conciencia y pureza del corazon, y hará todo cuanto auxiliado por Dios le sea posible por conservarse en posesion de esos bienes inefables, que le trae la virtud eficaz del Espíritu divino. ¡Oh gracia inefable del Espíritu Santo! Ved ahí renovada la faz de la tierra por la doctrina del Evangelio, que la virtud omnipotente del Señor propaga llenando este dia, á los apóstoles, sobre quienes desciende.

Mas el Espíritu de Dios no ha renovado la tierra solamente, derramando la doctrina que la purifica de sus vicios abominables, sinó ademas derramando virtudes que elevan á los hombres sobre la flaqueza y vileza de su condicion. El fortalece misericordiosamente á sus fieles y los hace invencibles en las récias batallas que tienen que sostener contra los enemigos de Dios en todas partes. Porque á la predicacion del Evangelio toda la tierra se puso en movimiento, mas no todos los hombres con el mismo espíritu, ni todos pro-

sesando las mismas opiniones. Se movieron los convertidos por la voz de los apóstoles, y procuraban adquirir mejores conocimientos en la fé que profesaban. Predicaban otros el Evangelio de Jesucristo, y hacian numerosas conversiones en las ciudades de Asia; su estandarte era la cruz, y se habian propuesto convertir á todo el mundo en verdadero reino de Dios. *Regnabit a ligno Deus.* Mas habian otros tambien muchos que miraban con profunda aversion ese mismo reino, y sin disimular su mala voluntad, decian: no queremos la nueva religion, y perseguiremos á muerte sus preceptos. Aquí veis, hermanos mios, el origen de esa larga lucha que la Iglesia cristiana ha sostenido, y sostiene hoy mismo con mas esfuerzo que jamas contra todos sus enemigos. Lucha en que combaten por una parte el hombre que cree la doctrina de Jesucristo, que confiesa su divinidad, y vive segun los mandatos de su ley: y por otra los enemigos de Cristo, los que viven sin ley, y siguen los movimientos corrompidos de sus malas pasiones. Veo de una parte emplear como armas la persuasion, la doctrina, la paciencia, la fortaleza, la humildad y todas las virtudes; y de la otra el poder humano, los edictos sangrientos, la persecucion, la confiscacion, las cárceles y el martirio. De una parte, repito, al hombre dirigido y animado por Dios; y de la otra á las potestades de este siglo, á las del abismo y á todos los enemigos de Dios prontos para acometer y despedazar, hasta concluir á los que predicen y confiesan á Cristo. Los enemigos de Dios creyeron triunfar; mas despues de una lucha, cuya duracion contó siglos, despues de derramar cruelmente la sangre de millones de mártires, despues de perseguir por cuantos medios son imaginables á los confesores de la fé, humillados por

el convencimiento de su incapacidad para triunfar de la obra de Dios, se vieron precisados á confesar como los otros: « *Digitus Dei est hic*: El dedo de Dios está aquí (1). » De esta manera los hombres, transformados por la gracia del Espíritu Santo en el Cenáculo, triunfaron del mundo y de todo su poder.

Mas no quiero pasar en silencio otro prodigioso efecto de la gracia del Espíritu Santo, y que se realiza en favor de la verdadera Iglesia de Jesucristo, la santa Iglesia Católica: prodigio que todos vemos y palpamos, y del que todos los hombres de la tierra pueden dar testimonio sin temor de equivocarse. Este prodigio es la propagacion maravillosa de la fé. Y digo propagacion maravillosa, porque realmente es un prodigio que la fé de Jesucristo, combatiendo sin cesar, se haya dilatado hasta tener esa extension en que hoy la contemplamos. Siglo por siglo ha necesitado combatir con diferentes enemigos poderosos, y que la herian desapiadamente ; en los primeros tuvo solo que combatir con la persecucion que le declaró á muerte el poder humano, realizándose lo que habia anunciado de Jesucristo y de su santa fé el rey David : « Asistieron los reyes de la tierra, y los príncipes se unieron contra el Señor y contra su Cristo (2). » Mas á esta persecucion armada y violenta siguió otra, mucho mas terrible todavía, por cuanto las armas, que en ella emplearon los enemigos del Señor, hieren y matan sin sentir. Fué ésta la que atacó la pureza y santidad de las costumbres cristianas, seduciendo infinitos individuos, y haciendo sentir á otros tentaciones tan violentas, que les pusieron en peligro inminente de corromperse.

(1) Exod. C. 8.

(2) Salmo 2.

Mas la Iglesia, llena del espíritu de fortaleza y abnegacion que Dios le concedió el dia de Pentecóstes, y conservará en su seno hasta la consumacion de los siglos, opuso á ese terrible enemigo la penitencia y la oracion. Se abren los monasterios por todas partes como otros tantos fuertes que levanta Dios contra sus adversarios, para proteger á sus siervos ; los desiertos se pueblan de lauras, de hermitas los montes mas escarpados, y las rocas mas elevadas se convierten en habitaciones de hombres, que ponen su virtud á cubierto de las asechanzas de la perversidad empeñada en corromperlos. Esta guerra, que ha continuado durante largos tiempos, ha contado como sus poderosos auxiliares á la herejía, á la indiferencia religiosa, al cisma y á la impiedad derramada á torrentes por medio de libros inmorales. Y á esta severa prueba, á que fué sometida la fé cristiana, ha seguido finalmente la de esa falsa política, con que no pocos mandatarios combaten la religion católica, por captarse la simpatía de los incrédulos, de los impíos, de los sectarios y hasta de los judíos: ¡ como si algun gobierno prudente pudiera alguna vez descansar tranquilo sobre el apoyo de hombres sin conciencia, y cuya opinion será siempre la que convenga á sus mesquinos intereses ! Esta es, hermanos mios, la mas dolorosa de las persecuciones; porque no son ya los verdugos que derraman la sangre de los mártires, ni son los que descaradamente esparcen la herejía, la sensualidad y el ateísmo los que combaten á la Iglesia de Jesucristo; sino los propios hijos quienes toman el puñal y lo clavan en las entrañas de la Madre. Con esta clase de persecucion en Europa y en America vemos hoy proclamadas por los hijos de la Iglesia doctrinas condenadas por la misma Iglesia ; vemos destronado y humillado el Sumo Pontifice por hijos de la

Iglesia; despojada ésta de su propiedad por hijos criados en su seno; y obscurecida su gloria, cautiva y sin libertad por culpa de sus hijos. Mas la Iglesia Católica no morirá. « Yo estoy con vosotros hasta la consumacion de los siglos, » dijo su divino Fundador (1). Y no estaré acompañándoos simplemente, sinó que os daré tambien á mi Espíritu Paráclito, que esté en el seno de mi Iglesia enseñando y dirigiendo todas las cosas (2). Ved ahí, porqué la Iglesia triunfará siempre de sus enemigos, y vivirá eternamente. Yo contemplo á esta Iglesia tan combatida, tan perseguida y tan oprimida acá y allá en todos los siglos, como aquel espíritu de Dios, que la santa Escritura nos deja ver llevado sobre las aguas en los días de la creacion. De modo que en medio del movimiento de esas mismas aguas que llenaban toda la tierra, del choque de los vientos que las impelían violentamente para que entrasen en los límites que les señalaba el poder divino; en medio, repito, del movimiento de la tierra que se anima, de las tinieblas que se retiran, y de la luz que aparece, el Espíritu de Dios eterno é inmutable *ferebatur super aquas* (3). Era superior á todo, y en él ningun trastorno causaba toda aquella revolucion de la naturaleza. De esa manera contemplo á esta Iglesia, á su fe y sus eternas verdades: fortalecida por el Espíritu de Dios, sostenida por su divina providencia, y llevada por su divino Fundador en las palmas de sus manos, para que no perezca sumergida en las aguas de la tribulacion, ni envuelta en los huracanes de la persecucion, ni oprimida por ese trastorno universal de tantos sistemas opuestos, de tantas opiniones opuestas, de tantos intereses opuestos que se combaten sin cesar los

(1) Mateo. Cap. 28.

(2) Juan. Cap. 14.

(3) Genes. Cap. 1.

unos á los otros. *Spiritus Dei ferebatur super aquas.* De suerte que la fé de Jesucristo, de que es la Iglesia Católica su única depositaría sobre la tierra se conservará siempre triunfante de todos los esfuerzos de sus enemigos; y en vano éstos la combatirán, porque llena del Divino Espíritu vivirá superior á todos sus esfuerzos. *Spiritus Dei ferebatur super aquas.*

Ved ahí, hermanos mios, algunos de los efectos que produce la gracia del Espíritu Santo, que Dios concedió este dia á los hombres en beneficio de su santa Iglesia Católica. Mostrémonos agradecidos á tan soberano beneficio, pidiendo al Señor que continue dándolo, pues de él tenemos tan gran necesidad. Pidámosle que lo mantenga en su Iglesia, para que cada dia aparezca ésta con esa misma grandeza de fortaleza y caridad, que le deja ver como obra de Dios por excelencia sobre la tierra. Que lo conceda tambien en particular á cada uno de sus fieles para nuestra santificación por los dones que nos trae. Digamos todos sin cesar lo que la misma Iglesia repite en estos dias orando al Señor: « Ven, Espíritu divino, llena los corazones de tus fieles, y enciende en ellos el fuego de tu divina caridad. » Así sea.

INSTRUCCION DÉCIMASEPTIMA.

PARA LAS FIESTAS DE LA CONCEPCION Y NACIMIENTO
DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN MARÍA.

Creavit Dominus novum super terram.

Crió el Señor una cosa nueva sobre la tierra.

(Ierem. Cap. 35.)

Como objeto del todo nuevo para la tierra contempla Jeremías á María Virgen y Madre al mismo tiempo, y en medio de su admiracion anuncia á los hombres que Dios lo ha criado, dando muestra de su sabiduría y omnipotencia infinita. *Creavit Dominus novum super terram.* Y bajo muchos aspectos podia la Madre de Dios ser estimada como prodigo verdaderamente nuevo, porque nueva era la inocencia de su alma inmaculada en medio de los hijos de Adan manchados con la culpa de su primer padre, nueva la santidad perfecta de su vida en el seno de un mundo corrompido, y nuevo el fruto de justicia y de misericordia que nos daba para nuestra redencion y salvacion. El Profeta nos declara que le sorprende encontrar unidas en María la virginidad con la maternidad, así como ver en su persona á la madre castísima que concibe y da á luz un hijo sin detrimiento de su pudor, y la vírgen inocentísima que ha ofrecido al Señor como precioso holocausto su pureza sin mancilla. Y éste ciertamente es un misterio incomprendible para los hombres, que Dios sabio, infinito y todopoderoso obró en la encarnacion de su Verbo divino como mi-

lagro jamas visto ni oido entre los hombres. *Creavit Dominus novum super terram.*

Pero no creais ser inferior á éste la preservacion de Maria de la culpa original y que con voz elocuente, pero humilde, ella misma se dignó descubrirnos como lo mas grande y encumbrado de su dignidad. Cuando la vemos salir pura, santa y llena de gracia de una carne que corrompió sus caminos, no podemos ménos que mirarla como un portento extraordinario del Omnipotente, como su obra mas privilegiada, y como una maravilla de su providencia que nos obliga á exclamar con el Profeta: « El Señor ha criado una cosa nueva sobre la tierra ; *Creavit Dominus novum super terram.* »

Venid, hijos de Adan, venid á contemplar este prodigo, que os deja ver á un alma afortunada, que naciendo del padre comun, no lleva la señal de prevaricacion que traemos á la tierra todos sus hijos, ni soporta las consecuencias del pecado que todos soportamos. Los efectos de este favor singular concedido por Dios á Maria se dejan ver en la vida de ésta, enteramente opuesta á la que llevan ordinariamente todos los mundanos. En efecto, cuando el mundo dissipado y sensual inspira á los hombres buscar su felicidad en placeres, la Virgen Maria dedicándose á conservar los privilegios de la divina gracia que le fueron concedidos, nos manifiesta que toda nuestra felicidad consiste en conservar sin mancha la inocencia de nuestras costumbres. Y mientras ese mundo, inspirando en los hombres un olvido lamentable de sus obligaciones, les abruma con infinitos males, Maria destinada por Dios para reparadora de éstos, nos enseña con sus ejemplos á huir los vicios del mundo y á conservarnos fieles á Dios.

Este es, hermanos mios , el prodigo nuevo sobre la tierra, sobre el que vamos á discurrir para gloria de la Madre de Dios, y provecho de nosotros mismos. En suma , vamos á meditar á Maria como objeto nuevo sobre la tierra , por las virtudes perfectas con que busca á Dios , y por los ejemplos efficaces con que estimula á los hombres para que tambien le busquemos. Oidme.

I.

Cuando Dios quiere ostentar su grandeza, produce obras extraordinarias y milagrosas que hacen conocer mejor la infinita magnificencia de su poder y temer la severa justicia de su virtud: asi fortalecio el brazo de Moises y lo hizo superior á toda la grandeza de Faraon, queriendo por su medio dar libertad á Israel ; asi hizo efficaz la palabra de Josué , á fin que recibiese perfecto cumplimiento su sentencia de destrucion y muerte contra los de Gabaon ; y asi revistio de encumbrada dignidad al sacerdote Araon, para que ejerciese el pontificado dignamente en medio de los hijos de Levi. Cuando quiere enseñar al género humano prácticamente la virtud y santidad á que debería aspirar recibiendo y profesando la fé de su divino Hijo Jesucristo, prepara un modelo que ofrece como cosa nueva sobre la tierra. No fué éste alguno de los santos profetas del antiguo Testamento , que tantas veces predicaron á Israel con su palabra y con su ejemplo; ni fué David á quien Dios con tanta complacencia llamó su siervo fiel y dijo estar formado á medida de su corazon; ni lo fué el Bautista ni alguno de los otros Santos, á quienes el Hijo de Dios se dignó elogiar como merecian sus grandes virtudes. Ese modelo lo presentó

en Maria concebida sin mancha de pecado original, y criada en la inocencia para ser la Virgen y Madre de Dios, la Esposa del Espíritu Santo, y a quien dotó con todas las virtudes desde el primer instante de su ser, para que en ella pudiésemos encontrar el modelo de las nuestras.

Tres son los medios, de que los enemigos de nuestra alma se aprovechan para corromper y apartar de Dios el corazon humano, á saber: la ignorancia con que está herido nuestro entendimiento, y que nos ofusca, nos rodea de tinieblas y nada nos permite ver ordinariamente bajo su aspecto verdadero; la soberbia que nos hace olvidar fácilmente la vileza de nuestra condicion, aborrecer cuanto nos abate, y amar solamente aquello que sirve de pábulo á nuestro orgullo; y esa repugnancia constante que vive en nuestra alma para someternos con alegría á la voluntad divina. Maria, dedicándose á aprovechar el beneficio de la gracia que la preservó de la culpa en el primer instante de su ser, opone á la ignorancia la fe que, cual luz clarísima y maravillosa, ilumina su entendimiento, y dirige su voluntad por los caminos de Dios. ¡Y qué sentimientos tan sublimes no le inspiró esa luz divina? Los primeros afectos de su corazon buscaron á Dios con una perfeccion superior á la de los ángeles; le dió un conocimiento claro del valor de la gracia que había recibido, y le hizo poner todo su esmero en corresponderla, aumentándola con el ejercicio de las virtudes. Así es que apenas ve al mundo, cuando lo desprecia y se aleja de él, resuelta á no participar ni de sus grandezas, ni de sus dichas. En medio de la corrupcion que divisa por todas partes, busca en el templo del Señor ásilo seguro para su inocencia, allí se oculta de las asechanzas de los enemigos de su alma,

y se ocupa de las conversaciones del cielo, que ligan mas y mas su corazon á Dios. Inspirada por el Espíritu Santo, ofrecio al Señor la hostia mas preciosa que podia inmolarle como sacrificio, pero como sacrificio nuevo y que jamas hasta entonces le habia sido ofrecido por alguna de sus criaturas (1). Sacrificio opuesto á las ideas de su pueblo, á las esperanzas de su pueblo y á la grandeza individual de los ciudadanos de su pueblo; sacrificio que la despojaba de las consideraciones y de los recursos que le eran necesarios para vivir, para reducirla á la situacion obscura y casi ignominiosa de las vírgenes en aquella época.

Recordad, hermanos mios, las lágrimas de Raquel que llora su esterilidad, los suspiros ardientes y las oraciones fervorosas con que Ana pide hijos al Señor postrada cerca del lugar santo, y el gozo con que Zaccarias oye al ángel de Dios que le naceria un hijo; y comprendereis la importancia que tenia el matrimonio en el pueblo de Israel, y cuántas bendiciones del cielo miraban los hombres como vinculadas en su prole. Maria, iluminada por su fé y por su amor á Dios, se hace superior á todas esas consideraciones, y ofrece al Señor en su santo templo conservar á honra y gloria suya ilesa su pureza virginal, y guardar sus sentidos y los afec- tos de su alma, de tal modo que no pudiesen contribuir á ponerla en peligro de faltar á su promesa. ¡Con cuánto agrado miraria el Señor este sacrificio tan nuevo que le ofrecia la tierra! ¡Cómo se complaceria en él con preferencia á todos cuantos le dedicaba Israel sobre el altar de los holocaustos! Los corderos, hermanos mios, y los becerros cuya sangre baña el pavimiento del templo del Señor, y cuya gor-

(1) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 28. art. 4.

dura quemada en holocausto produce aquel olor de suavidad, que se eleva desde la tierra hasta el cielo, y aparta de los hombres las maldiciones del Señor (1), frios y sin fervor aparecerian delante de Dios al lado de éste. La naturaleza del sacrificio de Maria, la ele-vacion de espíritu y la devocion con que lo ofrece , aventajan infinitamente las disposiciones con que eran ofrecidos todos los sacrificios de Israel.

Un milagro único en su clase , y que durante la sucesion de los siglos no habrá de repetirse , hizo fecunda la virginidad de Maria; porque vuestros pensamientos, Dios mio, distan infinitamente de los nuestros, y vuestra infinita sabiduría realiza y perfecciona sus designios por caminos que nos parecen directamente opuestos al cumplimiento de ellos mismos. Maria fué hecha madre del Cristo Mesias prometido á los hombres y Salvador de Israel, viviendo en condicion que alejaba aun la esperanza remota de obtener tan augusta dignidad. Pero ¡ cuán ejercitada estuvo la fé de Maria en los misterios de su divino Hijo ! ¡ Un Dios nace, un Dios sufre, un Dios llora , el Todopoderoso siente todos los trabajos y todas las flaquezas de la infancia, y la Sabiduría eterna carece de palabras para explicar sus penas . ! ¡ Ella es una criatura, una esclava humilde del Señor, y al mismo tiempo Madre del Criador ! Su fé viva la anonada en su presencia, y cuántas veces le hace repetir lo que , inspirada por Dios , dijo cuando visitaba en Judá á su pariente Isabel: « Me hizo grande el que es Todopoderoso, » atribuyendo solo á Dios todos sus bienes, é intimamente persuadida que nada seria sin Dios, ni ningun bien poseeria su alma, si la bondad infinita del Señor no hubiese puesto sus ojos misericordiosos en su vileza y pequeñez.

(1) Génes. Cap. 8.

La soberbia humana dista mucho de confesar la grandeza y bondad divina, que brillan cada dia en las obras que produce en beneficio de sus criaturas ; se complace en recorrer aquellos títulos que, segun su juicio , la hacen acreedora á los bienes que recibió , así como los medios con que llegó á adquirirlos; mas Dios, su misericordia y liberalidad infinita para nada aparecen en esos discursos, porque el orgullo del hombre se resiente de que le haya sido concedido graciosamente aquello que cree haber alcanzado por sus propios merecimientos. Maria procede de una manera enteramente opuesta: aquella doctrina profunda de la eterna Sabiduría que decia al hombre: « ¿Qué cosa tienes que no sea dada ? ni qué posees que no te se haya concedido ? » formaba el fondo de su mas íntimo convencimiento. Vedla por eso la mas humilde entre todas las mujeres, y engrandecida por Dios sobre todas con una dignidad casi infinita, como se explica el Angélico Doctor Santo Tomás (1), apenas se atreve á l'amarse esclava del Señor (2). ¡ Oh gran Dios , qué confusion para nuestro orgullo ! Y cuando las hijas de Israel correrian ilustradas por el Evangelio, celebrando su augusta dignidad, como lo habia visto en espiritu el Profeta Rey (3), y cantarian á una con la piadosa Marcela: « Bienaventurada tú que vestiste de carne humana al Hijo de Dios ; bienaventurada tú cuyas entrañas encerraron al Salvador de los hombres ; bienaventurada tú que alimentaste con tu leche virginal al Mesias prometido , lo cuidaste de cerca en su niñez , y prodigaste todas las caricias á ese niño que es Hijo de Dios y Hijo tuyo al mismo tiempo ; por eso

(1) 3.^a pars, quaest. 27. art. 1.

(2) Lucas. Cap. 1.

(3) Salmo 44.

eres mil veces bienaventurada entre todas las mujeres;» Maria responderia: « El Señor miró la pequeñez y la bajeza de su esclava, y dió muestra de su poder, haciendo cosas grandes; nada es, por consiguiente, mio sinó todo de Aquel cuyo poder es infinito y cuyo nombre es santo.» Toda la vida de la gran Madre de Dios es un tejido hermosísimo de estos actos heróicos de humildad: y como esta virtud es el fundamento de la vida cristiana, Maria que era Madre de Cristo, humilde por excelencia y modelo nuestro perfectísimo, nos dejó en toda ella insignes ejemplos de tan gran virtud. Si veis á Maria en presencia de Jesus su divino Hijo, jamas toma motivo de su dignidad de Madre para exigir de El algo con imperio; se contenta con representar la necesidad que sufren sus prójimos, y con pedir y rogar humildemente (1). Si llenas sus entrañas de amor maternal, desea ardientemente hablar á su Hijo rodeado de las turbas á quienes predica el Evangelio, ruega á sus discípulos le presenten sus deseos (2), y se resigna con humildad á lo que disponga Aquel. Y si, en fin, alguna vez se atreve á vertir en presencia de Jesus alguna queja ligera é hija del amor maternal, recibe con humildad la respuesta del Salvador, que le representa el objeto con que ha venido á la tierra, que no era ciertamente recrearse como hombre con las caricias maternales, sinó llenar como Salvador de los hombres la gran mision de enseñarlos y redimirlos (3). Y esta humildad profunda la acompaña en todas partes así en Nazaret como en Belen; cuando es visitada por los ángeles, como cuando recibe á los reyes del Oriente; así en el templo cuando el sacerdote Simeon le anun-

(1) Juan. Cap. 2.

(2) Mateo. Cap. 12.

(3) Lucas. Cap. 2.

cia los misterios de su vida dolorosa, como cuando los apóstoles la honran y la veneran como Maestra de la Iglesia y Madre de nuestro Salvador Jesus. De esta manera, hermanos mios, condenaba Maria la soberbia, que tan eficazmente influye en nuestra perdicion, y nos enseñaba en la práctica constante de la humildad el camino seguro para llegar al reino de los cielos. La tierra toda infecta por la soberbia, y los hombres que la habitan dominados por el orgullo, vieron en la humildad de Maria un objeto nuevo que les enseñaba y les edificaba.

Mas no era ménos nueva su dedicacion á llenar en todas las cosas eficazmente la voluntad de Dios. La fé nos dice que el origen de nuestros males es nuestra contradiccion á la voluntad divina. Jesucristo que vino á reparar este desorden, conformó hasta en los mas ligeros ápices su voluntad á la de su Padre celestial, y desde que entró al seno de Maria y vistió en el carne humana, su voluntad no tuvo mas movimiento que aquel que le imprimia la de su Padre celestial. Maria aprendió en la escuela de Jesucristo su divino Hijo esta misma obediencia y perfecta sumisión. Por eso es que la encontramos profundamente resignada, alegre y contenta en todos los actos de su vida, aun en aquellos mas dolorosos y penosos. Por eso aun cuando la vemos en la pasion y en el Calvario, su alma elevada sobre esa misma pena natural, estaba unida á la voluntad divina, y repetia delante de Dios con toda la eficacia de su fé y de su piedad: « Hágase, Padre, tu voluntad. » Y por eso tambien durante su dilatada peregrinacion sobre la tierra, aun cuando su espíritu volaba continuamente al cielo con su fé y con su deseo, sufria tambien con santa paciencia su largo destierro, porque ésta era la

voluntad de Dios. Ved ahí, hermanos mios, practicada por Maria esta virtud que Dios hecho hombre nos enseñaba como indispensable para llegar al reino de los cielos, siguiendo el camino que nos dejaba trazado. Pero ¡ ah ! qué distantes nos encontramos de caminar por él ! Ese espíritu de rebelion á los preceptos, ese deseo incesante de satisfacciones mundanas, ese amor á la vanidad, ; adónde nos conducen, católicos, sinó á alejarnos de Dios cada vez mas ? ¡ Oh Maria ! Feliz vos una y mil veces, Madre de mi Dios ; feliz vos una y mil veces, porque conformaste vuestra voluntad con la suya. Feliz, porque desterraste cuidadosamente de vuestro espíritu todo principio de contradiccion á la ley divina, abrazando los preceptos con la voluntad mas fervorosa, como que en ellos estaba significada la del Señor mas dulce para vos que todas las dulzuras de la tierra; y feliz, porque con esa diligencia vuestra vida estuvo toda en Dios, y los regocijos inefables de vuestro espíritu, en todo cuanto honrase á vuestro Criador y Salvador.

Esta virtud singular y prodigiosa con que Maria buscó á Dios, no es tan solo considerada en sí misma una cosa nueva sobre la tierra, sinó ademas un estímulo eficaz que nos mueve á imitarla.

II.

De dos maneras nos mueve, hermanos mios. Primero con la eficacia de los ejemplos que nos da; porque, á la verdad, las virtudes de Maria puestas delante de la conducta de tantos que se llaman hijos de Dios y discípulos de Jesucristo por la fé que recibieron en el santo bautismo, puestas, repito, delante de esos que viven descuidados de los deberes que les impone la fé, es una re-

preision que meditada no puede ménos que conmoverles con seriedad. Ese desprendimiento de la tierra, esa adhesion constante á las cosas de Dios, esa resolucion, en fin, con que todo se pospone, todo se olvida, y todo se deja, á trueque de conservar pura y nítida la dignidad y hermosura que concede la divina gracia al alma que la posee, ¿qué dicen al corazon humano con voz infinitamente elocuente? Dicen, hermanos mios, que mientras él olvida las estrechas obligaciones que le ligan con Dios, las maravillas con que le ha explicado su amor infinito, y los premios eternos que le tiene reservados para corresponder cualquier sacrificio que hiciese por su amor: Maria conservaba en su corazon (1) la memoria de esa ley divina que le enseña aquellas obligaciones; de las grandes maravillas obradas por Jesus para redimir á los hombres de la culpa, y de las promesas hechas por El mismo á los que realmente permaneciesen fieles á sus mandamientos. Dicen que mientras él no soporta cualquier sufrimiento, por ligero que sea, sin dar muestras de disgusto y de impaciencia, olvidando que en esos sufrimientos puede con facilidad satisfacer al Señor la deuda enorme de sus culpas y de sus defectos; Maria inocente y pura se ofrece voluntariamente al martirio, y no tan solo lo sufrió al pié de la cruz, sino durante los treinta y tres años de la vida de Jesus, y todos los que su fé ardiente y fervorosa contempla á su divino Hijo humillado y abatido sobre la tierra. Le dicen que, á pesar de las frecuentes inspiraciones de la divina gracia, él se muestra tibio y sin ánimo para cumplir los designios del Señor; de tal modo que á veces Dios, castigando sus negligencias,

(1) Lucas. Cap. 2.

le retira los auxilios oportunos, y de allí nacen sus caidas en los pecados, su debilidad y postracion para lo bueno, y la indiferencia con que mira sus intereses espirituales, los mas importantes por cierto para su alma; mientras tanto Maria despreciando eso que él ama, busca para si en lo espiritual y en todo lo que pertenece á Dios, la que llamó Jesus « la mejor parte, » mirando todo lo demas ya con verdadera indiferencia, ó ya con profunda aversion. Ved ahí, católicos, lo que dice Maria al hombre tibio y negligente para procurar los bienes eternos, que son los únicos verdaderos, aquellos supremos é inefables que, exhortándonos el Salvador á procurar, nos decia ser los únicos necesarios (1).

Venid, pues, los que formais con los dias de vuestra vida los eslabones de esa cadena de placeres y satisfacciones mundanas, que os ata al borde del abismo de vuestra eterna desgracia, y aprended en los ejemplos de Maria que toda esa vuestra dicha es ilusion, que ninguno de vuestros placeres es durable, y que no hay sobre la tierra mas felicidad que aquella que proporciona la virtud. Venid los que correis tras la grandeza y la prosperidad del siglo; fijad vuestra vista en la vida de Maria, y conocereis que todo lo que buscais con tanto teson, es un fantasma que no merece ni vuestra atencion, ni mucho ménos vuestros sacrificios, y un poco de humo que se disipa, en el momento que nos parece ya vamos á poseerlo; y venid tambien los que procurais unir en vuestro corazon las riquezas del cielo con los bienes de la tierra, la inocencia de la virtud con los peligros y ocasiones del pecado, y la divina gracia con las inspiraciones de sa-

(1) Lucas. Cap. 10.

tanás ; todos venid, porque María condena eficazmente vuestra conducta temeraria, haciéndoos ver con la suya, que Dios quiere reinar solo en el corazón de sus criaturas, que los cuidados de la tierra excluyen los del cielo, y las miserias del pecado borran en nuestra alma la hermosura de la virtud.

Mas donde veo á María estimular mas particularmente nuestros deseos de poseer y practicar las virtudes cristianas, es, hermanos míos, en la observancia de los consejos del Evangelio, á cuya práctica quiso el Salvador vincular la perfección de sus fieles. Los mandamientos son obligatorios para todo cristiano de tal manera, que el divino Maestro declaró solemnemente que sin guardarlos nadie podría entrar al reino de los cielos. Mas los consejos son tan solo reglas que la providencia divina quiso dejar á los que deseasen alcanzar la perfección. Sin retirarse á los desiertos, ni ejercitarse en aquellas mortificaciones asombrosas que hicieron célebres en la Iglesia cristiana á los antiguos anacoretas y á otros santos, el cristiano con la práctica de estos consejos evangélicos puede vencer las malas pasiones que le combaten á cada paso, y llegar á conseguir la perfección que desea en nosotros Jesucristo. María observó estos consejos con singular puntualidad; no fué como la Magdalena á soterrarse en la gruta de un escarpado monte para oír las músicas celestiales con que los ángeles venían á consolarla y á fortalecerla cada día, sino que en medio de la Iglesia y á la vista de los discípulos de su Hijo practicó esas virtudes evangélicas, que daban vigor, y llenaban de fortaleza el corazón de los discípulos de Cristo en aquellos tiempos de prueba y afición. La obediencia profunda, la pobreza voluntaria, la pureza y castidad mas perfecta, y todos los consejos del Evangelio, hermanos

mios, resplandecieron en la conducta de Maria con mayor luz que aquella , con que los astros de primera magnitud brillan sobre el firmamento (1). Ojalá que esta luz celestial ilustre nuestra voluntad, y la resuelva á marchar por la senda que nos señalan aquellas virtudes.

Pero no son solamente los ejemplos de Maria los que nos mueven á imitarla, sino que tambien se une á éstos la proteccion poderosa y eficaz que nos concede para obtenernos la gracia del Señor. Como Madre de Dios y Madre de los hombres nadie, despues de Jesucristo, puede rogar por nosotros con mayor fruto que Maria. Dios la ama sobre todas las demas criaturas , sobre todos los ángeles y Santos por la excelencia y perfeccion de sus virtudes: y Maria nos ama con el amor de la madre mas tierna y mas anhelosa en procurar verdaderos bienes para sus hijos. Con este amor ruega constantemente por nosotros con mayor fervor que Oseas y Jeremías oraban por su pueblo (2) , y sus oraciones, como predica San Agustin (3), son tan poderosas y solícitas por nosotros, á medida que es grande y eficaz el valor de su intercesion para con Dios. ¡Ah católicos ! no ha sido Maria llamada en vano puerta del cielo: *Coeli porta*, porque lo es verdaderamente para los hombres que á ella recurren y merecen su proteccion.

Recurren á Maria, he dicho , primero procurando con sus oraciones fervorosas alcanzar su favor. Porque Dios al hacernos conocer nuestras necesidades, ha querido que busquemos su remedio en la oracion. Quiere que salgamos de ese estado de inaccion y tibieza , á

(1) S. Bernard. in Sig. Mag.

(2) II. de los Macabeos. Cap. 15.

(3) Serm. IV. de Nativit.

que nos reducen las culpas ; quiere que elevemos el corazon al cielo , de donde nos hemos voluntariamente desterrado apartandonos de Dios; y quiere que recordemos los verdaderos bienes que olvidamos, cautivados por el brillo deslumbrador de los terrenos y miserables que mantienen preso nuestro corazon. No podremos, pues , salir de esta situacion , sino elevando el corazon y la voluntad hacia el cielo por la oracion. ; Y á quién iremos á buscar para que haga oir nuestros ruegos, sino á nuestra Madre ? ; Quién ama á los hijos con tanto amor como su madre ? ; Ah ! por eso oramos á Maria , por eso buscamos su proteccion , y por eso nuestro espíritu se siente justamente consolado cuando se dirige á Maria. Comprended, hermanos mios, que ese cristiano que persevera voluntariamente en sus pecados; que nada hace para romper las ligaduras que lo retienen en los vicios; que conserva en su corazon todavía aficiones peligrosas; ese cristiano, repito , que no se ha decidido aun de veras á restituir lo ajeno, sean bienes de fortuna, sea reputacion manchada, sean compromisos no cumplidos , no puede merecer la proteccion de Maria. Necesita poner en movimiento su voluntad para marchar con el espíritu hacia su buena Madre, mas su corazon necesita descargarse primero del peso de las culpas que lo oprimen, y limpiarse de la aficion á éstas que lo manchan, de otro modo no llegará su espíritu hasta Maria, sus ruegos quedarán perdidos y sin que ella los escuche; pero no porqué falte á Maria voluntad para favorecer á esos individuos , sino porqué no se encuentran en éstos las condiciones que hacen merecer su proteccion.

« No todos los que dicen Señor, Señor, entrarán al reino de los cielos, decia Jesucristo , sino aquellos que hiciesen la voluntad del Padre celestial que está

en los cielos (1). » Y siguiendo esta doctrina de nuestro Señor Jesucristo podemos decir, que no todos los que dirigen sus oraciones á Maria, serán oídos por ésta, sinó solamente aquellos que con sinceridad prometen á Dios abandonar las iniquidades que les hacen indignos de la misericordia de Jesus y de la proteccion de su Santísima Madre. Es del todo inútil presentarse á Maria con una conciencia manchada, sinó acompaña el pecador la sincera y eficaz resolucion de poner término á sus desórdenes, de purificar su corazon, y de vivir observando con puntualidad todas sus obligaciones.

Para merecer ademas la proteccion de Maria, necesitamos honrarla con muestras de verdadera devicion, y entre todas éstas ninguna tan honrosa para Maria, ni tan eficaz para nosotros, como procurar imitar en lo posible sus virtudes. Propongámonos esta imitacion, traigamos frecuentemente á nuestra memoria las virtudes que santificaron la vida de Maria, y con ellas procuremos tambien santificarnos nosotros. Honremosla ademas con nuestras oraciones, especialmente con el santo Rosario: allí meditamos la vida, la pasion y la muerte de su santísimo Hijo y la vida de ella misma; y si lo hacemos con fervor, no podremos ménos que participar algo de las virtudes y de los afectos que abundan en su purísima alma. Ved ahí, hermanos mios, las obras que nos hacen merecer la proteccion de Maria. Habeis visto pues, cómo esa madre inmaculada es hoy no solo la cosa nueva que el Señor cria sobre la tierra, y arrebata nuestra admiracion con lo singular y portentoso de sus virtudes, con que nos edifica, sinó tambien por la eficacia con que nos estimula á buscar á Dios. Si vos sois, Virgen purísima, la que nos

(1) S. Mat. C. 7.

haceis dignos de merecer vuestra proteccion: alcanzadnos, oh Maria, el espíritu del Señor, que nos purifique y nos encienda en el amor de vuestro divino Hijo Jesus. Reina del cielo y de todos los Santos , dignaos reinar en nuestro corazon. Vos sois nuestra esperanza, nuestro consuelo y nuestra defensa entre los peligros que por todas partes nos rodean. Estrella del mar , guiad la santa Iglesia Católica entre las embravecidas ondas de la borrasca que la affige, y llenad de fortaleza y caridad al sumo Pontífice que la gobierna. Refugio de los pecadores, guardadnos bajo de vuestra proteccion ahora y en la hora de nuestra muerte. Amen.

INSTRUCCION DÉCIMA OCTAVA.

SOBRE LA ASUNCION GLORIOSA DE MARIA SANTÍSIMA AL CIELO.

*Maria optimam partem elegit,
quae non auferetur ab ea.*

**Maria ha escogido la mejor parte,
la que no le será quitada.**

(S. Luc. Cap. 10.)

Venid, venid presurosas, hijas de Jerusalen, venid y ved á la tierna niña de la casa de Jacob, que os aven- tajó á todas en la grandeza de sus merecimientos, y en la excelencia de sus virtudes. Sara, incontrastable por tu fé en las promesas divinas; Rebeca, admirable por la sencillez de tu corazon; Raquel, que ofreces al Señor tu alma inocente como el mas agradable de los sa- crificios; Débora, que derramas como torrente la sa- biduria en medio de los pueblos; matronas ilustres del antiguo Testamento, venid todas, y contemplad á Maria en este dia de alegría para su corazon. Su gloria nada tiene de comun con la vuestra, ni su virtud puede confundirse con la de ningun hijo de Adan ; su fé en las promesas divinas probada por Dios y por los hombres, su alma vestida de inocencia sin mancha, y todas sus obras que revelan la santidad perfecta de su vida, todo, todo la eleva infinitamente sobre vos- otras. Contempladla hoy cuando, despues de atrave- sar el vastísimo mar de sus tribulaciones, entra al puerto de felicidad eterna. En medio de vuestro asom- bro tejed con vuestras virtudes hermosas coronas , y

ponedlas á sus piés, confesando que es vuestra Reina por la grandeza de sus merecimientos y por la excelencia de sus virtudes.

Venid tambien vosotras, almas cristianas, hijas de Dios, y á quienes el Rey de cielo desposó por la fe en medio de los amorosos transportes de su misericordiosa bondad: venid, hijas de Jesucristo, y contemplad la grandeza de Maria, á quien el Todopoderoso eleva sobre los coros de los ángeles y sobre todos los bienaventurados; contemplad las virtudes que le sirvieron como de escala para subir al trono de gloria que se le concede. Pero cuando vuestra admiracion crece á medida que conoceis mejor la grandeza inefable de su bienaventuranza, recordad que su vida es vuestro modelo, y sus virtudes la preciosa herencia que os deja para imitarlas.

Ved, católicos, como hoy se ofrece la Asuncion gloriosa de Maria á la consideracion del cristiano. De una parte contemplamos con el espíritu su gloria, que la eleva sobre todas las criaturas y la hace admirable para los ángeles y para los hombres. Vemos su poder, que se extiende sobre los cielos y la tierra, derramando sobre ésta los infinitos tesoros de la caridad de Dios, depositados en sus manos. De otra miramos las virtudes admirables de su vida como un sendero, del que no podrá separarse quien eficazmente ama á Maria y desea acompañarla en la bienaventuranza eterna.

La gloria de Maria resplandece en su muerte, en su resurrecion y en su coronacion á la diestra de Jesus fruto bendito de su vientre virginal.

La gloria de Maria resplandece en sus virtudes que son como la antorcha, que alumbran nuestro camino hasta llegar al reino de los cielos. Son éstas las dos reflexiones que voy á haceros.

De suerte que vamos à contemplar en la gloria de Maria la muestra de su grandeza y dignidad; y en las virtudes, por donde llegó á esa gloria, el medio que nos ofrece para acompañarla alguna vez. Escuchadme.

I.

En tres circunstancias quiso hoy la mano del Señor glorificar á Maria. En su muerte, en su resurreccion y en su coronacion, haciendo resplandecer en todas tres la riqueza de su bondad y la grandeza de su poder. Preciosa llamó David (1) la muerte de los justos, porque, aun cuando la separacion del espíritu y la carne que la causa, sea por su propia naturaleza dolorosa, la divina providencia deja sentir en el momento de esa separacion tantos consuelos en el alma del justo, que, aventajando en mucho á los sufrimientos de su cuerpo, hacen que éstos queden olvidados. La fé, hermanos mios, cuanto mas activa y eficaz vive en el hombre, es tambien mas capaz para hacerle sentir ilustraciones y consuelos, que son infinitamente superiores á cuantas satisfacciones y placeres pueden encontrar nuestros sentidos en este mundo. Así lo confesaba David diciendo á Dios (2): « A medida de los sufrimientos, que me afigieron, fueron tambien los goces que vinieron á alegrar profundamente mi alma. » Porque ésta, ilustrada por la fé, comprende la infinita distancia que existe entre lo material y terreno, y lo espiritual y eterno, así como la inmensa superioridad de ésto sobre aquello.

Muy bien comprendia estas verdades el Apóstol,

(1) Salmo 115.

(2) Salmo 93.

cuando escribia bajo la influencia de esa fé viva y ardiente que lo dirigia, que « no son dignos los sufrimientos de la vida presente de la gloria inefable que nos aguarda (1). » Así es que, lleno de ilustraciones celestiales y gozos purísimos del espíritu, el hombre queda muy superior á lo terreno, porque el conocimiento de lo celestial arrebata sus potencias, y las embriaga con torrentes de dulzura y de inexplicable felicidad. ¡Qué aprecio hacia San Estevan de los golpes, con que lo maltrataban sus verdugos ? Ninguno ; porque veia los cielos abiertos, y allí á Jesus sentado á la diestra de Dios (2). Esta vision de tanto consuelo le hacia olvidar el dolor y las amarguras de su martirio. La esperanza de una vida mejor, de poseer una felicidad sólida y eterna multiplica en el alma la fortaleza, y en nada estima las penas y los trabajos que es necesario soportar para llegar allá. ¡Veré al Señor ! era la esperanza que alentaba á Job en medio de sus dolores (3). ¡Veré al Señor ! llenaba de contento al Apóstol de las gentes, y le hacia mirar la muerte como verdadera ganancia (4). Y ¡veré al Señor ! tiene para el cristiano fervoroso atractivos infinitamente superiores á todos cuantos pueden ofrecer la grandeza y felicidad de la tierra. De esta esperanza segura que abriga la conciencia, nace la caridad ardiente, con que el espíritu desea romper la prision de la carne, que le retiene en la vida presente, para volar y unirse con Dios en la vida eterna. A medida que estas virtudes se practican con mayor ó menor perfeccion, así son tambien mas ó ménos abundantes los frutos, que en aquella hora nos permiten recoger.

(1) A los Romanos. Cap. 8.

(2) Hechos de los Apóstoles. Cap. 1.

(3) Job. Cap. 29.

(4) Carta á los Filip. Cap. 1.

La fé de Maria fué perfectísima. Oyó la palabra de Dios, y la conservó en su alma. Ved ahí el mas grande elogio que de ella puede hacerse, el que mas la honra, y el que por eso le dedica la Iglesia desde sus primeros siglos, diciéndole : *Beata es, Maria, quae credidisti.* Ni vaciló jamas en Maria esa fé. Creyó con la misma seguridad cuando veia al Verbo divino salir de sus entrañas purísimas vestido de carne humana, como cuando le veia, usando de su poder, resucitar los muertos : con la misma firmeza cuando asistia á su muerte ignominiosa al pié de la cruz, como cuando presenciaba su ascension al cielo lleno de gloria y majestad. La esperanza de Maria fué de tal naturaleza, que aguardando obraba eficazmente, á fin de alcanzar la plenitud de los bienes que le estaban prometidos, y son el objeto de la misma esperanza. Esperó con deseo ardiente, y obró con eficacia admirable, podemos decir con San Alberto Magno ; y por eso en ella se cumplieron todas las promesas divinas. Su caridad, en fin, jamas entibió su fervor. En el pesebre de su Hijo, en su niñez, en su prosperidad y en su pasion ; en el Calvario y en el olivete fué siempre la misma. Ved ahí porqué, cuando llega la muerte de Maria, la fé le muéstra á Jesus, que le aguarda como su Hijo y su Redentor. Le ve como su Hijo é Hijo de Dios al mismo tiempo, y en raptos de esa vivísima fé, en El ve su verdadera vida, su felicidad perfecta y su gloria eterna. Le ve como su Redentor, que viene á libertar su alma de la violencia, en que la retiene la vida presente ; y con mayor razon que la Esposa de los Cantares : « Venga, dice, el que es dueño y señor de mi alma, tenga para siempre la posesion de mi ser. » La esperanza lleva á sus oídos la voz dulce del Espíritu divino, Esposo verdadero de

su alma purísima ; y esa voz mas dulce que todas las dulzuras de la tierra : « *Surge*, le dice, *surge, propera, amica mea, et veni* ; Levántate, levántate, apresúrate, amiga mia, y ven (1). » Levántate de esa tierra cubierta de iniquidades, manchada primero con la sangre de mis profetas derramada injustamente, y manchada despues con el espantoso deicidio cometido en la persona del Hijo de Dios é Hijo tuyo, levántate presto. *Surge*. Daos prisa á salir de este destierro, pues te espera abierta la puerta de la patria eterna, y en ésta la corona debida á tus heróicas virtudes. *Propera*. Tú amaste á Dios sobre todas las criaturas, y guardaste sus preceptos con fidelidad perfectísima : por eso á nadie corresponde como á tí el título de amiga, que el Señor se ha dignado darte. Apresúrate para unirte eternamente con el amado de tu corazon. *Surge, propera, amica mea*. Ven del valle de lágrimas, donde has vivido desterrada : ven del desierto, donde gemiste solitaria la amarga ausencia de Jesus : daos prisa, porque pasó ya para tí el tiempo de las tribulaciones, y va á entrar la eterna primavera de tus regocijos celestiales. *Surge, propera, amica mea, et veni*.

Los movimientos de caridad, que producian en su alma la viveza de su fé y la seguridad de su esperanza, no podemos explicarlos sinó con la tierna expresion de la Esposa de los Cantares: « *Amore langueo*: Mirad que muero de amor (2). » Muero, porque la caridad me urge con tal violencia á unirme con Dios, que me es ya imposible vivir separada de El. Muero, pero como sacrificio de amor, en que ofrezco á Dios todo

(1) Cant. Cantic. Cap. 2.

(2) Ibidem.

mi ser. *Amore langueo.* Muero de amor, y este amor sumo, inefable é inmenso es toda la causa de mi muerte. Bien comprendeis ahora, hermanos mios, con cuánta razon he dicho, que la mano del Señor se dignó glorificar á Maria en su preciosa muerte, viniendo á ser ésta una muestra de su grandeza y dignidad.

Pero no la glorificó ménos en su gloriosa resurrección. No está plenamente comprobado cuál fué el lugar de la muerte de Maria, si fué Efeso, como pretenden algunos Padres de la Iglesia, ó Jerusalen, como pretenden otros, y no sin fundamento. Mas á una todos los escritores eclesiásticos mas antiguos nos dejaron consignada la tradicion de que su muerte fué á impulso de su amor á Dios, en medio de los transportes mas encendidos de la caridad, y semejante á un sueño dulcísimo, en medio del cual el alma deja tranquilamente la habitacion de la carne, para tomar la inmortal y eterna del cielo. San Juan Damasceno y San Epifanio, escritores de los primeros siglos del cristianismo, San Cirilo de Jerusalen y toda la tradicion de las Iglesias Griega de Oriente y Latina del Occidente estan acordes en el hecho, de que subió Maria al cielo en alma y cuerpo, encontrándose los apóstoles y discípulos del Señor congregados por la virtud de Dios en el lugar de su muerte. La contemplaba subiendo al cielo conducida por los ángeles y sostenida por Jesucristo su divino Hijo, llena de gloria y majestad San Cirilo de Alejandría, y « Dios te salve, exclama (1), Dios te salve. ¡ Oh Maria ! mi alma te saluda en medio del gozo inefable, que me causa tu gloria. Dios te salve, amada de Dios y glorificada sobre todas las criaturas del cielo y de la tierra. »

(1) *Homil. contra Nestor.*

San Bernardo (1) medita figurada la gloriosa Asuncion de Maria en aquella mujer que San Juan nos dice en su Apocalipsis haber visto vestida del sol, teniendo la tierra á sus piés, y una corona de estrellas sobre su cabeza ; porque así con tanta gloria subió al cielo Maria : iba llena de su encumbrada dignidad de Madre de Jesucristo, á quien vistió de carne humana en sus virginales entrañas ; tenia á sus piés la luna de las miserias de este mundo; y brillaba en su cabeza la hermosísima corona de tantas virtudes , que con admirable constancia y fortaleza celestial habia practicado durante su vida.

Abrid, cielos, vuestras puertas, para que entre la Reina de los ángeles y de los bienaventurados ; abrios, porque ésta , que veis llegar á sentarse en trono de gloria, es la Madre purísima de vuestro Rey Jesucristo, á quien todos adoramos como Dios de eterna majestad y hecho hombre en las entrañas de Maria, para redimir al linaje humano. Yo encuentro, católicos, en aquella entrada solemne que hizo la reina Sabá en Jerusalen, y nos describen las santas Escrituras (2), una figura, aunque muy imperfecta, de la solemne y majestuosa , que hoy hizo Maria Madre de Jesus en el reino de los cielos. Aquella reina de una gran nacion anunciada por la fama de su hermosura , sabiduría y riquezas, iba á visitar á Salomon rodeada de infinitos cortesanos, servidores y esclavos vestidos de galas, que daban idea de la grandeza de su soberana. Llevaban consigo infinitos presentes régios y dignos de quien los ofrecia, especialmente perfumes esquisitos del Oriente, de los que nos dice el texto sagrado que jamas habian

(1) In Cap. 12. Apocal.

(2) III. de los Reyes. Cap. 50.

sido traídos semejantes á Jerusalen. *Non sunt allata ultra aromata tam multa.* Tal contemplo yo á Maria en su entrada triunfante al reino de los cielos. Conducida por los ángeles, acompañada por los príncipes de aquella corte bienaventurada, servida y reverenciada como Madre dignísima de Dios hecho hombre, y colmada de tantas virtudes cuales jamas existieron, ni existen, ni existirán en ninguna otra pura criatura. *Non sunt allata ultra aromata tam multa.* Y como la dignidad de Maria Virgen y Madre de Dios revestida de estas virtudes excelentísimas merecía mas encumbrada gloria que todas las criaturas, por eso la que hoy Dios concede á Maria es superior á la de los ángeles, á la de todos los bienaventurados, é inferior solamente á la de Jesucristo su divino Hijo.

No alcanzamos, es verdad, á comprender nosotros esa gloria, porque es muy superior á la capacidad de nuestra inteligencia; pero nos la explicamos por los atributos de la justicia y de la bondad de Dios interesados en honrar á Maria como Madre de Jesucristo y como la mas santa de todas las criaturas. Decimos que el Padre, dando muestra de su infinita omnipotencia, le dió corona de poder, de tal modo que, elevada en el cielo sobre todos los bienaventurados, tiene tambien en sus manos una suma de poder, que Dios le concede para que lo administre segun su altísima voluntad. Quiso Dios premiar con esta corona la profunda humildad, que brilló constantemente en la Madre de su divino Hijo, y fué como la base de todas sus admirables virtudes. Decimos que el Hijo, en quien reconocemos y adoramos particularmente la sabiduría increada, que brilla en la redención del linaje humano, pone sobre la cabeza de su inmaculada Madre corona de sabiduría, persuadidos de que Maria recibiría de

Dios esa gloria que resulta á los bienaventurados de conocer y ver en Dios todas las cosas, y que la recibiría en un grado muy superior al que fué concedido á los demás. Quiso el Señor premiar de esta manera mas particular el magisterio ejercido por María con tanta modestia por efecto de aquella misma humildad (1). Y decimos tambien que el Espíritu Santo la coronó con corona de amor, significando que, habiendo habitado en su alma con toda su plenitud, todos los dones y todas las gracias que reparte aquel divino Espíritu, éste le dió corona de amor divino y de perfecta caridad, premiando la fidelidad con que correspondió la magnificencia con que aquellos se le concedieron. ¡Oh grandeza incomparable de María! Coronada así por la augusta Trinidad, son sus manos, repetiré con San Juan Crisóstomo, las que derramarán sobre el género humano las gracias y misericordias que el Señor quiera dispensarle. María elevada al reino de los cielos, y colocada á la derecha de su divino Hijo, tomó á su cargo el oficio de abogada y protectora de los hombres. Mas hemos de merecer esa protección para que se nos conceda, y nadie podrá merecerla sin caminar por el sendero que nos van trazando sus virtudes, y sin dirigir nuestros esfuerzos adonde ella misma dirigió los suyos.

II.

En efecto, hermanos míos, hay bienes fuera del alcance de nuestros sentidos, y que por lo mismo el hombre material y terreno no puede apreciar como es debido: bienes, que subsistirán siempre, sin que el tiempo

(1) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 27.

ni las vicisitudes puedan influir, ni para aumentarlos, ni para disminuirlos, é inefables dan á los hombres que los poseen la única felicidad, que llena el corazon y el espíritu de aquella verdadera y pura alegría, que aventaja toda expresion humana en sentir del Apóstol (1). Son éstos los bienes que nuestro Señor Jesucristo nos manda procurar, exhortándonos á buscar el reino de Dios y su justicia (2); son el verdadero tesoro del cristiano, que el ladron no puede robar, ni la polilla destruir, y no se dan al poderoso que hace ostentacion de su grandeza, ni al favorecido de la fortuna con sus riquezas, ni al que con largos y profundos estudios adquirió la sabiduría en muchos ramos de la ciencia humana. Por el contrario, necesitan los hombres hacerse violencia para adquirirlos, y al que combatió hasta merecerlos, á ese es solamente al que se conceden (3). Ved ahí porqué es verdadera milicia la vida del hombre sobre la tierra (4), y en medio de sus fatigas necesita guia y proteccion celestial para no desfallecer. Mas esa luz y esa proteccion la recibimos de María. Rodeados de tribulaciones, oímos aquella voz celestial que, despues de habernos dicho: « Uno es vuestro Padre (5), » y de haberse interesado por sus hijos hasta dar por ellos la vida, « Ved ahí, nos dice al morir, la Madre os dejo (6). » A esta tierna Madre debemos volver los ojos, para que sea nuestra guia y nuestra protectora.

Como guia, María desde el cielo nos muestra sus

(1) A los Filip. Cap. 4.

(2) Mateo. Cap. 6.

(3) Mateo. Cap. 11.

(4) Job. Cap. 7.

(5) Mateo. Cap. 23.

(6) Juan. Cap. 19.

virtudes, que nos señalan el camino que debemos seguir, para arrivar á la patria felicísima donde nos espera. Verdad es que Jesucristo es nuestra guia, y de la cual nos dijo El mismo, que aquel que lo siguiese, no andaria en tinieblas, sino que viviria en la luz que conduce á la vida eterna (1); pero tambien es cierto, hermanos mios, que al contemplar á Jesus, nuestro entendimiento no separa á Dios del hombre, ni al abogado del juez recto é inexorable; y aun cuando por nosotros y para nosotros le vemos muerto sobre el monte Calvario, nuestro espíritu le contempla vestido con resplandores de gloria en el Tabor, y allí mismo rodeado de profetas, que nos predicen su grandeza y majestad. Esta grandeza y esta majestad nos hacen acercarnos á Maria Madre nuestra, para que sea ella quien nos lleve hasta Jesus fruto bendito de su vientre. No es que Jesus necesite la mediacion de su Santísima Madre, sino que nuestra miseria y pequeñez son las que buscan su sombra saludable para llegar á El con mayor confianza. Y siguiendo á Maria, seguimos los vestigios de Jesus, dice San Bernardo, porque Maria jamas abandona los ejemplos de Jesus. Los ejemplos de Maria nos predicen suma vigilancia, sumo desprendimiento y suma paciencia; y el cristiano que se proponga imitarlos, debe proponerse estas tres virtudes como regla constante de conducta.

Suma vigilancia, para guardar con fidelidad los preceptos del Señor, velando sobre su corazon, para descubrir los enemigos de esta santa ley, que por todas partes nos asaltan, á fin de hacernos faltar á sus preceptos. Suma vigilancia, porque el camino de nuestra vida está lleno de peligros, y si nos descuidamos, cae-

(1) Ib. Cap. 8.

remos en los lazos que se nos tienden para precipitarnos y vencernos. Y suma vigilancia tambien, para que viniendo nuestro Salvador encuentre nuestra alma viva por la caridad, y digna de ser introducida á los tabernáculos eternos de su Señor.

Sumo desprendimiento nos predicen los ejemplos de Maria, porque ella comprendió que el alma no puede vivir á un tiempo para el cielo y para la tierra. El amor á lo celestial y eterno excluye, hermanos mios, el apego á lo terreno, que hace al cristiano esclavo de los bienes de este mundo, y olvidar los otros inmortales é inefables, que nos alcanzó Jesucristo, y Maria entró á poseer el dia de su Asuncion al cielo. Ese hombre, que se agita sin cesar buscando riquezas materiales, que con su brillo obscurcen su razon, ese hombre, digo, no levantará al cielo su corazon, porque lo tiene apgado á la tierra, en cuyas miserias encuentra satisfacciones indignas de la santidad del cristiano. Necesario es arrancarlo de la tierra y elevarlo al cielo, para imitar á Maria ; necesario es cambiar lo terreno por lo celestial, y llenar el corazon de afectos y deseos celestiales en vez del apego á lo caduco y material, herencia de los que no conocen á Dios, como llamaba San Bernardo las riquezas y grandezas de este mundo.

Suma paciencia, porque Maria vivió persuadida que al reino de los cielos se sube por el Calvario, y no por las delicias ni las satisfacciones, que concede el mundo á los que le buscan y le siguen. Por eso amó las humillaciones y los desprecios, y estuvo al lado de su Hijo en la pasion y en la muerte. ¡Ah hermanos mios! no siguen el sendero de Maria aquellos, cuya vida son los placeres, en cuyo corazon no vive la amargura de la penitencia, y cuya alma se aleja de

todo cuanto puede causarle pena y afliccion. Son todos éstos enemigos de la cruz de Jesucristo, como los llamó el Apóstol (1), é indignos de acompañar á Maria en el reino de los cielos.

Pero no es guia solamente Maria para nosotros; es tambien protectora, y como tal, defiende nuestra causa delante del Señor. Un santo é ilustre propagador de su culto, é insigne predicador de sus misericordias (2) nos la hace contemplar delante de Dios « introduciendo nuestras causas con sabiduría, defendiéndolas con celo, y concluyéndolas con eficacia. Con su sabiduría celestial se capta la benevolencia de nuestro Juez, y con elocuencia infinitamente mayor que la de Ester commueve é inclina la misericordia divina representándole nuestras miserias en favor de sus protegidos. » Símbolo de la sabiduría de Maria es aquella Tecuites que rogaba á David en beneficio de Absalon delincuente y desterrado de la vista de su padre (3). Mirad cómo prepara el corazon del gran rey, ante quien intercede. « Eres, le dice, como el ángel del Señor: ninguna cosa se te oculta. » Oid ahora cómo commueve con la viva representacion de nuestra miseria. « Todos morimos, y nuestra pobreza y miseria es tal, que nos derramamos como el agua que se consume y no vuelve. » Mas escuchad con cuánto interes y celo pide lo que desea alcanzar. *Reduc obiectum tuum.* Vuelve á tu gracia ese hijo que es tuyo, y aun cuando se ha hecho culpable, no deja por eso de ser tu hijo. Pero la sabiduría de Ester y de la mujer de Tecua no son mas que

(1) A los Filip. Cap. 3.

(2) S. Jacob a Vorag. Archiepisc. Genuen. *Lux Evangelica.*
Serm. 71.

(3) II. de los Reyes. Cap. 14.

una imperfecta figura de la sabiduría con que María introduce la defensa nuestra delante de Dios.

La Iglesia compara su celo en beneficio nuestro con el de Abigail, á quien dijo David: « Bendita sea tu palabra, oí tu voz que detuvo mi justicia, y honré tu rostro que se inclinaba en mi presencia. » Allá Abigail, intercediendo por Nabal, alegaba como excusa de la falta de éste su dureza y su ignorancia; pero María alegará nuestra peregrinación por este valle de miserias, que nos induce á buscar satisfacciones y gozos en aquello que perciben los sentidos, aun cuando sea lastimando nuestra conciencia. Alegará su maternidad ante aquel Hijo, que la prefirió entre todas las hijas de Adán para tomar carne en sus entrañas. Alegará ante el Padre el mérito de su santidad, de esa santidad, digo, que la Sabiduría increada y Rey eterno de la gloria miraba con infinito agrado, cuando sus virtudes, cual nardo fragantísimo, perfumaban los alrededores de su trono.

Y con ese mismo celo continuará María orando, hasta obtener lo que pide en beneficio nuestro. San Alberto Magno aplica á la gran Madre de Dios aquellas palabras del Salmo: « Asistió la reina á tu derecha: *Adstilit regina a dextris tuis.* » *Adstilit* rogando sin desmayar en su oración delante del Señor. *Adstilit* llena de sabiduría y de piedad, trayendo sobre sí todas las bendiciones del cielo y de los justos de la tierra. *Adstilit*, y consiguiendo del Padre celestial que esas bendiciones, de que la colma incesantemente, se derramen de sus manos como de fuente celestial sobre todos los hombres que la invocan (1). Invoquemosla nosotros, hermanos míos, invoquemos á María con la se-

(1) *In Missus est.*

guridad que seremos oídos, si viven en nuestra alma la fe y la verdadera devoción. La fe, he dicho primero, porque esta virtud es condición indispensable en el cristiano que viene á solicitar los favores de María. El Apóstol, al declararnos que por la fe tenemos derecho á los merecimientos de Jesucristo (1), nos señala la indispensable necesidad de esta virtud para todos los que pretendemos bienes espirituales, y que sin ella todos los esfuerzos por alcanzarlos serán vanos y perdidos. Por consiguiente, al deciros, hermanos míos, que la protección que desde el cielo dispensa María, es solo para los que la invocan con fe, os digo una verdad de la Iglesia Católica. Avivemos, pues, nuestra fe, cuando invoquemos á la gran Madre de Dios elevada al reino de los cielos, y colocada en trono de gloria á la diestra de Jesús. Oigamos que nos habla desde los resplandores inaccesibles que la rodean, y nos dice: acercaos los que deseais hartaros de mis favores, y quedareis llenos de mi dulzura y de las muestras inefables de mi bondad: encontrareis en mí toda gracia, el colmo de toda esperanza, la luz de toda verdad y la seguridad de todo bien.

¡Ah católicos! y esa grandeza sublime de la gloria de María no nos arredre: nó, de ningun modo. Es nuestra Madre, por mas que la contemplemos servida de los ángeles y honrada por todos los cortesanos del Señor. Es nuestra Madre, y sus entrañas son tambien de madre para todos los pobres hijos de Adán. Ocurramos á María para representarle nuestras miserias: necesitamos la fe, y no tan solo para nosotros individualmente, sino para todos los cristianos que decaen en el ejercicio de esta virtud; pidamos á

(1) Cap. 5.

BYZAGUIRRE, Instrucciones. Tom. IV.

Maria que la alcance con abundancia para todos los miembros de la Santa Iglesia de Jesucristo. Esta la llamó desde los siglos mas remotos Auxilio de los cristianos: *Auxilium Christianorum*: roguémosle que como tal venga para auxiliarla cuando se ve tan perseguida y tan humillada en su Cabeza visible, el Vicario de nuestro Señor Jesucristo, en tantos de sus Pastores retenidos en los calabosos, condenados á destierro y despojados de sus propiedades. Pidamos á Maria el socorro de su proteccion para todas estas necesidades, de modo que, marchando tanto la Iglesia como cada uno de sus fieles á su sombra y por el camino que nos trazan sus virtudes, podamos algun dia llegar tambien al reino de la gloria.

INSTRUCCION DÉCIMANONA.

PARA LA FESTIVIDAD DE SAN JOSÉ
ESPOSO DE MARÍA SANTÍSIMA.

Joseph autem vir eius cum esset iustus.

Siendo José su esposo un varón justo.

(S. Math. Cap. 1.)

El Espíritu Santo se digna hacer en estas breves palabras el elogio de San José, dándonos á conocer la elevación de su mérito y la grandeza de su dignidad. Lo llama varón justo, y no como el mundo suele á veces dar ese nombre, sinó con aquella justicia que se funda en la práctica perfecta de las virtudes, que predicó Jesucristo nuestro Señor. *Joseph autem cum esset iustus.* Nos declara cómo su justicia fué probada por Dios con pruebas severas, pero resplandeciendo siempre en todas éstas esa admirable santidad, que descubría á medida que la providencia le presentaba oportunidad en el camino dificultoso, por donde lo condujo á la dignidad elevada que le concedió. Y no hace ese elogio en algun largo discurso; porque la santidad cristiana, hermanos míos, no lo necesita; ántes bien la elocuencia de los hombres y los esmeros de su sabiduría suelen despojarla de su grandeza, y rebajar su elevación. Dios en una sola palabra todo lo comprende, y comprendiendo todas las virtudes en la justicia, dice del casto Esposo de la purísima Madre de Dios, que era un varón justo. *Joseph autem cum esset iustus.*

Mas como la perfecta santidad merece los premios, que con mano infinitamente liberal le concede la di-

vina providencia para recompensar los esfuerzos y la constancia, los sacrificios y la abnegacion, que ha sido necesario soportar en el ejercicio de las virtudes, Dios mismo cuida de ofrecernos premiadas las de San José, no ya solamente con las palmas y las coronas, con que la Iglesia hoy lo venera galardonado en el reino de los cielos, sino aquí en la tierra con favores especiales que por su infinita bondad quiso concederle. El recibe como esposa á la Madre de Dios hecho hombre y Mesias prometido: á él visitan los ángeles del cielo para revelarle el profundo misterio de la encarnacion del Verbo divino en las purísimas entrañas de Maria (1). A su cuidado y vigilancia es confiado Jesus (2), cuando tierno niño todavía le persiguen esos mismos que venia á redimir. Bajo su tutela crece y es alimentado el Salvador del mundo; y á él tambien elige la providencia divina para protector de su santa Iglesia y de cada uno de sus fieles. ¡Oh con cuánta magnificencia recompensa el Señor los servicios de este su celoso siervo, que tantas fatigas pasa por honrarle con fidelidad perfecta !

Gocémonos, hermanos mios, en la gran santidad del señor San José; gocémonos en la gloria inefable, á que ha sido sublimado; y gocémonos muy particularmente en el poder que ha recibido de Dios para socorrernos en nuestras necesidades.

Ya comprendereis, hermanos mios, que yo no haré otro elogio de San José, que ese mismo que le dedica el santo Evangelio: *Joseph autem cum esset iustus;* y por consiguiente, me limitaré á presentaros sus virtudes probadas por Dios y premiadas por Dios.

(1) S. Mat. C. 1.

(2) S. Mat. C. 2.

Ojalá que estas virtudes cautiven nuestra voluntad de tal modo, que nos sintamos eficazmente movidos á imitarlas, y recurramos con verdadera devoción á buscar su patrocinio. Escuchadme.

. I.

Al decirnos el Espíritu Santo que José era hombre justo, nos revela, hermanos míos, esa vida oculta e ignorada de todos, que pasó este santo Patriarca ocupado tan solo en adornar su alma con las virtudes más excelentes, para hacerla capaz de recibir los dones con que Dios quisiese favorecerlo. Grandes debieron ser sus virtudes, cuando de entre todos los demás hombres de las tribus de Israel Dios lo elige para Esposo de la Virgen que había de ser Madre de Cristo. En la Iglesia Católica se ha conservado como tradición desde los primeros siglos, que José ofreció á Dios desde su niñez la pureza y castidad de su vida con voto que hizo inspirado por el Espíritu Santo. Descendiente de David por Salomon había heredado de este gran rey toda aquella fe viva y fervorosa, con que pedía sin cesar la salvación de Israel. Hijo de Belén, ciudad donde el Salvador había de nacer según los profetas, palpitaria de gozo tantas veces su corazón esperando ver con sus propios ojos al Salvador del mundo, sin que el humilde oficio de artesano, con que ganaba el sustento de su vida, le hiciese participar de ninguno de los defectos, en que ordinariamente suelen incurrir muchas personas de esa calidad ya por falta de educación, ó ya por el roce ordinario con individuos que frecuentan los vicios: José estuvo exento de éstos, y con el auxilio de la oración logró conservar ilesa la pureza de su alma y la santidad de su fe. Amante de

la ley de Dios, la tuvo siempre delante de sus ojos, procurando guardarla con toda la exactitud posible; y para que el mundo no le distrajese de las obligaciones que aquella le imponia, la puso como David en medio de su corazon (1), y allí la abrazaba por medio de su constante meditacion. Vosotros jóvenes, que pásais alegre vuestra vida en la ociosidad que conduce á los vicios, ved en la conducta de este santo jóven los dos medios que debeis adoptar con preferencia, para librados de tantos riesgos que corren vuestra alma, vuestra religion y vuestras costumbres amenazadas por la depravacion del siglo. Esos dos medios son la oracion que alcanza de Dios los auxilios necesarios para superar los peligros, y el trabajo que aleja las tentaciones provocadas por la vida ociosa y negligente.

José era por parentezco de sangre primo hermano de Maria, y muertos los padres de ésta, los sacerdotes que cuidaban de las niñas recogidas en el templo de Jerusalen, pensaron en casarla. Existian para ésto razones poderosas. Sus padres habian muerto, y ella, cumpliendo catorce años, debia dejar el santuario y tomar esposo, siguiendo la costumbre establecida y apoyada por las tradiciones mas antiguas. Pero Maria declaró su voto á los sacerdotes, y éstos, perplejos e irresolutos, recurvieron á la oracion y al ayuno, para que Dios les iluminase. En efecto, inspirados por Dios resolvieron desposarla con aquel pariente de Maria, que les prometiese conservar la pureza de aquella virgen consagrada al Señor por un voto (2). José, ese jóven casto, ejercitado en la oracion, en la mortificacion y en el retiro, fué llamado por los sacerdotes, y oyendo la proposicion que se le hacia

(1) Salmo 118.

(2) Vallejo S. J. (Mexicano) « Vida de S. José » escrita con suma erudicion, en la que cita para estos hechos la autoridad de diversos Escritores Eclesiásticos.

la aceptó inspirado tambien por el Espíritu Santo. Era necesario que Maria se desposase, para que las profecías tuviesen su literal cumplimiento. Isaías particularmente habia anunciado: « Habitará el jóven con la virgen, y llenará de gozo al esposo la castidad y pureza de su esposa (1). » Era ademas necesario para que Jesus apareciendo en medio de los hombres, no fuese tenido como ilegítimo y fruto de pecado: convenia tambien para que tuviese Maria quien la socorriese, la alimentase y le sirviese de apoyo en su vida, y finalmente, para que Jesus creciese bajo la tutela del esposo de Maria. Y en este desposorio de José encuentran algunos Padres de la Iglesia una figura perfectísima de aquella union espiritual y casta, que hace Dios con las almas de sus criaturas que se unen á El con los vínculos de la perfecta caridad (2). De esta manera quiso engrandecer el Señor la gran virtud de San José, elevándole á la dignidad de esposo de la Madre de Dios y de ayo y protector de nuestro Señor Jesucristo. Mas tanto Maria como José tuvieron fé perfecta de que su castidad no correria peligro en este desposorio, que contraian movidos por la inspiracion divina y aconsejados por los ministros del Señor. Al contrario creyeron que, sometiendo su voluntad á la de Dios, que les hablaba por medio de sus sacerdotes exterior y visiblemente, y por la voz interior que dejaba sentir en sus almas, obraban lo mas perfecto. Habian aprendido en la escuela de la oracion que, siendo Dios infinitamente todopoderoso, tiene en su mano todas las cosas, y le es, por consiguiente, fácil unir la virginidad con el desposorio, así como ha unido

(1) Isaías. Cap. 62.

(2) S. Thomas. 3.^a pars, quaest. 29.

tantas veces la contemplacion con ocupaciones que le parecen extrañas; é hizo vivir bajo un mismo techo la hermosura incomparable de Raquel con la prodigiosa fecundidad de Lia, sin que la una recibiese detrimiento de la otra.

Mas Dios al conceder á sus criaturas virtudes tan excelentes suele probarlas con severidad, para que en el ejercicio de la paciencia y de la fortaleza reciba la caridad mucho mayor vigor, y rinda frutos todavia mas preciosos y abundantes de perfecta santidad. José esposo de Maria ejercita la pureza de su corazon, respetando á esta virgen como al templo inmaculado del Señor, donde vive su divina gracia, y el Espíritu Santo asiste constantemente obrando sobre su alma, y dirigiéndola con sus inspiraciones celestiales. Dios habia preparado á este gran Santo con luces extraordinarias desde su desposorio con Maria. La virtud casi sobre-humana que veia en esta gran Señora ; la sabiduria celestial que percibia de sus palabras ; la modestia y mansedumbre que encontraba en sus obras, todo servia para hacerle pensar, si acaso estaria destinada Maria por la providencia del Señor para Madre del Mesias prometido y Redentor de los hombres. Su humildad profunda persuadió á Maria callar los misterios que se realizaron en su seno apenas pasada la visita del ángel; y si Santa Isabel la saludó como Madre de Jesus, fué en virtud de luces especiales que recibió del cielo para ello. Mas no quiso Dios comunicar á San José todavia ese misterio profundo de su caridad; ó quiso, diré mas bien, prepararlo aun mejor, haciendole sufrir tinieblas y ansiedades, en medio de las cuales practicase la fortaleza, la paciencia y la caridad, que le hiciesen merecedor de tan señalado galardon. Observa que Maria, la purísima y castísima Maria, se

encuentra en cinta, y sin pensar algo que pudiera menoscabar el elevado concepto de santidad que de ella tiene formado, imagina que en su esposa inmaculada se han cumplido las profecías; que es ella la virgen, de quien está escrito, que concebiría y pariría un hijo sin detrimento de su pureza, y que ese hijo sería llamado Manuel (1), es decir, Dios con nosotros. Ved ahí lo que imaginó José. Apartad, hermanos míos, de vuestro pensamiento esas especies injuriosas á la gran virtud de José, que algunos creen, imaginando que este varón justo tuvo celos de María: celos que á consentir José, habría ofendido la pureza y castidad de la que es reina de estas virtudes. José presintió en la gravidez de su esposa un misterio: Dios elevó su mente á lo sobrenatural y milagroso, de modo que, turbado su espíritu por la naturaleza prodigiosa de lo que ve, divisa allí la mano del Señor, y piensa dejar su esposa, su casa y sus ocupaciones ordinarias, por no creerse digno de alternar con María, á quien veía su fe convertida en templo del Señor. Le pasa lo que al Príncipe de los apóstoles que, palpando la virtud y santidad de Jesucristo, de rodillas delante del Salvador: « Apártate, Señor, de mí, le dice, porque soy un hombre pecador: *Exi a me, quia homo peccator sum, Domine* (2). » Le pasa lo que al piadoso Centurión que, conociendo la grandeza de Jesucristo y que Este se dirige á su casa: « No soy digno, exclama, no soy digno, Señor, que vengas á mí (3). » Estas almas, iluminadas por su fe, conocian la infinita distancia que había entre su miseria y la encumbrada santidad del

(1) Isaías. Cap. 7.

(2) Lucas. Cap. 5.

(3) Ib. Cap. 7.

Hijo de Dios ; y esa misma fé les inspiraba retirarse de Cristo, temiendo que su vileza pudiera ajar, y su corrupcion manchar su inefable dignidad. De un modo semejante San José, conociendo que la grandeza de Dios obra en Maria, concibe hacia ella un profundo respeto: aun mas una especie de temor, que le inspira alejarse de su lado. Mas me direis, católicos: ¿ porqué Dios no revela desde luego al que estaba destinado para ser padre putativo de Jesucristo, los misterios que se realizaban en su purísima esposa ? Porque Dios queria, hermanos mios, probarlo todavía, y hacerlo merecer aun mas los consuelos inefables que habia de recibir viendo tan cerca de sí al Redentor del linaje humano. Nadie podrá comprender hasta dónde se extienden los sufrimientos de José , luchando entre el amor y el temor , entre el afecto mas puro y santo que tuvo una criatura hacia otra , y la veneracion mas respetuosa que pueden inspirar al hombre misterios que, sin conocer todavía á fondo, le dejan ver, no obstante, obrando sobre la tierra toda la sabiduria y grandeza del poder divino. José ama á Maria como á su esposa con amor de caridad puro, generoso y que lo hacia estar siempre dispuesto á servirla, á socorrerla y á protegerla; la amaba como santa con amor respetuoso, admirando sus virtudes y deseando contemplarlas de cerca, para grabarlas mejor en su alma é imitarlas con esfuerzo; y la amaba tambien como objeto de que Dios se valia para alguna obra maravillosa de su infinita sabiduria, y que él no podia todavía comprender; la amaba, digo, por eso con profunda veneracion, y quisiera por todos estos motivos estar con ella, no abandonarla, y al contrario servirla como le inspiraba su caridad y su respetuosa ternura. Mas todo este afecto no alcanza á superar en su alma los efectos de aquel temor, y de allí nace la

inclinacion de su voluntad á dejarla ocultamente. *Voluit occulte dimittere eam.*

Mas Dios, infinitamente bueno y fiel en las promesas que tiene hechas á las almas humildes, se apresura por restituir á la de este justo su paz y su tranquilidad. Un ángel del Señor (1) habla en efecto á José, y le dice que no tema permanecer cerca de su esposa, porque ella ha concebido por obra del Espíritu Santo. Le revela que parirá ese hijo que lleva en su vientre, y le manda imponerle á su tiempo el nombre de Jesus, declarándole que es el Salvador de Israel, y el Mesias prometido que esperan con ansias todas las gentes. Así calmó Dios las angustias de aquel corazon afigido; así restituyó la paz á su alma, y así le descubrió de plano y sin reserva el augusto misterio de la Encarnacion de su divino Verbo, le encargó su cuidado y proteccion mientras fuese niño, y le ratificó el que ya le tenia hecho de la persona de Maria Madre de Jesus. No temas, dice el ángel de Dios alentando el espíritu de San José, no temas, porque Dios, cuya obra inefable es la que se realiza ahora en Maria tu santa esposa, te ha elegido á tí tambien para cuidar del divino Hijo y de su purísima Madre. José, probado en la tribulacion, experimenta una alegría inexplicable al oir estas cosas; se resuelve á llenar con perfeccion todo cuanto Dios le previene, é inmediatamente lo pone en práctica. Ved ahí, católicos, cómo esta alma santa, probada por Dios en un torrente de amarguras, contradicciones y sufrimientos de diferente naturaleza, aparece ahora llena de gozo. Ha oido la voz del Señor que, resonando en medio de la récia tempestad, ha calmado instantáneamente los vientos y

(1) Mateo. Cap. 1.

las olas conmovidas, y ha hecho renacer en su espíritu la paz y la tranquilidad.

Considerad ahora, hermanos mios, en José, aquel siervo fiel llamado á cuidar la familia que su Señor confió á su cuidado y discrecion; y nada verdaderamente puede haber tan honroso para él, como este encargo que recibió de Dios; ni nada probar tanto su virtud, como la fidelidad y celo con que lo desempeñó. Si contemplais al Hijo de Dios recien nacido en el pesebre de Belen, mirad á San José cerca de El: le adora, le sirve, cubre su desnudez contra los rigores del frio, y le alivia de las molestias de la intemperie. Si oís las tentativas de Heródes para apoderarse de Jesus, y la cruel matanza de los Inocentes, que cubre de sangre, lágrimas y espanto á toda la Judea; ved en medio de los peligros correr intrépido á José hasta salvar en Egipto al Niño y á su santa Madre. Si leeis que la divina providencia llama á Jesus de aquella region lejana, para que vuelva á la tierra de Israel, donde habia de llenar los oficios de Redentor; leed tambien que José atraviesa los desiertos conduciendo á Jesus. Y en fin, en todas partes donde meditamos la tierna infancia de Jesus, allí encontramos á José cuidando su sagrada persona, como le ha sido encargado por Dios. ¡ Oh varon perfecto y admirable ! permitidme, hermanos mios, exclarar con San Bernardo; ninguna duda nos has dejado del celo y de la fidelidad, con que desempeñaste el alto ministerio de jefe de la casa del Señor, y custodio de su sagrada familia (1).

El Evangelio nos hace notar la sumision, con que Jesus jóven todavia vive sometido á San José. Queria

(1) Serm. 2. super *Missus est.*

sin duda el divino Salvador honrar de esa manera las admirables virtudes que resplandecian en su padre punitivo y guardian fidelísimo , que le señaló sobre la tierra su único verdadero Padre el Eterno que está en los cielos. De modo que las virtudes de San José probadas en las amarguras y contradicciones de la vida fueron encontradas tan perfectas y admirables, que el Hijo de Dios y fuente de todas las virtudes viene á someterse á quien las practica, premiando los esfuerzos y sacrificios que ha debido hacer, para llegar á ese grado tan alto de virtud y perfeccion. Gocémonos , hermanos mios, en esas virtudes; gocémonos, porque en ellas encontramos glorificado al Señor , que se ha complacido darlas á su siervo, á quien destinaba para confiar á su Hijo divino en su entrada á la tierra para vivir entre los hombres. Gocémonos muy especialmente, porque esas virtudes nos estimulan para trabajar en nuestra propia santificacion , mirando en San José el alto grado de honor y gloria , que podemos alcanzar siendo fieles al Señor en todas las circunstancias de nuestra vida. Gocémonos tambien, porque en las contradicciones, que probaron las virtudes de San José, vemos las pruebas en que Dios quiere ver acreditadas las virtudes de sus siervos , y que aparezcan los auxilios poderosos que les envia , á fin que no desfallezcan en medio de ellas.

Mas no paran aquí las excelencias prodigiosas del santo Esposo de la Madre de Dios. Si hemos visto probadas sus virtudes, vengamos ahora á verlas premiadas superabundantemente.

II.

La elevacion en que coloca á San José la dignidad que Dios le concedió, pudiéramos decir con verdad que era ya un galardon copioso, que compensaba sus virtudes; mas dióle todavía otros. Le constituyó señor de su casa y príncipe de todos sus dominios, dice la Iglesia. *Constituit eum dominum domus suae, et principem omnis possessionis suae* (1). La casa del Señor es su reino de los cielos, donde ostenta la grandeza de los tesoros de su bondad, poder y misericordia para derramarlos sobre sus escogidos, recompensando con ellos la fidelidad en su servicio, con que se hicieron acreedores á los bienes eternos. Esta es la casa en que hay muchas mansiones, segun decia Jesucristo á sus discípulos, significando los diferentes grados de gloria, grandeza y dignidad, que allí concederá á cada cual de sus bienaventurados segun el mérito que tuviese cada uno (2). En ese reino felicísimo eleva Dios á San José á un muy alto grado de gloria, le declara señor, y le honra entre todos sus bienaventurados con muestras muy particulares del amor que le merece. *Constituit eum dominum domus suae*. Sus ruegos son por lo mismo muy eficaces delante del Rey eterno, que se complace en honrar aquel siervo, de quien tantas pruebas de amor y de fidelidad incomparables recibió sobre la tierra. Si ha mostrado cuánto le aprecia vivo todavía y durando la peregrinacion de la vida presente, cuando, para habitar entre los hombres, elegia su casa; para tener un protector y ayo, preferia como

(1) In Offic. Patrocinii S. Ioseph.

(2) Juan. Cap. 14.

mas digna su persona; y para recibir el alimento, lo tomaba de su mesa; ¿cómo ahora dará muestras de ese mismo amor, correspondiendo el que San José le tuvo, escuchando sus ruegos benignamente, y acogiendo con agrado particular las peticiones que le dirija?

Los Santos Padres comparan el poder de San José en la casa del Señor, con el que ejerció el otro José en la de Faraon rey de Egipto (1). Y si á éste le dice su soberano, reconocido al beneficio insigne que había dispensado á su reino: « Tú gobernarás mi casa, y sin tu voluntad nada se hará en ella (2); » ¿qué dirá á este otro José en la casa del Padre celestial el Rey de los cielos y de la tierra, cuando ha guardado á su divino Hijo, lo ha salvado de las ásechanzas de sus enemigos, y lo ha abrigado bajo la sombra de su protección, cumpliendo fielmente el cargo que le confió su divina providencia? « Serás sobre mi casa, y al imperio de tu boca todo te obedecerá, » repetirá con sobrada razon. *Constituit eum dominum domus sua.* Al Bautista llamó el Hijo de Dios el mayor entre los nacidos, y al Príncipe de los apóstoles San Pedro dijo: « Te daré las llaves del reino de los cielos, » significándonos de este modo lo elevado de su dignidad, y la encumbrada gloria que les destinaba. Sin embargo el santo Precursor, mirando desde lejos á Jesus, lleno de respeto y devoción: « Vedlo ahí, dice, es él quien quita los pecados del mundo, y yo no soy digno ni aun de desatar la correa de su calzado; » y el Príncipe de los apóstoles no se encuentra digno de que el Salvador del mundo se acerque á su persona. Ambos dos

(1) S. Bernard. Serm. super *Missus est*; S. Ioann. Damasc. de B. Virgine.

(2) Genes. C. 41.

eran, no obstante, los personajes mas grandes cerca de Jesucristo, porque el uno tenia la mision de darle á conocer entre los hombres, y el otro recibió la institucion divina para gobernar la Iglesia, despues que hubiese vuelto al cielo el Salvador. Pero el santo y modesto José toma en sus brazos el Salvador, cuida de El, lo colma de sus amorosas caricias, y vive con El mismo vida familiar en el recinto de su casa. ¿ Cuán grande será el honor que le cabe en la casa del Padre celestial, y qué brillante la corona que ha puesto sobre su cabeza ese hombre Dios, á quien trató con tanta familiaridad ? *Constituit eum dominum dominus suae.*

Mas lo hace tambien príncipe y protector de todos sus dominios. Recordad, católicos, que al Hijo de Dios ha dicho su Eterno Padre: « Te daré las gentes en herencia, y serán posesion tuya los términos de la tierra (1). » Y esa herencia es la Iglesia Católica esparcida por todas las regiones del mundo, y entre los hombres de todos los países, climas y lenguas que sobre él existen. Esta es la posesion de Jesucristo, posesion que cultivó con sus penas, fatigas y sudores, plantó con la semilla del Evangelio, regó con su preciosa sangre, y riega y regará hasta la consumacion de los siglos con el trabajo y con la sangre de sus apóstoles y santos predicadores de su doctrina. Cuando os digo, hermanos, que sobre esta preciosa herencia el Hijo de Dios ha constituido al patriarca San José como príncipe y protector, que la guarde con la eficacia de su poderosa intercesion delante del Señor: *Constituit eum principem omnis possessionis suae;* os repito una verdad que creyó la Iglesia Católica desde sus primeros si-

(1) Salmo 2.

glos, proponiéndolo como modelo de ese amigo fiel elogiado en las santas Escrituras ; como verdadero consuelo para las almas afligidas, y que salva la vida del cuerpo y la salud del alma en aquellos que corren á ponerse bajo su proteccion. *Constituit eum principem omnis possessionis suae.*

San Bernardo ve en José el árbol frondoso, cuya sombra busca con anhelo el alma deseosa de llegar á Dios y de aprovechar sus divinas misericordias. Y ese árbol extiende sus hermosos ramos sobre toda la Iglesia de Jesucristo, y los fieles corren á buscar su sombra, que les alivia en las necesidades del alma, y les socorre en las del cuerpo. La voz de Dios parece que resonase en nuestra conciencia enormemente agobiada por verdaderas miserias, y nos dijese: Id á José, si quereis ser socorridos: él rogará por vosotros, y tomará á su cargo obtener despacho favorable á vuestras peticiones. ¡ Ah hermanos mios ! y la grandeza de la tierra, el orgullo del hombre que mira con desden guardar las consideraciones debidas á otros constituidos en puestos mas altos, sea por la justicia ó sea por el favor, va á postrarse delante de aquel humilde y pobre artesano, que sirvió al Señor en medio de la obscuridad y del abatimiento. Va á postrarse delante del siervo de Dios desheredado de la fortuna, sin poder, ni valimiento entre los hombres, y á quien éstos tantas veces persiguieron en odio al Salvador; porque sabe que Dios oirá sus ruegos, y que su protección es poderosa para con Jesus. ¡ Ah hermanos mios ! y el santo Patriarca alcanzará para ese hombre la curación de las heridas profundas, que abrieron en su conciencia la incredulidad, el libertinaje de costumbres, la codicia de los bienes ajenos, y el apego á los intereses de la tierra.

¡Qué bien conocia, católicos, la ternura de San José, y el celo con que atiende el cuidado de la preciosa herencia que le encomendó su Señor, la gran Teresa de Jesus! ¡Con cuánta confianza le invocabá á cada paso, y cuán copiosamente correspondia el santísimo Patriarca la devocion con que lo honraba y lo invocabá! Mas de una vez salvó peligros inminentes, segun nos refiere en sus preciosas obras, mediante la proteccion visible que le dispensó este gran Santo. Es digno de atencion, hermanos mios, que á medida que los males de la Iglesia han ido en aumento, á medida que la perversión de costumbres ha crecido, y sus consecuencias se han hecho mas terribles; esa misma Iglesia ha invocado con mayor constancia y con nuevo fervor al casto Esposo de la inmaculada Virgen Maria, auxilio del pueblo cristiano, á fin que nos socorra con su valiosa mediacion. Un número muy grande de catedrales, infinitos conventos, monasterios, pueblos y lugares le invocan como su Titular, y se glorian de tenerlo por Patron; y el Vicario de Jesucristo, oyendo las peticiones de muchos obispos de diversas naciones de la santa Iglesia Católica, lo declaró Patron Universal de ésta. Ved ahí el reconocimiento que hacen los hombres de los favores, que les tiene dispensados como su Protector constituido por Dios. *Constituit eum principem omnis possessionis suae.* Esta es la hermosísima corona, con que Dios hace conocer las virtudes de su siervo fiel; virtudes probadas, como habeis oido, en la adversidad, y que Dios cuidó de premiar con inefable galardon de gloria allá en el cielo, y de honor acá en la tierra.

Santo glorioso, hacednos participar de vuestros favores en beneficio de nuestra alma: sed nuestro intercesor delante de Dios, para que obtengamos la gracia

de practicar las virtudes; enjugad tambien las lágrimas de tantos afligidos que te invocan. Sed, como habeis sido hasta hoy, el báculo de los ancianos, el refugio de los desamparados, y el apoyo de los desvalidos. Extendet tu mano para proteger mas y mas á la santa Iglesia Católica, que te invoca en las graves tribulaciones que la rodean; y haced con vuestros ruegos, que todos sus hijos vamos algun dia á gozar de Dios con vos allá en el cielo.

INSTRUCCION VIGÉSIMA.

PARA EL DIA DE LA FIESTA DE SAN PEDRO.

Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam, et portae inferi non praevalebunt adversus eam.

Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.

(S. Matth. C. 16.)

El santo Evangelio nos refiere en estas palabras la institucion solemne que hizo Jesucristo de su Iglesia Católica destinada á dilatarse como árbol frondoso, bajo cuya sombra vienen á abrigarse todos los hombres; ó á elevarse eternamente como monumento del poder, de la sabiduría y de la providencia de Dios. Declara á San Pedro principe y cabeza de esa Iglesia, y le promete solemnemente que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam, et portae inferi non praevalebunt adversus eam.* ¡ Pueblo israelita, nacion privilegiada sobre todas las naciones de la tierra, ved aquí cumplidas vuestras esperanzas, y realizado el hecho grandioso de que fuisteis figura en el antiguo Testamento ! ¡ Profetas venerables, reyes y sacerdotes, á quienes reveló el Señor su palabra é hizo depositarios de sus secretos, oid ! El espíritu de Dios se ha extendido mas allá de los montes de Judá y de las riveras del Jordan: ha visitado todas las regiones, y llenado completamente la superficie de la tierra. La fe venida de los cielos no quedará desde hoy confiada

á vosotros, ni será vuestra Jerusalen la ciudad sagrada, desde cuyo templo se eleva el humo de los sacrificios agradables al Señor. Este ha fundado una nueva Iglesia, en cuyo seno se reunirán todos los pueblos; los altares de Dios se levantarán en todas partes; sus alabanzas subirán hasta sus oídos en todos los idiomas; y los favores que descenderán del cielo serán recogidos por todos los hombres con perfecta igualdad. Dios ha instituido la Iglesia Católica: sus límites no son ni la Judea, ni la Galilea, sino que ha de dilatarse por todos los continentes y todas las islas, donde existan individuos llamados por Dios á entrar en su seno.

Monarcas del Oriente, reyes Caldeos, Medos, Asirios y Persas, que durante dos mil años dominásteis las provincias mas bellas y fértiles del Asia; Faraones de Egipto, célebres por vuestra adelantada civilización, levantaos del polvo que los siglos amontonaron sobre los restos de vuestros suntuosos palacios, sobre vuestros monumentos grandiosos y sobre vuestros ejércitos anonadados; levantaos, y venid á contemplar este nuevo reino de paz y caridad que instituye «Aquel por quien reinan los reyes (1).» Levantaos, y vereis la Iglesia Católica destinada á vivir en todos los siglos, á sobrevivir á todos los imperios, y á cubrir con su manto, símbolo de la perpetuidad, á todos los tronos y á todas las repúblicas. ¡Qué grandiosa se nos presenta, hermanos mios, esta Iglesia Católica, obra de la mano de Dios, y á cuya cabeza Jesucristo puso á San Pedro, y en su persona á la sucesión de Pontífices que han de gobernarla hasta la consumación de los siglos! «Tú eres Pedro, le dice Cristo el Hijo de Dios vivo, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia.

(1) Proverb. Cap. 8.

Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam. » Como si dijere: Israel, pueblo de Dios y depósito de su verdadera fe, vivió solo mientras debía llenar su misión de ir adelante como símbolo o figura de esta Iglesia; y deja de existir, cuando yo el Cristo la instituyo sobre la base indestructible del pontificado de Pedro y de sus sucesores, fundamento imperecedero, porque representa al Hijo de Dios vivo, piedra angular de la única y verdadera Iglesia de Dios. *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam.*

Aquellos reinos, cuyo poder admiró la tierra, obra eran de los hombres, y como tales, débiles, caducos y destinados a desaparecer; mas la Iglesia Católica no es de esta naturaleza, obra es de Dios inmortal: contra ella nada podrán ni los tiempos ni los hombres, porque Dios la sostendrá contra todos los esfuerzos que hiciesen para ofenderla así la tierra como satanás. *Portae inferi non pruevalebunt adversus eam.* Protegida constantemente por la mano del Señor correrá todos los siglos, desafiará el poder del infierno que la aborrece, pero siempre triunfante vivirá perpetuamente. *Portae inferi non praevalebunt adversus eam.*

Ved ahí, hermanos míos, declarado el pensamiento, que va a formar la instrucción que debo daros en la solemne festividad del Príncipe de los Apóstoles San Pedro. En dos palabras: le instituyó el Hijo de Dios cabeza de su Iglesia Católica, es decir universal, y cuya autoridad había de extenderse sobre todos los pueblos de la tierra. *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam.* Le instituyó el Hijo de Dios cabeza de una Iglesia perpetua, cuya autoridad ha de durar todos los siglos. *Et portae inferi non praevalebunt adversus eam.* Escuchadme.

I.

Ya la criatura mas feliz habia sentido realizarse en su seno el misterio de la encarnacion del Verbo divino: ya los ángeles habian anunciado á los hombres, que el Mesias prometido estaba recien nacido en un portal, y traia paz y verdadero gozo á la tierra. El Tabor y el Hermon saludaban desde lejos la gloria inefable del Hijo de Dios (1). Israel escuchaba asombrado la voz prodigiosa, que desde el fondo de los desiertos del Jordan anunciaaba á todas las gentes, haber llegado la salud de Dios, y que toda carne la veria, y experimentaria sus efectos reparadores (2). Jesucristo era, hermanos mios, ese Salvador, y su doctrina autorizada tantas veces, con señales que solo Dios tiene poder para obrar, mostraba hasta la evidencia á los hombres, que era realmente el prometido como Redentor á todos los hijos de Adan, y el que Israel esperaba hacia tantos siglos. Los hombres, sin embargo, abrigaban diversas opiniones en orden á Jesucristo: quien lo tomaba por el Bautista, quien lo tenia por Elias, quien por Jeremias ó algun otro de los profetas. El Salvador quiere oir el juicio de sus discípulos; y vosotros ¿ quién creeis soy yo, les dice? *Vos autem quem me esse dicitis?* Me decís que entre las turbas de Israel los unos me tienen por Juan, los otros por Elias, por Jeremias ó por algun otro de los profetas. Mas decidme: ¿ quién creeis vosotros que soy yo? *Vos autem quem me esse dicitis?* Pedro, al oir la pregunta de su Maestro, se adelanta á todos sus compa-

(1) Salmo 88.

(2) Lucas. Cap. 3.

ñeros, y con el acento mas vivo de su fé y de su amor: « Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo, » le responde. *Tu es Christus Filius Dei vivi.* Como quien dice: los hombres de la tierra, que no conocen á fondo vuestra doctrina, que no han tenido ocasion de palpar, como nosotros, la santidad de vuestra vida, podrán confundiros con Elías, Jeremías, el Bautista ó con algun otro de los profetas; mas los que hemos visto vuestros milagros con nuestros propios ojos, oido vuestra doctrina y experimentado vuestras virtudes, confesamos sin duda alguna que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo. *Tu es Christus Filius Dei vivi.* Confesion, como oís, hermanos míos, firme; porque fué hecha sin duda de ninguna especie, y sí, al contrario, con la conviccion mas firme de la conciencia, que estaba segura de la verdad de aquello que creia y confesaba. Confesion inspirada no por los hombres, que dudaban de la divinidad de Jesucristo, y se figuraban ver en él al Bautista ó á uno de los profetas; sino por Dios, que elegió á Pedro para instrumento de tan gloriosa confesion.

Jesucristo, oyendo la respuesta de su Apóstol, y leyendo en lo mas profundo de su alma la fé viva con que la hace: « Bienaventurado eres, Simon hijo de Juan, le dice; porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo te digo, que tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. » Jesucristo vió en la confesion de Pedro el efecto de las luces derramadas sobre su alma por el Padre celestial, y por eso El le elige entre todos los demas apóstoles para fundamento y principio de su Iglesia. Así establecia el Hijo de Dios la potestad de órden y de jurisdiccion, que gobierna y sirve de centro á esta misma Iglesia, y así criaba el supremo Pontificado,

que habia de suceder al Hijo de Dios sumo Sacerdote y primer Pontifice de la Iglesia Católica. Iglesia Católica, he dicho, porque es universal la que funda nuestro Señor Jesucristo. Pronto los discípulos del divino Maestro, que escuchaban su doctrina celestial, habian de esparcirse, para derramarla sobre toda la tierra; pronto conducidos acá y allá por el violento huracan de la persecucion llevarian á todas partes la semilla destinada á dar frutos de vida eterna en todas las regiones, entre toda suerte de personas y bajo todos los climas. El Asia menor, el Ponto, la Pamfilia, la Macedonia, la Grecia fueron los primeros lugares en que se extendió esta Iglesia, y comenzaron los que la profesaban á vivir segun los sagrados preceptos del Evangelio. La Europa casi toda se vió en muy poco tiempo transformada de pagana en cristiana, y á los inmundos templos de las falsas divinidades, que cubrian su suelo en todas partes, sucedieron los consagrados á Jesucristo. Pedro es el centro de esta Iglesia, y representa en ella á su divino Fundador: á él consultan todos los obispos; él es la antorcha que alumbrá todo lo oscuro, y el oráculo que resuelve todas las cuestiones que se suscitan sobre materias de fe, porque solo á él habia sido dicho: « Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam.* »

A todos los apóstoles habia dicho el divino Fundador de la religion cristiana: « Id, predicad el Evangelio, y perdonad los pecados ; » todos recibieron igualmente al Espíritu Santo; todos fueron llamados columnas de la verdad ; pero solo á San Pedro fué dicho: « Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. » No debemos extrañar por esta razon, que Pedro fuese á situarse en el centro del imperio mas grande y mas extenso que ha existido sobre la tierra. Roma

en aquella época reina del mundo, y en donde venian á reunirse las luces y los errores, las virtudes y los vicios, la religion y la incredulidad de todas las naciones y de todos los hombres de la tierra: esa Roma, gloriosa para el paganismo por la brillantez de su cultura, por la extension de sus conquistas, por lo florido de sus escuelas, por la elevacion de sus ciencias y de sus artes, debia serlo aun mas por el cristianismo, del que habia de ser centro de unidad por el sumo Pontificado. San Pedro, despues de haber establecido su sede en Antioquia, marcha á Roma desde donde habia de gobernar la Iglesia universal, y elevar aquella señal, que habia de reunir á todas las naciones de la tierra (1). En efecto, manda desde Roma á Torquato y sus compaúeros á predicar la fé cristiana á Espana; al grande Apolinario á Ravenna y á las provincias del Danubio; á San Dionisio el Areopagita á Francia, y á otros ilustres predicadores y confesores de Cristo á otras diversas naciones de la Europa y del Asia.

El establecimiento de la Cátedra pontifical de San Pedro en Roma, que algunos disidentes modernos se atrevieron á negar, es un hecho que está probado hasta la evidencia por la historia, por la tradicion, por mil monumentos antiquísimos, y por el consentimiento de diez y nueve siglos que así lo aseguraron y creyeron. Y la transformacion operada en Roma, que pasó de madre del paganismo á centro de la Iglesia Católica y sede de los Pontífices, no fué obra de ningun hombre, sinó tan solo de Dios dueño de los corazones, y que los mueve, los cambia y los dirige cuando y como le agrada. La cruz brilló en Roma, y con esta luz adquirió esa gran capital del mundo otra nobleza, otra ciencia, otra virtud y otro

(1) Isaías. Cap. 5.

poder infinitamente superior al que habia poseido anteriormente. Su dominacion fué mucho mas justa y dilatada, su poder mas vigoroso y extendido, su sabiduría verdadera, y su nobleza mas digna y elevada. Dióle el Señor la fecundidad que le habia prometido por boca de sus profetas (1), de modo que contó hijos á millones en todas las regiones de la tierra.

Nadie puede contemplar sin asombro hasta dónde llega esa fecundidad infinitamente prodigiosa y que sobrepasa todos los cálculos y todas las previsiones de los hombres. La Iglesia Católica ha penetrado en todos los países conocidos de la tierra, en Europa, en Asia, en África, en América, en Australia; en todas las islas y en todos los continentes se deja oír la voz de los predicadores de la fe cristiana, que parten desde la Cátedra de Pedro á llenar el encargo del Salvador del mundo de predicar el Evangelio á toda criatura (2). Y los fieles, que creen y confiesan la fe enseñada por San Pedro y sus sucesores, y que obedecen la voz de éstos, llegan al número de doscientos cincuenta millones de católicos pertenecientes á todas las naciones, lenguas, climas, tribus y regiones que se conocen. *Nec est qui se abscondat a calore eius*, cantaba David viendo en espíritu este grandioso espectáculo que ofrece la santa Iglesia Católica extendida por todas partes, renovando todos los corazones, ilustrando todos los entendimientos y moviendo así al bien todas las voluntades. En vano harán los hombres esfuerzos de todo género, para contener ese celo que anima á los hijos de esta Iglesia; en vano el poder humano dictará leyes para impedir la predicación, y castigará

(1) Isaí. Cap. 66.

(2) Marcos. Cap. 16.

con la muerte á los que despreciando éstas, se atreven á anunciar el Evangelio de Jesucristo; en vano el cisma y la herejia se pondrán en movimiento para sembrar errores y division entre los recien convertidos á la verdad. En vano se abrirán las cárceles para recibir en su seno á los confesores de Cristo, y se cargará á éstos con hierros y cadenas. En vano correrá la sangre á torrentes en rededor á los cadalzos: el celo de los sacerdotes de la Iglesia Católica no se acobarda por ningun inconveniente, al contrario estos mismos le urgen y apresuran con mayor violencia para anunciar en todas partes la verdad y santidad de la fé católica. *Nec est qui se abscondat a calore eius.* Y no se pretenda, católicos, sostener que este fervor fué solo durante los siglos primitivos, porque no es así, y dura y durará en todas las edades de la verdadera Iglesia, porque es la herencia que le dejó Jesucristo su sagrado Fundador. Tan viva y eficaz fué la palabra de Pedro primer Pontífice y Vicario inmediato del Príncipe de los pastores nuestro Señor Jesucristo, para enviar predicadores á España, Francia y riberas del Danubio, como lo fué tantos siglos despues la de Gregorio Magno para mandar á San Agustín y sus compañeros á Inglaterra, y como lo es la del actual sumo Pontífice para mandar misioneros á la China, al Japon, á la Cochinchina y al Africa central; ni los misioneros, que reciben este encargo, tienen menor celo ni menor virtud que aquellos otros. Testigos son de esta verdad tantos hechos que consigna la historia contemporánea, y que por su notoriedad estan al alcance de todo el mundo. Testigos son, repito, los Lazaristas en Pekin y en el Japon; los Capuchinos en la Armenia, en la India y entre los Indios bárbaros del Brasil; los Jesuitas en Nankin, entre los salvajes de las montañas

negras de la América del norte, en el Japon, en la India y en las islas filipinas; los Dominicos en el Kurdistán, entre los salvajes vecinos al Cabo de Buena Esperanza, en las Filipinas, en Fokien, en el Tonkin y Cochinchina donde durante los últimos treinta años cuentan mas de ciento y cincuenta sacerdotes coronados con el martirio, y entre éstos seis obispos. Y testigos son, finalmente, las misiones de san Francisco entre los salvajes del Perú y Bolivia, en la Siria y en el Egipto, así como las de otras Congregaciones religiosas, que seria largo enumerar. ¡Qué grandiosa se nos presenta, hermanos míos, la Iglesia Católica llena de este celo tan eficaz y fecundo para derramar el Evangelio! ¡Cuántas virtudes practica y enseña á practicar por medio de sus apóstoles que la extienden! ¡Qué vasta su dominación! De un polo al otro deja sentir el dulce yugo de nuestro divino Salvador Jesucristo sobre los espíritus, elevándolos con su santa doctrina; sobre las conciencias, purificándolas con la penitencia; y sobre el corazón, dirigiéndolo por el camino de los cielos. Tal fué el poder concedido por Dios al Apóstol San Pedro al decirle: « Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia. *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam.* »

Mas permitidme, hermanos míos, observaros que esta gloriosa propaganda de la verdad sobre todas las regiones de la tierra, á pesar de todos los obstáculos opuestos por los hombres y por el infierno empeñados en que prevalezcan el error y la ignorancia, y con éstos los vicios que son su consecuencia, es tan solo peculiar á la verdadera Iglesia de Jesucristo. Los rivales de ésta, las comuniones protestantes, es verdad, hacen anunciar á Jesucristo segun su manera de creer. Mas ¿cuáles son los obstáculos que vencen, y cuántos

los paganos que convierten? ¡Ah! la experiencia nos enseña una triste verdad: esos que se dicen sacerdotes y ministros de Jesucristo, no van á buscar á los salvajes en los montes y selvas donde habitan; no van á exponer su vida por salvar las de aquellos, dándoles el conocimiento de Dios y su verdadera fe; sinó que van á situarse en lugares que ningun peligro ofrecen, y aun son cómodos para vivir. Prescindiendo de lo que pasa en el viejo continente, es ésto lo que vemos en América. Ningua ministro protestante ha ido á predicar á los pobres Cuncos ni á los fieros Araucanos, como lo hacen los Franciscanos y Capuchinos; ni ha penetrado las quebradas montuosas del Quindio y del Huancas, para ir á buscar á los ferores Indios que las habitan, como lo han hecho los Jesuitas en nuestros dias, marchando á pié mas de un mes, y muriendo algunos de los misioneros de cansancio y debilidad. Nô, nada de eso hacen; ¿y porqué, católicos? ¿porqué? Porque no tienen el espíritu de Jesucristo, que solo se encuentra en el seno de la verdadera Iglesia, que es la Católica. Porque no oyen la voz de Cristo, que nos viene por los sucesores de San Pedro, á quien solamente fué dicho por el Verbo divino: *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam.* Mas si este poder es augusto por su extension, no lo es menos por la duracion que le concedió su divino Fundador diciendo: *Portae inferi non praevalebunt adversus eam.*

II.

Siendo la Iglesia Católica obra de Dios, lleva en sí misma el germen de su duracion. Destinada á sobrevivir á todos los imperios, á todos los reinos y á todas las repúblicas, ha recibido en su seno el sopló

inmortal que le inspiró su divino Fundador cuando, salido del sepulcro, escribió en el estandarte de su victoria: *Mors ultra non erit*; como si dijere: Ni el Hijo de Dios ni sus obras morirán jamas. Diez y nueve siglos cuenta ya este reino de Jesucristo, que llamamos Iglesia Católica; y subsiste y subsistirá sin que ninguna lesión le causen ni los años, que pasan estampando señales de vejez sobre todo cuanto encuentran en su camino; ni los tiempos, que atraviesan deteriorando, debilitando y consumiendo todo cuanto tocan. Durante tan larga vida ha visto nacer, crecer, desarrollarse y luego eclipsarse y morir todas las monarquías y todas las repúblicas, sin que ningun gobierno, por fuerte y bien establecido que pareciese, hubiese podido resistir la fuerza de los trastornos consiguientes á la instabilidad de las cosas humanas. ¡ Cuántas reflexiones podria haceros, hermanos mios, sobre esta verdad evidente, y que todos vemos y palpamos! David parece que hubiese querido retratar la perpetuidad de la Iglesia de Dios cuando, pintando ese movimiento constante, ese flujo y reflujo de las aguas del océano, nos deja oír la voz del Señor constante, perenne y sin variacion alguna dominando todos esos movimientos como Señor verdadero de los mares. *Vox Domini super aquas* (1).

Pero jamas podemos divisar con mayor perfeccion la perpetuidad de la Iglesia Católica, como cuando la vemos luchar con los elementos que la combaten empeñados por destruirla. Las herejías la combatieron desde sus primeros dias, de modo que los apóstoles, como leemos en las cartas de San Pablo, de San Juan y de Santiago, prevenian á los primeros cristianos contra las asechanzas, que les preparaban aquellas para

(1) Salmo 28.

pervertir su fé. El cisma aflijó tambien á la Iglesia desde sus primeros tiempos, y por cismáticos fueron perseguidos San Pablo y San Juan, como nos refieren en sus cartas. Y en fin, hombres empeñados por pervertir la santidad del cristianismo movieron cuantos resortes son imaginables, á fin de esparcir entre los fieles principios paganos, y que introdujesen la corrupcion y la inmoralidad en el corazon de los que profesan la moral austera del Evangelio. Estos tres formidables enemigos han batallado incesantemente contra la Iglesia de Jesucristo. La reforma protestante representó en su época reunidos aquellos tres enemigos de la fé: representó la herejía, negando muchas de las verdades, que nos enseñó el Salvador; representó el cisma, sublevando al pueblo cristiano contra sus legítimos pastores; y representó la corrupcion de costumbres, atendido su origen que fueron los vicios mas inmundos que reinaban en la conciencia de sus autores. La Iglesia Católica ha combatido sin cesar á todos estos formidables enemigos, y aun cuando algunas veces ha luchado con todas las desventajas por su parte, sin embargo ha triunfado, porque Dios recuerda sin duda la promesa que le tiene hecha, de que las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. *Et portae inferi non praevalebunt adversus eam.* Las puertas del infierno se ostentarian triunfantes, si la Iglesia alguna vez hubiere dejado de batallar contra las sectas, y de separar de su seno á los hijos protervos é indóciles á su voz; pero ella combatió siempre, católicos, y jamas disimuló, jamas toleró que el error alzase su cabeza, sin combatirlo y condenarlo. La historia de diez y nueve siglos es la historia de estos formidables combates; mas podemos asegurar sin riesgo de equivocarnos, que ningun otro tiempo produjo tantos erro-

res, y á la vez una corrupcion de costumbres tan funesta y tan contraria á la pureza y santidad del cristianismo, como el presente. ¡ Ah Dios mio ! ¡ para qué tiempos nos habíais reservado ! Es á nosotros, hermanos mios, á quienes tocó en suerte presenciar el triste espectáculo, que ofrece un Pontífice venerando, acometido por sacrilegos audaces, despojado del patrimonio de la santa Iglesia, y consumados todos estos delitos por una serie de traiciones alevosas é inicuas. Algunos han querido ver en este despojo hecho al Sumo Pontífice de sus dominios temporales nada mas que la separacion de dos poderes, que á su juicio no han debido unirse, porque se perjudican el uno al otro. Los que de esta manera opinan, no conocen la historia, olvidan los principios del derecho, é ignoran la conveniencia de la misma Iglesia.

No conocen la historia, he dicho, porque ésta nos revela, que el gobierno temporal del Romano Pontífice, el mas antiguo que existia sobre la tierra, se apoyó siempre sobre el corazon y la voluntad de la inmensa mayoría de sus gobernados, debiendo notarse que su tras-torno no ha sido obra de los romanos, sino de pobres aventureros venidos del Piamonte, de la Sicilia y de otras provincias que no entraban en los dominios del soberano Pontífice; ni los que votaron el plebiscito tan famoso para los liberales, fueron romanos, sino la muchedumbre de piamonteses y la plebe mas indigna de toda la Italia entrada á Roma con el ejército piamontés. La voluntad y el amor de los verdaderos romanos pertenecieron y pertenecen siempre al Papa, como lo han manifestado hasta la evidencia absteniéndose de tomar parte en la cosa pública hasta hoy.

Olvidan tambien, dije, los principios del derecho, porque al sumo Pontificado se arrebatan sus dominios

por una conquista indigna, abusando el mas fuerte de las ventajas que le concede un ejército diez veces superior en número á la guarnicion del territorio pontifical, é invadiendo con él ciudades tan pacificas como Roma y Viterbo, donde no habian mas descontentos ni otros revolucionarios que los venidos de fuera á provocar la sedicion. Así es que Roma sin ejército y sin otra fuerza que la de pocos gendarmes; sin el ejército frances que ya la habia dejado, ni se movió, ni hizo demostracion alguna hostil al Papa, y todo quanto se ha hecho aparecer de esta naturaleza, ha ocurrido despues de entrar en su recinto sesenta mil hombres de tropa, y otros tantos vagabundos y aventureños, que venian en busca de bienes ajenos soñando hacerse ricos en Roma, y tener sustancia con que alimentar sus vicios y su holgazaneria principalmente. Ved ahí una verdad que desconocen tantos que en América declaman contra el gobierno temporal del Papa, y pretenden sostener, que los pueblos gobernados por la Santa Sede eran sus declarados adversarios, que lo resistian y protestaban contra él. Todo lo contrario es lo que sucede, hermanos mios (1). El

(1) Basta fijarse en el número de personas que han votado en las últimas elecciones políticas de diputados al Parlamento, para persuadirse hasta la evidencia de lo que dice el Autor. En Roma hay, por lo ménos, veinte y cinco mil personas con derecho á votar. El gobierno ha hecho cuanto ha sido posible, para conseguir que vote el mayor número de ciudadanos, á fin de impedir el triunfo de los republicanos rojos en la elección. Unos y otros han apurado todos sus medios. El gobierno ha hecho votar sus empleados, questores, jendarmes etc.; y despues de todo ha perdido las elecciones en diversos riones. ¡Y cuártos votaron! No alcanzaron á tres mil, los republicanos ganaron con una mayoría muy débil, y se abstuvieron de votar mas de veintiún mil personas. ¡Porqué! Porque quieren el gobierno del Papa, y han resuelto no intervenir en la cosa pública.

EL EDITOR.

gobierno temporal del Papa era un gobierno paternal, como tal amado por la infinita mayoría de sus gobernados ; descansaba sobre la justicia é integridad de su proceder, y aliviaba, por cuantos medios estaban á su alcance, la pobreza, la indigencia y la desgracia.

El interes de la Iglesia Católica exige ademas que el Sumo Pontífice tenga el gobierno temporal del estado de su residencia. El decoro é independencia de su persona exige que tenga en sus manos la suma del poder , de otro modo aparecerá ó como vasallo del soberano que le da hospitalidad, ó como una potencia rival á que se mira de reojo y se pretende humillar de mil maneras. La experiencia nos está diciendo lo que pasa en Roma , sede del Sumo Pontifice y corte del Rey de Italia. El Sumo Pontífice ultrajado por hebreos y por malos católicos dueños de la mayor parte de la prensa, los templos profanados por hombres dé la hez del pueblo , y á quienes la policía no castigó como merecian sus desacatos ; los creyentes insultados al salir de las funciones religiosas , y obligados á repeler con armas en la mano los insultos de los miserables que les asaltaron tambien armados. El Jesus, Santa Maria sobre Minerva y otras iglesias han quedado regadas con sangre á consecuencia de hechos de esa naturaleza , y han rodado cadáveres por la gradería del vestíbulo de alguno de estos lugares santos.. Los sacerdotes son no pocas veces insultados públicamente por las calles, no por romanos , sino por esa horda de vagos y de aventureros venida de todos los pueblos de Italia, y que forma una falange de mas de treinta mil personas. Pero lo dicho no es tan solo lo que sucede y todos ven: aun hay mas. Roma, centro del catolicismo y capital del reino de Italia, á la sombra del gobierno italiano ha visto abrirse colegios dirigidos por ateos ,

escuelas y templos protestantes, y almacenes de libros y estampas inmorales, en donde se propina el veneno contra la fé, y se representa al Pontífice de una manera indigna; y algunos de estos almacenes están colocados frente á frente del Tribunal eclesiástico de Roma. En aquellas escuelas no se enseña religion, y al contrario los apóstatas y tránsfugos del verdadero sacerdocio y los malos creyentes que las presiden enseñan á los niños á blasfemar contra los dogmas católicos. Esto, hermanos mios, lo vemos en Roma todos los que queremos ver y conocer las cosas tales como son. Los que pasan corriendo por la Ciudad eterna, y entran y salen en templos y museos sin darse cuenta casi de lo que han visto, y no oyen ni reciben otra apreciacion de las cosas que pasan, sino las que les comunican los cicerones ó mozos de plaza que les acompañan en sus excursiones, esos, digo, no conocen nada de ésto, y sostienen con la turba de revolucionarios, impíos, socialistas y demás agitadores europeos, que muy bien pueden estar en Roma á la vez el gobierno de Italia y el sumo Pontificado; como si dijéremos: á la vez la verdad y los que propagan el error; el que enseña la virtud y los que patrocinan los vicios. Esto veis que es imposible: pues así es tambien de todo punto imposible llevar á cabo la teoría de los que desean ver unidos en un mismo lugar la sede de los Pontífices y el trono de los Reyes.

Mas el reino de la Iglesia Católica no creais, hermanos mios, que ha perecido, porque experimenta los récios sacudimientos, con que sus enemigos están probando una vez mas el vigor de su vida y la fuerza de su inmortalidad. La Iglesia Católica no puede perecer: sufrirá los duros golpes de la persecucion; sufrirá el despojo violento de los bienes eclesiásticos

destinados á la mantencion del culto divino y de sus ministros, de sus conventos, monasterios, seminarios, asilos y hospitales; sufrirá todavia mas, el destierro, las prisiones y aun la muerte del Vicario de Cristo, que la gobierna en su nombre y con la jurisdiccion que le dejó; mas, á pesar de todo ésto, no morirá, porque es inmortal. Cuando su pontifice, sus prelados y sus sacerdotes hubiesen perecido en las cárceles ó en los cadalzos; cuando todos sus fieles hubiesen sido arrastrados al martirio; cuando sus basílicas, sus templos, sus colegios y todo ese número infinito de establecimientos de caridad, de que ha cubierto la tierra en todas partes, hubiese sido arrancado y devastado, sin que despues de eso nada hubiera quedado, sió montones de escombros calcinados por las llamas y manchados con sangre; el divino Fundador de esta Iglesia es poderoso para formar de las piedras de los derruidos edificios nuevos hijos de Abraham (1); es decir nuevos creyentes que continuen su santa Iglesia sobre la tierra. Los israelitas lloraron la destruccion de Jerusalen sentados sobre sus ruinas; mas á los hijos de la verdadera Jerusalen, la santa Iglesia Católica, no sucederá lo mismo; y á medida que vean y experimenten la guerra desapiadada, la destruccion y la muerte, que la combaten y la persiguen, en el fondo de su conciencia la fé les repetirá la promesa de aquella voz omnipotente y eterna: *Portae inferi non praevalebunt adversus eam.*

Hemos considerado, hermanos mios, dos de esos grandes dotes que concedió á su santa Iglesia Católica Jesucristo su divino Fundador, al declarar á San Pedro cabeza y fundamento de esta misma Iglesia, á saber: la fecun-

(1) Mateo. Cap. 3.

didad celestial con que se extiende sobre toda la tierra, y la hace ser verdaderamente Católica, es decir universal; y la asombrosa fortaleza que tiene como obra de Dios, y con la que combate siempre, y al fin triunfa de todos sus enemigos, cumpliéndose al pie de la letra la palabra del Salvador del mundo dirigida á San Pedro: « Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella; *Tu es Petrus, et super hanc petram aedificabo Ecclesiam meam, et portae inferi non praevalebunt adversus eam.* » Glorioso Apóstol y Príncipe de la Iglesia de Jesucristo, que hoy sellaste con vuestra sangre la fe católica, despues de haberla propagado con vuestra predicacion, y gobernádola con el poder recibido del Hijo de Dios, continuad ahora protegiéndola desde el cielo con vuestros ruegos. Alcanzad fortaleza y caridad para vuestro sucesor el Sumo Pontífice, fe y piedad para el pueblo romano, y fe y piedad tambien para todos los miembros de la Iglesia, á fin que, conservándonos todos fieles á vuestro magisterio, logremos alguna vez unirnos eternamente en el reino de los cielos.

INSTRUCCION VIGÉSIMA PRIMERA.

PARA LA FIESTA DEL APÓSTOL SANTIAGO, EL MAYOR,
PROTECTOR DE TODA LA AMÉRICA ESPAÑOLA
Y TITULAR DE MUCHAS CIUDADES Y PUEBLOS
DE LAS DIFERENTES REPÚBLICAS.

*Potestis bibere calicem, quem ego babiturus sum?
Dicunt ei: Possumus.*

¿ Podeis beber el cáliz que yo tengo de beber ?
Respondieron ellos : Podemos.

(S. Matth. Cap. 20.)

Es propio de hombres imperfectos cegarse cuando se trata de su propio individuo, de modo que no vean ni su flaqueza, ni su debilidad, ni alguna de tantas miserias, en que abunda la naturaleza humana. Por eso nada debe asombrarnos oír á dos jóvenes sin experiencia llegar á Jesucristo conducidos por su propia madre, y hacerle una petición que revela, sin dejar duda alguna, hasta dónde estaban arraigados en su alma la vanidad y el amor propio, y distante el espíritu de modestia y humildad, que distingue á los discípulos de Jesucristo.

Mas debe sí asombrarnos que esos jóvenes sencillos é inexpertos se encuentren dispuestos para beber un cáliz, cuya amargura aun no han experimentado sinó muy imperfectamente, y ésto acompañados por su Maestro, que hace llevaderas á todos las penalidades de su cruz. Si, debe asombrarnos, repito, que reine en aquellas almas una resolución tan generosa, que está en contradicción con la carne y con la sangre, que dirige la

defectuosa conducta de los mundaños; y si, debe asombrarnos tambien que, al asegurar con energía que pueden gustar ese cáliz de que se les habla, prescindan de las conveniencias del mundo presente, y pretendan tan solo primeros puestos en el reino del Padre celestial.

Tal es, hermanos mios, el suceso que nos refiere el santo Evangelio del presente dia. Los hijos de Zebedeo son los que se acercan á Jesucristo, y hablando á nombre de ellos su madre, le pide que les conceda los dos primeros asientos de su reino. *Dic ut sedeant hi duo filii mei, unus ad dexteram tuam, et unus ad sinistram in regno tuo.* En la ternura maternal es todo ésto disculpable, no teniendo presente siñó los movimientos de la naturaleza, que inspira á las madres buscar para sus hijos todas las conveniencias, todos los honores y todo cuanto pudiera hacerles grandes y felices sobre la tierra en medio de los demás hombres. Mas en el órlen de la gracia Jesucristo reprobaba semejantes pretensiones, declarando que necesitaba humillarse como el mas pequeño, el que aspirase á ser engrandecido en el reino del Señor, y hacerse el infimo entre todos, quien desease tener lugar alguna vez entre los escogidos de Dios. Fué por eso que el Salvador rechazó tal peticion, declarándoles que ignoraban lo que pedian.

Mas en el órden de la gracia yo encuentro, católicos, que aun cuando el apóstol Santiago ignorase lo que pedia, pretendiendo tomar asiento á la diestra de Jesucristo en el reino de los cielos, él bebió hasta su última gota el amargo cáliz de que le habló el Salvador, y mereció por eso mismo el lugar que pretendia.

Bebió el cáliz durante su vida de fatiga y persecucion por la causa de la fé cristiana; bebió el cáliz en las cárceles y cargando las cadenas, con que era

castigado su celo en la ejecucion del santo ministerio que le habia confiado Jesucristo ; pero bebió el cáliz principalmente derramando su sangre por la confesion del mismo Jesucristo y la verlad de su santa fé; y porque lo bebió con tanta intrepidez y generosidad, por eso le concedió el Señor el trono que le pedia.

Os he indicado, hermanos mios, la materia de la instruccion, en que me propongo hacer brillar las virtudes de este grande Apóstol de Cristo, y Protector y Patrono nuestro delante del Señor. Escuchadme.

I.

El cáliz que el Verbo divino hecho hombre bebió, católicos, hasta su mas última porcion, fué vivir abrazado constantemente con la voluntad del Padre celestial, que le mandó á la tierra para enseñar á los hombres con sus ejemplos y con su doctrina, y para redimirles con su pasion y con su muerte. Así es que cuando pregunta á Santiago y á su hermano, si podian beber el cáliz que El habia de beber, les habla de esa vida agitada en las fatigas del ministerio apostólico; de esa vida pobre, en la que mil penurias han de soportarse con alegría ; y de esa vida mortificada, en la que el discípulo de Cristo procura con sus ejemplos grabar en la conducta de su prójimo las virtudes de su divino Maestro. Los apóstoles comprendieron muy bien esta verdad, luego que fueron iluminados por la caridad, de que llenó sus almas el Espíritu Santo, y su virtud viva y eficaz estimuló su celo, adornándolo de intrepidez, paciencia, energía, fortaleza y de todas las demas virtudes que deben acompañarlo, para que sea el perfecto celo del cristiano.

El apóstol Santiago se distinguió siempre entre los demás apóstoles por su celo é interés por Jesucristo y por cuanto pertenecía á su gloria. Así es que, cuando el Salvador no fué recibido por los samaritanos, su alma conmovida por el desacato que se cometía contra su querido Maestro, arrebatada por su celo, dice á Jesus: « ¡Quieres que hagamos descender fuego del cielo, que acabe á éstos (1)? » Como si dijese: ¡Quieres que volvamos por tu honra ordenando que caiga fuego del cielo sobre todos éstos, que te desconocen y te injurian? Jesucristo que conocía toda la grandeza del celo de este apóstol, le dió el nombre de Boanerges, que significa « hijo del trueno (2) », porque así tan ardiente é impetuoso como el estampido del trueno era el celo, con que desempeñaba cuanto tenía relación con el honor y la gloria de su Maestro. Pero Este corrigió la impetuosidad de su Apóstol, declarando que esos movimientos no estaban en armonía con su espíritu esencialmente pacífico y humilde. Porque el verdadero celo, hermanos míos, no se complace en destruir, sino que más bien procura reparar en el hombre lo que destruyeron los vicios; ni en arrancar violentamente, de modo que corra peligro de que pierza lo bueno junto con lo malo. El verdadero celo es hijo de la caridad, y en sus movimientos va dirigido por las inspiraciones de esta virtud. Cuando nuestro Apóstol fué ilustrado por la doctrina de Jesucristo, su celo tuvo todas las virtudes que se derivan de la caridad: fué intrépido con aquella intrepidez, que no sufre dilaciones, cuando se trata de la honra del Señor; fué activo con aquella acción, que ni muestra fatiga en el tra-

(1) Lúcas. Cap. 9.

(2) Marcos. Cap. 3.

bajo, ni debilidad ni flaqueza en la duracion de éste; y fué prudente aun en las resoluciones mas riesgosas. La experiencia nos enseña, que el hombre dotado de celo semejante es capaz de emprender y concluir las empresas mas grandes, porque nada teme, sino que todo lo acomete y todo lo vence. Santiago, movido por él, atravesia infinitas regiones predicando la divinidad de Jesucristo. La Judea, irritada contra el Evangelio por los perversos consejos de sus sacerdotes y fariseos; la Judea, repito, manchada con la sangre del Hijo de Dios, esa Judea, reprobada y maldita con la maldicion que ella misma se invocó en el exceso de su inicua ceguedad, fué el primer objeto que reclamó su celo y su fortaleza, mereciendo ser recompensado con mil almas ganadas para Cristo. Samaria oyó tambien su voz, y sin duda predicando le repetiría las palabras que le dirigió el Salvador desde sus mismas puertas; palabras que llenarian de gozo espiritual á los que tenian verdadero interes por salvar su alma: « Mirad que llegó el tiempo de adorar al Padre celestial no solo en Jerusalen, ni en este monte donde vosotros le adorais, sino en todas partes en espíritu y en verdad (1).» Mas un celo tan grande necesitaba un campo mas vasto, y éste lo divisaba Santiago en aquella Iberia aguerrida é indomable, cuya conquista habia emprendido el imperio romano, pero sin haber sometido completamente sus gentes belicosas. No teme la distancia que le separa de aquella region; ni el carácter de las gentes, en medio de las cuales necesita atravesar para llegar allá; ni menos teme la falta de recursos, porque viva permanece en su memoria aquella voz, que mandó á sus apóstoles no temer ni á los reyes, ni á la sinagoga,

(1) Juan. Cap. 4.

ni á la tierra, ni al infierno, ni á los hombres, ni á los demonios; y sin bolsa ni alforja, sin calzado ni provicion, segun el precepto de Jesus (1), se pone en marcha para España.

Contemplad, católicos, á nuestro Apóstol. Ignora el camino que debe tomar; pero no teme errar: ignora el idioma que allí se habla; pero no duda que su predicacion será entendida por los que la escuchen: ignora, en fin, qué clase de gentes son las que va á evangelizar; pero tiene presente que su celestial Maestro le ha dicho, que lo enviaba como cordero entre lobos (2). Quiere convertir á éstos en corderos, y ofrecer sus almas á Jesus, y se da prisa para realizar su santo pensamiento. Ve esa tierra cubierta de abominaciones, desconocido el verdadero Dios, reinando la idolatría con toda su repugnante corrupcion, ciegos los entendimientos de los hombres, y extraviado por todos el camino que conduce á la salvacion eterna. Por eso, « contrito está mi corazon, decia nuestro grande Apóstol como el Profeta (3); se han extremecido todos mis huesos, porque veo la tierra cubierta de pecados. » Y cuando la providencia lo hace encontrarse en medio de ese pueblo numerosísimo, cuyo apostolado le ha cometido, ella misma lo presenta rodeado de señales prodigiosas, que le pueden hacer decir como á San Pablo: « Las señales de mi apostolado son entre vosotros la paciencia, los prodigios y las virtudes (4). » La España se commueve al ruido de la predicacion de Santiago, y no pocos pueblos abrazan la doctrina del Evangelio. Siete de los primeros convertidos fue-

(1) Lúcas. Cap. 10.

(2) Ibidem.

(3) Jeremías. Cap. 23.

(4) I. á los Coríntios. Cap. 12.

ron elevados al sacerdocio y consagrados en Roma por el Príncipe de los apóstoles, para regir las siete primeras Iglesias fundadas por él. Alégrate, famosa península ibérica, porque brilló para ti la verdadera luz: depon los vestidos de ignominia, que has llevado sirviendo á los ídolos y arrastrándote en el inmundo lodasal de los vicios, que el culto de éstos inspira y fomenta: levanta tu cabeza á la voz del Apóstol que te dispierta, para instruirte¹, regenerarte y salvarte por la fe de Jesucristo. Llamada á la gracia serás nacion grande, porque sacudirás la afrentosa esclavitud de la ignominiosa barbarie.

Mas el celo del apóstol Santiago no solamente se distinguió por su intrepidez, como lo habeis oido, sino que dió tambien prueba de constancia, que es uno de los caractéres que hace brillar el Señor en sus apóstoles. Su constancia brilló recorriendo las provincias de España, á fin que en todas fuese anunciado y conocido Jesucristo: brilló su constancia en presentar á los pueblos la santidad de su vida como una predicacion elocuente y continua de la doctrina del Evangelio, que les reprendia amargamente la corrupcion de sus vicios degradantes; y brilló tambien su constancia en las fervorosas oraciones y activas diligencias, con que procuraba la salvacion de sus prójimos. San Pablo, pintando su constancia para solicitar la gloria de Dios entre sus prójimos, « de noche y de dia no descansaré, decia, amonestando á cada uno con lágrimas de amor (1). » Y yo en tan tiernas palabras del grande Apóstol de las gentes encuentro retratada la constancia del celo, que Santiago desplegó bebiendo el cáliz del Señor en sus trabajos por la salvacion de

(1) Hechos de los Apóstoles. Cap. 20.

los prójimos, cuando se hacia verdaderamente siervo y esclavo de todos, para ganarlos á todos para Jesucristo. Esta solicitud es propia de los verdaderos discípulos del Evangelio que, sin cuidar jamas el provecho particular de su individuo, buscan solamente el de sus prójimos; y dígase en alta voz y para eterna gloria de la Iglesia Católica, que de su seno han salido y salen cada dia hombres de esta naturaleza, que atraviesan la tierra derramando toda clase de bienes entre los demas. Hechos todo para todos, segun la expre-
sion del Apóstol (1), sienten los males del prójimo como propios, les afigen las miserias del prójimo como propias, y les lastiman sus enfermedades como si las sufriesen en su propia naturaleza. Tal era, católi-
cos, el carácter del celo de nuestro Apóstol, que por su constancia podríamos llamar con propiedad vivo retrato del que animó á nuestro Señor Jesucristo. Y la constancia jamas brilla mejor que en las persecu-
ciones, en los desprecios, en las calumnias y en todo lo que les molesta y atlige en el ejercicio del minis-
terio, de que el Señor les encargó.

La constancia del apóstol Santiago fué fortalecida por gracias particulares, que Dios se dignó concederle en el ejercicio de su penoso ministerio. Recordad, católicos, que allá en las alturas del monte Tabor habia visto con sus ojos corporales algo de la gloria del Hijo de Dios vivo. Aquel vestido mas blanco que la nieve, que cubria su sacratísima humanidad; la compañía de los mas grandes y celosos profetas de la ley escrita, que le acompañaban y adoraban; la nube resplandeciente, que cubrió de gloria el sagrado monte; la voz de Dios, que manda á los apóstoles, que pre-

(1) Epist. 1. á los Coríntios. Cap. 10.

senciaban este glorioso suceso, oír y creer la doctrina del Salvador; y junto todo ésto á la dulzura y felicidad inexplicable que sintieron con la presencia de tantas maravillas; y comprendereis, que en el recuerdo de esta felicidad, que era solo una pequeña muestra de otra eterna é inmensa que le aguardaba, tenía el Apóstol un copioso recurso para fortalecerse en medio de las duras pruebas por que tenía que atravesar. ¡Ah católicos! en medio de sus aflicciones, de sus fatigas, de su desnudez, de sus peligros y de sus tribulaciones de todo género recordaría nuestro Apóstol la gloria inefable de su Maestro, recordaría también que estaba él mismo llamado á gozarla alguna vez; y recordaría que, según la doctrina recibida de sus divinos labios, convenía padecer para merecer un título en virtud del cual ser admitido á la felicidad eterna. Y ¿qué eran á la luz de esos recuerdos todas las molestias y amarguras que le rodeaban? Nada, hermanos míos, nada eran comparadas con aquella inefable bienaventuranza, de la que había gustado solo un instante y de una manera incompleta. Estaba persuadido, que no son comparables los trabajos de la vida presente con la gloria venidera, que algún dia se manifestará en nosotros, como escribia San Pablo (1). De aquí sacaban su alma, su corazón y su naturaleza toda esa fortaleza incontrastable, con que desafiaba y vencia cuantos males le asaltaban incesantemente.

Nosotros no participamos de esa fortaleza, que puede hacernos constantes en nuestras resoluciones, porque, siendo débil é imperfecta nuestra fe, olvidamos fácilmente los bienes eternos, á que adquirimos derecho con nuestras virtudes. De aquí nace que, apenas resistimos los im-

(1) A los Romanos. Cap. 9.

petus de las tentaciones, que nos fastidiamos de las molestias que nos acarrea la práctica de las virtudes, y que la abandonamos fácilmente, no encontrándonos dispuestos para perseverar en el ejercicio de aquellas obras, que tantos disgustos nos causan cada dia. Procuremos robustecer la fé de las verdades eternas; recordemos las promesas de Jesucristo, que nos confortan y nos animan, y entonces nos sentiremos inspirados como el apóstol Santiago, para decir al Señor, que estamos dispuestos y queremos realmente beber su cáliz, por amargo y doloroso que nos sea.

Y no quiero pasar en silencio otro auxilio que fortaleció tambien eficazmente á nuestro Apóstol durante su apostolado inmensamente laborioso. Fué, hermanos mios, la protección eficaz, que le dispensó la Virgen y Madre de Dios. Es cierto, que esta gran Protectora de la Iglesia cristiana auxilió eficazmente á todos los apóstoles; pero no lo es ménos, que dió á algunos de éstos muestras mas especiales de su bondad, y éstos fueron los hijos de Zebedeo, Juan y Santiago. Al lado de Juan permaneció desde la muerte de Jesus, y á Santiago lo recreó en medio de sus peligros y tribulaciones con visitas milagrosas, en las que se le dejó ver visible y corporalmente. Una de éstas tuvo lugar en Zaragoza; y en el recinto consagrado por la presencia de María el mismo Apóstol vivamente agradecido á favor tan singular, echó los fundamentos del primer templo cristiano, que existió en España consagrado á María, viviendo ésta todavía en carne mortal. Santiago mismo lo dedicó, y en él fueron solemnizados por nuestro Apóstol, para gloria de Dios, los misterios de nuestra santa religion. Allí se invocó á María, para que rogase por nosotros, de una manera pública, y despues de su Asuncion al cielo se le dió el culto que le tiene

acordado la Iglesia, y que tan justamente se debe á la que es Madre de Dios, Redentor y Salvador del linaje humano. Bien comprendemos, hermanos mios, hasta dónde alentaria á nuestro grande Apóstol protección tan valiosa, y hasta dónde haria esta misma fecundos sus trabajos entre los infieles. Os haré notar solamente, que la España, santificada por la presencia de Maria, venida en auxilio del apóstol Santiago, principió desde entonces á ser el patrimonio de la Reina de los cielos. Tan eficaz fué la protección que dispensó al celo constante de aquel, y tan tierno el amor que cobró á esta nueva porcion de grey ganada para Jesucristo por las fatigas de Santiago. A esa protección debemos atribuir la fe profundamente católica, que profesa la inmensa mayoría de los Españoles; lo arraigado de su devoción á la gran Madre de Dios, y la defensa que siempre tomó á su cargo aquella nacion de los intereses de la Iglesia Católica.

Pero á la intrepidez y constancia del celo, con que el apóstol Santiago bebió el cáliz del Señor, agregaremos la perfección con que lo hizo, bebiéndolo hasta el fin. Bienaventurado aquel que venciere en la batalla, porque á ese daré la corona, decia aquella voz celestial de que nos habla San Juan en el Apocalipsis, instruyéndonos en la necesidad que tenemos de perfeccionar nuestras obras, para hacernos acreedores á los premios eternos. En esta circunstancia brilla tambien el mérito de nuestro Apóstol. La mayor gloria de Dios, que era el objeto de todas sus obras, le hizo volver á Jerusalen, donde la cruel persecución contra la fe cristiana encrudecia y se hacia mas terrible cada dia. El quiso confortar á sus hermanos, y doblemente hermanos, por los vínculos de la sangre y por los lazos de la fe. Su celosa predicacion se es-

cucha de nuevo en la Judea y en Jerusalen ; é irritado Heródes Agripa por la doctrina del Apóstol , le pone en cárcel, le carga de cadenas, y le hace experimentar todas las amarguras de la prision mas dura y dolorosa. Mas ¿qué importa todo ésto ? El ha dicho á Jesucristo, que puede y desea beber su cáliz ; y este cáliz que ya ha bebido en las fatigas de la predicacion , en las angustias y tribulaciones del ministerio, y en las agitaciones y cansancios de continuas peregrinaciones , ahora lo beberá hasta sus heces mas amargas , abrazando voluntariamente el martirio por amor á Jesucristo. En efecto , le sentencia el tirano á morir degollado ; y el Apóstol, divisando la muerte y en ella el principio de su glorioso triunfo y de su felicidad eterna, la abraza con toda la alegría de su corazon, y se dispone para marchar al cadalso colocado en uno de los lugares mas públicos de Jerusalen. La mansedumbre de sus palabras, la alegría y paz de su semblante asombran á cuantos le ven en aquella hora, y causan tal impresion en uno de sus guardianes, que confiesa la fé de Jesucristo que poco ántes ha oido predicarle, y la anuncia á voces lleno de fortaleza celestial. ¡ Oh asombrosa influencia de la virtud ! ¡ Oh efectos prodigiosos de la gracia, que derrama el Señor por medio de Santiago ! Aquel recien convertido le pide humildemente sus oraciones, y el Apóstol le da la paz en señal de amor y caridad ; y le da la paz, hermanos mios, porque le alcanzó la gracia con su intercession, y con ella la paz del alma única verdadera, como que nos abre camino para el reino de Dios. El verdugo corta de un golpe la cabeza al Apóstol, y su muerte, en que brilló la santidad y la heroica fortaleza de su alma, derramó en muchos judios la gracia de la fé, y convirtió sus corazones á Jesucristo.

II.

Habeis visto cómo el apóstol Santiago bebió con perfeccion el cáliz del Salvador muriendo por su amor: de modo que, habiendo confesado á Cristo con intrepidez, y servídolo con admirable constancia, lo confesó heróicamente en el martirio; y derramando su sangre lo amó mas que su misma vida. ¡Oh grandeza heróica! ¡Oh amor generoso y ardiente! ¡Oh intrepidez admirable! Aprendamos, hermanos mios, aprendamos en la escuela de este grande Apóstol á servir á Dios con fidelidad y constancia, de modo que con nuestras obras, mejor que con nuestras palabras, le acreditemos que estamos prontos para beber el cáliz que nos ofrece en las obligaciones de nuestro estado. *Potestis bibere calicem, quem ego bibiturus sum?* ¡Ah! que si respondemos al Señor de veras que lo podemos beber auxiliados con su gracia, *possimus*; es de necesidad que nos resolvamos tambien á procurar esta gracia, haciendo obras tales que puedan merecerla. Las reflexiones que acabamos de hacer sobre la manera tan intrépida, tan constante y perfecta con que lo bebió hasta sus últimas heces el apóstol Santiago, deben producir en nosotros dos efectos. El primero es el deseo de imitar esas virtudes, tan necesarias especialmente en nuestro tiempo, en que la fe escasea, y sobreabundan la impiedad y la corrupcion. Si es verdad, que no todos estamos llamados á predicar á Cristo, como lo hacian los apóstoles, ni mucho ménos á emprender largas peregrinaciones para anunciar su santo Evangelio, como aquellos lo ejecutaban; tambien no lo es ménos que cada uno segun su estado tiene estrecho deber de vivir segun los preceptos del Evangelio, de tal modo

que puedan llamarse sus obras verdadera predicacion de la doctrina de Jesucristo para todos cuantos las vean; y ésta es aquella eficaz que está encomendada por el Salvador á todo cristiano sin excepcion alguna (1). Hoy, mis hermanos, que tantos hacen alarde de su impiedad, y de la corrupcion de sus costumbres, hoy cuando insultan con las obras y las palabras la divinidad y la santidad del Evangelio, aquella obligacion pesa mas de cerca sobre los buenos creyentes, y debemos con obras y palabras llenas de fé y de virtud refutar prácticamente la depravacion de todos. Nuestra lamentable inacion y cobardía serán estimadas delante de Jesucristo, autor soberano de la fé, como aquiescencia criminal á la conducta de aquellos cristianos relajados. La situacion de los buenos es hoy tal, que pronto su virtud se encontrará reducida por su cobarde apatía á mostrarse solamente en el recinto de casa, y á limitar su accion á la familia y á las personas inmediatas. Mas os diré con franqueza que semejante proceder es una falta contra la fé, y que ésta reclama de los cristianos celosos mucho mas. Reclama que confesemos á Jesucristo con intrepidez, cada ocasion que se presente para ello oportunidad. Reclama que confesemos á Jesucristo especialmente respetando las funciones sagradas del culto externo, asistiendo á ellas con devicion, y procurando servir de buen ejemplo para todos los demas. Reclama, en fin, que confesemos á Jesucristo, contradiciendo y jamas participando de conversaciones irreligiosas, en que se deprimen y se lastiman las sagradas verdades de la religion católica.

Mas tambien han de excitar en nuestro espiritu el deseo ardiente de acompañarlo en su reino de bienaventuranza eterna. Cuando el Salvador mandaba á sus apóstoles

(1) S. Mat. Cap. 5.

les predicar su santa doctrina, no les presentaba las cruces que habian de experimentar, ni los contratiempos que sufrir, ni los insultos y vejámenes de toda especie que estaban llamados á tolerar, sin dejarles tambien entrever las delicias inefables que les aguardaban en el cielo. El recuerdo de este reino les inflamaba, para trabajar esforzadamente hasta obtenerlo, y les consolaba en medio de las amarguras y contratiempos de todo género que experimentaban. En nosotros ha de producir, hermanos mios, ese mismo efecto. Recordemos el reino de Jesucristo, que es el reino de los cielos, y que el Salvador del mundo nos dice lo que á sus discípulos: « Vosotros, que me habeis seguido, y dejado por mi amor todas las cosas, recibireis ciento por uno, y alcanzareis la vida eterna (1). » Y ¿cuánto fervor no sentiremos para sobreponernos á los infinitos males y á las miserias innumerables, que nos acosan por todas partes, empeñados en hacernos abandonar las obras, cuya ejecucion nos conduce á la vida eterna? Trabajemos por avivar nuestra fé sobre estas verdades: hagamos á Jesus continuamente aquella peticion, que le hacian sus apóstoles: « *Adauge nobis fidem;* Aumentad, Señor, en nosotros vuestra fé (2). »

La intercesion de nuestro gran Patron puede contribuir para alcanzarnos de Dios sus favores y gracias inefables. Recordemos que fué en todos los siglos el baluarte inexpugnable de España, nuestra antigua madre; y recordemos que ésta nunca fué tan fuerte ni tan poderosa, como cuando llena de fé combatia á los enemigos de la patria, llevando en su corazon y en sus labios á Cristo, en su estandarte la imágen de Maria, y

(1) Mateo. Cap. 19.

(2) Lúcas. Cap. 17.

por grito de guerra el nombre del apóstol Santiago. De esta manera combatieron uno contra ciento en las batallas contra los moros; de esta manera libraron la España de sus mas crueles opresores; y de esta manera llegaron á elevarla sus antiguos reyes hasta una grandeza, cual alcanzaron muy pocas naciones modernas. Mas fijaos bien, hermanos mios, que á medida que decaia la fé, decaia tambien ese esplendor; que al paso que la religion dejaba de ser el alma de sus soberanos, y que de sus secretarías de gobierno se apoderaban hombres de malas ideas en materia de religion, la nacion perdió su fuerza, sus leyes sábias quedaban sin vigor, y el pueblo perdió tambien el espíritu de amor patrio, que anima y sostiene todas las grandes naciones. Pidamos al santo Apóstol, que nos alcance esta fé viva y ardiente; que la alcance para nuestra patria y para todos los estados de la América latina; que la alcance tambien para la España tan dividida, como abatida y decaida de su antiguo esplendor. Animados por esta virtud no dudemos, hermanos mios, que beremos esforzadamente aquí en la tierra el cáliz de nuestro Señor Jesucristo, y en el cielo obtendremos el reino eterno de su gloria, que os deseo.

INSTRUCCION VIGÉSIMA SEGUNDA.

PARA LA FIESTA DE SANTO DOMINGO FUNDADOR
DE LA ÓRDEN DE PREDICADORES
Y TITULAR DE ALGUNOS ESTADOS Y PUEBLOS DE AMÉRICA.

*Non enim dedit nobis Deus spiritum timoris,
sed virtutis et dilectionis.*

No nos ha dado Dios espíritu de temor,
sinó de fortaleza y de caridad.

(II. ad Tim. Cap. 1.)

Jesucristo fué anunciado, hermanos mios, como señal de contradiccion, y su doctrina, que naturalmente habia de correr igual suerte que El que la enseñó, nada podia encontrar sobre la tierra que no fuesen desprecios y persecuciones. El Salvador del mundo, aceptando aquel carácter tan en armonía con su mision de redimir á los hombres con sus ignominias y con su muerte, opuso en su fortaleza y en su amor una valla superior á todos los esfuerzos unidos del espíritu del mundo y del principio de las tinieblas. La consumacion de su ministerio sobre la cruz es el triunfo mas espléndido de aquellas virtudes, y la suerte de su doctrina en la sucesion de diez y nueve siglos nos representa continuada la serie de victorias que la paciencia y la caridad iniciaron en el Calvario, y terminarán el dia ultimo de los tiempos.

El poder humano sin elementos para sobreponerse á las alternativas de su condicion débil y de su existencia precaria; el talento y la elocuencia que, acostumbrados á triunfar, enmudecen no obstante delante

del temor; y la experiencia de nosotros mismos que nos convence cada dia de nuestra insuficiencia para combatir, nos demuestran hasta la evidencia que la propagacion del Evangelio no pudo realizarse sin virtudes superiores que elevasen á sus predicadores sobre los obstáculos que su celo y su doctrina habrian de encontrar entre los hombres. Jesucristo, que triunfó del mundo y del infierno por su fortaleza y por su amor, dió en dote á sus discípulos estas mismas virtudes como armas que habrian de manejar en la grande empresa de convertir á su fé el género humano. En vez de la pusilanimidad, natural en todos los hombres, les concedió ese espíritu de fortaleza y de caridad que abundaba en el Apóstol de las gentes cuando escribia á su discípulo Timoteo: « No nos dió el Señor espíritu de temor, sino de fortaleza y caridad. »

En un hombre cuyo pensamiento se dilata sobre la tierra y abraza con la intensidad de su fervor la suerte del género humano; en un hombre cuyo corazon vive inflamado por el deseo ardiente de salvar á todos los hijos de Adan, y que en la ejecucion de su propósito hace brillar su celo predicando la verdad, su desinteres en su pobreza voluntaria, y su grandeza de alma en medio de los riesgos inminentes que le rodean; en un hombre, en fin, que llamado por Dios se lanza en el ministerio apostólico con la fuerza del torrente que se precipita desde la pendiente elevada, y derrama en sus palabras inteligencia y virtud sobre naciones enteras esterilizadas por el error y por los vicios, vemos brillando aquellas mismas prerrogativas que forman el invencible carácter de los apóstoles del cristianismo, y son una de las demostraciones irrefragables de la divinidad del Evangelio. La Iglesia católica publica hoy el nombre ilustre de este varon, de este apóstol, de

este gran Santo, ostentando las nuevas luces de sabiduría celestial que derramó en su seno, los nuevos dones de merecimientos y virtudes con que enriqueció su tesoro, y los nuevos ejemplos de maravillosa santidad con que ilustró y edificó á sus fieles. La fortaleza y la caridad, virtudes por excelencia del apostolado cristiano, lo fueron tambien de santo Domingo de Guzman, cuya mision en la Iglesia de Dios ni fué menos ardua ni menos difícil que la de los primeros padres de nuestra fé. A él dotó el Señor de fortaleza, porque habia de combatir vigorosamente á los enemigos de la casa de Dios, porque en la ejecucion de esta empresa necesitaba triunfar de los esfuerzos de la tierra y del infierno, soportando para ello todo género de trabajos, y porque en el seno de la misma Iglesia habia de perpetuar los prodigios de su infinito fervor. A él dotó el Señor de caridad, porque su mision era tambien curar las llagas del pueblo escogido, renovar en su corazon la pureza de costumbres que inspira el Evangelio, y enseñarle con el ejemplo y sus exhortaciones el fervor de los fieles de los siglos primitivos. Una vida apostólica en toda la extension de la palabra y un anhelo ardiente por inspirar en los sucesores de su santo ministerio sus mismas virtudes, de tal modo que en medio de las revoluciones humanas pudiesen manifestar hasta dónde se extiende la virtud del cristianismo, ved, católicos, los motivos que nos dan derecho para decir de él lo que San Pablo aseguraba de sí mismo y de los demas apóstoles del Evangelio: *Non dedit nobis Dominus spiritum timoris, sed virtutis et charitatis.* Estas dos grandes virtudes del Patriarca y Padre de los predicadores Santo Domingo van á darme la materia de su elogio.

En una época en que el sacerdocio cristiano está

llamado á sostener duros combates entre los domésticos y los extraños, en la fortaleza y en la caridad de nuestros antecesores debemos contemplar nuestro modelo y estudiar la regla de nuestra conducta , si queremos triunfar como ellos triunfaron, y alcanzar la corona de que ellos disfrutan. Quiera Dios pueda yo desarrollar mi pensamiento , concediéndome la gracia que pido por intercesión de la santísima Virgen.

I.

Sufrir sin quejarse, divisar los peligros sin perturbacion, acometerlos vigorosamente y lidiar hasta vencer, ved ahí, católicos, la virtud prodigiosa que vemos brillando en los apóstoles del cristianismo. Pero no es el hombre quien á su arbitrio maneja en estos casos los movimientos de su corazon ni de su espíritu , ni es el hombre quien se sobrepone á su flaqueza , que le angustia y le retrae acaso de obrar con energía en la ejecucion de proyectos que demandan el propio sacrificio; no por cierto: « jamas el fuerte tendrá derecho para llamarse autor de las obras grandiosas que realice, ni el sabio para gloriarse de su sabiduría ; mias son, dice Dios, esas virtudes, y mi poder las da á quien quiere (1). » Publique el hombre enhorabuena su debilidad , publique la miseria de su condicion que se trasluce en todos los actos de su vida , ésto es solamente lo que le pertenece ; mas el poder y la virtud que en él alguna vez se manifiestan, no son sinó efecto de la bondad del que mandó á sus discípulos luchar vigorosamente con la antigua serpiente para hacerse dignos del reino eterno. Sin aquella fortaleza celestial

(1) Jeremías. Cap. 9 y 23.

el hombre habria desfallecido delante de la empresa que se le encomendaba de predicar á toda criatura, su palabra habria sido nula para renovar el mundo por el conocimiento de la verdad, y su virtud sin eficacia para convertir á los demas. Pero existe en el seno de la Iglesia católica un poder invencible que , colocado por Dios en el espíritu de sus apóstoles, ha de triunfar eternamente ; existe esa virtud sobrenatural que vestirá, segun la promesa del mismo Dios, al ministro del Evangelio como noble divisa de su mision celestial; existe esa heroica resignacion, esa constancia inmutable, esa abnegacion que el mundo no posee ni conoce , y que triunfará siempre, porque encierra una fuerza superior á cuantos elementos pudieran combinarse para combatirla. Esta es la fortaleza de Dios derramada sobre los ministros de su palabra, y cuyos efectos prodigiosos descubrimos leyendo la vida del apóstol del siglo XIII, santo Domingo de Guzman.

El Apóstol de las gentes , escribiendo á Timoteo , dibuja el retrato admirable de esta virtud, siguiéndola en los diversos ejercicios en que dirige al hombre que la posee. « El Señor, dice, nos ha hecho sus apóstoles para que trabajemos como soldados valientes, siguiendo constantemente la justicia,... viviendo crucificados con Jesucristo, sufriendo las persecuciones sin avergonzarnos de nuestras cadenas , y hechos todo para todos y siervos de todos por el amor del mismo Jesucristo. » Esta es la filosofia mas sublime que puede ofrecerse á la consideracion humana , y que presenta en bosquejo los efectos maravillosos que produce la virtud de Dios en la conducta de sus ministros.

La victoria sobre nosotros mismos es el primero de aquellos , porque no puede triunfar en el corazon de los demas quien vive esclavo de sí propio. El es-

píritu de Dios inspira á Domingo esta verdad; así es que apenas posee la luz de la razon, cuando emprende la conquista de sí mismo como la mas importante de sus obras, y de la que penden cuantas ha de ejecutar en el discurso de su vida. Tomando por modelo al Apóstol de las gentes castiga su cuerpo con rigor para rendirlo al espíritu, macera su carne para domarla, y la despedaza para apagar la llama que incita al hombre á rebelion. « Yo corro , dice , como aquel mi carrera, seguro de mi premio; yo peleo, no como el que da golpes en el aire; yo trabajo, pero no en vano ni solo con palabras, sino que castigo mi cuerpo con la penitencia. » En la infancia se familiariza con el ayuno , y cuando en la edad juvenil sus fuerzas se lo permiten , su abstinencia no encuentra ejemplos sino entre los antiguos moradores de los desiertos del Jordan , de Nitria y la Tebáida. Las obras de estos Padres de la vida espiritual y modelos hermosísimos del fervor evangélico eran entonces mismo todo su embleso; en sus ejemplos procuraba amoldar su conducta, y en los documentos que nos dejaron escritos en sus preciosos libros beber como en clarísima fuente la inocencia, la castidad, la oracion, la humildad, la mortificacion, la obediencia y todas las virtudes que deben adornar al soldado de Cristo que se apresta para la conquista del reino de los cielos. La aspereza de los yermos donde ve florecer á Pablo y á Pacomio cuales palmas solitarias combatidas sin cesar por los huracanes del desierto; la aridez horrible de los montes en cuyo corazon crecen Sábas y el grande Antonio cuales cedros elevados que pierden su copo entre las nubes ; las grutas y cavernas desde cuyo fondo salen los gemidos de Arsenio ó las palabras inspiradas de los ilustres Efren y Damasceno ; la pintura de la vida peni-

tente de estos fervorosos monjes , anacoretas y ermitaños, que lee en sus mismos escritos, inflama el alma del fervoroso joven; se resuelve á vivir como ellos, y abandonando la casa paterna, busca en los escarpados montes de Castilla un lugar á propósito donde renovar las austeridades asombrosas de aquellos fundadores de la vida monacal. ¡Cueva de Segovia ! ; grutas profundas de la Vieja Castilla ! en vuestro seno realizó su santo designio ; allí se escuchó el eco de sus gemidos , allí empaparon sus lágrimas las duras peñas , y en vuestros contornos silenciosos resonaron tres veces cada noche los golpes de sus sangrientas disciplinas. ¡Oh si pudiese puntualizar yo las maceraciones con que entonces excita su fervor ! ; Hablaré, católicos, á cada uno de vuestros sentidos , representándoos minuciosamente las mortificaciones con que affligia Domingo á cada cual de los suyos ? No lo creo necesario; lo extraordinario y sobrehumano no puede contemplarse regularmente sinó en globo , y de esta naturaleza fueron las penitencias de Domingo. Su cuerpo privado de alimento, su carne despedazada por disciplinas y cilicios, su sueño tomado sobre el duro suelo , é interrumpido por la oracion de media noche , siete horas pasadas de rodillas cada dia en el estudio alternado con la meditacion ; ved ahí la palabra mas viva y elocuente que las describe. Dios le inspira dejar la soledad ; pero en los palacios de los grandes, en medio de las ciudades populosas, en los caminos ásperos andados á pié descalzo, en la fatiga de largos viajes emprendidos por la gloria de Dios , ¡cuántas nuevas mortificaciones no se procura ! « Donde quiera que vaya, lleva en su cuerpo la mortificacion de Jesucristo. » Como el apóstol á quien imita, en todo lugar y en todo tiempo se proporciona amarguras, privaciones y tormentos, « para que la vida

de Jesucristo se manifestase en su cuerpo sin interrupcion. »

Mas esta victoria, católicos, no habria sido completa, si domando su carne no hubiese humillado al mismo tiempo la secreta presuncion, alimento ordinario de la vanidad y estimacion propia. En el desprecio de si mismo consideró Santo Domingo la corona de su victoria, y en sus humillaciones interiores y exteriores hizo consistir su única elevacion y su única gloria. Resplandeció su humildad en el juicio bajo que tuvo siempre de si mismo, creyendo ser el mas criminal de los pecadores, y pidiendo á Dios no castigase por sus culpas á los pueblos que le hospedaban. Resplandeció su humildad en el aborrecimiento que profesó á las distinciones de cualquier género que fueren, en su aversion á las dignidades y desprecio á los vanos honores de la tierra. Resplandeció su humildad en los vivos ejemplos con que la predicaba, en las palabras con que exhortaba y en la doctrina misma con que combatia. Viérais, hermanos mios, á este hombre que ha renunciado ocho obispados, dos arzobispados y una silla en el sacro Colegio, á este hombre respetado por los reyes, consultado por el Pontífice y solicitado por los principes para resolver sus dificultades intestinas, llamarlse el mas vil de los hijos de Adan, ocupar en la comunidad de que era fundador y padre el lugar mas humilde, y en las chozas de los pobres servir á los enfermos en los menesteres mas abyectos. Resplandece su humildad en la confesion de sus imperfecciones que hace públicamente anegado en llanto y pidiendo á voces á los religiosos le impusiesen por ellas severas penitencias. « Temo, repite muchas veces, ser reprobado, porque en mí no hay mas que miserias é imperfecciones. » Resplandece su humildad cuando en

presencia de pueblos enteros, testigos de muertos que ha resucitado, de enfermos que ha sanado milagrosamente, del fuego que ha extinguido con solo su mandato y de otros mil prodigios que ha obrado en Francia, Italia y España, reconoce su nada y da solamente á Dios la gloria como autor de toda maravilla. « Por su gracia soy, dice, lo que soy, y su gracia no fué vacía en mí,... mas en mí mismo nada tengo por que gloriarme sinó en mis enfermedades. » Resplandece su humildad en el desprecio que hace del mundo, en la satisfaccion que experimenta cuando éste le desprecia, y en los trabajos con que Dios prueba frecuentemente su fortaleza. Esta es, católicos, la humildad de corazon que hace fuertes á los santos en el combate diario de la propia estimacion. Humillarse voluntariamente es virtud, no hay duda; mas gloriarse en las humillaciones con que otros nos mortifican, abrazarlas con alegría y repetir de corazon: « No debo gloriarme sinó en la cruz de Jesucristo, » es virtud perfecta y demostracion de santidad.

Un hombre que se ha vencido hasta este punto no puede sin embargo reposar seguro sobre sus laureles; la victoria sobre nosotros mismos no nos da el dominio sobre nuestras pasiones para siempre. ¡Verdad eterna que publica la miseria del hombre obligado á combatir toda su vida! Su soberbia, su orgullo natural y su amor propio se sienten estimulados fuertemente cuando son halagados, y crecen sin medida cuando la lisonja viene á su socorro. Santo Domingo, siguiendo el ejemplo de David, hace pacto con sus sentidos para no ver la vanidad, con su corazon para no regocijarse sinó en su nada, y con su alma para persuadirse mas y mas en el abatimiento y en la *bajeza* de su ser. De aquí nacen, católicos, esas virtudes perfectísimas

que admiramos en él, su obediencia comparable con la de Isaac, su sencillez semejante á la de Jacob, y su paciencia invencible como la de Job. De aquí nace su oracion que busca á Dios como el Profeta de dia y de noche, ó como la Esposa de los Cánticos con el corazon y con el alma, dormido y dispierto, solo y acompañado, en lo mas escondido del retiro y en medio de las plazas y de los caminos. Oracion fervorosa que no consiste solo en palabras, sinó que eleva su espíritu, abrazando su corazon con afectos, y derritiéndolo como la cera puesta sobre el fuego. Oracion sublime en que su alma se eleva desde la tierra hasta el cielo, donde conversa con Dios cara á cara como Moises, y registra como Pablo secretos que á ningun hombre es lícito explicar. Oracion abundante en gracias celestiales, que derraman en su entendimiento una luz vivísima para conocer la grandeza de Dios, las inestimables riquezas de su gracia, los secretos de la predestinacion, y los misterios inescrutables de su providencia. Hasta aquí hemos bosquejado, hermanos mios, la serie de las victorias que reportó Domingo sobre sí mismo. Pero no eran éstas todavía mas que su preparacion para el apostolado, en que le llamaba Dios á dar pruebas de la fortaleza con que le habia distinguido. *Dedit illi Dominus spiritum fortitudinis.*

Entrad con él en Francia, teatro en aquella época del furor fanático de los albigenses y waldenses, tan memorables por las aberraciones de su espíritu, como por el desenfreno de sus costumbres. Esa Francia que desde el siglo de Clovis y san Remigio se apropió, por decirlo así, la defensa del santuario ; esa Francia que jamas ahorró sus sacrificios por conservar sin mengua el puesto de hija primogénita de la Iglesia católica, que le alcanzaron su celo y su fervor; esa

misma Francia invadida por la herejía que desgarra la unidad de sus creencias, obscurece y confunde la santidad de sus tradiciones, y deja apagar en su seno la llama ardiente de la piedad; ve con placer perseguidos á los fieles discípulos de Cristo, teñido su hermoso suelo con sangre sacerdotal, y levantadas por todas partes legiones de apóstatas que, como los Israelitas idólatras, doblan su rodilla en presencia de vanos simulacros. El corazon de Domingo palpita delante de un espectáculo semejante; defensor de la ley de Dios como el profeta del Carmelo, no puede tolerar que el pueblo escogido la abandone para contaminarse con las prevaricaciones de las gentes; los profundos gemidos que le arranca su ardiente caridad añaden pábulo á su celo; se dispone para hablar al pueblo prevaricador, y rodeado de los vivos resplandores de su fé y de su amor baja la montaña santa donde, cual otro Moises, tantas veces conversará rostro á rostro con su Dios. Pero la empresa era infinitamente mas ardua de lo que parece á primera vista. No se trataba solamente de hacer triunfar la verdad sobre el error, ni de restablecer los derechos de la fé conculcados por la herejía; la mision de Domingo se extendia mucho mas allá. Buscando á los enemigos de la causa de Dios, debia combatirlos donde quiera que los hallase: encontrando los muros que les servian de trinchera, habia de allanarlos; y conociendo los pretextos que dieran apariencia de justicia y de verdad á la rebelion del espíritu del mal, debia removerlos á toda costa: de tal modo que su mision abrazaba combatir los errores de los enemigos de la Iglesia de Jesucristo, y reformar las costumbres relajadas de los fieles que los hicieron abortar. La verdad posee en sí misma una fuerza poderosa para triunfar, mas en el hombre existe á la vez cierta disposi-

cion secreta para cerrar sus oídos á sus convencimientos y á sus inspiraciones; aquella marcha siempre de frente y desnuda de todo aparato, sus armas son la luz de la inteligencia eterna de quien es emanacion, y su eficacia la de la palabra de Dios que encierra ella en sí misma. El error al contrario se disfraza de mil maneras para sorprender, halaga las preocupaciones de cada uno, su marcha es tortuosa como su fin, y sus armas sofismas artificiosos é invectivas hijas de la malicia ó de la ignorancia. Estos son los dos grandes adversarios que se disputan la posesion del género humano, y su lucha es el origen de los males que sin cesar nos mortifican. El triunfo de la verdad, aunque muchas veces tardio, es seguro, mientras que el error no triunfa sino momentáneamente y en cuanto dura el monopolio de la razon que alcanzó alejándola del conocimiento de la verdad. Esta era la grande solicitud de los disidentes del catolicismo en el siglo XIII; despues de separar á los cristianos de la Iglesia de Dios, despues de separarlos de su fe y de la obediencia á su legítima cabeza para asegurar la duracion de sus conquistas, perseguian de muerte á los ministros fieles del Señor, que alzaron su voz entre la confusion y el tumulto que causaban las sacrilegas profanaciones de la herejía. No es singular esta conducta, al contrario es la única que conocen los propagandistas del error, que desgraciadamente abundaron en todos los siglos. Jamas fueron combatidos los dogmas católicos sin que sus perseguidores procurasen erigir en principio sus opiniones, forzar á los demas á aceptarlas como verdades irrecusables, y condenar á la persecucion y á la muerte misma á cuantos tuvieron valor para resistirles abiertamente.

Al pie de los Pireneos resuena por primera vez

la voz de Santo Domingo: Tolosa, Montpeller y Perpiñan, grandes centros de los albigenses y waldenses, lo fueron tambien de su empresa apostólica. Los pueblos se commueven al oir su palabra, ya viva y enérgica como la de Pablo, ya dulce y celestial como la de Juan; las gentes corren de todas partes para escucharle; una multitud prodigiosa le sigue donde quiera que vaya, atraida por las señales evidentes de su mision celestial que divisa. El poder de la tierra pretende detenerle en su ejecucion; porque el error habia penetrado hasta el trono de los príncipes y hasta el solio de los magistrados; y los que llevaban en sus manos las insignias del gobierno y de la autoridad, no empleaban ésta sinó para hostilizar á cuantos diferian de su juicio. Se le manda callar, se le intiman penas severas en que incurrirá si continua predicando; se ponen asechanzas contra su vida; pero las amenazas y las persecuciones encuentran un espíritu impertérrito, un pecho de bronce, un hombre que vive armado con la fe en aquella promesa divina que será eternamente el mas firme apoyo de los apóstoles del Señor. « No temas, yo estoy contigo para librarte de sus manos. » La empresa, católicos, era de Dios, y Este vino en socorro de su apóstol. La voz apostólica de Santo Domingo condenada á callar por los que tenian en sus manos el poder, sofocada por la estrepitosa grítería de mil fanáticos, y perseguida á muerte donde quiera que llegase á resonar por los golpes despóticos de los gobernantes, fué entonces mismo mas enérgica para conmover, y mas eficaz para convertir. *Dedit illi Dominus spiritum fortitudinis.* Miradle arrastrado á sostener disputas con los fautores de la herejía, tan desprovistos de buena fe, como abundantes en malicia: le preparan asonadas en las que muera á manos de los

enemigos del dogma católico; pero Dios le socorre haciendo que un libro en que habia escrito un comentario del dogma, arrojado por aquellos tres veces á las llamas, salga de las mismas ilesos milagrosamente. Vedle conducido alevosamente al suplicio, y vereis al mismo tiempo el brazo de Dios, ya abriendo camino expedito entre las aguas y los montes para salvarle como á Israel de Faraon, ya derramando tinieblas en rededor de sus perseguidores, renovando el castigo con que hirió á los verdugos de uno de sus profetas. Tan cierto es que los socorros humanos se agotan en vano, cuando el mundo insensatamente se propone medir sus fuerzas con las de Dios, porque entonces mismo se levantarán las aguas, se moverán los montes, y gritarán las piedras dando testimonio de la verdad de Aquel de cuyo poder son obra , y á cuya voluntad todo se somete. ¿ Y no fué esto mismo lo que presenciaron los siglos desde que la cuchilla de los tiranos se escondia en el pecho de los confesores de Cristo , hasta hoy cuando el despotismo, envuelto traidoramente en el manto de la libertad, procura sublevar la conciencia de los pueblos contra sus sagradas creencias ? La experiencia lo dice, hermanos mios, con mas fuerza y con mayor elocuencia que cualquier palabra. Esa fé que ostenta sus laureles enrojecidos con la sangre de sus fervorosos confesores, esa Iglesia que de sus cenizas vuelve á levantarse llena de vida, esa religion que en los golpes de los tiranos manifiesta un vigor celestial, son la prueba mas concluyente de la impotencia del hombre para destruir lo que Dios levanta, y para abatir lo que El sostiene. Nosotros hemos visto en momentos de exaltacion lanzarse sobre el santuario turbas de furiosos , conmovidos por declamaciones de impíos que explotan en provecho propio las pasiones de pueblos sencillos

é inexpertos; hemos visto incendiados los templos, correr á torrentes la sangre de los sacerdotes, arrebatados sus emolumentos á la Iglesia, allanados los monasterios de religiosas, mendigando las vírgenes inocentes de puerta en puerta su alimento, y condenados los ministros de Dios á perecer de hambre y de miseria. ¡Mas qué aprovechó todo ésto, vuelvo á preguntar? ¡La virtud de Dios parece acaso hoy ménos eficaz para conservar sus obras que lo fué ántes para fundarlas á despecho de esos mismos hombres? ¡Pensamiento insensato! *Durum est contra stimulum calcitrare*, dijo una voz eterna al primer perseguidor del cristianismo al derribarle del caballo para levantarle luego convertido en apóstol de la fe que perseguía; y esa misma voz divina repite eternamente su palabra, burlando cuantos pensamientos tienden á trastornar ó á variar, á destruir ó á modificar su obra por excelencia. Todos esos pueblos que hemos visto perseguir encarnizados á la religion y sus ministros desde la postracion, el abatimiento y otros mil infinitos males, á que la irreligion conduce á los estados, corren á buscar el abrigo de esa madre cuyas entrañas despedazaron, porque ella y solo ella puede regenerarlos y salvarlos de su ruina total.

Con aquel auxilio, católicos, hizo santo Domingo triunfar la fe sobre el poder humano, á la doctrina católica que predicaba, aparecer ajena de las manchas con que la ajaban la herejía, la corrupcion y los intereses individuales. Mas de cien mil albigenses abjuraron sus errores entre las manos de su apóstol, y los mismos príncipes que lo persiguieron ántes, conmovidos por la fuerza de su palabra y por la eficacia aun mayor de sus prodigios, se apresuraron para venir á llorar, postrados á sus piés, sus pasados extravíos.

Agregad ahora á estos gloriosos triunfos obtenidos por Domingo con su celo, su doctrina y sus milagros ; agregad, digo, los que reportó entre los domésticos de la fé: la relajacion de costumbres de sus ministros ha causado á la Iglesia iguales ó mayores males que los mismos errores, á que sirven de pretexto muchas veces. Los novadores del siglo XIII, como los de otras edades posteriores, predicaban reforma, mientras que por una de esas inconsecuencias propias de todo el que toma la defensa de una mala causa, contradecian con su conducta lo que predicaban como necesario. Santo Domingo combate á unos y otros: mueve á los primeros á abrazar vida mas severa con el vivo ejemplo de la santidad y pureza de su vida, con el desprecio absoluto de la grandeza y vanidad terrena, y con la invencible abnegacion que resplandece en todos sus actos. Uno de los ministerios mas espinosos que suele encomendar la Iglesia es la aplicacion de sus leyes sancionadas para la observacion de su disciplina. De la manera de ejecutarla depende muchas veces el éxito de la comision: la prudencia y santidad de Santo Domingo brilló en el desempeño de la suya, que se extendia á promover la regularidad de costumbres en el sacerdocio y en los fieles, en los claustros y en el siglo. La jurisdiccion de que le investia el carácter apostólico , y el apoyo que le ofrecieron á veces las potestades del siglo, no entraron jamas en los planes que desarrolló para llevar á cabo su santa empresa. Los hombres santos llevan en sí mismos algo mas imponente que la majestad del poder: la influencia de la virtud es , católicos, mil veces mas eficaz que el prestigio de éste, y alcanza sobre los corazones victorias tan espléndidas como las que aquel jamas obtuvo. Antiguas abadías del Languedoc, Delfinado y Provenza, vosotras vístelas

florecer vuestros cenobitas con igual fervor que en los siglos primitivos del monacato; vísteis trocado el esplendor incompatible con la pobreza por la modesta simplicidad que recomiendan los consejos evangélicos, y vísteis tambien renovado en los pueblos el espectáculo glorioso para la religion de tantos hombres transformados en ángeles por el ejercicio de las virtudes sublimes del Evangelio. Esto mismo sucedió en Viterbo, Faenza y Bolonia; Roma, en fin, la capital del órbe católico, le recibe como su apóstol, y el Pontífice le confia la reforma de algunos institutos religiosos de la ciudad eterna. Memorables fueron las conferencias de San Sixto, en las que dió muestras tan esclarecidas de celo, prudencia y fortaleza apostólica; pero mas memorables fueron aun los dos muertos que resucitó en el mismo acto de llenar las funciones de su ministerio. Mas ; quién podrá recorrer el conjunto admirable de tantos dotes apostólicos que resplandecen en todas estas fatigas soportadas por nuestro apóstol ? « Dióle el Señor espíritu de fortaleza, » diré repitiendo las palabras de San Pablo, pues en ellas encuentro compendiados hermosísimamente tantos bellos rasgos de virtudes tan admirables con que Dios le dotó para redimir á su pueblo, para edificarlo y para hermosearlo. « Dióle Dios espíritu de fortaleza, » y con él desterró de sí mismo todo lo que no encontró en armonía con el alto ministerio de apóstol para que era destinado ; tuvo espíritu de fortaleza, y con él venció á los enemigos de la fé que sembraban el error y la disolucion de costumbres en el seno de la Iglesia; tuvo espíritu de fortaleza, y vestido de él, luchó con la relajacion que aniquilaba al pueblo de Dios, reformó sus costumbres, reformó la disciplina del santuario, y restituyó á éste todo su esplendor. *Dedit illi Dominus spiritum fortitudo*

tudinis. Ni tuvo ménos él de caridad para llenar empresa tan superior á las fuerzas humanas.

II.

Hay, católicos, un resorte que mueve al hombre mas eficazmente que todos cuantos otros se conocen , resorte cuyo origen encontramos en el cielo, y cuyos misterios estan ocultos al mundo. El le descarta de los hábitos que son comunes al hijo de Adan degradado, le separa de las propensiones rastreras que alimenta el corazon terreno, le viste de sentimientos elevados que desconoce el alma desterrada en este mundo, le inspira ideas nobles, generosas y propias del espíritu que se eleva hasta Dios; y en Este , que es fuente insondable de virtudes, le hace beber todas las que le transforman en nuevo hombre, muy diferente de los demas. Este resorte es la caridad. El Apóstol con admirable laconismo nos pinta su eficacia. « Todo lo vence, dice, porque todo lo cree; espera siempre , y se hace todo para todos. » En efecto, contemplando la inimitable vida del patriarca Santo Domingo, encontramos demostrada en toda su extension la verdad de esta sentencia. Su caridad lo venció todo tratando de llenar el ministerio de apóstol que Dios le encomendara, principiando como Moises por triunfar de la timidez propia á su modestia y recogimiento. Dióle Dios espíritu de caridad inmensa como el firmamento, abundante como las aguas del Océano, y animado por él realiza obras que parecerán imposibles á quien no participe de su mismo espíritu. La indigencia del pobre commueve su corazon tierno, el mundo le ve entonces despojarse de sus bienes y de sus rentas , y distribuirlos de limosna sin exceptuar sus libros ni

vestidos. Los gemidos de una viuda que llora el cautiverio de su hijo único le enternecen, y con asombro universal se le ve correr en busca de las cadenas para ofrecerse en cambio del jóven esclavo. Los llantos de los que perecen oprimidos por un magistrado tan poderoso como injusto le inspiran compasion, y en presencia de los jueces pide se le aplique á él la pena que aquellos no habian merecido. Ved cuántos rasgos de la caridad mas ardiente, y que, segun la palabra de Jesucristo, ninguna tiene que sea superior.

Pero venid y observad los esfuerzos que practica animado por esta misma caridad para dar al hombre otros socorros mas nobles que la comida y mas preciosos que los vestidos; vedle atravesando descalzo campos cubiertos de espinas, recorriendo á pie España, Francia, Italia, Tirol, Flández y una parte de la Alemania; vedle desempeñando infatigable el ministerio apostólico entre pueblos infectados por la herejía, entre fanáticos que ponen asechanzas á su vida, y entre malos católicos á quienes ofende la santa libertad de sus amonestaciones; vedle persiguiendo al vicio donde quiera que lo divise, y siempre con el santo celo y con la invencible energía que le caracteriza. Con pensamiento tan vasto como el de Elías, quiere socorrer las necesidades de todos los hombres, y reproducir su espíritu en todos los puntos de la tierra durante todas las edades, y en su instituto de predicadores llena en efecto este santo propósito. Un jóven sacerdote que subió descalzo los Pirineos y los Alpes, sin mas recomendacion que sus virtudes, atraviesa las calles de la ciudad eterna y presenta al Pontífice Inocencio III las constituciones de una nueva congregacion. Este pensamiento no fué acogido favorablemente; pero vos, Dios mios, en él disponíais mientras tanto uno de los

elementos que obrasen en los miembros de vuestra Iglesia una reaccion favorable hacia la virtud, que propagase el conocimiento de vuestra fe en pueblos remotos, y dispensase al genero humano toda especie de beneficios. En esa misma ciudad, donde era entonces desconocido vuestro siervo, se habian de levantar templos suntuosos para recordar sus esclarecidos servicios prestados á vuestra Iglesia; sus grandes basilicas habian de ser adornadas con monumentos que atestiguasen sus prodigios á las generaciones venideras, y los sitios sagrados donde los primeros pontifices rodeados de futuros mártires ofrecieron los tremendos misterios, habian de servir tambien de seminarios á la generacion de santos de que él seria padre y fundador. Dios cambia, hermanos mios, la disposicion y la voluntad del Papa; la Orden de los Hermanos Predicadores comienza á existir, y su actividad y celo á vencer en todas partes la oposicion que encuentra esta nueva falange del Señor.

La historia eclesiástica y la historia política nos pintan el fervor, la abnegacion, el valor, la humildad y el desprendimiento con que edificó al mundo entero; el púlpito y el confesonario, las escuelas y las academias, los fieles y los infieles entraban en su programa, y todos fueron socorridos en efecto. Despreciando océanos y desiertos, despreciando hambre y epidémias, sin tomar en cuenta leyes formidables, prisiones, cadenas ni catastas, los Hermanos Predicadores se dejaron ver en todos los paises del viejo mundo disputando, convenciendo, instruyendo y consolando, dirigiendo el corazon del joven, fortaleciendo la conciencia del timido y auxiliando en sus últimos momentos al moribundo. Suecia, Noruega y Dinamarca les vieron abrirse paso entre los hielos para ir á establecer sus misiones entre los rudos ha-

bitantes de las márgenes del Torneo y de las montañas de Finlandia, mientras que los bordes del Danubio y las selvas de la Valaquia ó se enrojecian con la sangre de sus mártires, ó se hacian fecundas con el sudor de sus confesores. Y no fué la Europa tan solo quien presenció estos prodigios de celo; el Asia y el Africa los vieron tambien cuando en la Armenia y el Kurdistan, en la Etiopia y la Abisinia, en el Tonkin y la gran China resonaba el eco de los hijos de Santo Domingo. Mas (1) ¿no hablo, hermanos mios, en presencia de los mismos que llevaron á la China el Evangelio, y predicaron á Cristo en las ciudades populosas del Tonkin y Cochinchina ? ¿No fueron los Dominicos españoles los que plantaron la cruz en el imperio cerrado tantos siglos para los Europeos con leyes mas formidables todavia que las eternas murallas que lo circundan ? ¿Y no son Hermanos Predicadores los que enseñan todavia la fe de Cristo en la corte de los reyes Anamitas ?

Mas el viejo mundo no bastó para su celo activo y fervoroso; los Hermanos Predicadores invadieron todos los paises que los descubrimientos marítimos del siglo xv y xvi franquearon á las empresas europeas. Ellos fueron á establecer misiones en las selvas y en los montes de América, del mismo modo que las habian establecido en los mercados de Africa, sobre las costas de Irlanda y cerca de los observatorios de Pekin. Ellos contaron convertidos á millares en regiones donde ni la avaricia, ni la curiosidad, ni el amor á las ciencias, ni el poder habian llevado hasta entonces á ningun europeo, y predicaron y enseñaron en idiomas abso-

(1) Este sermon fué predicado por el Autor en el colegio de las misiones del Fo-kien-Tonkin y Cochinchina de la Orden de Santo Domingo de la ciudad de Ocaña.

lutamente desconocidos á los naturales de Occidente. Cuando distante 4,000 leguas de mi patria tengo el honor de bosquejar en vuestra presencia, católicos, los trabajos apostólicos de tantos ínclitos varones, permitidme que, volviendo mi vista á las orillas del Maule y Biobio, ó penetrando las selvas de Arauco y de Valdivia, evoque las sombras venerandas de tantos varones ilustres, de tantos padres de infinitos pueblos, para preguntarles cuántas peregrinaciones no emprendieron, cuántas fatigas no soportaron, cuántos peligros no arrostraron, cuántos hombres no ilustraron, cuántos corazones no conquistaron y cuántas coronas inmarcesibles no ganaron á precio de su sangre y de su vida.

« Servicios pasados, grita hoy una generacion presuntuosa y que cierra sus ojos para no ver; servicios pasados de los que no existen mas que las pocas lineas que encontrais trazadas por la historia ; servicios pasados y de cuyos héroes vive apenas la memoria. » Los hombres que así hablan no conocen la actualidad de su historia, ignoran los únicos rasgos verdaderamente gloriosos con que su patria se ennoblece en los países remotos de Asia, Africa y América. Extended la vista al otro lado del Mediterráneo, atravesad el grande Océano índico, entrad en el imperio Chino , recorrred el Tonkin y Cochinchina, y allí encontrareis seis obispos, mas de cien sacerdotes, ocho pequeños seminarios, infinitas casas de asilo y veinte y cinco monasterios de mujeres; allí vereis establecidas un sin número de escuelas para la instruccion de los niños , organizadas diferentes asociaciones para librar á los párvulos de morir á mano de crueles parricidas, y para rescatar con dinero á los que estaban destinados á ser vendidos como esclavos. Estos son bienes sensibles , palpables y de la naturaleza de los únicos que aprecia

una generacion materialista. Para aquellos en quienes vive la fé hay otros que valen todavía mas que éstos. Una falange de mártires que, llevando á su frente dos obispos, marcha en nuestros mismos días con paso intrépido á inclinar su cuello bajo la cuchilla de un tirano; una multitud de hombres apostólicos que corren á ocupar los puestos que al morir dejan vacíos los heróicos confesores de la fé; dos millones de católicos habituados á la persecucion y á los tormentos; centenares de iglesias edificadas y sostenidas entre enemigos encarnizados de la religion, es ciertamente espectáculo mas espléndido que cuantos ofrece el egoísmo que caracteriza á muchos que en nuestra época se llaman filantrópicos. Los que acometen no obstante aquellas empresas son religiosos, como lo eran los que penetraron en China por primera vez en el siglo xv; y de este mismo colegio salieron los venerandos obispos Delgado y Henares, que murieron mártires en 1838, como salieron los mil que regaron con su sangre las plazas del Tonkin, del Fo-kien y de la Cochinchina en los tres siglos anteriores. Las setenta misiones de las islas Filipinas, el crecido número de religiosos que trabajan en ellas con celo infatigable y virtud ejemplar, las infinitas conquistas que dia por dia se hacen allí para la fé y la civilizacion, confunden victoriosamente las suposiciones de los enemigos del monacato, y prueban á la vez que el espíritu de Santo Domingo vive todavía tan activo y enérgico como el de Elias en Eliseo, y como el de San Pablo en Tito y Timoteo sus discípulos. Vive en los numerosos sacerdotes que sostienen, alientan, instruyen y edifican á los católicos en las vastas provincias del imperio Moscovita. Vive en los que predicen el Evangelio bajo las nieves de la Siberia, así como en los que lo propagan bajo

el clima abrasador de las Américas y Mesopotamia. Vive en los que luchan cuerpo á cuerpo con la herejía y el materialismo en Holanda, Inglaterra y Estados Unidos, así como en los que instruyen á los bárbaros del Cabo de Buena Esperanza y de las Indias holandesas. Vive en los que edifican los países mas cultos de la Europa con la severidad de sus costumbres, así como en los que refutan los fútiles argumentos de la impiedad y falsa filosofía en medio de la juventud que corre ansiosa á oír su palabra viva y elocuente. Vive en los que dirigen hoy mismo grandes colegios para la juventud en Francia, así como en los que se ocupan en recoger y educar á los niños desamparados en los Países Bajos; y vive, en fin, en tantos otros que prestan á la Iglesia y á la sociedad servicios llenos de celo y desinteres. Tantos hombres apostólicos, tantos pastores vigilantes, tantos sacerdotes celosos, tantos maestros de la juventud, tantos religiosos fervorosos y tantos hombres de caridad valen infinitamente mas que aquellos menos observantes que suelen aducirse por los enemigos de las instituciones monásticas como argumento contra su conveniencia y utilidad. Pero no debemos olvidar que uno de los caractéres de las obras de Dios es la contradicción que están llamadas á sostener de parte de los hombres, así como lo son tambien la lucha constante que deben soportar y la guerra á muerte con que de vez en cuando se las combate. Hoy, católicos, cuando observamos en todo el mundo ese fenómeno singular de la libertad que se invoca para entronizar el despotismo, y de los antiguos códigos que se pisotean para sancionar como leyes los caprichos de revolucionarios, las Ordenes monásticas siguen la suerte de la Iglesia de Jesucristo, que se propagó bajo la cuchilla de los perseguidores. Arrojadas de España se

propagan en la Bélgica, y perseguidas en el Piamonte florecen en Francia é Inglaterra. Es propio de gobier-
nos ilustrados comprender que la libertad política es inseparable de la libertad individual, y que en cada
hombre existe sin disputa el derecho de abrazar la ma-
nera de vida que sea mas conforme á sus honestas
inclinaciones. Los que atentan contra este derecho ,
son enemigos de la libertad, tanto como los que san-
cionaron las leyes mas opresoras para el linaje humano.

Hemos considerado , católicos, al espíritu de Santo Domingo dilatando su accion desde el siglo XIII hasta nuestros tiempos; hemos considerado á su caridad, que hizo prodigios en el mediodía de la Europa , exten-
derse y dilatarse por medio de su instituto por todo el mundo, y sin que el tiempo ni la muerte lo debili-
ten ó concluyan, vivir en medio de las berrascosas vicisitudes de los siglos que atraviesa, y conservar su vigor en medio de las calamidades mismas de que le rodean los enemigos de todo bien. *Dedit illi Dominus spiritum charitatis.* Hemos visto que la caridad no fué en él una virtud estéril , ni cuyas exigencias pudieran satisfacerse compadeciendo los males de sus semejantes ó ardiendo en vivos deseos de remediarlos: nó; ésto es lo que suele llamarse ternura, y es cali-
dad natural en el corazon de muchos hombres. No fué tampoco un espíritu que le impulsase á emprender obras provechosas para los demas sin otro motivo que obrar un bien transitorio : nó ; ésta es propiedad de todo hombre que posee un corazon noble, y la que el mundo suele llamar filantropía. Existió en él, cató-
licos, la caridad de Dios, grande, infinita , con todos sus dones, con todas sus propiedades y con toda su virtud. *Dedit illi Dominus spiritum charitatis.*

Pero nuestra consideracion debe extenderse todavía

mas: la fortaleza y la caridad nos son tan necesarias hoy cuando la gran causa de la fé se ve combatida por hijos desnaturalizados, como cuando lo era por extraños que sin rebozo la perseguian. A vosotros y á mí mismo hablo, domésticos de Dios. La fortaleza nos hará incontrastables á los golpes arbitrarios del poder de la tierra, impertérritos para defender los sacrosantos derechos de la religion, y constantes en el desempeño del ministerio augusto que hemos recibido de Dios, de quien somos ministros. La caridad nos conservará alegres en medio de los trabajos, pacientes entre las persecuciones, y tranquilos en el seno de los peligros que el mundo y el abismo nos presentan á cada paso. Pero á vosotros, católicos, son no ménos necesarias estas virtudes: hoy especialmente, cuando calamidades de toda especie os circundan, cuando plagas y desventuras entristecen por todas partes el seno de la casta Esposa del Cordero inmaculado, debeis estar ceñidos de fortaleza y caridad para humillaros bajo la mano poderosa de Dios, pero sin perder la grandeza de alma, la confianza y el amor filial que han de caracterizar en todas las circunstancias de la vida á los discípulos de Cristo. Levantemos á una hacia el cielo nuestras manos, y pidamos incesantemente para nosotros y para todos los miembros de la Iglesia de Jesucristo espíritu de fortaleza y de caridad que, haciéndonos fuertes mientras duren los combates de este mundo, nos hagan merecedores de la corona eterna.

INSTRUCCION VIGÉSIMA TERCERA.

PARA LA FIESTA DE SAN FRANCISCO DE ASIS
PATRON DE ALGUNOS ESTADOS Y CIUDADES DE AMÉRICA.

*Existimo omnia detrimentum esse propter eminentem
scientiam Iesu Christi Domini mei: propter quem
omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora,
ut Christum lucrifaciam.*

Todo lo tengo por perdido por el eminente conocimiento
de Jesucristo mi Señor; por el cual todo lo he perdi-
do y lo tengo por basura, con tal que gane á Cristo.

(Ad Philipp. Cap. 3.)

Estos son, hermanos mios, los frutos que rinde el santo Evangelio sembrado en los corazones de sus criaturas por aquel que lo trajo del cielo como remedio salvador del género humano. Vemos al hombre desprendido de esas ligaduras funestas, que no solo le atan fuertemente á los objetos de la tierra, sinó que le constituyen en su verdadero esclavo, le someten á sus exigencias y caprichos, y le hacen á la vez par-
ticipar de su corrupcion y de sus miserias, levantarse de su postracion, mirar otros objetos que le eran des-
conocidos, contemplar su grandeza y hermosura, des-
cubrir en ellos los verdaderos bienes, y resolverse á buscarlos á costo de cuántos sacrificios le sea necesario
hacer para conseguirlo. Ya el oro ni las piedras pre-
ciosas que cautivan la aficion de los hijos de Adan; ni
las comodidades ni las ventajas, que proporciona la
fortuna; ni la estimacion que las riquezas conquistan
en favor de quien las posee, nada de eso vale alguna
cosa. El entendimiento ha encontrado algo mucho me-

jor, y tras eso corre arrebatado por el ardiente deseo de poseerlo; de modo que todas aquellas conveniencias, que ántes miraba como ventajas, y por las que suspiraba y trabajaba, á fin de poseerlas y disfrutarlas á su satisfaccion, las desprecia y las rechaza. *Existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Iesu Christi Domini mei.*

Desde luego comprendereis, católicos, lo asombroso de este cambio, y que no puede ser sinó obra del Señor, que se agrada de elevar á sus criaturas, hasta el punto que puedan todos ver en ellas al hombre regenerado por la gracia, y tal cual salió de la mano del Criador. Este hombre, lleno de la luz de Dios, que se levanta sobre los demas buscando la verdadera grandeza, y cuyo corazon no se commueve por las delicias lisonjeras de este mundo, ese es el que conoce la bondad inefable, los bienes infinitos, la riqueza insondable que está encerrada en Jesucristo. Por eso en Este se fija, cuando desprecia lo mundano y lo sacrifica todo, á trueque de obtenerlo y unirse con El intimamente. *Omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercore, ut Christum lucrifaciam.*

En efecto, católicos, dejar lo terreno, para poseer lo eterno y celestial, es la gran ciencia que inspira el Evangelio. El hombre carnal cifra su felicidad en los bienes de la tierra, porque á su ver, solamente es grande el que dispone de mucho; poderoso, el que se muestra á los demas rodeado de esplendor mundial; y noble, quien puede producir su nombre precedido por blasones. Pero Jesucristo enseña al hombre espiritual todo lo contrario: enseña que los verdaderos bienes estan fuera de la tierra; que el poder que nos eleva verdaderamente es el que concede la gracia de Dios; y la nobleza única del cristiano la que encuentra quien vive

según los preceptos evangélicos. Así es que su corazón se conmueve solamente por el deseo de estos bienes, y solo en esos mismos divisa grandeza, nobleza, riqueza y hermosura.

Virtud heroica es indudablemente ésta, hermanos míos, y el hombre que la posee, es un espectáculo admirable para el mundo y para los ángeles (1). El mundo, que no alcanza á profundizar toda la extensión de esa virtud, se detiene asombrado para venerarla, porque la virtud heroica se concilia aun la admiración de los malos. Y el cielo, que se complace en las virtudes de los Santos, derrama profusamente sus dotes y sus gracias sobre sus almas privilegiadas, haciéndolas aparecer grandes y sobremanera admirables en medio de los mismos ángeles.

No es de otro modo cómo arrebatan nuestra admiración las virtudes prodigiosas del Seráfico Patriarca San Francisco de Asís. Su entendimiento, enriquecido por la mas elevada de las ciencias, comprendió la inexhausta riqueza que en Dios está reservada para los que le aman; y su voluntad, desprendiéndose de todo lo visible, profesó estrecha pobreza unida con la mas perfecta abnegación que los hombres pudieron ver jamás. *Existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Iesu Christi Domini mei.*

Dios aceptó este sacrificio heroico de San Francisco, y le concedió, aun aquí en la tierra, el premio debido á su prodigiosa virtud, haciéndolo aparecer grande con ese género de grandeza propio de la santidad extraordinaria de aquel, que todo lo sacrifica por ganar á Jesucristo. *Omnia detrimentum feci, ut Christum lucifaciam.*

(1) I. á los Coríntios. Cap. 4.

Ved ahí las dos consideraciones en que voy á fijar vuestra atencion, dándoos á conocer al gran discípulo de Jesucristo, gran Patriarca de los Religiosos Menores, y gran Santo de la Iglesia Católica. Va á brillar esa extremada pobreza y heróica abnegacion, que forman el espíritu de San Francisco, al frente de la grandeza prodigiosa á que Dios lo elevó haciéndolo ministro de su gloria durante tantas generaciones. Escuchadme.

I.

Existe en el fondo de nuestra naturaleza un intenso é insaciable deseo, que nos liga á las cosas de la tierra. Nadie hay que pueda con razon decir, que se encuentra libre de esa inclinacion ; y el Espíritu Santo pregunta : « ¿Quién es, para que podamos alabar lo (1) ? » Nadie, repito, hermanos mios ; y esa inclinacion se cubre con la púrpura del monarca, que se sienta sobre el trono de sus mayores, así como se oculta bajo el grosero sayal del religioso, retirado bajo el pobre techo de su celda. Vive en el mundo con los grandes, así como con los pequeños y los humildes. Por eso jamas encuentro tan admirable á San Francisco de Asis, como cuando lo veo, inspirado por Dios, renunciar cuanto posee, y haciéndose pobre por amor á Jesucristo, levantar en su voto rigorosísimo una barrera inexpugnable, que lo separase de la tierra, y cortase con ésta todo comercio de inclinacion y de deseo. Su pobreza tuvo todos los caracteres de la mas austera perfeccion, siendo absoluta y sin restriccion de ningun género. Principió por renunciar la herencia paterna y las comodidades de su casa

(1) Eccles. Cap. 31.

y de su familia, y fué desprendiéndose como por grados de todo cuanto pudiera unir á la tierra sus inclinaciones y servirle de estorbo para estar mas cerca del cielo y unirse á Jesucristo. Oid cómo se expresa él mismo sobre las circunstancias de esta pobreza, que desprende al hombre de todas las cosas, de modo que pueda poner en Dios solamente todo su pensamiento, mirándolo como su única riqueza : « La pobreza evangélica es el camino seguro para ir al reino de los cielos ; y el que sin impedimento quiera llegar allá, necesita desprenderse de lo terreno y corruptible, haciéndose apto para la posesion de lo eterno y de lo incorruptible (1). »

En efecto, hermanos mios, vanos serán cuantos esfuerzos hagan los mundanos por alcanzar esas virtudes excelentísimas, que acercan el alma del cristiano á Dios, y la atan á El con los vínculos de la perfecta caridad ; porque mientras que viva en el corazon algun apego á la tierra, á sus bienes ó á cualquiera de los objetos que á ella pertenecen, cautiva estará esa alma, y sus prisiones le estorbarán elevarse hasta Dios. Cuando San Francisco se encontró perfectamente desnudo de todas las aficiones terrenas, entonces fué cuando, inundado por alegría celestial, volviéndose al Señor le dijo : « Ahora tendré derecho para llamaros Padre á Vos, Dios mio, porque nada hay sobre la tierra, que robe de mi corazon el amor, que solamente á Vos os pertenece. Padre mio sois, porque á tí solo amo con todas las veras de mi alma, y á tí solo busco con todas las obras de mi vida (2). » Esta misma pobreza con todos sus rigores lega á su Orden como la herencia

(1) S. Bonavent. in vita S. Francisci.

(2) Ibid.

mas rica que debian guardar sus hijos cuidadosamente, desde que habian preferido el amor del Padre celestial sobre todas las riquezas y sobre todas las esperanzas de la tierra. Y era tan entrañable el amor que profesaba á esta virtud, que en medio de las dulces violencias, que le hacia experimentar su fervorosa caridad, exclamaba con frecuencia: « Concededme, Dios mio, que vuestro amor me desprenda de todo cuanto no pertenece al cielo, y que nada me mueva sinó Vos. » ¡Ah! qué confusion, católicos, para nosotros tan asidos á los intereses de este mundo! Este tan heróico desprendimiento brilló en todo cuanto tenia relacion con la vida de San Francisco: su vestido el mas pobre que pudiera encontrarse; su celda la mas humilde y escondida del monasterio; su alimento, sus ocupaciones, todo, todo anuncioaba su amor á la pobreza, y predicaba esta virtud á cuantos le trataban y rodeaban.

Esta pobreza verdaderamente pasmosa pasa mas adelante aun. No ha renunciado solamente San Francisco la posesion de los intereses y bienes de la tierra, sinó tambien el deseo de tenerlos. Esta es la que llama el Evangelio pobreza de espíritu, porque es el alma de esta santa virtud, de modo que, sin tenerla, no podremos llamarnos pobres, ni nuestra pobreza será mas que un exqueleto de virtud. El que es pobre de espíritu, nada tiene, nada desea, ni nada ama, porque está muerto del todo para el mundo, y vivo solamente para bienes que estan fuera del mundo, y éste no puede concedérselos. De esta naturaleza era la pobreza de Francisco. Nada de cuanto posee la tierra tenia atrativo para su corazon; todo le era indiferente, y de aqui nacia la facilidad, con que su espíritu se agitaba y corria tras los bienes eternos que ve en Dios como

en su fuente perenne. No tiene prisiones que le detengan ; es libre, y por eso á cada paso vuela buscando á su Señor, en quien ve « su único bien y todas sus cosas. » Sus frecuentes éxtasis, sus visiones y sus arroboamientos milagrosos nos muestran hasta qué grado estaba íntimamente unida su alma con Dios. Nosotros, cautivos de los afectos terrenos, esclavos de nuestras inclinaciones que nos ligan á la tierra, y verdaderos siervos de tantas miserias, cuantas son las que nos oprimen, no llegamos casi á persuadirnos que pueda haber sobre la tierra algun corazon, que abrigue sentimientos tan sublimes. Aun mas, vivimos tan apegados á las conveniencias é intereses que lisonjean á nuestros sentidos, que, léjos de querer despojarnos de aquellas, queremos revestirnos nuevamente, como escribia San Pablo (1): *Nolumus exspoliari, sed supervestiri.* La imperfeccion de nuestra fé no nos deja conocer la bondad, riqueza y dulzura que se encuentran escondidas en Dios, y por eso hemos dado preferencia á las conveniencias de la tierra, y no queremos ser despojados de ellas, sino que mas y mas las asimos aferrando las cadenas de nuestro cautiverio. *Nolumus exspoliari, sed supervestiri.* Cuando la fé brille en nuestras almas con toda su claridad, entonces conoceremos que nuestra conveniencia está en amar á Dios, en poseer su gracia, y en ser enriquecidos con sus soberanos dones, y entonces tambien sentiremos un deseo ardiente de unirnos con ese bien inefable.

Desprendido el hombre de esa manera de sí propio, y de lo caduco y miserable de acá abajo, queda en disposicion de recibir la influencia divina, que opera en su espíritu segun el propósito de su voluntad. A

(1) II. a los Coríntios. Cap. 5.

Francisco pobre, humilde y mortificado lo exhibe Dios como ejemplo de estas virtudes para gloria de su nombre delante de los que le conocen, y delante de aquellos que no le conocen. Brilla la pobreza de Francisco delante de los grandes y poderosos de Italia, á quienes Dios con la vida pobre y mortificada de su siervo mostró cuán lejos se encontraban del espíritu y práctica del cristianismo, cuán en contradiccion las obras de su vida con aquellas que nos inspiran los ejemplos de Jesucristo y las santas verdades de su Evangelio. Francisco no predicaba en los púlpitos, ni hacia resonar las bóvedas de los templos con palabras elocuentes, como otros predicadores y apóstoles del cristianismo: mas su predicacion tenia una elocuencia superior; tenia aquella unción divina, que gana el corazon del hombre irresistiblemente y lo eleva á Dios. Tenia, repito, aquella elocuencia, que rinde á los mas altivos y los reduce á humillarse delante del Señor: la elocuencia, hermanos mios, del buen ejemplo, que recomendaba á sus apóstoles el Salvador del mundo, diciéndoles: « Vean los hombres vuestras buenas obras, y den gloria al Padre celestial que está en los cielos (1). » Francisco predicaba con su ejemplo; predicaba con la santidad perfecta de su vida; predicaba con su estrecha pobreza y desprendimiento perfecto de la tierra, y con la profunda humildad de sus palabras y acciones. El efecto de esta predicacion no se hizo aguardar mucho: infinitas personas conmovidas por los ejemplos de San Francisco abandonaron su vida libre y voluptuosa, para servir á Dios en otra estrecha y mortificada. Mas predicó tambien delante de los que no conocen á Jesucristo, haciéndoles conocer la inmensa riqueza de su fé celestial, y los

(1) Mateo. Cap. 5.

tesoros que en ésta nos concede. Contemplad, hermanos mios, á San Francisco predicando al sultan de Siria. Mirad á éste conmovido por las palabras que oye, y por las virtudes que resplandecen en Francisco. Mirad puesto en prueba su amor á la pobreza por la liberalidad verdaderamente regia con que le trata aquel soberano: y le encontrareis en todas partes verdadero discípulo de Jesucristo, que nada desea, ni nada busca para sí; ántes bien en todos los lugares y en toda circunstancia su gloria es Jesucristo.

Para un hombre desprendido de esta manera de la tierra nada parece imposible, hermanos mios. Es aquel Israel que ha triunfado del rey poderoso, que se adelantó á estorbarle su entrada á la tierra de promision, y ya no teme á los demas que son inferiores en fuerza á ese ya vencido. Triunfa de su propia carne por medio de una penitencia tan rigorosa, que no dudo afirmar, que aventajó las mas duras de los antiguos anacoretas de la Nitria y de la Tebáida. Ocho cuaresmas cada año, en las que no permite á su cuerpo otro alimento que frutas, legumbres y un poco de pan duro, y ésto solo una vez cada veinte y cuatro horas; abstinenencia perpetua de la carne; cilicios y disciplinas cuotidianas; sueño escasísimo sobre el duro suelo y teniendo por almohada algun troso de madero: tales eran, hermanos mios, las penitencias ordinarias, con que San Francisco mortificaba su carne, y daba vigor á su espíritu, á fin que viviese para Jesucristo. Y si alguna vez en medio de las acerbas penitencias satanás y sus ministros se atreven á combatirlo, él no duda arrojarse sobre las espinas, que lastiman y bañan en sangre su cuerpo, para evitar de esa manera consentir ni aun remotamente en la tentacion. Con tales diligencias el siervo perfecto de Jesucristo nos enseñaba, que la victo-

ria sobre los enemigos de nuestra alma no se alcanza sinó con el martirio voluntario de nuestros sentidos.

Mas la perfecta abnegacion no consiste solamente en este género de mortificaciones: nó, hermanos mios ; porque bajo un cuerpo consumido por las penitencias puede muy fácilmente encontrarse un corazon soberbio, vano y presuntuoso. Por eso la abnegacion de nuestro Santo brilló unida á la perfecta humildad de su alma. « El mismo se comparaba al niño, que nada sabe, y necesita del consejo y de la direccion de todos. » Por eso, ejercitándose en esta misma virtud admirable, amaba los desprecios , las calumnias y las invectivas que mortifican el amor propio ; por eso tomaba siempre lugar entre los pobres y los mendigos , y nunca se consideraba tan favorecido , como cuando se veia colmado de insultos y vejámenes. Los favores, con que Dios lo honraba, le llenaban de confusion, los ocultaba con sumo cuidado , y le pedia al Señor con sinceridad de corazon , que apartase de su persona cuanto pudiera hacerlo aparecer elevado ó digno de estimacion entre los hombres. Se creia no solo pecador, sinó el mayor de los pecadores, y en medio de los actos mas fervorosos de humildad decia: « Si Dios hubiera dispensado al pecador mas abominable las gracias que me ha concedido , ya ese pecador seria un gran santo: mientras que yo ingrato y vil apenas me muevo para corresponder las infinitas misericordias con que Dios me favorece y estimula para que le ame (1). » De esta manera , católicos , aquella alma, ilustrada con tantas luces extraordinarias de la divina gracia, poseedora de tantos tesoros de virtudes y de merecimientos, mirándose á sí propia, se estimaba vil

(1) S. Bonavent. in Vit. S. Francisci.

y despreciable, ó empleando la expresion de San Pablo (1), como basura de este mundo: *quam purgamenta huius mundi*. Y como basura de este mundo se da á sí mismo el nombre de pecador, desea que todos le conozcan y desprecien, y que todos le mortifiquen, para que de esa manera todos, como él dice, « le auxilien caritativamente, para satisfacer á Dios por sus ingratitudes y pecados. »

Mas cuando los siervos del Señor, aprovechando las gracias que reciben, trabajan por humillarse de esa manera, Dios mismo toma á su cargo enaltecerlos. Los eleva para corresponderles el sacrificio con que se envilecen ; los eleva para aparecer grande y poderoso en aquellas criaturas, que el mundo juzga pequeñas y despreciables ; y los eleva tambien guardando aquella palabra de su eterna sabiduría: « Elegiré lo despreciable segun el mundo para confundir á los sábios, y. lo ignoble y vil para abatir á los fuertes (2). » Francisco pobre, Francisco austero, Francisco envilecido y humillado, y que por el encendido amor á Dios, que reinaba en su alma, todo lo despreció y miró como basura: *Existit omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam Iesu Christi Domini mei*; fué encontrado aproposito por Dios para acabar obras verdaderamente grandes, y que muestran hasta dónde poseia el amor á Jesucristo. *Omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam.*

II.

Al contemplar la grandeza de San Francisco nuestra imaginacion se dilata, hermanos mios, y atrave-

(1) I. á los Coríntios. Cap. 4.

(2) Ib. Cap. 1.

sando las tierras y los mares, va á fijarse en un rincón del Asia, donde un dia la voz de Dios decia á Abraham: « Multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está en la ribera del mar: tu posteridad poseerá las puertas de sus enemigos (1). » Elevad vuestra vista hacia el firmamento, y contad, si podeis, las estrellas que divisais esparcidas sobre él; bajadla luego y extenedla sobre las riberas del océano; y si juzgais imposible contar así las estrellas del cielo como las arenas del mar, así juzgo yo tambien imposible dibujar la grandeza de San Francisco, Patriarca de la Religion Seráfica, sin contradiccion la mas numerosa de cuantas ha criado y alimentado la prodigiosa fecundidad de nuestra santa Madre la Iglesia Católica. Animado por el celo mas puro á trabajar por los intereses del Señor, cree que de ningun otro modo llenará mejor los designios de Dios como estableciendo una congregacion religiosa, que se ocupe de predicar la fe católica, y de propagar la gloria del Señor por todas partes. En efecto, el pensamiento de San Francisco era inspiracion de Dios, que lo levantaba del profundo abatimiento, en que lo colocó su humildad, para constituirlo ministro de su gloria como fundador de una Religion, que la promoveria en todas las regiones de la tierra. Contad, si podeis, la familia de San Francisco dividida en tribus como la del padre de los creyentes: contad, digo, los Conventuales, Reformados, Recoletos, Observantes, Capuchinos; y fijaos luego en los santos ministerios que sirve cada una de estas tribus de la familia del gran Patriarca, y vereis con cuánta propiedad podemos aplicarle las promesas divinas hechas al santo Abraham: « Te multiplicaré y

(1) Genes. Cap. 22.

te engrandeceré sobre la tierra. » Nada tiene, es cierto, esta grandeza de Francisco de comun con la de los secuaces del mundo, ni podria tener, desde que aquel ha renunciado á todo lo que rose con éste ó pertenezca á éste. Su grandeza está en seguir á Jesucristo y en asemejarse á Jesucristo; y por eso la predicacion de la doctrina de este Maestro divino es el primer cuidado que inspira en sus hijos el espíritu de San Francisco. *Multiplicabo semen tuum*, le ha dicho Dios, y los hijos de Francisco predicán á Jesucristo en la Palestina, donde el santo Patriarca establece en sus misiones y conventos algo mas sólido y durable, que la monarquía fundada casi al mismo tiempo con todo el poder y toda la influencia de los soberanos de Europa, que representaban los ejércitos de los Cruzados. Los conventos y misiones franciscanas allí subsisten, y subsisten con ellas los beneficios inmensos de toda especie, que prestan á los fieles en aquellas regiones, mientras que de la monarquía de los Cruzados se divisan apenás acá y allá montones de ruinas, que anuncian los lugares que ocuparon sus templos, sus palacios y sus casas de caridad. Predican ademas en Egipto así como en la India, en la América del Norte así como en la del Sud; de modo que podemos decir, que el espíritu de San Francisco, animado por la caridad de Dios, se extiende y se dilata por todas partes predicando á Jesucristo Señor nuestro, por cuyo amor todo lo habia despreciado. *Per quem omnia detrimentum feci, ut Christum lucrifaciam*. Esta es, hermanos mios, la corona de celo y fortaleza, con que Dios honra la pobreza y humildad de su siervo, haciendo que estas virtudes, que recibió Francisco de la mano del Señor, las tengan de él sus hijos como herencia.

Mas diviso otra corona no menos hermosa y ce-

lestial, con que Dios le eleva y le hace aparecer grande entre los mismos príncipes de su corte. Es, hermanos mios, la de pureza y candor, que se le concede como patriarca del coro hermosísimo de vírgenes destinadas á celebrar su desposorio eterno con el Cordero sin mancha en el reino de los cielos. Veo figurada esta espléndida corona en aquellas flores que preparaba la Esposa de los Cantares para el amado de su corazon, y que tejeria con sus mismas manos con las mas bellas y fragantes de su huerto (1). La veo figurada en aquella resplandeciente y eterna, que señalaba como premio el Juez de vivos y muertos al que hubiese permanecido constantemente fiel á sus promesas (2); y la veo tambien figurada en aquella formada con piedras preciosas, con que decoraba la majestad divina á sus fieles servidores, que fueron encontrados dignos de tal recompensa (3). Forman esta corona de San Francisco las purísimas vírgenes que profesaron su regla e imitaron sus virtudes. El viejo y el nuevo mundo estan llenos de monasterios de hijas de San Francisco, y en ellos se han santificado infinitas almas, que hoy reinan con Cristo, y la Iglesia las ha elevado al honor de los altares. Allí encontramos á Santa Clara y á Santa Coleta, á Santa Ines de Asis y á Santa Verónica, y á tantas otras dichosas y bienaventuradas, que sirven en el cielo como de hermosa diadema al gran Patriarca. Y ésta es, hermanos mios, aquella que honra al que la recibe no solo por las virtudes propias, que con ella le son recompensadas, sinó por las que representa cada una de esas almas santificadas para Dios.

(1) Cant. Cantic. Cap. 2.

(2) Apoc. Cap. 3.

(3) Apoc. Cap. 21.

Mas aguardad todavía, que veo á Francisco rodeado por una multitud, como la otra del Apocalipsis, que nadie podia contar: *quam dinumerare nemo poterat*; y compuesta de toda suerte de personas de todas las tribus, pueblos y lenguas de la tierra. Tal me parece su tercera Orden, llamada de penitencia, y por medio de la que abrió el camino de su santificacion á infinitos individuos de todas las naciones y bajo todos los climas de la tierra. En la tercera Orden de San Francisco los reyes y los vasallos, los príncipes y los plebeyos, los sábios y los ignorantes encuentran reglas acomodadas á su estado, para trabajar en el cultivo de las virtudes en la tierra de su propio corazon. Mas cuando hablo de este modo, católicos, comprended que los Terceros de San Francisco tienen una regla que observar, y que no basta, por consiguiente, apuntar su nombre en el registro de la tercera Orden, y cargar en el cuello su santo Escapulario: no basta ésto, repito, para que alguno pueda llamarse con propiedad hijo de San Francisco. Este dejó una regla que observar, y el que la guarde, al ménos en toda la parte que pueda, ese tendrá derecho solamente para gloriarse de ser hijo de tan gran Patriarca. Hay infinitas personas que profesan la tercera Orden, llamada de penitencia, pero sin conocer siquiera las reglas, que ésta prescribe á los individuos que la abrazan. ¡Cómo entonces podrán santificarse por medio de ese instituto? ¡Cómo podrán llamarse hijos de un padre, cuya voluntad no conocen? No son éstos ciertamente los que San Francisco llama hijos suyos, ni los que le sirven de corona ostentando la grandeza de las virtudes que supo inspirarles en sus reglas. Las que dejó este gran Patriarca á sus Terceros, prescriben la oracion y

penitencia como fundamento de la vida arreglada que debe observar cada uno en medio del siglo y llenando las obligaciones de su estado. ¿Y cuántos son los que, profesando esas reglas, son constantes en la oracion, y viven mortificados segun el espíritu del seráfico Patriarca ? Venid vosotras, Isabeles de Hungria y de Portugal, venid, Delfinas y Rosas de Viterbo, Elzear y tantos otros que os santificásteis observando la regla dada por San Francisco á su tercera Orden, venid para confundir con vuestros ejemplos de admirable fervor á todos estos tibios y perezosos. Venid, para enseñarnos prácticamente, que sin la observancia de lo que hemos profesado, no podremos llegar al fin que se propuso el santo Fundador, que fué el de santificarnos á cada uno en su estado y en sus mismas ocupaciones ordinarias.

Habeis contemplado, hermanos mios, en estas tres coronas la grandeza que concedió el Señor á San Francisco de Asis, coronando su celo con los trabajos apostólicos de los hijos de su primera Orden: con la pureza virginal y las virtudes que acompañan á ésta, y brillan en su segunda Orden, y con el celo por la propia salvacion, que se propuso inspirar en los cristianos que profesan la tercera, y con cuánta larguezza recompensóle Dios en todas tres la abnegacion, con que todo lo despreció, para buscar hasta encontrar á Jesucristo. Feliz y mil veces feliz el alma que, como la de este gran Santo desprendida de todo lo que es mundo ó pertenece al mundo, puede repetir con verdad, que nada encuentra que pueda satisfacerle acá en la tierra, y al contrario que mira todo como basura en comparacion con los bienes que nos ofrece Jesucristo. *Existimo omnia detrimentum esse propter eminentem scientiam*

Iesu Christi Domini mei: propter quem omnia detrimentum feci, et arbitror ut stercora, ut Christum lucrifaciam.

Oh gran Santo, alcanzadnos del Señor el desprecio de lo terreno y caduco, que tiene cautivo nuestro corazon ; alcanzadnos el conocimiento de lo eterno y celestial, y que obre éste en nuestro espíritu con tanta eficacia, que nos haga resolverse á abandonarlo todo por la posesion de Dios.

INSTRUCCION VIGÉSIMA CUARTA.

PARA LA FIESTA DE SAN IGNACIO DE LOYOLA
FUNDADOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS
Y PATRONO DE ALGUNOS ESTADOS Y PUEBLOS AMERICANOS.

*Renuntiate quae audistis, et vidistis. Caeci vident,
claudi ambulant, pauperes evangelizantur.*

Contad lo que habeis oido, y visto.
Los ciegos ven, los cojos andan, y á los pobres
les es anñciado el Evangelio.

(S. Matth. Cap. 11.)

Al ruido de la predicacion de Jesucristo se conmueve, hermanos mios, toda Jerusalen, y los sábios y los ignorantes, los grandes y los pequeños quieren saber á fondo, quién sea éste, á cuyo contacto sanan los enfermos, cuya saliva restituye á los ciegos la vista, y á cuya voz no solo obedecen los elementos, sinó que la muerte restituye los despojos que habia arrebatado á la vida. Hasta el fondo del calaboso, en que un rey lascivo y criminal habia sumido con enorme injusticia al santo Precursor de Jesucristo, penetra el asombro de tantas maravillas, y de allí se levantan los discípulos del Bautista, para escuchar de boca del mismo que las obraba, quién fuese, y en virtud de quién hacia prodigios tan estupendos.

No dudaba, hermanos mios, el Bautista de la divinidad de Jesucristo. Habia visto su gloria, habia oido la voz del cielo que públicamente lo hizo reconocer por Hijo de Dios vivo; lo habia anñciado él mismo como el Cordero que venia á borrar los pecados

de los hombres ; y por consiguiente , ningun género de duda abrigaba de la grandeza y majestad del Verbo divino. Aunque humillado y abatido, como lo veia, por la naturaleza humana, obraba usando de su poder infinito aquellas maravillas, y éstas probaban quién era, y el objeto á que habia venido á la tierra. Quiere , sin embargo, que brille la verdad, oyéndola sus discípulos de boca del mismo Cristo , y Este , sabiduría eterna é increada , al oir la pregunta que se le dirige sobre su persona , no se detiene á demostrarles con largas razones la divinidad de su poder, sino que simplemente, « Id, dice á los que le preguntan, contad lo que habeis oido y visto. Los ciegos ven, los cojos andan, y á los pobres les es anunciado el Evangelio. *Renuntiate quae audistis, et vidistis. Caeci vident, claudi ambulant, pauperes evangelizantur.* » Porque las obras de Dios brillan y se anuncian por si mismas, cuando aparecen revestidas de las señales portentosas de su omnipotencia infinita , y vano es todo discurso , vano todo raciocinio , delante de la mano del Todopoderoso , que se digna señalar la verdad y santidad de ellas.

Cuando vengo á hablaros, hermanos mios, del fundador de la Compañía de Jesus, séame permitido tomar como tema estas mismas palabras del santo Evangelio, y aplicarlas á las obras de este gran Santo ; porque, viendo á los ignorantes y sin luz para conocer las verdades santas de nuestra fé, recibir mediante sus fatigas las inspiraciones de la verdad y la doctrina de la religion; á los débiles y sin fortaleza para perseverar en las obligaciones que impone nuestra santa fé, ser socorridos poderosamente para perseverar en la virtud , y fortificarse en el ejercicio de las obras que aconseja la piedad fervorosa ; y á los pobres, en fin , que viven

sentados en tinieblas de muerte, iluminados por el celo evangélico de San Ignacio, me creo con derecho para pintar la grandeza de su virtud y las obras eminentes que le debemos con aquellas mismas palabras del Salvador : *Renuntiate quae audistis, et vidistis. Caeci vident, claudi ambulant, pauperes evangelizantur.*

Caeci vident. Los ciegos ven, porque el celo de San Ignacio de Loyola encuentra arbitrios, para hacer llegar la instruccion cristiana á toda clase de personas.

Claudi ambulant; porque los débiles é inconstantes, figurados en estos cojos del Evangelio, son robustecidos eficazmente por la doctrina celestial, que el cielo revela á San Ignacio, y éste nos comunica en las meditaciones de sus santos Ejercicios.

Pauperes evangelizantur; porque San Ignacio de Loyola derrama la doctrina del Evangelio sobre todas las regiones de la tierra, librando de la mas triste y lamentable de las miserias á infinitos pobres, que aprenden de él la ciencia de la vida eterna.

En un siglo que se llama positivo, y no quiere entender otro idioma que el de los beneficios materiales, en estos tres, que presta aun San Ignacio de Loyola, comprendereis, hermanos mios, lo esclarecido de su mérito para con la Iglesia de Jesucristo y para con la sociedad entera. Y quiera Dios que mis palabras puedan en algunos remover los errores, y en otros las preocupaciones mesquinas en que viven. Escuchadme.

I.

Caeci vident. Cuando Dios elige los instrumentos, que ha de emplear en sus obras inefables, los saca indistintamente de donde agrada á su divina voluntad. Siendo infinitamente poderoso, transforma en un ins-

tante al pecador en santo, al tibio en fervoroso, y al que corre tras la vanidad y las grandezas de la tierra, en soldado de Jesucristo, que ni ama ni busca alguna cosa, que no sea el honor del Señor que le crió para su gloria. De las filas de los ejércitos, que batallan en los campos de Navarra y con ardor defienden las fortalezas de Pamplona contra las armas enemigas de los reyes de España, se propone Dios sacar á Ignacio, para que fuese soldado de sus ejércitos que impugnan la ignorancia y los demás vicios que ordinariamente la acompañan; y cuando herido y derribado por los enemigos que combate, busca en los libros profanos un entretenimiento que alivie las penas de la enfermedad que le atormenta, la mano del Señor le proporciona las « Vidas de los Santos, » para que en ellas adquiera las luces que le han de disponer para el gran ministerio, á que lo destina su divina providencia. Era necesario, católicos, que él viese primero, para que pudiese después derramar la luz sobre los otros. Era Pablo que, derribado y postrado, se encontró ciego, pero luego abriendo los ojos fué uno de los mas grandes luminares que brillaron en la Iglesia de Jesus. Dios habla á Ignacio en los ejemplos de los Santos como á Pablo por las instrucciones de Ananías; y apenas convaleciente de su enfermedad, marcha, impulsado por la gracia del Señor, al santuario de Monserrate, donde cuelga sus armas de soldado y caballero de la tierra, prometiendo solemnemente al Rey del cielo vivir desde aquel momento alistado en su milicia hasta la muerte. Ved, católicos, cuán poderosa es la divina gracia, cuando no le suscitamos obstáculos en nosotros mismos, sino que la dejamos obrar libremente, mostrándonos dispuestos á cooperar con nuestra voluntad á todas las inspiraciones que nos

insinua. La lectura de un libro de vidas de Santos, que fué ofrecido á Ignacio por no encontrarse alguno de los que él solicitaba para entretenerse, derramó en su alma tales luces, que vió la vanidad de la tierra, la inconstancia y fugacidad de lo mundano, la solidez y riqueza de lo eterno, y de un modo tan claro y eficaz, que allí mismo se resolvió á buscar á Dios en otro estado y en otro género de vida.

La Universidad de Paris le cuenta entre sus estudiantes, y allí Dios le preparó en los desprecios, en las persecuciones y burlas de los mundanos mil pruebas, que fortalecieron admirablemente su resolucion de vivir consagrado á procurar la gloria de su Señor, aun cuando fuese á costa de su propia vida. Roma, la gran Capital del mundo católico, fué para San Ignacio el centro de sus grandes empresas, y en su recinto empapado con la sangre de cien mil Mártires se encontró aun mas lleno de fortaleza, para trabajar por la gloria de Dios.

Dar luz á los que viven en la ceguedad de la ignorancia fué su primera empresa, y auxiliado de sus religiosos, emprendió la enseñanza y explicacion del Catecismo en las parroquias, donde mas abundante mias pudiera recogerse entre la gente pobre é ignorante, y especialmente entre los niños. Porque el Catecismo, hermanos mios, es el que nos da conocimiento de los deberes, que nos impone la fé de Jesucristo; el que nos enseña las verdades que debemos creer como hijos del mismo Jesucristo, y los premios que tenemos derecho para esperar en el reino eterno, que nos adquirió muriendo por nosotros. De la falta de conocimiento de estas verdades nacen todos los errores que hoy gastan nuestra sociedad, y tanto mal ocasionan á la fé y á la piedad cristiana. Esa ignorancia es causa del libertinaje de los jóvenes, de la

inmoralidad de los grandes, de la corrupcion de los pequeños, de la falta de lealdad de los casados, y del número infinito de vicios que corrompen las familias. De esa ignorancia nace la presuncion atrevida, con que algunos combaten nuestros dogmas que no conocen, y las leyes de la Iglesia que apenas oyeron nombrar. Y de esa ignorancia viene, finalmente, un diluvio de males que, á manera del otro que nos refiere San Juan haber visto caer sobre la tierra, affige la generacion presente con infinitas desgracias. San Ignacio y sus religiosos, entablando con celo apostólico la enseñanza del Catecismo, aplicaron á esos males el remedio, de que urgentemente necesitaba la Iglesia y la sociedad en general. El contacto mas inmediato con los pobres y los desgraciados hizo conocer al Santo otras gravísimas necesidades, que afigian la grey de Jesucristo, é intrépido acudió á ponerles remedio inmediatamente. No le detiene un momento su pobreza, ni ser extranjero y aun desconocido en Roma para muchos, ni herir en cierto modo la susceptibilidad de algunos, á quienes pertenecia por obligacion hacer aquello; Ignacio no ve mas que la gloria de su Señor, y mendigando de puerta en puerta los recursos necesarios, instituye en Roma casas de asilo para los huérfanos y para las jóvenes, cuya honestidad corre peligro de perderse. Ni fué ésto bastante para su celo grande y fecundo á toda prueba. La ignorancia y la corrupcion de costumbres introduce á cada paso el desorden en las familias, desorden que á veces ni el celo mas esforzado, ni los remedios mas efficaces pueden contener, viiniendo á ser el mas poderoso elemento para destruir el órden público así como la paz y felicidad doméstica. La caridad de Ignacio acude á esa necesidad, é instituye la gran casa de refugio, para recoger á

las mujeres desgraciadas en su matrimonio. Las infelices que vuelven á Dios su corazon, elevándolo desde el fango abominable en que les sepultó, ya la demasiada libertad en que vivian en medio de los peligros de que estaban rodeadas, ya la ignorancia unida á sus pasiones no domadas, y ya tambien su falta de medios con que socorrer las necesidades de su vida, preocuparon la atencion de este hombre incomparable. Cada dia palpaba esta urgente necesidad, y confiando en la divina providencia, establecio la casa de las convertidas, que llegó á tener en Roma grandes proporciones, y dió su nombre á una de las calles mas centrales de la ciudad eterna (1). Veis, hermanos, á cuántos prestaba el celo de San Ignacio una mano robusta y poderosa, para romper la benda, que extendian sobre el entendimiento de cada uno la ignorancia y la corrupcion, haciéndoles ver mediante la divina gracia y la instruccion que les proporcionó su inexhausta caridad.

Caeci vident.

El protestantismo de Lutero, hijo de las pasiones mas bastardas y mesquinas, causaba enormes estragos en todos los paises de Alemania, en cuyo seno habia nacido y se alimentaba aquel implacable enemigo de la Iglesia de Jesucristo. El furor de los novadores devastaba los templos católicos; perseguia á los sacerdotes fieles á su fé; incendiaba los seminarios y conventos; secularizaba por fuerza á los religiosos de uno y otro sexo, apoderándose de todos los bienes que se les habian donado para su mantención y para el culto del Señor. Roma abrio sus puertas á un gran número de confesores de Cristo, que vinieron á buscar en sus casas religiosas un asilo contra la encarnizada persecucion

(1) Lleva hasta hoy el nombre de *Via delle Convertite*.

que les obligaba á abandonar la tierra de su nacimiento. San Ignacio calcula al instante la influencia que esa persecucion tremenda, levantada contra la Iglesia de Jesucristo, va á tener con perjuicio de su fé y con ruina de infinitas almas; se pone en movimiento para atenuar las consecuencias del golpe tremendo de los reformadores, é instituye el Colegio Germánico, que sirva de seminario al clero de los obispados de Alemania invadidos por los errores del protestantismo. Es el hábil piloto que ve rota su nave por la récia borrasca que la estrelló sobre las rocas, y recoge sus restos, y dispone con ellos, lleno de valor, el nuevo bajeal en que cruzará el mar entumecido, y combatirá intrépido la tempestad furiosa hasta dominarla. El Colegio Germánico, en efecto, proporcionó desde entonces educación eclesiástica á los jóvenes católicos que, nacidos en las provincias de Alemania devastadas para la fé por los luteranos, querian educarse para el sacerdocio, y combatir luego los errores y la herejía de los protestantes. Los frutos de este establecimiento, hijo del celo y sostenido por los heróicos sacrificios de San Ignacio, no podria yo ni aun indicarlos, pues que fueron tantos y tan copiosos, que podemos asegurar que excedieron con mucho las esperanzas de su santo fundador. *Caeci vident.* El Colegio Germánico fué uno de los baluartes inexpugnables opuestos por la Iglesia contra el cisma y la herejía. En él se formaron un gran número de los obispos, que gobernaron las diócesis de la Iglesia Católica en el norte de Europa, y no pocos de estos, mismos, elevados á otras dignidades aun mas amplias, fueron como otras tantas lumbreras en el recinto de la casa del Señor. Pero ¡cuántos desvelos, cuántas angustias costó á santo Patriarca este hermoso plantel! Solo aquella alma, cuya caridad era

grande como el firmamento, y abundante en fé y en virtud como las aguas del mar, pudo llevar á cabo esta obra verdaderamente digna del celo del apóstol y de la caridad del discípulo mas fervoroso de Jesucristo. Si le hubiérais visto, católicos, errando acá y allá por varios lugares de Roma con los alumnos de su Colegio Germánico; si le hubiérais visto mendigar para ellos el alimento y el vestido; y si le hubiérais visto tambien experimentando los mas duros rechazos con una alegría y paz de corazon verdaderamente celestiales: hubiérais entonces avaliado en su verdadero precio la grandeza de su virtud. Dios, que ve el corazon de sus siervos, que registra los pensamientos que les preocupan para procurar su gloria, y cuenta los pasos que dan para realizarlos, vió los sacrificios de San Ignacio en la ejecucion de sus empresas por la gloria de Dios, y los bendijo haciéndole dar frutos de virtud tan copiosa, que consolasen á la Iglesia en medio de las intensas amarguras, que le causaban en aquella misma época luctuosa el cisma y la herejia de los protestantes. Mil almas recibieron por medio de ellos la vista de la fé y de la caridad perdida á consecuencia de la ignorancia y de los vicios, y mil mas se dispusieron para darla á otros sumidos en esa misma lamentable ceguedad.

Caeci vident.

II.

Grande y glorioso habria sido ya, católicos, para la Iglesia de Jesucristo San Ignacio de Loyola, si sus empresas se hubieran limitado á derramar la luz de la fé sobre tantos hijos de Dios sumidos en la ignorancia y en los vicios: ciegos verdaderos sentados al borde del abismo, y destinados á perecer precipitados por su fu-

nesta ceguedad. Pero su celo, inspirado é ilustrado por Dios , abrazando á todos los hombres , quiso derramar tambien sobre todos la gracia y la bondad divina , robusteciéndolos para andar con fortaleza el camino de la vida eterna. Dios le ha hablado en la , por eso eternamente memorable, cueva de Manresa, y como á Moises le ha revelado muchos secretos de su providencia ; é Ignacio , dirigido por la Inmaculada Madre de Jesucristo , recopila en el libro de los Ejercicios todo aquello que puede ser útil á sus prójimos para levantar sus almas del pecado, para hacerlas perseverar en el temor santo del Señor, y para elevarlas por la práctica perfecta de las virtudes hasta el amor estrecho del Criador. Tal es, hermanos mios, el libro de los Ejercicios de San Ignacio. En él estan las verdades eternas de nuestra santa fé dispuestas con un método tan admirable, que el alma se ve conducida por ellas mismas no solo de los vicios á la práctica de las virtudes, sinó aun de virtud en virtud hasta contemplar y percibir de cerca al Dios Vivo infinitamente bueno y misericordioso , por medio de una fé vivísima y de inspiraciones celestiales. Aquel espíritu nuevo y aquel corazon nuevo , que prometió á Israel por medio de sus profetas, lo concedió á su pueblo cristiano por los Ejercicios de San Ignacio, « que por particular beneficio de la divina misericordia producen en unos la reforma de las costumbres depravadas; en otros inspiran fortaleza para abrazar con fervor el ejercicio de las virtudes cristianas; en aquellos el progreso rápido en la práctica de estas mismas; en los otros el conocimiento claro de la voluntad divina y de los medios mas aproposito para obedecerla y cumplirla; y en todos deseo sincero y eficaz de agradar á Dios , y de instruirse en todo cuanto puede contribuir á su honra

y á su gloria (1). » Dios se dignó confirmar la doctrina de este libro celestial, ordenando á San Ignacio en un éxtasis ó arroabamiento de su espíritu, con que le fortaleció orando en el templo de Santo Domingo de Manresa, propagar en su Iglesia la doctrina de este libro, que produciría incalculables bienes en el pueblo cristiano. Los Sumos Pontífices no tardaron en recomendarlo como lleno de santidad y de documentos espirituales admirables por su piedad, utilísimo para el aprovechamiento de los fieles, y dispuesto para dar á todos cuantos desean santificarse, auxilios muy eficaces hasta alcanzarlo. Consiguió San Ignacio en el libro de sus Ejercicios facilitarnos los medios para conseguir aquello que San Bernardo recomienda como de suma importancia para todo cristiano que pretende acercarse á Dios por la práctica perfecta de las virtudes, á saber: purificar por medio de la meditación nuestro entendimiento, que es como la fuente en que ejercita sus actos; y desde allí emprender con la voluntad la reforma de nuestros deseos y pensamientos, la corrección de nuestros excesos, la mortificación de nuestras costumbres, y la santificación de toda nuestra vida (2). Los grandes, los nobles, los poderosos, los soberanos mismos aprovecharon muchas veces este libro, y la Iglesia de Jesucristo no tardó en recoger los frutos de fe, de piedad y de santidad, que Dios había prometido á su siervo San Ignacio. Yo no podré explicaros hasta dónde llegaron estos frutos, sino recordándoos que los Ejercicios subministrados en el libro de San Ignacio vinieron á generalizarse de tal modo en todas las naciones y en cada uno de los lugares que

(1) V. P. Lancisius. Opusc. VI.

(2) Lib. I. de Consider. Cap. 7.

encierra en su seno la santa Iglesia Católica, que no hubo casi uno solo donde no fuesen usados como el mejor medio para procurar ahuyentar los vicios, purificar las conciencias, y dar solidez á las virtudes de los fieles. *Claudi ambulant.*

Porque de esta manera es, hermanos mios, cómo el cristiano se mueve y adquiere robustez en la vida de Jesucristo: considerando las verdades de la religion, que nos recuerdan cuál es nuestro destino sobre la tierra, adonde marchamos, y cuáles son los medios que se nos han concedido para llegar allá. Con razon el santo fundador de los Ejercicios declara, que el fin de éstos no es otro, sinó « arrancar del corazon de cada cristiano las aficiones desordenadas (1), » porque de ese desorden nace nuestro olvido de lo eterno, nuestro apego á lo caduco y miserable, y nuestra debilidad para resistir la violencia de nuestros enemigos empeñados en despojarnos de los bienes inefables y eternos, que nos concedió el Señor, y constituyen nuestra verdadera riqueza. San Ignacio en su libro pone delante del cristiano todas aquellas verdades; las refuerza como hábil maestro del espíritu humano con la doctrina, que adquirió maravillosamente; infiere de ellas las deducciones naturales que, obrando sobre nuestro espíritu sin violencia, le hacen resolverse espontáneamente á amar todo aquello, que puede hacerle feliz con la única felicidad que existe sólida, verdadera y eterna, y aborrecer todo cuanto se oponga á ésta. Todo cuanto no contribuya á que consigamos esta eterna felicidad son la zizaña que el hombre enemigo sembró en el campo de nuestra alma, y debe excitar el celo de quien ama con amor sincero al único Dueño y Señor de ésta

(1) *Exercit.* §. 1.

que nos encargó su cuidado. San Ignacio dispierta en el cristiano este celo, despues de haberle hecho conocer con exactitud la situacion triste, en que le dejó la tiranía ejercida sobre su espíritu por sus odiosos enemigos; despues de haberle hecho temer los castigos tremendos de la justicia divina, que venga los ultrajes cometidos contra su divina ley, y despues de haberle hecho arrepentirse sinceramente de sus pecados. Le propone ademas los ejemplos de Jesucristo que le estimulan á emprender prácticamente el ejercicio de las virtudes, y á no amar sinó tan solo aquello que le conduce directamente á unirse con El por la posesion de la divina gracia.

Todo ésto es un lenguaje desconocido para los mundanos, para aquellos, digo, á quienes su espíritu no les preocupa, porque á fuerza de frecuentar los desórdenes abominables, de que se compone su vida, consiguieron enmudecer la voz penetrante de su conciencia que los condenaba. Son éstos los ciegos, de quienes nos dice Jesucristo, que nada comprenden de aquello que mas les interesa, porque estan ciegos, y empeñados en guiar á otros ciegos (1).

Para tales personas no tiene valor sinó lo material, lo que tocan sus sentidos y lisonjea sus pasiones; ni nada hay grande fuera de lo que estimule su apego á la tierra, y contribuya para que su soberbia olvide todavía mas que su vida presente tendrá un término; y que un poder soberano y eterno, de cuyas manos nadie podrá librarse, castigará á los hombres, por grandes y poderosos que hubiesen sido. Mas los que inspirados por la fé de Jesucristo, aguardamos sus promesas y enderezamos nuestra vida de modo, que po-

(1) S. Mat. C. 15.

damos conseguir los bienes eternos que se nos prometen, comprendemos la importancia de aquellos medios ordenados á ese fin, y los bienes preciosos que nos conceden. Los hombres prevenidos contra la fé, y que han condenado todo lo que puede contribuir á fomentar la piedad cristiana, condenan los Ejercicios de San Ignacio llamándolos « exceso de fanatismo, perjudicial al interes de la sociedad y al buen órden de la familia. » Estos individuos son los mismos que fomentaron en Europa y en América las diversiones públicas torpes é inmorales ; los que abogaron en defensa de la prostitucion mas escandalosa, y no encontraron inconveniente á eso mismo que los mas sencillos preceptos de la moral prohiben y condenan. El cristiano, que tiene en las verdades del Evangelio su regla segura de conducta, ese da á los Ejercicios de San Ignacio su verdadero valor, palpando en ellos el medio que Dios nos concedió, para fortalecer la fé de unos, robustecer la piedad de otros, y reparar las fuerzas de todos en el camino de la vida eterna. *Claudi ambulant.*

III.

Pero no hemos todavía contemplado á San Ignacio de Loyola en toda aquella grandeza evangélica, de que aparece rodeado, cuando le vemos derramando la semilla del Evangelio entre los pobres ignorantes de todas las regiones de la tierra. *Pauperes evangelizantur.* Entónces es cuando le miramos no ya solo y aislado, limitando los esfuerzos de su celo personal á Roma, Paris y algunos otros puntos de la Europa, que pudo visitar ; sino multiplicado en tantos individuos cuantos son los miembros de su instituto. Inspirado por Dios, reune nueve compañeros de diversas naciones,

en quienes descubre ese celo puro é intrépido que inspira al cristiano la ardiente caridad de Dios, y echa los cimientos de la célebre Compañía de Jesus en el templo del Monte de los Mártires de Paris, obligándose con los votos solemnes de pobreza, obediencia y castidad, como en todas las otras Ordenes religiosas, y añadiendo ademas el de propagar la gloria de Dios por medio de la predicacion del Evangelio en cualquier lugar de la tierra, adonde fuesen mandados por el Sumo Pontífice. Apenas establece San Ignacio las primeras casas de su Congregacion con la aprobacion que recibe su regla de Paulo III, cuando ya se esparcen sus hijos por todo el mundo. El mismo manda á la India y al Japon á San Francisco Javier, que lleva los primeros conocimientos de la fé cristiana á mil vastisimas regiones, y con sus propias manos administra el bautismo á trescientos mil individuos. Todas las regiones mas septentrionales de la Europa, toda la América y el Africa reciben misioneros enviados por San Ignacio ó por sus sucesores en el gobierno de la Compañía de Jesus; de modo que pudo asegurarse muy poco tiempo despues de la fundacion de la Compañía, que los misioneros de esta órden religiosa hacian oir la doctrina del Evangelio en toda la tierra. *Pauperes evangelizantur.*

La América Española fué uno de los vastísimos territorios que recogió frutos mas copiosos del celo de San Ignacio. Llamada la Compañía de Jesus por los Pontífices y los reyes á compartir las fatigas del ministerio apostólico con otros institutos religiosos, ¿cuánto no hizo en todos los estados del nuevo mundo, sin exceptuar uno solo? Desde el Cabo de Hornos hasta las tierras casi desconocidas del Polo Norte, ¿dónde no divisamos vestigios numerosos de los trabajos evangélicos de la Compañía de Jesus? La Araucanía de

Chile y los salvajes territorios que se extienden por el Paraguai, el Perú y el Brasil, las montañas casi impracticables del Caquetá, las dilatadas regiones que bañan el Orinoco y el Magdalena; Méjico y Centro América, las pintorescas cuanto mortíferas playas del Esquandé, Barbacoas, Panamá, Cartagena y las Antillas; todo, todo palpó, hermanos mios, el celo de los hijos de San Ignacio, y recogió los frutos abundantes de su predicacion y de sus tareas apostólicas. Y no olvidemos que fueron ellos los primeros, que introdujeron la enseñanza de las ciencias y de las artes en muchos de esos mismos estados, que hoy los desconocen y aun rechazan. A ellos se debieron los primeros grandes colegios establecidos en todas las ciudades de alguna importancia y varias de nuestras célebres universidades; á ellos los primeros rudimentos de las artes mas nobles, pintura y escultura, que hicieron progresos muy notables entre los naturales de Quito y el Cuzco; á ellos el cultivo de plantas indígenas de inestimable valor, y cuya exportacion hace hoy la riqueza principal de diversos estados. A ellos.... pero ; adónde me llevan, hermanos mios, el sentimiento de la justicia y el amor á San Ignacio ? Los jesuitas penetraron en territorios de América, que hasta hoy son casi desconocidos á los gobiernos de cuyo suelo constituyen parte integral, y aun de los mismos individuos civilizados que habitan en las inmediaciones. Allí enseñaron sus deberes para con Dios y para con sus semejantes á millares de individuos; allí formaron pueblos numerosos y ricos; allí establecieron escuelas, y echaron los cimientos de la verdadera civilizacion: de esa civilizacion que conoce á Dios, le adora, y reconoce en los preceptos divinos la base principal de sus leyes. Y no se diga, hermanos mios, que esas fueron obras de otro siglo y que

en la época actual no habrian podido realizarse, ni los individuos de ahora habrian tenido valor suficiente para acometerlas ; porque ésto no es así. En nuestros dias se ha emprendido la civilizacion de las tribus numerosas que habitan regiones desconocidas no muy lejos de Popayan , é individuos eran de la Compañía los que, caminando á pié por entre selvas mas de un mes, llegaron á encontrar los pueblos que habian fundado los antiguos Jesuitas, y que ya conservaban apenas recuerdos muy ligeros de la religion que aquellos les enseñaron: en nuestros dias se realiza la conversion de los indigenas mas salvajes de la América del Norte; y en nuestros dias, en fin, recibe la Guayana francesa los misioneros, que avanzan intrépidos bajo el clima mas mortífero que se conoce en busca de los ferores salvajes que habitan aquellas selvas , despues de dispensar los consuelos de la religion de Jesucristo á los colonos y á los detenidos europeos. Delante de nuestra vista se realizan estos hechos que prueban hasta la evidencia, que el mismo celo, la misma intrepidez y la misma constancia , que inspiró á los religiosos de la Compañía, que venian al nuevo mundo mandados por San Ignacio y San Francisco de Borja, anima á los que vienen hoy para anunciar la fé cristiana, que trae el reino de Dios sobre la tierra.

Una diferencia, si, existe, hermanos mios, entre aquella lejana época y la nuestra. Aquellos santos varones, que penetraban las selvas sin cuidar de su individuo, ni de los salvajes cuya índole aun no conocian perfectamente , ni de las bestias ferores que por instinto habian de despedazarles, ni de los climas mortíferos que frecuentemente causaban la muerte á los europeos, tenian al ménos la seguridad, que convirtiendo los infieles que buscaban á la fé de Jesucristo , en el seno

de sus nuevos cristianos encontrarian paz para cultivar su grey , y medios para adelantar sus conquistas espirituales. Pero ni aun esta satisfaccion les cabe hoy, repito, cuando los hemos visto arrancados de esas provincias lejanas, que ellos habian visitado y evangelizado los primeros en Nueva Granada, en Centro América y en otros puntos de la América Española. Mas esta ingratitud es la recompensa ordinaria que recibimos los ministros del Evangelio, recompensa muy conforme con la doctrina del que predicaba: « Si á vosotros os aborrecen, sabed que á mi me aborrecieron primero (1). » Y no importa que ese aborrecimiento venga de las hordas salvajes que persiguen á los que [predican una fé, que no tuvieron ocasion de conocer, ni ménos de apreciar los bienes que trae á los que la profesan; ó venga de los que, habiendo profesado esta fé, persiguen no obstante á los que la predicen. Porque [la persecucion envuelve siempre cuanto hay de triste y doloroso sobre la tierra, como que envuelve la injuria, el desprecio, el destierro y aun la muerte.

Hemos contemplado, hermanos mios, á San Ignacio bajo tres aspectos diferentes: como ministro de Dios, para dar luz á los que vivian en la ignorancia y en los vicios en el seno del cristianismo; y allí le vimos instruir, y socorrer todas las grandes necesidades que sufria el pueblo cristiano, y vimos tambien que mediante su celo recibieron la luz de la fé y de la divina gracia, los que padecian la ceguedad de la ignorancia y de los vicios. *Caeci vident.* Lo contemplásteis ilustrado por Dios para reparar los estragos, que causan en el cristiano los pecados; robustecer y fortalecer á los débiles en la virtud con la práctica de los santos Ejercicios

(1) Juan. Cap. 15.

espirituales; de modo que esos que no podian moverse en el camino del cielo sinó con dificultad, marcharon con este auxilio fuertes y robustos. *Claudi ambulant.* Y en fin, evangelizando á todas las naciones de la tierra, y sosteniendo aquellas otras obras por medio del instituto de la Compañía de Jesus, que él mismo fundó y dotó con su espíritu. *Pauperes evangelizantur.*

Y estas mismas palabras, hermanos mios, son las que envuelven la respuesta que ha de darse á los que, sea por moda, ó por apparentar ilustracion de que carecen, ó por malos principios, atacan á las Ordenes religiosas, y especialmente á la Compañía de Jesus. Millones de hombres ciegos por la ignorancia y el pecado han recibido por los Jesuitas la luz de la verdad y la civilizacion verdadera; *Caeci vident;* millones mas fueron robustecidos contra los vicios, y preservados de su perdicion eterna; *Claudi ambulant;* y muchos mas todavia han sido evangelizados en todas las regiones del mundo, y ganados para la fé y para la sociedad; *Pauperes evangelizantur.* Ciego es, sin duda, quien no ve estas verdades, y mucho mas ciego todavia quien, conociéndolas por las sencillas narraciones de la historia, pretende obscurecerlas ó negarlas.

Proteged vos, glorioso Santo, proteged tus obras tan grandiosas como fecundas para esta Iglesia de Jesus, á quien tanto amaste, y por cuyo servicio tanto te fatigaste. Proteged tu obra, haciéndola superior á las potestades del abismo y á sus ministros sobre la tierra. Continuad tambien socorriendo desde el cielo á la Iglesia, á sus pastores y sacerdotes para que, llenos de celo, marchemos constantes en el desempeño de nuestras obligaciones, hasta unirnos con Jesus eternamente en su gloria.

INSTRUCCION VIGÉSIMA QUINTA.

PARA LA FIESTA DE SANTA ROSA DE LIMA
PATRONA UNIVERSAL DE LAS AMÉRICAS.

Os nostrum patet ad vos: cor nostrum dilatatum est.

Nuestra boca abierta está para vosotros:
nuestro corazon se ha dilatado.

(II. Cor. Cap. 6.)

Hay un resorte, hermanos mios, que mueve al hombre mas eficazmente que ningun otro; resorte que lo desprende de los hábitos viciosos inherentes á su naturaleza, lo eleva sobre los deseos de su corazon terreno, le inspira ideas grandiosas y en armonía con su noble origen, y acercándolo á Dios, fuente insondable de virtudes perfectas, le hace recibir de El aquellas que le transforman en hombre nuevo y muy diverso de los demas. Ese resorte es la caridad: su origen debemos buscarlo allá en el cielo, y toda la extension de su eficacia y de sus obras ha sido y será desconocida perpetuamente acá en la tierra.

El hombre terreno trata de este mundo como de su verdadera patria: aquí se alimentan sus esperanzas, en las ilusiones de sus sentidos le parece encontrar el reposo de sus fatigas, y aquí ocupado de lo que pertenece á su individuo prepara con afan su fortuna, su honor y su engrandecimiento personal, no siendo raro verle ocultar, bajo el especioso velo de amor á sus semejantes, su vil y refinado egoismo. Nada le afiga sino sus propias desgracias: que sufra la inocencia las inculpaciones de la calumnia; que llore el justo en

sombrio calaboso, ó prófugo soporte las miserias del destierro; que el huérfano ó la viuda padezcan los horrores del hambre; su corazon no siente, porque las desgracias ajenas no le pertenecen. Tal es, hermanos mios, la triste filosofia de la carne, tan degradante para el hombre, por mas que tantas veces se le haga aparecer vestida de los bellos ropajes, que le presta el amor propio.

El hombre espiritual ilustrado por la fé condena tal conducta: segun la doctrina del Evangelio que profesa, no vive en la tierra para buscarse á sí propio, olvidando á los demas; sinó para amar á Dios sobre todas las cosas, y tambien á sus prójimos como á él mismo. En esta leccion divina aprende que la caridad es fuerte como la muerte (1), que es el espíritu de nuestra propia alma, que de ella deben partir todos sus movimientos, y que ningun individuo tiene mérito delante de Dios, sinó el que posee la caridad, y ejercitándola está dispuesto á sufrirlo todo por los demas hombres. Por eso mientras el mundano se agita en infinitos proyectos, hasta perderse en un intrincado laberinto de deseos irrealizables muchas veces, el hombre inspirado por la caridad, y que vive para ejercitarse en ésta, se afana para procurar y realizar el bien de los demas. Se olvida de sí propio, mientras lleva á los otros fijos en su mente; su boca se abre, pero para derramar sobre los prójimos palabras que llevan verdaderos bienes; y su corazon palpita, pero animado por el deseo ardiente de extender tambien sus beneficios sobre todos sus semejantes, de tal modo que puede decir como el Apóstol: « Nuestra boca abierta está para vosotros, y por amor á vosotros mismos se ha dila-

(1) Cant. Cantic. Cap. 3.

tado nuestro corazon: *Os nostrum patet ad vos: cor nostrum dilatatum est.* »

Bosquejando, hermanos mios, al cristiano animado por la caridad, os he delineado á la vez el elogio de Rosa de Santa Maria, Patrona incomparable de las Américas. Nacida en medio del extruendo de los ejér-citos, con que monarcas poderosos conquistaban las regiones mas ricas de la tierra : entre el bullicio de mil y mil mas que se esforzaban por adquirir gloria y fortuna, y entre el clamor de las victimas que todos aquellos sacrificaban á su loca ambicion, veo á esta sierva de Jesucristo, animada por la mas ardiente caridad, dedicarse á curar con solicitud las llagas que abrian en unos, los ejemplos perniciosos de los otros. Sus amonestaciones fervorosas, sus obras á todas luces admirables, y su celo heróico fueron el bálsamo celestial que derramó sobre las heridas que aniquilaban el cuerpo social. Mientras tanto su alma, víctima purísima de esa misma caridad que procuraba encender en el pecho de los demás hombres, se inmola constantemente en la presencia del Señor, deseando que el heróico sacrificio de sí propia aplaque la justicia divina, y redima á sus prójimos del castigo á que los condenaban sus propios extravíos. ¡Qué contraste, hermanos mios, forman la caridad ardiente de Rosa y el frio egoísmo de los mundanos ! Voy á presentarlo á vosotros, primero en la caridad de Santa Rosa, que con su ejemplo y su palabra predicó cual celoso apóstol la santidad de costumbres que manda el Evangelio; y segundo en la caridad de Santa Rosa, que inmola su corazon en beneficio de sus prójimos cual víctima que les consigue infinitos bienes celestiales.

En dos palabras : va á brillar en Santa Rosa el apóstol, que levanta Dios en el nuevo mundo para

combatir los vicios de los hombres ; y va á brillar tambien en Santa Rosa el sacrificio , que constantemente se ofrece para alcanzar en favor de esos mismos hombres los bienes del cielo. Atendedme.

I.

No es apóstol de la fé católica solamente aquel , á quien Dios se dignó distinguir con señales portentosas destinadas á producir la completa victoria de la cruz de Jesucristo sobre la conciencia de sus enemigos. El don de lenguas que á tantos abrió paso hasta las regiones mas bárbaras y remotas; la fortaleza incontrastable de espíritu que no conoce el temor, ni trepida en presencia de las dificultades; y el don de milagros, en fin, que reviste la palabra del hombre de autoridad celestial, dones son que realzan alguna vez á los destinados por Dios para aquel elevado ministerio. Mas hay todavía otras señales que, concurriendo en ciertos individuos privilegiados por la gracia, los presentan como verdaderos ministros del Evangelio. La abnegacion completa de la voluntad propia , que abraza y une intimamente al hombre con la cruz de Jesucristo ; el celo ardiente y esforzado que procura en todo tiempo y en todas partes la honra del Señor; y la caridad fervorosa que se revela en todas las acciones, son tambien señales con que Dios distingue á sus elegidos , para mostrar sensiblemente la accion de su fé en medio de los hombres; y estas mismas fueron las que puso en el alma de su sierva Rosa, cuando la destinaba para ejercer las funciones de apóstol en el continente americano.

Recordad, católicos, lo que era el Perú en el siglo diez y seis : no os fijeis en los montones de oro, que

asombraban á la vez que estimulaban la codicia de los Europeos; ni os fijéis en las piedras preciosas, que allí se recogian para esmaltar las coronas de los soberanos mas poderosos del antiguo continente: fijaos sí en esa tierra cubierta de sangre, que derramaba la espada fratricida; fijaos en las funestas consecuencias que experimentaba el Perú, que veía divididos á los cristianos, y armados unos contra otros, disputarse las riquezas y el gobierno de aquellas regiones, que no pertenecian por cierto á ninguno de los combatientes. Fijaos en la insubordinacion de unos contra la autoridad, en la discordia de otros que arruinaba completamente la paz y caridad; fijaos en los odios que estimulaban con violencia á unos para procurar la ruina de otros; fijaos en la corrupcion de costumbres que invadia todas las clases del cuerpo social; y fijaos, finalmente, en que todos estos males eran consecuencia de uno, el mayor que puede sobrevenir á la sociedad, cual es el olvido de los principios religiosos. Esta era la verdadera situacion del Perú, cuando la divina providencia levanta en Rosa un apóstol, cuya abnegacion reprendiese amargamente las costumbres depravadas de los malos. Cuando la corte de los Virreyes en Lima ostentaba esplendor y magnificencia como la de un soberano; cuando allí se sucedian los zaraos, festines, bailes y todas las diversiones propias de las grandes cortes, y la prodigiosa hermosura de Rosa le hace merecer el primer lugar entre los invitados; esta joven prodigiosa, despreciando todos los halagos del mundo y sus secuaces, vestida del pobre hábito de Santo Domingo, sube hasta el altar y allí hace voto de servir á Dios guardando pobreza, obediencia y castidad, del modo que lo prescribe la tercera Orden fundada por aquel Santo Patriarca. El amor á Jesus crucificado, en quien habia

encontrado al Esposo digno de toda la caridad y de todos los afectos de su alma, la hace cortar desde aquel instante toda especie de relacion con el mundo y las criaturas, para consagrarse á buscar solamente el amor perfecto y noble de nuestro divino Salvador. Desde entonces este mundo ya no vive para ella, ha muerto, su vida queda escondida del siglo, y manifiesta solamente á Jesucristo (1). Sus padres, sus hermanos, todos sus parientes mas inmediatos hacen grandes esfuerzos para disuadirla de su proyecto; pero vano es eso, porque Rosa está sostenida por Dios, y su palabra tiene tan eficaz ascendiente, que convence á sus deudos de la justicia con que habia tomado aquella resolucion, así como de la felicidad inmensa que de ella le venia. Sus padres la dejan tranquila desde entonces, y Rosa se fabrica una pequena celda solitaria en el huerto de la casa paterna, donde se retira para hacer mas libremente sus ejercicios piadosos, sus austeridades y sus penitencias. ¡ Ah ! desiertos famosos de Nitria y Tebaida, lauras venerables del Jordan, grutas santificadas por las lágrimas y oraciones de tantos anacoretas en los desiertos de Siria y Palestina; abrios, y prestadme vuestros recuerdos cuando trato de predicar las prodigiosas austeridades de esta solitaria Americana. Contemplad, hermanos mios, á Rosa vestida de un saco de cilicio, que cubre todo su cuerpo; circundada su cabeza con una corona de hierro guarneida con puntas penetrantes de acero; contempladla ayunando siete meses cada año, y sin tomar otro alimento ordinariamente que algunas yerbas ó pocas frutas; y contempladla de rodillas sobre piedras ó fragmentos de ladrillos muchas horas, y tendreis idea de las mortificaciones con que

(1) Colos. Cap. 3.

domaba su cuerpo, lo humillaba, y quitaba á su carne el brío para consentir en las tentaciones del demonio, enemigo de toda inocencia y de toda virtud. Así se prepara el nuevo atleta para pelear las batallas del Señor, y de ese mismo modo es como el hombre espiritual triunfa del hombre terreno en tantos combates, que debemos sostener cada dia con los enemigos de nuestra felicidad eterna.

Pero la vida de Rosa era, hermanos mios, una amarga reprension para las costumbres relajadas de los habitantes de la famosa metrópoli de la América del Sud. Lima se commueve al oir el rumor de sus portentosas virtudes, de su rigorosa penitencia y de su asombrosa santidad. Mas estas penitencias de Rosa, que probaban la humildad y mortificacion perfecta de su espíritu, no eran mas que el fundamento indestructible, sobre que debia apoyarse un segundo orden de virtudes. Era éste el celo ardiente que la devora y abrasa por la honra del Señor. El abandono en que vivian tantos de sus habitantes la hacia gemir inconsolable dia y noche, y lamentar las injurias con que era provocada la justicia del Dios, que ama con todas las veras de su corazon.

Lima presentaba en aquella época un espectáculo singular: al lado de los grandes templos, que la piedad noble y generosa de algunos levantaba en el recinto de aquella ciudad ya floreciente, se veian la indiferencia, la sensualidad, la avaricia y todos los vicios de una multitud, que abandonó las playas lejanas del viejo mundo para venir al nuevo en busca de riquezas y de esas aventuras locas, que la religion condena con su verdadero nombre de pasiones desordenadas. El celo de Santo Toribio se ejercitó denodadamente para contener y reprimir el torrente de corrupcion,

que se desbordaba por todo el Perú. Ochocientos mil cristianos ungidos por su mano con el sagrado crisma de la confirmacion nos dan idea de los trabajos que acometió, para reprimir los vicios y santificar su grey con la moral del Evangelio. La voz de trueno de San Francisco Solano conmovió á todos los habitantes de Lima, y ganó para la virtud infinitos hombres envejecidos en las miserias del pecado. Los milagros asombrosos, la caridad á todas luces grande, y la abnegacion sobrehumana del Bienaventurado Martin de Porres obtuvieron tambien para Cristo infinitas almas. ¡Cuántas victorias, hermanos míos, nos presentan ganadas para Jesucristo todos estos santos varones! Mas al lado de estos grandes apóstoles de la religion cristiana en las regiones australes de la América debia brillar Santa Rosa de Santa María. Escrito estaba: « Levantaré de la tierra al desvalido, y al pobre de la inmundicia, para colocarle con los príncipes de mi pueblo (1); » y en Rosa quiere el Señor ostentar esa maravilla de su misericordiosa providencia.

¡Quereis, católicos, contemplar los efectos admirables del celo que anima á nuestra Santa Virgen! Buscadlo primero entre los que no creen. ¡Alzad vuestras manos, Quichoas ilustres por el grado de civilizacion, que habíais alcanzado ántes que los europeos viniesen á destronar vuestros poderosos Incas, y á interrumpir el silencio profundo de vuestras vestales! ¡Alzad vuestras manos, Aymaraes atrevidos, que medisteis vuestro pecho desarmado con el de los europeos, en cuyos fusiles creíais ver en sus manos el rayo de vuestros dioses! ¡Naciones bárbaras del famoso Perú, alzad vuestras manos al cielo, porque llegó para vosotros el tiempo

(1) Salmo 112.

de vuestra redencion! Rosa ora fervorosamente al gran Padre de familia, porque envie sus operarios á cultivar esta porcion de su mies, que promete rendir frutos abundantísimos; ayuna y se ejercita en otras rigorosas mortificaciones para alcanzar este beneficio en favor de los infieles, y no quedando satisfecho su celo ardiente con estas diligencias, pide de puerta en puerta por las casas de los magistrados, de los ricos comerciantes, de los nobles y de los poderosos, limosnas para procurar con éstas la educacion de jóvenes pobres, que pudieran dedicarse á la instruccion de los indígenas, por cuya salvacion se interesaba tan de veras. ¡Qué ingeniosa es, católicos, la verdadera caridad que inspira el amor de Jesucristo y el deseo puro de su gloria! ¡Qué inmensos los frutos que proporciona! No se operó de otra manera la conversion de la América. Recordad, hermanos mios, quién penetró primero esos bosques interminables que bañan las aguas del Magdalena, del Orinoco, del Paraná y del Amazonas. ¡Quién fué á buscar las tribus salvajes, que colocaban en el corazon de esos bosques sus cabañas y tolderías? ¡Quién fundó pueblos numerosos, y organizó colonias florecientes con los individuos que poco ántes recorrian las selvas para alimentarse de la caza, ó descendian la corriente de los ríos para pescar? ¡Quién enseñó á esos hombres hermanos nuestros, envilecidos por la barbarie, los conocimientos de su creacion, de su redencion y de todas las augustas verdades de nuestra santa fé, que les transformaron, por decirlo así? Fué, hermanos mios, el celo y la caridad de los sacerdotes que aman á Jesucristo, y estan dispuestos á emprender toda especie de sacrificios por su gloria.

Mas ¡quereis conocer los efectos de ese mismo celo desplegado entre los que creen? La ignorancia en que

vivia un gran número de niños, arrancados del poder de los indígenas y traídos á Lima para servir á los europeos, fué el primer mal que se propuso remediar Santa Rosa; ellos crecían casi en la misma ignorancia que les envilecía al lado de los idólatras, y aunque el bautismo había dado á sus almas la fé de Jesucristo, la ignorancia impedia á esa misma fé crecer, desarrollarse y producir sus frutos de virtud. Rosa pide, ruega y vuelve á rogar hasta conseguir, que todos esos niños sean reunidos en un lugar determinado, donde puedan ser instruidos en el Catecismo, y quedar aptos para ser admitidos á los santos sacramentos de la confesión y comunión. Ella se constituye en preceptora de los mas pequeños y trabajosos, y da prueba de paciencia y humildad reteniendo toda su vida ese santo ejercicio de enseñar al que no sabe. La viérais, católicos, rodeada por los niños explicarles la doctrina cristiana en su mismo idioma, y habrás creido presenciar el espectáculo que ofrecía el divino Maestro, mandando á sus apóstoles dejásen á los pequeñitos llegar hasta su persona, porque á ellos también pertenecía el reino de los cielos (1). Este es indudablemente el espectáculo mas sublime que puede ofrecernos la religión cristiana. El paganismo veía á los maestros de los ateneos, de las academias y de las sinagogas conversar con los sabios, dirigir discursos estudiados á los grandes y á los poderosos de la tierra; mas los discípulos del Salvador del mundo, siguiendo los preceptos de su Maestro celestial, llaman á los niños para instruirlos, prefieren á los ignorantes para darles lecciones de verdadera ciencia, y bendicen los trabajos y las fatigas que para conseguir este fin necesitan soportar. Mas los pecadores

(1) Mateo. Cap. 19.

obstinados en su camino de perdicion tuvieron tambien una parte muy preferente al celo de Santa Rosa. ¡ Oh cuántas muestras nos dió de ese sacrificio continuo , que el hombre vestido del espíritu de Jesucristo está dispuesto á realizar á cada instante por sus prójimos ! Rosa presenta al Señor, por la conversion de éstos, penitencias especiales ; ofrece á la justicia divina el sacrificio de su Hijo, que recibe bañada en lágrimas en la sagrada comunión cada dia; y ofrece disciplinas sangrientas y prolongadas , que terminaban las mas veces por apurar, hasta casi extinguir sus fuerzas. Ni limitó á ésto su celo por la salvacion de los pecadores. « Reprende, ruega y amonesta con paciencia , » escribia el Doctor de las gentes á uno de sus discípulos (1) ocupado en la predicacion de la divina palabra ; y Rosa constituida apóstol del Señor para convertir á muchos del camino de su perdicion, reprende á aquellos, sobre quienes por alguna circunstancia tenia cierta superioridad , *argue*. Ruega á los que se abandonan escandalosamente, les habla y persuade en privado para que abandonen su camino de iniquidad, y se contraigan á buscar á Dios en la frecuencia de los sacramentos, en la lectura de buenos libros y en la práctica de la devocion tierna y constante á la inmaculada Madre de Jesus, *obsecra*. Todo este celo tan puro , tan ardiente y tan desinteresado se acompañó siempre con esa caridad fervorosa , que deja ver al hombre desprendido completamente de la tierra. Si pudiese seguir yo á Santa Rosa, hermanos míos, en el rumbo que la hizo tomar el soplo de esa virtud, ¡ ah ! la veríamos penetrar en los hospitales , y allí lavar las úlceras mas pestilentes de los enfer-

(1) II. a Timot. C. 4.

mos ; y si alguna vez su naturaleza dificulta momentáneamente lavar un cáncer horrible, aplicar sobre éste sus labios y besar con heróica abnegacion aquel mismo objeto repugnante, triunfando de este modo la gracia sobre la naturaleza y su caridad celestial de la carne miserable. Tambien la veríais acercarse á los leprosos para cambiarles sus ropa, y practicar con ellos todos aquellos oficios mas penosos y humillantes. La veríais penetrar en los asilos de huérfanos, y allí cual madre tierna dispensar todos los servicios que necesitan aquellos seres infelices; penetrar tambien las cárceles para llevar á los desgraciados los socorros espirituales y materiales que tanto necesitan ; y la veríais, en fin, dejar en todas partes las señales mas evidentes de su paciencia, de su fortaleza y de su caridad. Rosa pudo decir como el Apóstol : *Omnia sustineo propter electos, ut ipsi salutem consequantur* (1) ; porque todo lo sufrió, á trueque de conseguir para sus prójimos la salvacion que les alcanzó Jesucristo, y todos los demás bienes que pudiesen contribuir á ese mismo objeto. Y en vano la calumnia vino alguna vez á convertirla en blanco de sus tiros envenenados ; porque esos tiros vinieron á producir efecto contrario al que se proponian sus negros ofensores. Dios permite, católicos, que sufran sus siervos inocentes de las culpas que se les atribuyen, mientras es útil para su corona; pero tambien permite que los chismes y las calumnias miserables, que sus enemigos extienden como red, segun la frase de David (2), prenda y enrede á los mismos que la tendieron, quedando libres los humildes y temerosos del Señor. Rosa soportó en silencio la calumnia

(1) II. Timoth. Cap. 2.

(2) Salmo 56.

y la persecucion, y su corazon inundado de alegría ofrecia á Dios sus penas por los mismos prójimos que se las procuraban. *Omnia sustineo propter electos, ut ipsi salutem consequantur.* Ved ahí el sacrificio que ofrece á Dios Santa Rosa; de modo que, despues de abierta su boca como verdadero apóstol, para combatir la ignorancia y todos los vicios : *Os nostrum patet ad vos*, inmola su corazon para alcanzar á los hombres verdaderos bienes : *Cor nostrum dilatatum est.* Oid todavía.

II.

Pobre y miserable el hombre por su naturaleza, nulo é inútil reputaria el sacrificio que ofreciese á Dios de su ser y de su amor. Pero no es así ; porque se nos ha dado en nuestro propio ser un rico tesoro, que podemos presentar al Señor confiadamente. Tesoro digno de ofrecerse á su divina Majestad, pues es nuestra alma ennoblecida por su gracia, y nuestro corazon lleno de afectos sinceros de amor y de agradecimiento á nuestro soberano Criador. Este fué el que le ofreció Santa Rosa, cuando, inflamada por la caridad, se inmolaba constantemente en presencia del Señor, impetrando para los hombres los bienes del cielo.

Se inmoló primero en la constante y fervorosa oracion. Constante he dicho, porque Rosa persevera hasta tres horas consecutivas de rodillas, y ésto varias veces cada dia. David daba á Dios humildes gracias porque le enseñó la gran ciencia de la oracion desde su juventud (1), y Santa Rosa consiguió tener por maestro en este ejercicio sagrado á su ángel de guarda, que

(1) Salmo 70.

EYZAGUIRRE, Instrucciones. Tom. IV.

aparta de su entendimiento cuidadosamente los motivos de distracciones, y dirige su voluntad resuelta y determinadamente hacia Dios. Aquella gran maestra de oracion y doctora seráfica en la ciencia de la perfeccion espiritual, Santa Catalina de Sena, á quien Rosa profesó desde su niñez devocion muy tierna y afectuosa, la protegió tambien en el camino de la oracion con gracias muy particulares; y en fin, la Reina de los cielos y Madre inmaculada del divino Verbo la instruyó tambien en este santo ejercicio. Pero aun mas, católicos, no nos asombre tanto favor dispensado á Rosa por el cielo, para hacerla progresar en la oracion, pues Jesus mismo se constituye su maestro. Y no le dice ya como al Profeta: « Yo soy tu Dios, que te enseñaré cosas útiles; *Ego Dominus docens te utilia* (1); » sinó que la inspira con luces tan copiosas, y con virtudes y favores tan admirables, que pudo decir como el otro: « *Quaesivi sapientiam in oratione* (2); » Busqué la sabiduría en la oracion. » La buscó, católicos, y la encontró verdaderamente; pues las gracias inefables, que recibió en este santo ejercicio, exceden cuanto pudiéramos decir. ¡ Templo del Rosario ! en vuestro sagrado recinto Rosa como embriagada en celestiales transportes gustó las dulzuras del paraiso, y de allí radiante como Moises cuando bajó del sagrado monte, no habla sinó de Dios, viniendo á convertirse su vida en constante oracion y conversacion con Dios.

Ya conocereis, hermanos mios, cuán fervorosa seria una oracion, á la que Dios dispensa favores tan extraordinarios. En efecto, en ella ejercitaba su fé

(1) Isai. Cap. 48.

(2) Ecclesiast. Cap. 51.

tan viva y tan intensa, que eran efecto de esta misma sus jaculatorias y deprecaciones. Efecto de esta fé el fervoroso recuerdo de los divinos atributos, que nos dejó en forma de Rosario, y ejercicio en cuyo rezo extasiada y absorta en la grandeza de Dios solia permanecer como enajenada de todo otro pensamiento que no se refiriese al cielo ó á lo que tenga relación con el cielo. Efecto de esa fé sus conversaciones ordinarias llenas de encendida caridad, que se insinuaba y á veces inflamaba á los mas mundanos y distraidos que las escuchaban; y tambien efecto de esa misma fé los discursos llenos de unción celestial, que solia hacer animada de su espíritu fervorosísimo. De esa manera aquella oración constante, acompañada del fervor mas ardiente y acendrado, hacia que la vida de Rosa fuese, bajo cierto aspecto, como la de los ángeles, que conversan y ejecutan en cada momento la voluntad del Padre celestial.

Habeis contemplado, hermanos mios, á Santa Rosa ilustrada por Dios en la escuela de la oración con luces sobrenaturales, que podemos llamar aureola gloriosa con que el celestial Esposo honraba á su castísima esposa, recompensando el celo indefenso que mostraba por su fé. Mas ved ahora cómo Dios probó esa misma alma, que tantos y tan extraordinarios favores recibió de su providencia, sumiéndola en tinieblas y desolaciones espirituales mas amargas que la misma muerte. En medio de estas tinieblas el espíritu de Santa Rosa nada percibe, ni nada entiende que pueda servirle de consuelo. Si algo ve, es el polvo que en su alma limpia causaron sus imperfecciones, que su profunda humildad reputa como ingratitudes horrendas cometidas contra el Señor. Si algo ve, son tantas buenas obras que pudo haber practicado para gloria de Jesu-

cristo, y atribuye á su pereza y negligencia haberlas omitido, defraudando á su divino Esposo su honra y su gloria. Y si algo mas todavia ve, es el rostro airado de Jesus, que la reprende con severidad, y la castiga retirandole su amor. Ella misma nos retrata las penas amarguisimas que sufria en medio de estas tinieblas espantosas. Oidla : « Decidme, amor de mi alma, ¿ porqué te ausentaste de mí? Si son mis pecados los que te hicieron huir, razon te encuentro, pues soy abominable por la ingratitud con que dejé de amarte y de corresponderte. ¿ Mas adónde iré yo sin Vos, Jesus mio? ¿ Dónde irá esta esposa desolada á ocultar su tristeza, su llanto y su dolor? ¡ Ah! venid á auxiliarme en mi desmayo, santo Angel Custodio mio, vos que estais viendo el abandono y soledad en que he quedado. Decidme: ¿ dónde está mi Jesus? llevadme, llevadme á El, vos que jamas le perdeis de vista. Ea, llevadme pronto, porque muero de amor y de penas: de amor, porque ahora le amo con todo el fervor de que soy capaz; y de pena, porque me veo abandonada por El. » De cuando en cuando Dios dejó como vislumbrar un débil rayo de claridad en el entendimiento de Job, cuando era affligido por la mano del Señor: era como aquella que divisa el navegante que combate en alta mar con la borrazca; pero aun cuando esa luz era tan débil como incierta, Job sintiendo que en su espíritu se robustece la esperanza, repite en medio de sus dolores: *Post tenebras spero lucem.* Mas Rosa no tuvo ni este consuelo, porque no divisaba el término de aquellas congojas que la Iglesia calificó de mas amargas que la muerte (1). Nosotros no podemos estimar la gravedad de esta prueba, porque no conocemos la

(1) In suo Offic. 30 Augusti.

extension de la caridad, con que aman á Dios sus sier-
vos fidelísimos. Rosa posee esa caridad: Dios es su
único bien; fuera de El nada estima, ni nada ama;
y por eso se agita en medio de sus tinieblas, bus-
cando á Jesus y llamándole con aquella ternura, que
en la Esposa de los Cantares nos pinta la santa Es-
critura. De este modo probó Dios la constancia de su
sierva Rosa de Santa Maria durante trece años, sin
que lo dilatado y severo del martirio hubiese ni enti-
biado ni disminuido el fervor de su caridad.

Pero la oracion de un alma probada con tantas y
tan dilatadas tribulaciones no puede ménos que tener
un valor inestimable delante del Señor; y la de Rosa
lo tuvo seguramente. Toda la ciudad de Lima lo ex-
perimentó viendo extinguirse en un instante un incen-
dio voraz por la eficacia de sus ruegos; y detenido el
Rimac que devastaba aquella populosa capital con sus
inundaciones frecuentes. Mas donde principalmente
brilló la eficacia de su oracion fué para alcanzar la
gracia de la conversion á pecadores ya arraigados y
obstinados en sus vicios. La bula de su canonizacion
hace mérito especial de esta gracia, que el Señor quiso
dispensar por los ruegos de Santa Rosa. ;Y será ne-
cesario, católicos, que yo encarezca el valor de este
favor otorgado á la oracion de Santa Rosa? Me pa-
rece ver los ruegos de Rosa penetrando los cielos,
y desarmando la justicia de Dios airada contra los
miserables delincuentes; me parece verlos mover con
su eficacia aquella misericordia que ablanda con la
gracia el corazon de los pecadores, y alcanzarles las
inspiraciones que les resuelven á practicar las virtu-
des fervorosamente.

; Ah! católicos, procuremos que el corazon nuestro
participe de todos estos bienes inefables. A nosotros

predica Santa Rosa con la voz viva y eficaz de sus ejemplos. *Os nostrum patet ad vos.* Con sus ejemplos está condenando la tibieza de unos en el servicio de Dios, y la relajacion de otros que, á pesar de los llamamientos reiterados de la divina gracia, persisten en sus dolorosos extravíos. *Os nostrum patet ad vos.* ¡Ah! y en la caridad de Santa Rosa aprendemos sin duda, que en la práctica de esta virtud está el remedio de todos nuestros males, la purificacion de nuestra conciencia, y la reparacion que debemos á los demás por causa de nuestros extravíos. *Os nostrum patet ad vos.* Esta caridad nos alentará en la oracion, nos acercará á Dios de donde nos separó el pecado, y nos hará participar de los bienes abundantes que derrama el Señor sobre los corazones de aquellos, que le buscan en el ejercicio de esta santa virtud, y son las ilustraciones espirituales, la paciencia y la fortaleza, que les hacen incontrastables en el amor de Dios. *Cor nostrum dilatatum est.* ¿Qué objeto tan importante como éste podemos proponernos conseguir jamas? Ea, católicos, pidamos al Señor por intercesion de su castísima Esposa y Patrona nuestra Santa Rosa de Lima, que llene de estas virtudes nuestro corazon; pidamos tambien por la conversion de este mundo, que se empeña en desconocer á Jesucristo, no estimando su gloria en lo que merece; pidamos, en fin, por la salvacion de todos cuantos redimió el Hijo de Dios con su sangre preciosa, de modo que podamos algun dia ser gobernados por nuestro divino Pastor eternamente en la bienaventuranza de su gloria.

TABLA DE MATERIAS.

INSTRUCCION I. Sobre el misterio de la Encarnacion del Hijo de Dios..	<i>pag.</i>	5
" II. Sobre el misterio de la Visitacion de nuestra Señora á su prima Santa Isabel. "		18
" III. Sobre el nacimiento del Hijo de Dios "		32
" IV. Para el dia de Epifania	"	47
" V. Para la fiesta de la Presentacion del Hijo de Dios en el templo, ó fiesta de la Candelaria	"	61
" VI. Sobre la perdida y hallazgo del Hijo de Dios en el templo disputando con los doctores de la ley	"	75
" VII. Sobre el misterio de la oracion de nuestro Señor Jesucristo en el huerto de las olivas	"	88
" VIII. Sobre los azotes que sufrió nuestro Señor Jesucristo atado á la columna "		101
" IX. De la coronacion de espinas	"	115
" X. De la llevada de la cruz sobre los hombros de Cristo nuestro Señor desde Jerusalen hasta el monte Calvario "		129
" XI. Sobre la muerte de nuestro Señor Jesucristo	"	143
" XII. Sobre la pasion de nuestro Señor Jesucristo	"	160

INSTRUCCION XIII.	Sobre el descendimiento del cuerpo de Jesus y soledad de Maria Santísima	<i>pag.</i> 178
"	XIV. Sobre el misterio de la Resurrección de nuestro Señor Jesucristo	" 192
"	XV. Sobre el misterio de la Ascension de nuestro Señor Jesucristo	" 208
"	XVI. Sobre el misterio de la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles el dia de Pentecóstés	" 224
"	XVII. Para las fiestas de la Concepcion y Nacimiento de la Santísima Virgen Maria	" 241
"	XVIII. Sobre la Asuncion gloriosa de Maria Santísima al cielo	" 258
"	XIX. Para la festividad de San José esposo de Maria Santísima	" 275
"	XX. Para el dia de la fiesta de San Pedro	" 292
"	XXI. Para la fiesta del apóstol Santiago, el Major, protector de toda la América española y titular de muchas ciudades y pueblos de las diferentes Repúblicas	" 311
"	XXII. Para la fiesta de Santo Domingo fundador de la Orden de Predicadores y titular de algunos estados y pueblos de América	" 327
"	XXIII. Para la fiesta de San Francisco de Asis patron de algunos estados y ciudades de América	" 353
"	XXIV. Para la fiesta de San Ignacio de Loyola fundador de la Compañía de Jesus y patron de algunos estados y pueblos americanos	" 370
"	XXV. Para la fiesta de Santa Rosa de Lima patrona universal de las Américas	" 389

FIN DEL TOMO CUARTO.

TABLA DE MATERIAS

ARREGLADA AL EVANGELIO QUE SE LEE EN LOS DOMINGOS
Y FIESTAS DEL AÑO.

Domingo I. de Adviento. — Sobre la necesidad de la fe.
Tomo III. Instruccion primera.

Domingo II. de Adviento. — Sobre la necesidad que tenemos de ilustrar nuestras dudas en materia de religion.
Tomo III. Instruccion segunda.

Domingo III. de Adviento. — Sobre la necesidad que tenemos de practicar la humildad si queremos recibir la gracia de Jesucristo. *Tomo III. Instruccion tercera.*

Domingo IV. de Adviento. — De la preparacion que debemos hacer para recibir a Jesucristo. *Tomo III. Instruccion cuarta.*

Dia de la Natividad de nuestro Señor Jesucristo. *Tomo IV. Instruccion tercera.*

Domingo dentro de la octava de la Natividad de N. S. J. — Jesucristo es motivo de condenacion para los que no creen, y de salvacion para los que creen. *Tomo III. Instruccion quinta.*

Dia de la Circuncision del Señor. — Explicacion del articulo segundo del Credo. *Tomo I. Instruccion segunda.*

Dia de la Epifania de nuestro Señor Jesucristo. — *Tomo IV. Instruccion cuarta.*

Dia de la Presentacion del Hijo de Dios en el templo, ó fiesta de la Candelaria. — Sobre este mismo misterio.
Tomo IV. Instruccion quinta.

Domingo I. despues de Epifania. — Sobre la perdida y hallazgo del Hijo de Dios en el templo. *Tomo IV. Instruccion sexta.*

Domingo II. despues de Epifania. — Del sacramento del Matrimonio. *Tomo II. Instruccion vigésimatercia.*

Domingo III. despues de Epifania. — Sobre la fe y confianza que siempre debemos tener en Dios. *Tomo III. Instruccion sexta.*

Domingo IV. despues de Epifania. — Motivos porque Dios aparece a veces insensible a nuestros clamores. *Tomo III. Instruccion séptima.*

Domingo V. despues de Epifania. — Sobre los enemigos de nuestra salvacion. *Tomo III. Instruccion octava.*

Domingo VI. despues de Epifania. — Sobre la humildad practica que nos enseña Jesucristo. *Tomo III. Instruccion nona.*

Domingo de Septuagésima. — Sobre la perdida del tiempo. *Tomo III. Instruccion décima.*

Domingo de Sexagésima. — Sobre la limosna. *Tomo III. Instruccion undécima.*

Domingo de Quinquagésima. — Contra los desórdenes del carnaval. *Tomo III. Instruccion duodécima.*

Domingo I. de Cuaresma. — Sobre el cuarto mandamiento de la Iglesia. *Tomo I. Instruccion vigésimasegunda.*

Domingo II. de Cuaresma. — Sobre la perfeccion cristiana. *Tomo III. Instruccion décimatercia.*

Domingo III. de Cuaresma. — Sobre la palabra de Dios, y disposiciones con que debemos oirla para aprovecharla. *Tomo III. Instruccion décimacuarta.*

Domingo IV. de Cuaresma. — Sobre la Providencia de Dios. *Tomo III. Instruccion décimaquinta.*

Domingo de Pasion. — Sobre la santidad de Jesucristo. *Tomo III. Instruccion décimasexta.*

Domingo de Ramos. — Modo de meditar con provecho la Pasion de Jesucristo. *Tomo III. Instruccion décimaséptima.*

Lunes Santo. — Sobre el misterio de la oracion de nuestro

Señor Jesucristo en el huerto de los olivos. *Tomo IV.*
Instruccion séptima.

Martes Santo. — Sobre los azotes que sufrió nuestro Señor Jesucristo atado á la columna. *Tomo IV. Instruccion octava.*

Miércoles Santo. — De la coronacion de espinas. *Tomo IV.*
Instruccion nona.

Jueves Santo (por la mañana). — De la institucion del adorable sacramento de la Eucaristia. *Tomo II. Instruccion décimanona.*

Jueves Santo (por la tarde). — De la llevada de la cruz sobre los hombros de Cristo nuestro Señor desde Jerusalen hasta el monte Calvario. *Tomo IV. Instruccion décima.*

Viernes Santo (por la mañana). — Sobre la Pasion de nuestro Señor Jesucristo. *Tomo IV. Instruccion duodécima.*

Viernes Santo (á las tres de la tarde). — Sobre la muerte de nuestro Señor Jesucristo. *Tomo IV. Instruccion undécima.*

Viernes Santo (á la noche). — Sobre el descendimiento del cuerpo de Jesus de la cruz, y soledad de Maria Santisima. *Tomo IV. Instruccion décimatercia.*

Domingo de Resurreccion. — Sobre el misterio de la Resurreccion de nuestro Señor Jesucristo. *Tomo IV. Instruccion décimacuarta.*

Domingo de *Quasi modo*. Necesidad de la perseverancia en el servicio de Dios. *Tomo III. Instruccion décimaoctava.*

Domingo II. despues de Pascua. — Jesucristo buen Pastor. *Tomo III. Instruccion décimanona.*

Domingo III. despues de Pascua. — Contra el juego. *Tomo III. Instruccion vigésima.*

Domingo IV. despues de Pascua. — Sobre la santa Cruz señal de virtud y de triunfo para el cristiano. *Tomo III. Instruccion vigésimaprima.*

Domingo V. despues de Pascua. — Sobre la oracion y su necesidad. *Tomo I. Instruccion primera.*

Dia de la Ascension del Señor. — Sobre el misterio de la

Ascension de nuestro Señor Jesucristo al cielo. *Tomo IV. Instruccion décimaquinta.*

Domingo dentro de la octava de la Ascension. — Sobre los medios con que debemos prepararnos para recibir el Espíritu Santo. *Tomo III. Instruccion vigésimasegunda.*

Domingo de Pentecostes. — Sobre el misterio de la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles el dia de Pentecostes. *Tomo IV. Instruccion décimasexta.*

Domingo de la Santisima Trinidad, y I. despues de Pentecostes. — Sobre el articulo primero del Credo. *Tomo I. Instruccion primera.*

Dia del *Corpus Domini*. — De la institucion del adorable sacramento de la Eucaristia. *Tomo II. Instruccion décimanona.*

Domingo dentro de la octava del *Corpus Domini*, y II. despues de Pentecostes. — De las disposiciones necesarias para recibir con fruto el sacramento de la Eucaristia. *Tomo II. Instruccion vigésima.*

Domingo III. despues de Pentecostes. — Sobre la misericordia de Dios. *Tomo III. Instruccion vigésimatercia.*

Domingo IV. despues de Pentecostes. — Del sacramento del Bautismo. *Tomo II. Instruccion octava.*

Domingo V. despues de Pentecostes. — Del amor á los enemigos. *Tomo I. Instruccion vigésimaquinta.*

Domingo VI. despues de Pentecostes. — Sobre las obras de misericordia. *Tomo III. Instruccion vigésimacuarta.*

Domingo VII. despues de Pentecostes. — Contra la lectura de los malos libros. *Tomo III. Instruccion vigésimaquinta.*

Domingo VIII. despues de Pentecostes. — De las oraciones que dirigimos á Dios por medio de los Santos. *Tomo II. Instruccion quinta.*

Domingo IX. despues de Pentecostes. — Males que acarrea el pecado mortal al alma de quien lo comete. *Tomo III. Instruccion vigésimasexta.*

Domingo X. despues de Pentecostes. — Del dolor de los pecados. *Tomo II. Instruccion décimatercia.*

Domingo XI. despues de Pentecóstes. — De las ceremonias solemnes del Bautismo. *Tomo II. Instruccion nona.*

Domingo XII. despues de Pentecóstes. — Sobre el culto que debemos á Dios. *Tomo I. Instruccion vigésimacuarta.*

Domingo XIII. despues de Pentecóstes. — *Tomo II. Instruccion tercera, y primera de la oracion del Padre nuestro.*

Domingo XIV. despues de Pentecóstes. — *Tomo II. Instruccion cuarta, y segunda sobre el Padre nuestro.*

Domingo XV. despues de Pentecóstes. — Sobre la muerte. *Tomo III. Instruccion vigésimaséptima.*

Domingo XVI. despues de Pentecóstes. — Sobre el tercer mandamiento de la ley de Dios. *Tomo I. Instruccion décimacuarta.*

Domingo XVII. despues de Pentecóstes. — Sobre los vicios que se oponen al conocimiento de Jesucristo. *Tomo III. Instruccion vigésimaoctava.*

Domingo XVIII. despues de Pentecóstes. — Del sacramento de la Penitencia. *Tomo II. Instruccion undécima.*

Domingo XIX. despues de Pentecóstes. — Sobre el infierno. *Tomo III. Instruccion vigésimanona.*

Domingo XX. despues de Pentecóstes. — Del sacramento de la Extremauncion. *Tomo II. Instruccion vigésima.*

Domingo XXI. despues de Pentecóstes. — De la satisfaccion sacramental. *Tomo II. Instruccion décimaoctava.*

Domingo XXII. despues de Pentecóstes. — Del propósito de la enmienda. *Tomo II. Instruccion décimaquinta.*

Domingo XXIII. despues de Pentecóstes. — De la acusacion de los pecados. *Tomo II. Instruccion décimasexta.*

Domingo XXIV. despues de Pentecóstes. — Del dolor de los pecados. *Tomo II. Instruccion décimacuarta.*

Fiestas de la inmaculada Concepcion y Nacimiento de nuestra Señora. *Tomo IV. Instruccion décimaséptima.*

Fiesta de la Encarnacion del Hijo de Dios, y Anunciacion de nuestra Señora. *Tomo IV. Instruccion primera.*

Fiesta de la Visitacion de nuestra Señora á su prima Santa Isabel. *Tomo IV. Instruccion segunda.*

Fiesta de la Asuncion gloriosa de Maria Santísima al cielo. *Tomo IV. Instruccion décimaoctava.*

Fiesta de San José Esposo de la Santísima Virgen María.
Tomo IV. Instrucción décimanona.

Fiesta de San Pedro Príncipe de los Apóstoles. *Tomo IV. Instrucción vigésima.*

Fiesta del apóstol Santiago el Mayor, Patron de toda la América Española y titular de muchas ciudades y pueblos de las diferentes Repúblicas. *Tomo IV. Instrucción vigésimaprimera.*

Fiesta de Santo Domingo de Guzman Patron y titular de algunas ciudades de América. *Tomo IV. Instrucción vigésimasegunda.*

Fiesta de San Francisco de Asis Patron y titular de algunos estados de América. *Tomo IV. Instrucción vigésimatercera.*

Fiesta de San Ignacio de Loyola Patron de algunas ciudades y lugares de América. *Tomo IV. Instrucción vigésimacuarta.*

Fiesta de Santa Rosa de Lima Patrona universal de las Américas. *Tomo IV. Instrucción vigésimaquinta.*



NIHIL OBSTAT

Fr. Iosephus M. Laroca O. Praed. Censor Deputatus.

IMPRIMATUR

P. Fr. Vincentius M. Gatti O. Praed. S. Pal. Ap. Magister.

IMPRIMATUR

Iosephus Angelini Archiep. Corinth. Vicesgerens.

HARVARD COLLEGE
LIBRARY
SOUTH AMERICAN COLLECTION



THE GIFT OF
ARCHIBALD CARY COOLIDGE, '87
AND
CLARENCE LEONARD HAY, '08
IN REMEMBRANCE OF THE
PAN-AMERICAN SCIENTIFIC CONGRESS
SANTIAGO DE CHILE, DECEMBER
MDCCCCVIII

FROM THE LIBRARY OF LUIS MONTT



